

REVISTA DE CRITICA CULTURAL

JUNIO 2003 N° 26 \$ 3.000

CeDInCI



**Neoliberalismo,
fabulaciones y complot**

FONDART

FONDO DE DESARROLLO DE LAS ARTES Y LA CULTURA

Fomentando

CREACIÓN

CRÍTICA

CULTURA

DEMOCRACIA

“La libertad de creación artística y cultural es un derecho fundamental que el Estado a la vez reconoce y promueve, del mismo modo en que reconoce y promueve el derecho del público para desarrollar preferencias y escoger entre una variedad amplia y diversa de propuestas artísticas y culturales.”

Presidente Ricardo Lagos

Política Cultural de Gobierno

FONDART

CONCURSO REGIONAL DE PROYECTOS CULTURALES



AREAS CONCURSABLES:

Infraestructura Cultural

Eventos Artísticos y Culturales

Cultura Tradicional

Promoción Cultural Regional

Consolidación de Orquestas Infantiles y Juveniles

Patrimonio Cultural

Iniciativas Culturales de Grupos Emergentes

Iniciativas Culturales de los Pueblos Indígenas



REGIONAL 2003



GOBIERNO DE CHILE
FONDART

Las bases, formularios de postulación e informaciones están disponibles en las Secretarías Ministeriales de educación de todo el país, desde el 9 de Junio al 8 de Julio de 2003.

Recepción de proyectos será desde el 9 de Junio al 8 de Julio de 2003 en el mismo lugar. Para más información consulte www.fondart.cl

Las imágenes que ilustran este número pertenecen a la serie “Mutilados de la Guerra del Pacífico”, del archivo fotográfico del Museo Histórico Nacional.

Jean Franco

Matándolos dulcemente

la Guerra Fría y la cultura en América Latina 8

Perry Anderson

Balance del neoliberalismo:

lecciones para la izquierda 18

Jean-Joseph Goux

El ciberdinero

o los dedos de la mano invisible 24

Nelly Richard

Violencia y desintegración en el Perú

una entrevista con Sybila Arredondo, viuda de Arguedas 27

Diamela Eltit

El mercado de las confesiones

(lo público y lo privado en los Testimonios de Mónica Madariaga, Gladys Marín y Clara Szczaranski) 30

Bruno Bosteels

Los bordes de la letra

36

Del complot al potlach:

política, economía, cultura 39

John Beverley
y David Houston

Miami: una utopía degradada

46

...como una tiara de rubíes en la cabeza de un pato malandra...

una conversación con Pedro Lemebel 50

Francisco Casas

Largo, largo como féretro...

fragmento de Relinchos en el Parque 55

Nicolás Richard

El conflicto Ralco:

valor, sacrificio y mercado 58

Colectivo
Situaciones

Causas y azares:

dilemas del nuevo protagonismo social en Argentina 62

Eugenia Brito
Malú Urriola
Nadla Prado

Poesía versus Publicidad

68



CENTRO CULTURAL
PALACIO
LA MONEDA

CENTRO DE
DOCUMENTACIÓN
DE LAS ARTES



GOBIERNO DE CHILE
CONSEJO NACIONAL
DEL LIBRO Y LA LECTURA

La publicación de este número de la Revista de Crítica Cultural cuenta con el apoyo del Consejo Nacional del Libro y la Lectura 2002

www.revista-de-critica-cultural.cl

Directora: NELLY RICHARD

Consejo Consultivo: JUAN DÁVILA / DIAMELA ELTIT / FEDERICO GALENDE / CARLOS PÉREZ V. / CARLOS OSSA / MARISOL VERA / WILLY THAYER

Imprenta Salesianos

Diseño Gráfico: JOSÉ ERRÁZURIZ
Publicidad y suscripciones:
ANA MARÍA SAAVEDRA, LUIS ALARCÓN
Fono/Fax: (56-2) 563 0506

Distribución:

EDITORIAL CUARTO PROPIO

Keller 1175, Providencia, Santiago de Chile
Fono: (56-2) 204 7645 / Fax: (56-2) 204 7622
e-mail: cuartopropio@cuartopropio.cl

extremoccidente

Revista semestral de comentarios y ensayos sobre la cultura latinoamericana

Dossier:

La Memoria Perdida A treinta años del Golpe

Conversación con Alain Badiou

Cartas de Flaubert

OCTOBER, Crítica y Obsolescencia

Diálogo con Tomás Mouillán

Mirtha Rosas

Nicole Brossard

Página sobre literatura y complot

Psicoanálisis/ Narrativa/
Poesía/ Sociología/ Reseñas/
Novedades/ Anticipos/ Género

REVISTA
ARKIS

PUNTO DE VISTA

Directora: Beatriz Sarlo

Suscripciones internacionales: 60 US\$ (seis números)

Punto de Vista recibe toda su correspondencia, giros y cheques a nombre de Beatriz Sarlo, Casilla de Correo 39, Sucursal 49, Buenos Aires, Argentina

Teléfono: 4381-7229 / e-mail: lasarlo@inea.com.ar

sexualidades, género y cultura

UN DIÁLOGO NORTE-SUR SOBRE TRANSFORMACIONES CULTURALES DEMOCRÁTICAS Y POST-DICTATORIALES EN ARGENTINA, CHILE, Y URUGUAY.

PARTICIPANTES: KATHYA ARAUJO, DANIEL BALDERSTONE, CARMEN BERENGUER, FERNANDO BLANCO, EUGENIA BRITO, ADRIÁN CANGHI, LUIS CÁRCAMO-HUECHANTE, FRANCISCO CASAS, ROBERTO ECHAVARREN, DIAMELA ELTIT, BRAD EPPS, SOLEDAD FARIÑA, LICIA FIOLE-MATTA, JEAN FRANCO, OLGA GRAU, GABRIEL GUAJARDO, HÉCTOR HERNÁNDEZ-MONTECINOS, JAIME HUENÚN, PAULA ILABACA, TAMARA KAMENZAÍN, JILL KUNHEIM, PEDRO LEMEBEL, DANIEL LINK, FERNANDA MORAGA, MARÍA MORENO, JOSÉ OLAVARRÍA, RAQUEL OLEA, MARCELA ORELLANA, KEMY OYARZÚN, SERGIO PARRA, ANA PIZARRO, MARCELA PRADO, NADIA PRADO, MARY LOUISE PRATT, FLAVIO RAPISARDI, NELLY RICHARD, GUADALUPE SANTA CRUZ, ANTONIO SILVA, DORIS SOMMER, DIANA SORENSEN, JUAN PABLO SUTHERLAND, CELINA TUOZZO, MALÚ URRIOLA

Invitan: Centro de estudios latinoamericanos David Rockefeller de la Universidad de Harvard y Universidad de Santiago

Para mayor información: <http://drclas.fas.harvard.edu/santiago/eventos.html#gender>
Marcela Rentería: <renteria@fas.harvard.edu> o al Teléfono #: 290 0302

Agosto 21-23, 2003, Universidad de Santiago, Alameda Bernardo O'Higgins 3363. Sala CENI. Metro Estación Central.

Entrada Liberada.

Intervenciones poéticas: 22 y 23 de agosto. Corporación La Morada. Purísima 251.



HARVARD UNIVERSITY
DAVID ROCKEFELLER CENTER FOR
LATIN AMERICAN STUDIES



UNIVERSIDAD DE SANTIAGO DE CHILE
FACULTAD DE HUMANIDADES
DEPARTAMENTO DE LINGÜÍSTICA Y LITERATURA



NOVEDADES



www.lom.cl / lom@lom.cl

LOM

Lecturas para gozar,
lecturas para comprender,
lecturas para ser partícipes
del mundo en que vivimos.

LOM, un proyecto editorial independiente
con vocación latinoamericana

ADORNO, CIEN AÑOS

Jueves 9, Viernes 10 y Sábado 11 de Octubre 2003

Goethe Institut, Esmeralda 636

Industrias culturales y nuevos medios de comunicación

La obra de arte y el valor estético

Ética post-Auschwitz

Crítica cultural y sociedad

Co-organizan: Goethe Institut y
Facultad de Humanidades de la Universidad Diego Portales



ARTE Y POLÍTICA

Jueves 20 y Viernes 21 de Noviembre 2003

Universidad Arcis, sede Libertad, Erasmo Escala 2728

Historia política y compromiso artístico en los sesenta y setenta - Prácticas de resistencia artística bajo dictadura - Historia del arte y museografía - Escuelas de arte y formación artística - El sistema de la institucionalidad artístico-cultural - El discurso teórico y crítico en torno a las artes visuales

Co-organiza: Área Artes Visuales
de la División de Cultura del Ministerio de Educación



UNIVERSIDAD
ARCIS

UTOPIA(S)

1970-2003

Jueves 4 – Viernes 5 y Sábado 6 de Septiembre 2003

Edificio Diego Portales, Alameda B. O'Higgins 233. Entrada liberada

Informaciones: jruiztagle@universidadarcis.cl

Salvador Allende, a treinta años de su muerte - Revolución y duelo: la crisis de las utopías - ¿Se disolvieron las ideologías? - Reimaginar la izquierda - Pasado nacional y debate historiográfico - Crímenes, justicia y reparación - Redemocratización y pacto neoliberal: los acomodos de la Transición - Partidos de masas y neopopulismos: variaciones y disputas en torno a lo popular - El pensamiento de la derecha en Chile - El discurso público sobre la moral sexual - Intelectuales, poder y mercado: de la "crítica de oposición" a los saberes tecnocráticos - Política, subjetividad y feminismo (Homenaje a Julieta Kirkwood) - Las políticas comunicacionales de la Transición: abandonos y complacencias - Contingencia política y periodismo de oposición - El movimiento homosexual en Chile - El sarcasmo de la inteligencia crítica (Homenaje a Enrique Lihn) - El Mercurio ¿muerto? - Experimentación artística y crítica social - Literatura de mujeres y escrituras de la diferencia - Memoria y representación: cuerpos y lenguajes heridos - La hegemonía neoliberal - etc...

revisar el pasado

criticar el presente

imaginar el futuro

UNIVERSIDAD
ARCIS

Matándolos dulcemente

la Guerra Fría y la cultura en América Latina

“Atravesamos unos tiempos calamitosos
imposible hablar sin incurrir en delito de contradicción
imposible callar sin hacerse cómplice del Pentágono”

Jean Franco

Traducción: Héctor Silva

Nicanor Parra, Tiempos Modernos

(...) En el período inmediatamente posterior a la Segunda Guerra Mundial, el “mundo” para Estados Unidos era, sobre todo, Europa, una Europa cuya cultura había que defender contra la influencia soviética. La política de la Guerra Fría había sido ya puesta en práctica durante la guerra y a su término, la afirmación del liderazgo cultural se había traducido en una política agresiva, si bien existían contradicciones entre la declarada misión de EEUU como nación redentora que defendía la libertad y la vasta red de vigilancia doméstica y exterior.¹ La creación de la CIA en 1947 añadió una poderosa institución para el acopio de información y la contransurgencia, así como para librar una guerra “con ideas en vez de bombas”, una política que abarcó la propaganda encubierta, la provisión secreta de fondos para la investigación universitaria, las publicaciones subsidiadas e incluso la defensa de determinados valores, en particular un universalismo abstracto que descalificaba a lo “provinciano” (o sea a las culturas enraizadas en heterogéneas tradiciones locales).²

La política hemisférica de los Estados Unidos en los años de la posguerra se basó en el criterio de que “un sistema capitalista reformado protegería las libertades y mejoraría la vida de los americanos del norte y del sur. Conservaría así mismo a Latinoamérica abierta a los comerciantes e inversionistas estadounidenses”.³ Pero no hubo un Plan Marshall para América Latina, ante todo porque no parecía estar en peligro de hacerse comunista, pero quizás también porque grandes empresas e imperios privados como los de Rockefeller y la United Fruit Company hacían “política” en la región, lo cual naturalmente provocaba resentimiento. En una visita al hemisferio sur, Dos Passos, en ese entonces combatiente de la Guerra Fría, señaló el hecho de que el resentimiento contra Estados Unidos estaba proporcionando adherentes al partido comunista. Uno de sus anfitriones le dijo, “Leemos acerca del Plan Marshall para Europa, pero cuando los comunistas nos dicen que se trata de imperialismo, nos inclinamos a creerles”.⁴ Durante la década de 1940 el partido comunista fue proscrito en numerosos países de Latinoamérica y no era ciertamente probable que tomara el poder. En realidad, los que Estados Unidos catalogaba de comunistas eran a menudo regímenes nacionalistas populistas, como los de Perón en Argentina y en su momento el de Arbenz en Guatemala.⁵

La invasión de Guatemala en 1954, financiada por la CIA, que derribó al gobierno democráticamente elegido de Arbenz, quien había amenazado con nacionalizar las plantaciones de la United Fruit Company y quebrar su control económico sobre el país, demuestra exactamente hasta dónde estaban dispuestos a llegar los Estados Unidos en cuanto a identificar con el comunismo cualquier ataque contra los intereses económicos de sus ciudadanos. Pero también dio rienda suelta a un monstruo. El anticomunismo se volvió una excusa para las matanzas, la tortura y la censura, con frecuencia en

nombre de la “estabilidad” frente al “caos”. Los estados-nación fueron eufemísticamente identificados como “amistosos” o “inamistosos”, términos que después Jeanne Kirkpatrick emplearía en su notorio intento por distinguir entre regímenes “autoritarios” y regímenes “totalitarios”.⁶

Las opiniones de Nelson Rockefeller sobre el hemisferio eran, al menos en apariencia, más constructivas. Convencido de que los Estados Unidos tenían más que ganar con la prosperidad económica que con la miseria, utilizó sus inmensos recursos empresariales con objeto de llevar a cabo una política de capitalismo reformado, insistiendo en que “si los Estados Unidos han de conservar su seguridad y su posición política y económica en el hemisferio, deben tomar de inmediato medidas para asegurar la prosperidad económica en América Central y América del Sur, así como establecer esa prosperidad en el marco de una cooperación y dependencia hemisféricas”.⁷ Los vastos intereses de Rockefeller en Latinoamérica hicieron efectivamente de él uno de los pocos políticos en proponer para América Latina - antes de haberse puesto en marcha la Alianza Para el Progreso - un proyecto destinado a reformar las infraestructuras y evitar la revolución. Como Coordinador de la Oficina de Asuntos Hemisféricos durante la Segunda Guerra Mundial, imaginó una forma aparentemente benévola de imperialismo, que fuera “la expresión acabada de la política de Buena Vecindad”.⁸ Desarrolló así mismo una formidable máquina de propaganda. Como observó algún crítico, “Junto con el médico van el técnico e ingeniero industrial, el guionista radial, el experto en relaciones públicas, el artista, el poeta y el actor de cine”.⁹ Su oficina era responsable del envío de fotografías, películas y noticiarios a América Latina. El departamento de prensa “saturaba Latinoamérica de noticias y artículos, comprometiendo a alrededor de 1.200 propietarios de periódicos que dependían de los escasos cargamentos de papel subsidiados por la Oficina de Coordinación de Asuntos Interamericanos en barcos de bandera estadounidense. Rockefeller publicó incluso una revista propia, acertadamente titulada “En Guardia”, con una tirada que para el verano de 1941 alcanzaba los 80.000 ejemplares”.¹⁰ Su oficina patrocinaba también programas locales de radio e irradiaba en onda corta para el continente entero.

Según algunos críticos de Rockefeller, éste “había emprendido la Guerra Fría antes de que la misma fuese declarada, al enlazar en 1945 la unidad hemisférica contra los soviéticos en la Conferencia Panamericana con la conferencia fundacional de Naciones Unidas. Su exitosa formulación de los fundamentos legales para un pacto militar regional preparó el terreno para la Organización de Estados Americanos (OEA), para la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) y para la Organización del Tratado del Sudeste Asiático (SEATO), que se convirtió en la *raison d'être* de la guerra de Vietnam”.¹¹ Y al tiempo que la División de Humanidades de la Fundación Rockefeller defendía la alta cultura, la Oficina de Asuntos Hemisféricos estimulaba la producción de películas como *Down Argentine Way* y “*Aquella noche en Río*”.

Rockefeller era asimismo una fuerza a tener en cuenta en las instituciones de la alta cultura. En 1932 fue elegido para la junta directiva del Museo de Arte Moderno y apoyó a los muralistas mexicanos antes del estallido del escándalo a propósito del mural de Diego Rivera en el Rockefeller Center - en el que el artista incluyó un retrato de Lenin¹² - tras el cual su influencia contribuyó al abandono del “realismo del New Deal” por la “consagración institucional del expresionismo abstracto”.¹³ Fue un coleccionista de “arte primitivo”, un arte que en buena parte se encuentra ahora en el Museo Metropolitano de Arte en Nueva York. El Museo de Arte Moderno jugó un papel primordial en el envío a Latinoamérica de numerosas exposiciones de pintura norteamericana contemporánea.¹⁴ Pero tal vez la iniciativa más innovadora de Nelson Rockefeller fue su utilización de Disney como embajador informal ante los países del sur de la frontera, y el empleo de los películas de dibujos animados y de los documentales para difundir el programa estadounidense de modernización.

(...) Nelson Rockefeller fue uno de los primeros políticos en comprender el potencial de la cultura de masas norteamericana como forma sutil de persuasión, y en el Hollywood de tiempos de guerra encontró aliados dispuestos para su máquina de propaganda.

DEBATES FANTASMA

Si bien puede que estas cuestiones a nivel de la cultura popular hayan pasado desapercibidas para la intelectualidad, también la “alta” cultura fue arrastrada a la guerra cultural. La influencia soviética había alcanzado su punto culminante en los años treinta con el “momento proletario” en la literatura norteamericana, la literatura de protesta social en Latinoamérica y la “literatura comprometida” escrita durante la Guerra Civil española; en los años cincuenta y sesenta todas fueron eclipsadas por el optimismo triunfalista norteamericano, en su autoasignado papel de “universal”. El Tercer Mundo no era todavía algo que preocupase demasiado, debido especialmente a un temprano revés sufrido en una reunión del Congreso por la Libertad de la Cultura en India, donde no logró convencer a los intelectuales indios de la urgencia de atacar al comunismo. Pero aún no siendo considerada especialmente importante en esta etapa, América Latina no fue precisamente descuidada por Estados Unidos. Escribiendo en 1975, Warren Dean calculaba que en veinticinco años de actuación, el programa de traducciones de la USIA había estado detrás de la publicación de cerca de 22.000 ediciones que totalizaban 175 millones de ejemplares, muchos de ellos destinados a América Latina. Aunque el programa en sí no era clandestino en el sentido habitual (Dean lo llamaba “furtivo”), en las publicaciones no constaba de forma alguna que las traducciones hubieran sido subsidiadas por el gobierno norteamericano. Pero la agencia no sólo subsidió directamente la escritura de libros como “*La verdad sobre la República Dominicana*”, una defensa de la indefendible intervención norteamericana de 1965, sino que además descargó una inmensa cantidad de basura sobre un público en gran parte desprevenido. Warren Dean resumía sucintamente su objetivo propagandístico: “El propósito del programa de publicación de libros es conseguir que extranjeros influyentes sean más receptivos a los supuestos de la política exterior de Estados Unidos, y hacerlo de forma que su origen no sea atribuido al gobierno norteamericano”.¹⁵ Pero otras publicaciones, por ejemplo el *Reader's Digest* -o “*Selecciones*”, como era conocido en español- buscaban de forma más directa justificar las intervenciones norteamericanas y llevaban a cabo su propia cruzada anticomunista.¹⁶

La línea divisoria entre la crítica cultural y la propaganda fue decisivamente atravesada con la fundación, en 1950, del

Comité Norteamericano por la Libertad de la Cultura y el Congreso por la Libertad de la Cultura (este último fundado por Michael Josselson, ex funcionario de la Oficina de Servicios Estratégicos, junto con Melvin J. Lasky, que había trabajado antes en el Servicio Informativo y como director de *Der Monat*). Entre los patrocinadores de la primera reunión celebrada en Berlín Occidental en 1950 estuvieron personas de convicciones diversas, como Eleanor Roosevelt, Upton Sinclair, G.A. Borghese, A.J. Ayer, Walter Reuther, Suzanne Labin y el Dr. Hans Thirring. Entre los adherentes más activos hubo exmilitantes comunistas y anticomunistas, como Arthur Koestler, Franz Borkenau, Melvin Lasky, Sidney Hook, James Burnham, James T. Farrell y Arthur Schlesinger Jr.¹⁷ El Buró Comunista de Información (Cominform) había sido fundado en 1947 y respaldaba a una cantidad de organizaciones de fachada, incluidos el Consejo Mundial por la Paz, la Federación Mundial de Sindicatos, y la Unión Internacional de Estudiantes. El extendido temor a una guerra atómica dio ímpetu al movimiento por la paz, que reclutó a numerosos intelectuales prominentes, entre ellos Joliot Curie, Louis Aragon, Paul Éluard y varios latinoamericanos, incluidos Jorge Amado, Pablo Neruda y Nicolás Guillén. En 1949 se celebró en París una reunión del Congreso Mundial de Partidarios de la Paz.¹⁸ Dada esta división del globo, era difícil el no alineamiento. Se optaba por un lado o por el otro.¹⁹

Con vistas a “poner en el mapa” al Congreso por la Libertad de la Cultura y contrarrestar el congreso prosoviético por la paz para el cual Picasso había diseñado su paloma de la paz, se organizó en 1952 un ambicioso Festival de París, financiado por la CIA, con un programa de ópera, ballet y debates literarios. Una exposición titulada “La obra de arte en el Siglo Veinte” tuvo por fin el demostrar que, para florecer, el arte necesitaba la libertad.²⁰ Dadas las dificultades para la publicación en la Unión Soviética, ésta resultó por cierto ser la carta ganadora. La política cultural soviética se parecía más que nada a un grupo de cocineros rivalizando en ver qué plato indigesto tragarían sus partidarios. Pero la línea entre arte y política ya se había cruzado y la División de Organización Internacional de la CIA estaba ahora dedicada a promover un tipo particular de cultura: una cultura que sería descrita como internacional, libre, sin ataduras nacionales o regionales, y aparentemente autónoma, financiada bajo cuerda.²¹

Para al menos uno de sus apologistas, el problema del Congreso por la Libertad de la Cultura no era tanto su financiación por la CIA sino el hecho de que la misma fuera encubierta. “Una de las ironías del asunto es que la CIA diera su apoyo de manera secreta, conspiratoria, y considerase que no podía -y sigue sin hacerlo hasta ahora- reclamar el mérito por una de sus decisiones más imaginativas y exitosas”.²² Puede que fuera imaginativa, pero esa ampliación de las actividades encubiertas al campo cultural, y las sospechas que provocó, alimentaron un clima de paranoia y conspiración en ambos bandos, y en última instancia socavaron los propios valores que se suponía que defendiese. Nada quedó fuera del conflicto, ni los valores artísticos ni la crítica literaria. Aunque nunca participó de las ayudas promovidas por la Guerra Fría tan enteramente como lo hicieron las ciencias, los estudios sectoriales y las ciencias sociales, la crítica literaria no fue inmune a los temores y las ansiedades del período.²³

El reclutamiento de intelectuales como representantes de la libertad definida por Estados Unidos comprometió los valores de independencia que presuntamente sustentaban, especialmente porque entre ellos los excomunistas parecieron resueltos a destruir el liberalismo. Poetas y escritores reclutados para la causa de la libertad fueron a veces conscientes de las contradicciones de su implicación en la propaganda. Por ejemplo, el poeta y crítico Allen Tate, que desde mucho tiempo atrás consideraba como un desastre la

sociedad industrial, tanto en Norteamérica como en Europa, se convirtió en portavoz del Congreso por la Libertad de la Cultura, aunque ello estaba reñido con su convicción de que el deber del poeta consiste en "escribir poemas, y no en andar por ahí utilizando la fama de su verso, como yo ahora, como pretexto para aparecer en los estrados y difundir la alarma".²⁴ Esta malhumorada declaración efectuada en una conferencia patrocinada por el Congreso parece indicar una cierta disconformidad con su papel. El argumento de Tate en las dos conferencias que dictó para el Congreso - "El hombre de letras en el mundo moderno" y "Ante quién es responsable el poeta" - fue que el hombre de letras debe defender la pureza del lenguaje; la responsabilidad del poeta es "el dominio de un lenguaje disciplinado que no rehuirá informar plenamente de la realidad tal como él la percibe".²⁵ El poeta que sostenía que los fines no justifican el empleo de medios indignos estaba promoviendo, conscientemente o no, una agenda oculta. Es posible que toda la agudeza de que fuera capaz no le sirviese para "informar plenamente de la realidad" en una época de secretos y actividades encubiertas. La plataforma anticomunista de los primeros días fue modificada en 1958, cuando el Congreso empezó a desarrollar una política aparentemente más ecléctica para favorecer la consecución de más partidarios.

Hubo una actividad del Congreso por la Libertad de la Cultura que en su momento le proporcionó notoriedad. A partir de 1953 auspició una serie de publicaciones periódicas que eran subsidiadas por la CIA a través de organizaciones de fachada. La más prestigiosa fue la revista *Encounter*, dirigida desde Londres por Stephen Spender e Irving Kristol, más tarde por Spender y Melvin Lasky (después de 1958) y por Frank Kemode, cuyas memorias, *Not Entitled* (Sin título), publicadas en 1995, reflejan la amargura del engaño.²⁶ *Cuadernos por la libertad de la cultura*, la publicación patrocinada por el Congreso fundada en 1953 para España y América Latina, estaba dirigida por Julián Gorkin (o Gómez, como se llamaba realmente), un ex miembro del Partido Comunista español y del Comintern y después del Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM) durante la Guerra Civil, antes de convertirse en un no menos convencido anticomunista. La elección de un español para la dirección fue dictada por la preocupación por Europa en relación con la Guerra Fría, pero con el paso del tiempo fue América Latina la que requirió atención, y fachada humanística de *Cuadernos* fue con frecuencia agitada por la política estadounidense en el hemisferio. Muy pronto la publicación se encontró navegando en aguas turbulentas. Ante el antiamericanismo dominante y con las injustificables intervenciones políticas y militares norteamericanas en Latinoamérica, la máscara del humanismo hispánico resultaba cada vez menos plausible.²⁷ Inicialmente Gorkin había reclutado a prominentes intelectuales como Rómulo Gallegos, Jorge Mañach y Gilberto Freyre, y redactado una lista de figuras políticas a las que estaba dispuesto a respaldar, incluidos Juan Bosch, Raúl Haya de la Torre y hasta Fidel Castro (en la época previa a su toma del poder).

El primer número de *Cuadernos* en mayo de 1953 incluyó una cantidad de artículos de izquierdistas desilusionados como Ignacio Silone.²⁸ En tanto que la crítica del totalitarismo por parte de la publicación parecía irreprochable, poco se decía sobre el cercenamiento de la libertad en la esfera de influencia de Estados Unidos, por más que el apoyo a los "dictadores amistosos" y las investigaciones sobre "actividades antinacionales" no fueran ningún secreto.

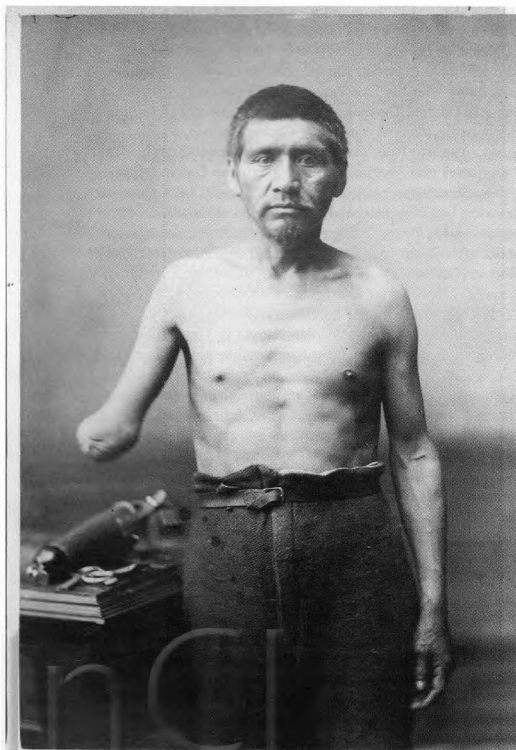
Gorkin era un tipo cínico. Cuando Guatemala fue invadida por rebeldes respaldados por Estados Unidos y el gobierno elegido fue derribado, él escribió que Guatemala había entrado en el gran drama universal de nuestro siglo, "el del comunismo y el anticomunismo". ¿Por qué entonces, se preguntaba, los latinoamericanos habían denigrado a Castillo

Armas como el nuevo caudillo "que combatía contra la legalidad democrática representada por Arbenz", en vez de saludarlo como el liberador que había "salvado a su país de una dictadura comunista?" Gorkin continuaba diciendo -acertadamente- que Latinoamérica veía, detrás de Castillo Armas, "a la United Fruit, al Departamento de Estado y a los dictadores de Nicaragua, Santo Domingo y Venezuela",²⁹ al tiempo que formulaba la grave e injustificada acusación de que Arbenz -controlado por los comunistas- había iniciado un reino de terror. Su conclusión era que el anti-imperialismo y el anti-caudillismo latinoamericanos habían eclipsado el evidente peligro del comunismo. El hecho de que los principales miembros del gobierno de Arbenz se refugiaran en embajadas tras su derrocamiento demostraba que "no podían contar con las masas". Gorkin no mencionaba el hecho de que las masas estaban desarmadas y que el ejército se había pasado a los rebeldes, con resultados a largo plazo devastadores para aquel asediado país, en el que la paz no se declaró hasta 1997. La propia perversión del argumento de Gorkin era sintomática de los problemas de defender la falta de libertad como si fuera lo contrario.

En América Latina, cualquier política cultural auspiciada por Estados Unidos estaba destinada a ser recibida con una sospecha que los ensayos publicados en *Cuadernos* hacían poco por disipar. Era escasamente probable que las espesas disquisiciones sobre seudo problemas, el énfasis sobre la hegemonía de la cultura hispánica, y los intentos por canonizar a la generación anterior (Germán Arciniegas, Salvador de Madariaga), fueran a tener influencia sobre una generación joven que se sentía asfixiada por las limitaciones sobre lo que se podía publicar, y que se encontraba soportando la represión y la censura por parte de gobiernos apoyados por Estados Unidos. No es sorprendente que fueran pocos los escritores jóvenes dispuestos a colaborar en *Cuadernos* o a prestar apoyo a los núcleos del Congreso por la Libertad de la Cultura en Argentina, Chile, México, Perú, Uruguay, Colombia y Brasil,³⁰ aunque hubo contribuciones de Jorge Luis Borges, Octavio Paz y Alejandra Pizarnik.

En 1953, un Congreso Continental de la Cultura en Santiago de Chile reveló que el problema de la "libertad" en el hemisferio era una cuestión espinosa.³¹ Organizado por conocidos comunistas y simpatizantes comunistas, entre ellos Pablo Neruda y Jorge Amado, el gobierno chileno (el mismo al que Gorkin había alabado por su amor a la libertad), intentó impedir la asistencia de la delegación soviética y después acusó al diario comunista *El Siglo* de organizar una conspiración, lo que dio lugar a que fuera cerrado por diez días. A algunos delegados norteamericanos se les negó el permiso para asistir a la conferencia. Una de las resoluciones del congreso exhortaba a los gobiernos de América "a suprimir los obstáculos que impidan el libre ejercicio de la cultura", recogiendo así una página de *Cuadernos*.³² Para confundir más las cosas, el corresponsal de *Cuadernos* acusó a los organizadores de la conferencia de ocultar los motivos políticos detrás del escudo de la cultura, que era precisamente lo que buscaban las publicaciones subvencionadas por la CIA. Tampoco ayudaban a la causa de la libertad las audiencias de McCarthy, puesto que las medidas tomadas contra el comunismo eran comparables a las empleadas por el enemigo.³³

Para ayudar a superar su impopularidad en Latinoamérica, se urgió a los lectores a poner en marcha organizaciones nacionales y a distribuir *Cuadernos* y *Previews*. A partir del tercer número, *Cuadernos* incluyó en la cubierta posterior una declaración de objetivos que atacaba a "aquellas doctrinas políticas y económicas que pretenden determinar en exclusiva el significado de la libertad", al tiempo que declaraba que "la indiferencia y la neutralidad hacia semejante amenaza (la del comunismo) equivale a traicionar valores humanos fundamentales y a una abdicación del espíritu libre".



En 1958, con Cuba en crisis, *Cuadernos* se volvió relativamente crítica con la política norteamericana. Jorge Mañach escribió, "Washington ve en las repúblicas una prolongación de su retaguardia en la lucha contra el comunismo. Este concepto ha conseguido sofocar todas las políticas casuísticas (puede que se refriese con eso a las sutilmente argumentadas) y específicas hacia las mencionadas repúblicas, al menos en el sentido de la solidaridad con los intereses más democráticos y genuinos de sus pueblos. Lo que a Estados Unidos le interesa sobre todo es que esas repúblicas tengan gobiernos "anticomunistas", por arbitrarios y abusivos que puedan ser en otros aspectos".³⁴ Mañach alabó también el heroísmo de los guerrilleros de la Sierra Maestra. En 1959, los escritores, profesores y periodistas cubanos que eran miembros del Congreso escribieron expresando su "júbilo ante el fin de la tiranía y el retorno de la libertad" de su país. "Nuestra simpatía y nuestro apoyo están del lado de las fuerzas revolucionarias que luchan en esta hora decisiva por la victoria final, para que la libertad de pensamiento, así como todos los demás derechos y dignidades del pueblo cubano sean plenamente respetados y estén vigentes por completo".³⁵

Pero el destino de *Cuadernos* estaba sellado. En 1963 Gorkin fue sustituido como director por un latinoamericano. El nuevo director, Germán Arciniegas, era un colombiano de la generación anterior, editor de una antología de la literatura latinoamericana, *The Green Continent*, y miembro fundador del Congreso por la Libertad de la Cultura. Pero el cambio fue muy pequeño y muy tardío. Tras formular una débil protesta contra la invasión norteamericana de la República Dominicana en 1964, *Cuadernos* dejó de publicarse en junio de 1965.

LAS FANTASÍAS UTOPICAS DEFAUDADAS

El éxito de la Revolución Cubana cambió drásticamente el escenario cultural porque, al menos por unos pocos años, consiguió lo que *Cuadernos* no había logrado hacer: movilizar a los escritores a través de las fronteras, publicar a escritores jóvenes, y ganarse el apoyo y la admiración de intelectuales como Sartre y Sontag. La agenda la dictaba el anti-imperialismo y no la cultura occidental. Además, a partir de la conferencia de Bandung el mundo había adquirido una nueva geografía política, en la cual había no sólo dos superpotencias sino naciones no alineadas. Las naciones recientemente descolonizadas y liberadas vieron claramente el hecho de su emancipación del colonialismo o el neocolonialismo como un primer paso esencial al que podría seguir otra política. Después de asistir en Belgrado a la conferencia de los países no alineados, Carlos Fuentes escribió: "Con su acción de vanguardia, la Revolución Cubana ha abierto aquí el camino para que en el futuro nuestros países superen la presión unilateral que los Estados Unidos ejercen a través del sistema panamericano".³⁶ Tras visitar Cuba, descrita por él en el periódico mexicano "Política" como "el primer territorio libre de América Latina", Fuentes apoyó con entusiasmo la Revolución Cubana, así como al efímero Movimiento Mexicano de Liberación Nacional. Siempre impresionable, pronto habría de revisar su opinión sobre Cuba. No obstante, sus palabras transmiten el clima de impaciente expectativa de cambio que prevalecía a comienzos de los años 60. Evidentemente, había que lanzar una contraofensiva.

Después del cierre de *Cuadernos*, el Congreso por la Libertad de la Cultura buscó una nueva y menos comprometida plataforma para Latinoamérica. La revista *Encounter*, con base en Londres, cubrió temporalmente la brecha con un número especial, "Rediscovering Latin America", publicado en 1965 y escrito en su mayor parte en el tono condescendiente que los ingleses empleaban con sus súbditos coloniales. Su director adjunto, John Mander, aportó una perspectiva general del continente basada sólo en una gira de dos semanas, y esbozó los términos de la invitación latinoamericana a lo que Alfonso Reyes llamó "el banquete de la civilización". Sobre la base de su rápido viaje por la región, Mander publicó no menos de dos libros analizando la situación latinoamericana.³⁷ Si bien en su editorial *Encounter* adhería al no intervencionismo, los ensayos incluidos en aquel número recalcan reiteradamente el cosmopolitismo de Latinoamérica y su lugar en la civilización occidental. En una serie de estampas de Ciudad de México, Lima, Panamá, Caracas y Buenos Aires, Mander citaba a un mexicano no identificado diciendo que "todas nuestras tradiciones son españolas"; en Panamá advirtió que el negro "está abierto a la civilización occidental", mientras que el indio se encierra rigurosamente en sí mismo, y en Bogotá, que "uno siente aquí cuán profundamente "europea" se ha conservado América Latina, mucho más que los Estados Unidos". Mander concluía que América Latina "tiene muchas aspiraciones imposibles, pero el ser "europea" no ha de ser una de ellas: no es una aspiración sino un hecho".³⁸ El truco no consistía en negar que Latinoamérica fuera americana sino, como en el caso de los Estados Unidos, en incorporarla a "Occidente". Lo que es claramente latinoamericano es el utopismo fútil. Así, en Buenos Aires, Mander descubrió que "la melancolía de Argentina ... no es la melancolía del Viejo Mundo; es una melancolía del Nuevo Mundo nacida de las fantasías e ideales utópicos defraudados". (Pág.14).

Esas fantasías utópicas frustradas constituían una amenaza real, como dejaría en claro el Informe Rockefeller sobre las Américas, con su advertencia de que el "desarrollo" traería también inevitablemente la "revolución de las expectativas

crecientes”.³⁹ La anodina solución de Mander era dar la bienvenida a Latinoamérica a la “familia de naciones” occidental, pues “si podemos convencer a los pueblos de la ‘otra América’ de que los consideramos parte integral de ese complejo destino común, esa peculiar empresa conocida como civilización occidental, puede que todavía respondan” (pág. 14). El problema era que la “civilización occidental” se había identificado con un capitalismo empresarial cuyos valores no eran los de una cultura humanista.

DE LO UNIVERSAL A LO COSMOPOLITA

(...) La crítica de arte Marta Traba, en un examen del panorama artístico latinoamericano de los años '60 y principios de los '70, observó que numerosos artistas habían sido atraídos “por Nueva York pero negaban haber sucumbido a los valores de la sociedad tecnológica.”⁴⁰ La afirmación de Borges -citada con frecuencia- de que la tradición cultural argentina es “toda occidental” y que también tenemos más derecho a esta tradición, mayor que el que pueden tener los habitantes de una u otra nación occidental”, aparta la tradición argentina de su posición en la corriente de la cultura occidental y la sitúa en la enclaustrada donde pueden florecer toda clase de híbridos.⁴¹ Octavio Paz sostenía, menos convincentemente, que “no hay una literatura argentina, chilena o mexicana, sino literatura en un idioma (sic); América Latina, incluso subdesarrollada, es parte integral de Occidente”.⁴² Negando que la noción de subdesarrollo pudiera ser aplicada a la cultura, Paz afirmaba que existencialmente los mexicanos y los latinoamericanos son ahora contemporáneos del resto del mundo. José Donoso escribió de la “asfixia” de los escritores latinoamericanos que, antes de los años '60, se comunicaban únicamente con su “parroquia”.⁴³ Vargas Llosa cavilaba sobre el destino solitario de escritores peruanos no reconocidos como Oquendo de Amat,⁴⁴ y Carlos Fuentes - quien originalmente había querido narrar la realidad mexicana como una especie de *comédie humaine*” tuvo que reconocer que incluso en un país “subdesarrollado” el escritor no podía aislarse de la evolución artística en el resto del mundo.⁴⁵ No resulta difícil comprender estas actitudes. Los artistas y los escritores estaba reclamando un espacio virtual no contaminado por los antagonismos de la Guerra Fría.

Este espacio fue inmediatamente ocupado por otro combatiente de la Guerra Fría. *Mundo Nuevo* fue financiado primero por el Congreso por la Libertad de la Cultura, que en 1966 reorganizó sus filiales latinoamericanas en el Instituto Latinoamericano de Relaciones Internacionales (ILARI);⁴⁶ y más tarde lo fue por la Fundación Ford.⁴⁷ El primer número de *Mundo Nuevo*, que apareció en julio de 1965, no sólo estuvo mucho más dedicado a la literatura que su predecesora, *Cuadernos*, sino que se presentó como un foro para el diálogo y la discusión. Su director era Emir Rodríguez Monegal, crítico uruguayo que había dirigido las páginas literarias del influyente semanario uruguayo “Marcha” entre 1943 y 1945, y nuevamente entre 1950 y 1957. Ardiente defensor de Borges, aficionado a la literatura anglosajona y opuesto a la politización del arte, se creía a sí mismo un misionero de la nueva oleada de la literatura latinoamericana. Su rivalidad personal con Ángel Rama, que venía de los años '40, fue inmediatamente inflada y exagerada por los dualismos de la Guerra Fría.⁴⁸

Mundo Nuevo no se excusó por tener su sede en París. El primer editorial declaró que su objetivo era “situar la cultura latinoamericana en un contexto que sea a la vez internacional y contemporáneo. Intentará iniciar un diálogo que trascienda las conocidas limitaciones del nacionalismo, los partidos políticos (sean nacionales o internacionales), y los conciliábulo literarios y artísticos. *Mundo Nuevo* no se someterá a las reglas de un juego anacrónico que ha tratado

de reducir toda la cultura latinoamericana a irreconciliables rivalidades de grupos y ha impedido la provechosa circulación de las ideas y los puntos de vista contrapuestos”.⁴⁹ Esta afirmación era poco sincera, habida cuenta que *Mundo Nuevo* había sido fundada expresamente para contrarrestar la influencia cubana. De todas formas, la revista consiguió efectivamente atraer a escritores: Carlos Fuentes, José Donoso, Augusto Roa Bastos, Cabrera Infante, Octavio Paz, y a escritores más jóvenes como el mexicano Gustavo Sainz. Algunos destacados escritores; Vargas Llosa y Julio Cortázar -rehusaron inicialmente colaborar, y otros- entre ellos García Márquez y Roa Bastos -llegaron a lamentar su colaboración cuando se demostró que la revista había sido indirectamente financiada por la CIA. Al cabo de sólo veinticinco números, y tras las revelaciones en Ramparts, la organización fundadora tomó la decisión de mudar la revista a Buenos Aires y Rodríguez Monegal renunció como director. Una declaración anónima en el número de agosto-septiembre de 1968 anunció que la revista se concentraría ahora en temas en lugar de en autores, específicamente en “los principales problemas de América Latina”, problemas que ciertamente no eran literarios. El traslado a Buenos Aires iba a resultar desastroso para la revista; no sólo fue boicoteada por la intelectualidad argentina, sino que el paso fue dado durante un período especialmente turbulento de censura y represión que precedió al retorno del General Perón.

Un interesante cambio resulta discernible entre *Cuadernos* y *Mundo Nuevo*, un cambio de lo universal (identificado con la cultura occidental) a un valor totalmente diferente: el del cosmopolitismo. El principal logro de *Mundo Nuevo* durante su período de París fue la visibilidad que permitió a las nuevas generaciones de novelistas latinoamericanos que ahora formaban parte de una hermandad de gran alcance que incluía también a escritores norteamericanos como Williams Burroughs y Edward Albee. Rodríguez Monegal tuvo la habilidad de incluir reseñas y referencias a escritores que no colaboraban con la revista, utilizando a menudo recuerdos personales para dar la impresión de estar en el centro de una *avant-garde* en rápido desarrollo.⁵⁰ Comparaba incluso a los nuevos novelistas con la “generación perdida” de escritores norteamericanos y se presentaba como su mecenas.

Mundo Nuevo se creó como respuesta al interés despertado por la Revolución Cubana en la imaginación de los escritores jóvenes, y a la influencia de la revista cubana *Casa de las Américas*, que era ampliamente distribuida pese a la censura que prevalecía en muchos países de América Latina. *Casa de las Américas* celebraba los movimientos de liberación del Tercer Mundo, el del Poder Negro en Estados Unidos, al guerrillero heroico y la tradición de anti-imperialismo latinoamericana compendiada en Martí. Otorgaba premios literarios en las categorías de novela, poesía, ensayo y cuento, los cuales eran luego publicados y distribuidos por toda Latinoamérica. Atractivamente ilustrada, *Casa de las Américas* respondía al viejo sueño de la *avant-garde* de cerrar la brecha entre la vida y el arte y de fomentar el compromiso con la causa de la emancipación; situaba a Latinoamérica como aliada de otras naciones del Tercer Mundo en la lucha contra el imperialismo. Representaba una nueva geografía cultural, cuyo centro se había apartado drásticamente de Europa.

Ante ese desafío, *Mundo Nuevo* no sólo intentó dejar en claro su ruptura con *Cuadernos* -proclamándose “la nueva”- sino que adoptó una posición conciliadora invocando “una cultura viva, proyectada al futuro, libre de dogma y esclavitudes fanáticas”.⁵¹ Sin duda el éxito internacional de los escritores latinoamericanos a comienzos de los '60 implicó una diferencia, y un punto fuerte de la revista fue su apoyo al significativamente llamado “boom” de la novela latinoamericana. *Mundo Nuevo* intentó -lo que no había hecho

Cuadernos- hacer constar la especificidad latinoamericana en una cultura internacional. Puede que el hecho de que la revista recibiera fondos de la CIA resulte de ese modo menos llamativo que la política cultural de su director. Emir Rodríguez Monegal fue con mucho el corazón de la empresa, aportando no sólo entrevistas y artículos sino también notas sobre congresos a los que había asistido y sobre debates culturales. Era intensamente crítico acerca del debate de la identidad nacional, y en una entrevista con Severo Sarduy en la que este último habló de “cubanidad”, él replicó que “entre paréntesis debo decir que después de haber soportado durante años la arbitrariedad y la mexicanidad, eso de la cubanidad, como palabra y no, desde luego, como concepto, me rechina un poco al oído”.⁵² Su afirmación de que casi todos los grandes escritores latinoamericanos habían vivido fuera de sus respectivos países contrastaba tajantemente con la opinión de Haydée Santamaría, directora de *Casa de las Américas*, que desaprobaba el que escritores latinoamericanos vivieran en Europa. Cuando el escritor guatemalteco Miguel Ángel Asturias ganó el premio Nobel de literatura, Rodríguez Monegal añadió una crítica indirecta (“El universalismo de Miguel Ángel Asturias”) e hizo referencia a Borges como un escritor cuya obra estaba “menos enraizada en lo telúrico o enraizada en un más europeizado y menos instintivo *tellus* que el de Guatemala”.⁵³ Aunque sin participar del rabioso anticomunismo de la época e incluso criticando ocasionalmente los errores estúpidos de la política estadounidense de la Guerra Fría, Monegal estuvo presto a marcar los gestos a menudo retóricos de los cubanos y sus partidarios, como por ejemplo el ataque a Pablo Neruda por asistir a una reunión del PEN club en Nueva York, y la retirada de los escritores pro-cubanos de una reunión de la Comunidad de Escritores en México en 1967 porque los escritores de izquierdas “no podían pertenecer a la misma comunidad que los escritores proimperialistas”.⁵⁴

Como crítico, puede que Rodríguez Monegal se haya sentido más cercano a los Nuevos Críticos y a su postura aparentemente apolítica, pero es incontestable que su principal objetivo durante su dirección de *Mundo Nuevo* fue la promoción de los novelistas latinoamericanos, y de ahí su interés en que fuesen recibidos en Europa y en Estados Unidos. Informando sobre la reunión del PEN club en Nueva York en junio de 1966, en la cual hubo una dramática confrontación entre Neruda y el disidente soviético Tarsis, Rodríguez Monegal criticó esa intromisión de las hostilidades de la Guerra Fría en lo que él consideraba un acontecimiento puramente cultural, y apoyó claramente la opinión de Carlos Fuentes de que la reunión “fue el entierro de la Guerra Fría en la literatura”. “El aislamiento y la ausencia de comunicación cultural sirven únicamente a la tiranía internacional de la cual son reliquias inútiles”, escribió.⁵⁵ Lo que él valoraba se resume mejor en su introducción a una entrevista con Borges. “En la conocida frase ‘escritor latinoamericano’ Borges pone el acento en la palabra ‘escritor’. Quienes en Latinoamérica han traficado con el color local, lo telúrico y el indigenismo, con la nacionalidad como salvoconducto para la mala literatura, fueron de pronto rectificadas por este joven que no había olvidado que su abuela era inglesa, ni que había aprendido alemán en Suiza, que su país (...) era una llanura de aluvión, una tierra en la que durante siglos se habían mezclado personas que hablaban lenguas muy diferentes”.⁵⁶ La literatura, afirmaba, no es *primordialmente* un documento social, sino ficción, poesía y pensamiento, y sobre todo lenguaje. “Borges, desarraigado y cosmopolita, representaba el valor literario en su máxima pureza”.

Pero ¿cómo logra esta pureza el lenguaje literario? Las ficciones de Borges ejemplificaban el ideal de la autonomía literaria. Sin embargo, puede que la perfección de esas ficciones haya existido al precio de una sensación de

deslealtad y traición con respecto a la patria y al linaje.⁵⁷ La ironía es que *Mundo Nuevo*, le guste o no al director, está implicada en la guerra cultural cuya existencia tuvo que reconocer en un momento dado. Cuando *Encounter*, *Mundo Nuevo* y varias publicaciones más fueron acusadas de recibir financiación de la CIA, Rodríguez Monegal reconoció amargamente que “la CIA y los corruptos de otras convicciones pueden pagar intelectuales sin que estos lo sepan. Lo que no pueden hacer es comprarlos”.⁵⁸ Esa fue también la línea adoptada por los responsables de *Encounter*. Pero como expresó Thomas Braden en su conocida descripción de la CIA, la idea era “legítimas organizaciones existentes; disfrazar el alcance del interés norteamericano; proteger la integridad de la organización no exigiéndole apoyar todos y cada uno de los aspectos de la política oficial estadounidense”.⁵⁹ A diferencia de Spender, quien reconocía que los intelectuales estaban siendo usados para una “propaganda gubernamental oculta”, Rodríguez Monegal continuó insistiendo en que la revista era independiente. En mayo de 1967, en una nota al lector, enfatizaba que *Mundo Nuevo* no es el órgano de ningún gobierno o partido, de ningún grupo o secta, de ninguna convicción religiosa o política, sino una publicación editada exclusivamente según las decisiones de su director, que es la única persona responsable de escoger el material que se publica. El vínculo entre *Mundo Nuevo* e ILARI (Instituto Latinoamericano de Relaciones Internacionales) es puramente funcional; a través de dicho instituto la revista recibe fondos únicamente de la Fundación Ford: nadie le impone a sus lectores y colaboradores esloganes nacionales o internacionales; la publicación no alberga dogmas de ningún color ni formula políticas para otros. Esta es una revista de diálogo.⁶⁰

Pero aunque el vínculo entre la organización de fachada y la CIA fuera “funcional”, su objetivo básico -el de apartar gradualmente de la influencia cubana a intelectuales importantes- se había cumplido. Lo “supiera” o no Rodríguez Monegal, eso era el que la revista defendía y representaba.

En el número de agosto de 1967, en un nuevo intento de clarificación, Rodríguez Monegal publicó una extensa explicación y defensa en la que incluía las revelaciones publicadas en el *New York Times* y en la revista *Ramparts* de que el Congreso por la Libertad de la Cultura, *Encounter* y otras publicaciones habían recibido fondos de la CIA. Aunque ahora reconocía haber sido engañado, sostenía también que “fuera la que fuese la fuente de financiación, la revista había conservado su independencia”. Reconociendo que efectivamente la CIA había manipulado a organizaciones durante la Guerra Fría, el director improvisaba una defensa cuya propia casuística reflejaba la sensación de traición. Como la Guerra Fría había terminado y a la CIA los intelectuales independientes ya no le eran útiles, se habían convertido en un engorro que era mejor desechar. ¿Qué mejor manera de deshacerse de ellos que dejar que se supiera que habían estado indirectamente financiados y que por lo tanto habían sido “agentes”? Así, concluía Rodríguez Monegal, “la CIA no necesita siquiera tomarse el trabajo de liquidarlos. En las filas de sus rivales encontrarán no sólo verdugos dispuestos, sino verdugos que se han estado preparando durante un largo período. La operación no podría ser más brillante”.⁶¹ Lo asombroso de esta penosa exculpación es que su estructura narrativa sale directamente de una novela de Le Carré, en la que el agente independiente bueno resulta siempre frustrado por las burocracias malas de ambos bandos. Rodríguez Monegal describía al intelectual independiente como un francotirador traicionado por los burocratas. “El mérito de la causa del intelectual independiente no es ni ha sido nunca cuestionado en el mundo contemporáneo. Esta crisis sólo demuestra

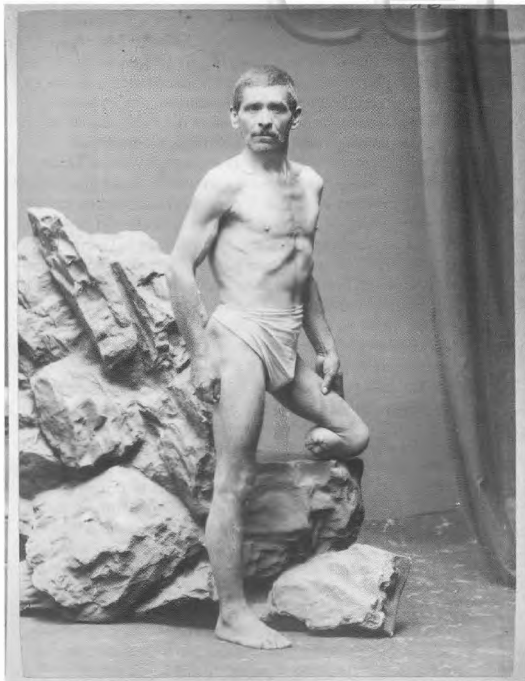
todavía más la necesidad de defender esto cada día a cualquier precio y contra todos los enemigos. Ahora la lucha comienza de nuevo". En una nota de despedida, declaró que la revista había sido desviada de la objetividad estética y política.⁶²

Pero había un problema más profundo: el de la valoración literaria. Rodríguez Monegal insistía cáusticamente en que el "boom" de la escritura latinoamericana (un término, *boom*, mancillado por su relación con la actividad mercantil) no tenía nada que ver con "la elocuente campaña de publicidad de las editoriales, ni con las manipulaciones del comunismo latinoamericano y/o internacional, ni con las actividades culturales de la CIA".⁶³ En una conferencia dada en Caracas poco después de las revelaciones acerca de la financiación por la CIA, abordó la cuestión de la valoración literaria, subrayando la enorme diversidad de proyectos que habían sido incluidos bajo el rótulo del "boom". Distinguía entre cuatro grupos de novelistas: innovadores tempranos, como Borges, Carpentier, Asturias; la generación representada por Guimarães Rosa, Cortázar y Rulfo, inventora de nuevas formas narrativas; una tercera generación que incluía a Clarice Lispector, José Donoso, Carlos Fuentes, Gabriel García Márquez y Cabrera Infante, cuya atención era atraída no sólo por la forma sino por las posibilidades creativas del idioma; y la generación más joven, para la que el medio es el mensaje, y que incluía a Néstor Sánchez, Manuel Puig y Severo Sarduy. Como todas las categorías, estas son cuestionables. Lo que resulta interesante acerca de ellas no es tanto su potencial heurístico como su jerarquía ascendente, que coloca a un grupo totalmente distinto (Sánchez, Puig y Sarduy) en el nivel más elevado de abstracción y por lo tanto de creatividad. Pero en la misma conferencia Rodríguez Monegal introdujo un relativismo que socava la autoridad de la evaluación. El crítico no puede despojarse de todo prejuicio. El truco consiste en reconocer ese prejuicio aún a costa de introducir la relatividad en el juicio. Su conclusión de que "la literatura debe ser en primer lugar literatura. Y la crítica, crítica",⁶⁴ parece simplemente una petición de principios. En primer lugar, ¿quién determina qué es literatura? ¿Qué instituciones (incluida la CIA) participan en la formación de los gustos y los tabúes? Si el propósito es incluir a los escritores latinoamericanos en un canon que comprende también a Faulkner, Proust y Alain Robbe Grillet, no se demuestra que ese canon posea una base más substancial que la del gusto. Tampoco era la financiación por la CIA un simple problema técnico. Su aprobación (aunque clandestina) respaldaba proyectos culturales que, desgajados de los proyectos de liberación nacional y de democratización de la cultura, contribuían a elevar al escritor a la estatura de héroe.⁶⁵

Mundo Nuevo prestó escasa atención a dos importantes avances de finales de la década de 1960: el surgimiento de la literatura del "Tercer Mundo" y la creciente influencia del mercado sobre la publicación y distribución de literatura.⁶⁶ Prácticamente el único artículo publicado en *Mundo Nuevo* en relación con la cultura del Tercer Mundo fue un comentario sobre la negritud tras el Festival Mundial del Arte Negro celebrado en Dakar en abril de 1966. Su autor, Clarivaldo Prado Valladares, presentó a Brasil como la solución humanística a los problemas raciales, en contraste con las implicaciones potencialmente segregacionistas de la negritud, una opinión que no era defendible a la luz de la investigación contemporánea.⁶⁷

El segundo asunto de la década de los '60 que fue prácticamente ignorado por la revista fue el desarrollo y la influencia de la industria de la cultura, un tema que preocupaba cada vez más a los críticos en Latinoamérica.

Siempre sensible a los cambios en las tendencias, Carlos Fuentes acababa de terminar su novela acertadamente titulada *Cambio de piel*, que pasa abruptamente de una narración existencial que describe un viaje real a Puebla, a un viaje en memoria de dos parejas que termina en un suceso cataclísmico. Fuentes había registrado rápidamente la entrada en escena de la cultura juvenil, y su reacción fue apropiarse de ella.⁶⁸ Fascinado por el pop y el camp, se dio cuenta también de que la intrusión de la cultura pop en las estructuras feudales de México cambiaba radicalmente la posición del escritor, que ya no podía pontificar desde la privilegiada postura del ilustrado. El repertorio de la cultura de masas estaba a disposición de cualquiera; estaba destruyendo la distinción entre cultura superior e inferior y sustituyéndola por mercados diversificados. En una entrevista con Rodríguez Monegal llegó a confesar: "No señor, ya no tenemos parnosos del espíritu ni arcadias del buen gusto: estamos metidos hasta el cuello en la lucha sin cuartel, hundidos como cualquier gringo o francés en el mundo de la competencia y los símbolos de status, el mundo de las luces de neón, de Sears-Roebuck y de las lavadoras, las películas de James Bond y los botes de sopa Campbell".⁶⁹ En otras palabras, Fuentes extendía una ambigua bienvenida a la cultura del consumidor. Respondiendo al clima cultural, el "cambio de piel" de Fuentes era un reconocimiento de que el éxito y la calidad no estaban necesariamente en armonía. Mientras que la Izquierda quería reemplazar la literatura con la política y pensaba de forma idealista que era posible resistirse a la influencia del mercado, los defensores de la libertad cultural acogían calurosamente la cultura aparentemente democrática del mercado, deseando al mismo tiempo conservar su privilegio de árbitros de las modas, algo que no tardaría en demostrarse imposible.



EL GIRO CONSERVADOR

Que el arte debía ser universal y el escritor libre eran los dos principios sostenidos tanto por *Cuadernos* como por *Mundo Nuevo*, aunque ninguno de los dos fuera examinado con cierto rigor. Les correspondería al poeta y ensayista Octavio Paz y al novelista peruano Mario Vargas Llosa el intentar dilucidarlo, lo que en ambos casos implicaba una autojustificación. Aunque de ninguno de los dos cabría decir que hubiera formado nunca parte de la Izquierda, los dos pasaron de una adhesión a ciertas nociones a grandes rasgos izquierdistas de justicia social, a posturas conservadoras que, en el caso de Vargas Llosa derivaron en una defensa acérrima del neoliberalismo. De hecho, resulta tentador observar ese viraje como semejante al de los intelectuales neoyorquinos que tras haber sido revolucionarios pasaron a respaldar al capital norteamericano.⁷⁰ La pública adopción de puntos de vista que eran anatemáticos para la Izquierda contribuyó a otorgar a los intelectuales conservadores el "permiso para hablar", por ejemplo en las páginas de las revistas *Plural* y *Vuelta*, de las que Paz era director. Paz y Vargas Llosa eran influyentes ensayistas políticos y culturales, y ambos utilizaron la televisión para ampliar su predicamento.⁷¹ Se encontraban en la incómoda posición de proclamar que estaban fuera o al margen del Estado al tiempo que disponían de un poder considerable en sus instituciones. Cada cual hacía una clara distinción entre su escritura literaria y la de sus ensayos políticos.

Octavio Paz fue un hijo de la Revolución Mexicana, durante la cual su padre actuó como representante legal de los zapatistas. De joven, Paz participó en el congreso de escritores antifascistas en España durante la guerra civil en este país, y más tarde pasó un tiempo en Yucatán, donde escribió sobre la situación del campesinado indígena que trabajaba en las plantaciones de pita.⁷² Pero en los años '40, Paz creó una poética y una teoría de la poesía que la convirtió en el remedio, la curandera de la modernidad desencantada y alienada. Inicialmente crítico del surrealismo, conoció a André Breton en París después de la Segunda Guerra Mundial y fue atraído por la poética de Breton y por su anticomunismo. Por supuesto que ésta es también la postura elegida por muchos intelectuales estadounidenses a quienes gustaba considerarse rebeldes, como nadando a contracorriente. Algunos de sus escritos políticos, agrupados bajo el título *Tiempo nublado*, fueron publicados el mismo año en que la misma editorial publicó otro libro sobre "tiempo", una colección de ensayos de Vargas Llosa titulada *Contra viento y marea*.⁷³

En el caso de ambos escritores la postura conservadora, por no hablar de la definida adhesión a las políticas neoliberales, fue una cristalización de convicciones ya presentes en su obra temprana, que se habían endurecido ante los ataques de la Izquierda. En 1943, Paz fue criticado por Neruda por falta de compromiso político y, en respuesta, acusó al chileno de que su literatura estaba "contaminada por la política y su política por la literatura". Al encontrar intolerable la situación en México, Paz pasó varios años fuera, en Estados Unidos y en Francia.⁷⁴ Vargas Llosa fue atacado por la revista cubana *Casa de las Américas* por no emplear el dinero del premio Rómulo Gallegos para una causa política. Pero su discrepancia con Cuba se amplió, sin embargo, con el caso Padilla.

Con ocasión de la reedición de su poesía, Paz solía modificar o suprimir referencias autobiográficas, y lo mismo hizo con los rastros de poesía socialmente comprometida anterior.⁷⁵ Pero ese proceso de purificación y abstracción era coherente con una poética que adjudicaba a la poesía el rango de religión, de ética e incluso de una política. La poesía es una religión herética en la tradición de los gnósticos y de los místicos, y promete una verdadera revolución, que restaurará

al ser dividido. Paz cerró su ensayo *Hijos del limo* con la grandilocuente afirmación de que "debamos edificar una Ética y una Política sobre la Poética del ahora. La política cesa de ser la construcción del futuro: su misión es hacer habitable el presente".⁷⁶ En su poesía y en sus ensayos, la forma verbal copulativa "es" resuelve todas las diferencias y en la imagen todo se puede transformar en todo lo demás. "Hombre, árbol de imágenes, palabras que son flores que son frutos que son actos".⁷⁷ El suprapersonal poético implica una limpieza de lo accidental en el espíritu de los místicos. El título de su colección de poemas, *Libertad bajo palabra*, si bien sugiere ciertas limitaciones a la libertad, hace no obstante de la "palabra" su fuente.

Para Paz, la poesía que no tiene necesidad de "teología, sacerdote, misión ni apóstoles" es siempre una transgresión.⁷⁸ Y por estar más allá de cualquier ideología, el poeta está excepcionalmente situado para imaginar "un hombre nuevo y una nueva sociedad en la que la inspiración y la razón, las fuerzas racionales y las irracionales, el amor y la sociedad, lo colectivo y lo individual, pudieran realizarse"⁷⁹; la poesía es uno de los pocos recursos para trascender el ser y para "encontrarse con lo profundo y primordial".⁸⁰ En sus ensayos sobre la poesía, en particular en *El arco y la lira*, Paz puso la poesía fuera del valor de cambio y fuera de la historia: "la poesía no se ha encarnado aún en la historia, la experiencia poética es un estado de excepción".⁸¹

En su misma abstracción, la escritura de Paz busca trascender las polaridades de la Guerra Fría. En su ensayo sobre el carácter mexicano *El laberinto de la soledad* había afirmado que las diferencias entre Oriente y Occidente son más superficiales que las que separan la civilización moderna de las del pasado. No hay una lucha entre dos civilizaciones, sólo una división en la civilización misma. Todos los seres humanos experimentan el nacimiento como un trauma, pero aunque esa separación traumática explica la soledad humana, también engendra el deseo de comunión que se realiza momentáneamente en el amor. En el amor, en el mito y en la comunión temporal de la fiesta, los antagonistas -vida y muerte- se fusionan. El mito -"enmascarado, oculto, escondido- aparece en todos los actos de nuestras vidas e interviene decisivamente en nuestra Historia; abre las puertas de la comunión". En una sorprendente conclusión de este ensayo que anticipa la tesis del "fin de la historia", aunque con una inflexión algo diferente, Paz habla de las modernas fiestas como expresión de la esperanza de que "la sociedad recobrará su libertad original y el hombre su primitiva pureza. Entonces la Historia se detendrá. El Tiempo (la duda, la forzosa elección entre el bien y el mal) ya no nos desgarrará. El reino del presente, de la perpetua comunión, retornará; la realidad se despojará de sus máscaras y finalmente la conoceremos y conoceremos a nuestros semejantes".⁸² Desde luego que en esta concepción de las cosas, la mujer es siempre la "otra": el objeto de deseo que permite al individuo perderse, anular la división primaria.

Pero si la poesía está fuera del alcance de la política, el poeta no lo está. Durante su carrera, Paz publicó numerosos ensayos políticos. En el curso de los años construyó una figura del poeta más allá del vil materialismo y autorizado a pronunciarse sobre toda clase de temas, aún cuando desde el margen, pues "como hombre de conciencia está al servicio del lenguaje". Pero sólo lo sirve cuando lo pone en cuestión: la literatura moderna es sobre todo la crítica del lenguaje.⁸³ Pero en su crítica política, a la vez que se declaraba inexperto, Paz adoptó una opinión omnisciente de la política en México, Europa oriental y occidental, China y las Américas, a las que caracterizó como fracasos distintos pero emparentados.⁸⁴ En *El laberinto de la soledad* y en *Posdata*, Paz recurre a la psicología para sostener que las sociedades se refugian tras una máscara que oculta el universalismo; actúa como un escudo, un

Balance del neoliberalismo:

lecciones para la izquierda

Económicamente, el neoliberalismo fracasó. No consiguió ninguna revitalización básica del capitalismo avanzado. Socialmente, al contrario, ha logrado muchos de sus objetivos creando sociedades marcadamente desiguales, aunque no tan desestabilizadas como quería. Política e ideológicamente, sin embargo, gracias a su intransigencia teórica y su dinamismo estratégico, ha logrado triunfar diseminando la idea de que no hay alternativas y que todos, partidarios y opositores, tienen que adaptarse a sus normas. Un adversario formidable, victorioso muchas veces en los últimos años, pero no invencible aunque apenas sabemos prever cuándo y dónde van a surgir otras fuerzas.

Perry Anderson

de reglas, para el futuro. Las condiciones para este trabajo no eran del todo favorables, ya que el capitalismo avanzado estaba entrando en una larga fase de auge sin precedentes -su edad de oro-, presentando el crecimiento más rápido de su historia durante las décadas de los 50 y 60. Por esta razón, no parecían muy verosímiles los avisos neoliberales de los peligros que representaba cualquier regulación del mercado por parte del Estado. La polémica contra la regulación social, entre tanto, tuvo una repercusión mayor. Hayek y sus compañeros argumentaban que el nuevo igualitarismo (muy relativo, por supuesto) de este período, promovido por el Estado de bienestar, destruía la libertad de los ciudadanos y la vitalidad de la competencia, de la cual dependía la prosperidad de todos. Desafiando el consenso oficial de la época, ellos argumentaban que la desigualdad era un valor positivo -en realidad imprescindible en sí mismo-, del que precisaban las sociedades occidentales. Este mensaje permaneció en el nivel de la teoría por más o menos 20 años.

La llegada de la gran crisis del modelo económico de posguerra, en 1973, cuando todo el mundo capitalista avanzado cayó en una larga y profunda recesión, combinando, por primera vez, bajas tasas de crecimiento con altas tasas de inflación, lo cambió todo. A partir de ahí las ideas neoliberales pasaron a ganar terreno. Las raíces de la crisis, afirmaban Hayek y sus compañeros, estaban localizadas en el poder excesivo y nefasto de los sindicatos y, de manera más general, del movimiento obrero, que había socavado las bases de la acumulación privada con sus presiones reivindicativas sobre los salarios y con su presión parasitaria para que el Estado aumentase cada más los gastos sociales. Esos dos procesos destruirían los niveles necesarios de beneficio de las empresas y desencadenarían procesos inflacionarios que no podían dejar de terminar en una crisis generalizada de las economías de mercado. El remedio, entonces, era claro: mantener un Estado fuerte, sí, en su capacidad de romper el poder de los sindicatos y en el control del dinero, pero parco en todos los gastos sociales y en las intervenciones económicas. La estabilidad monetaria debería ser la meta suprema de cualquier gobierno. Para eso era necesaria una disciplina presupuestaria, con la contención del gasto social y la restauración de una tasa "natural" de desempleo, o sea, la creación de un ejército de reserva de trabajo para quebrar a los sindicatos. Además, eran imprescindibles reformas fiscales para incentivar a los agentes económicos. En otras palabras, esto significaba reducciones de impuestos sobre las ganancias más altas y sobre las rentas. De esta forma, una nueva y saludable desigualdad volvería a dinamizar las economías avanzadas, entonces afectadas por la estanflación, resultado directo de los legados combinados de Keynes y Beveridge, o sea, la intervención anticíclica

y la redistribución social, las cuales habían deformado tan desastrosamente el curso normal de la acumulación y el libre mercado. El crecimiento retornaría cuando la estabilidad monetaria y los incentivos esenciales hubiesen sido restituidos.

LA OFENSIVA NEOLIBERAL EN EL PODER

La hegemonía de este programa no se realizó de la noche a la mañana. Llevó más o menos una década, los años 70, cuando la mayoría de los gobiernos de la OCDE -Organización Europea para el Comercio y el Desarrollo- trataba de aplicar remedios keynesianos a las crisis económicas. Pero, a final de la década, en 1979, surgió la oportunidad. En Inglaterra fue elegido el gobierno Thatcher, el primer régimen de un país capitalista avanzado públicamente empeñado en poner en práctica un programa neoliberal. Un año después, en 1980, Reagan llegó a la presidencia de los Estados Unidos. En 1982, Kohl derrotó al régimen social-liberal de Helmut Schmidt en Alemania. En 1983, Dinamarca, Estado modelo del bienestar escandinavo, cayó bajo el control de una coalición clara de derecha, el gobierno de Schluter. En seguida, casi todos los países de Europa Occidental, con excepción de Suecia y de Austria, también viraron a la derecha. A partir de ahí, la onda de derechización de esos años da un fundamento político para salir de la crisis del período. En 1978, la segunda guerra fría se agravó con la intervención soviética en Afganistán y la decisión norteamericana de incrementar una nueva generación de cohetes nucleares en Europa Occidental. El ideario del neoliberalismo había incluido siempre, como un componente central, el anticomunismo más intransigente de todas las corrientes de posguerra. El nuevo combate contra el imperio del mal -la servidumbre humana más completa a los ojos de Hayek- inevitablemente fortaleció el poder de atracción del neoliberalismo político, consolidando el predominio de una nueva derecha en Europa y en América. Los años 80 vieron el triunfo más o menos incontraído de la ideología neoliberal en esta región del capitalismo avanzado.

Ahora bien, ¿qué hicieron, en la práctica, los gobiernos neoliberales del período? El modelo inglés fue, al mismo tiempo, el pionero y el más puro. Los gobiernos Thatcher contrajeron la emisión monetaria, las tasas de interés, bajaron drásticamente los impuestos sobre los ingresos altos, abolieron los controles sobre los flujos financieros, crearon niveles de desempleos, aplastaron huelgas, impusieron una nueva legislación anti-sindical y cortaron los gastos sociales. Y finalmente -esa fue una medida sorprendente- se lanzaron a un amplio programa de privatización, comenzando con la vivienda pública y pasando en seguida a industrias básicas como el acero, la electricidad, el petróleo, el gas y el agua. Este paquete de medidas fue el más sistemático y ambicioso de todas las experiencias neoliberales en los países del capitalismo avanzado.

La variante norteamericana era bien distinta. En los Estados Unidos, donde casi no existía un Estado de bienestar del tipo europeo, la prioridad neoliberal era más la competencia militar con la Unión Soviética, concebida como una estrategia para tirar la economía soviética y, por esa vía, derribar el régimen comunista en Rusia. Se debe resaltar que, en la política interna, Reagan también redujo los impuestos en favor de los ricos, elevó las tasas de interés y aplastó la única huelga seria de su gestión. Pero, decididamente, no respetó la disciplina presupuestaria; al

contrario, se lanzó en una carrera armamentista sin precedentes, comprometiendo gastos militares enormes, que crearon un déficit público mucho mayor que cualquier otro presidente de la historia norteamericana. Pero ese recurso a un keynesianismo militar disfrazado, decisivo para una recuperación de las economías capitalistas de Europa Occidental y de América del Norte, no fue imitado. Sólo los Estados Unidos, a causa de su peso en la economía mundial, podían darse el lujo de un déficit masivo en la balanza de pagos que resultó de tal política.

En el continente europeo, los gobiernos de derecha de este período -a menudo de perfil católico- practicaron en general un neoliberalismo más cauteloso y matizado que las potencias anglosajonas, manteniendo el énfasis en la disciplina monetaria y en las reformas fiscales, más que en los cortes drásticos de los gastos sociales o en enfrentamientos deliberados con los sindicatos. Con todo, la distancia entre estas políticas y la de la socialdemocracia de los anteriores gobiernos era grande. Y mientras la mayoría de los países del norte de Europa elegía gobiernos de derecha empeñados en distintas versiones del neoliberalismo, en el sur del continente -territorio de De Gaulle, Franco, Salazar, Fanfani, Papadopoulos, etc.-, previamente una región mucho más conservadora políticamente, llegaban al poder, por primera vez, gobiernos de izquierda, llamados euro-socialistas: Mitterrand en Francia, González en España, Soares en Portugal, Craxi en Italia, Papandreu en Grecia. Todos se presentaban como una alternativa progresista, basada en movimientos obreros o populares, contrastando con la línea reaccionaria de los gobiernos de Reagan, Thatcher, Kohl y otros del norte de Europa. No hay duda, en efecto, de que por lo menos Mitterrand y Papandreu, en Francia y en Grecia, se esforzaron genuinamente en realizar una política de deflación y redistribución, de pleno empleo y de protección social. Fue una tentativa de crear un equivalente en el sur de Europa de lo que había sido la socialdemocracia de posguerra en el norte del continente en sus años de oro. Pero el proyecto fracasó, y ya en 1982 y 1983 el gobierno socialista en Francia se vio forzado por los mercados financieros internacionales a cambiar su curso dramáticamente y reorientarse para hacer una política mucho más próxima a la ortodoxia neoliberal, con prioridad para la estabilidad monetaria, la contención presupuestaria, las concesiones fiscales a los capitalistas y el abandono del pleno empleo. A final de la década, el nivel de desempleo en Francia era más alto que en la Inglaterra conservadora, como Thatcher se jactaba en enseñar. En España, el gobierno de González nunca trató de realizar una política keynesiana o redistributiva. Al contrario, desde el inicio el régimen del partido en el poder se mostró firmemente monetarista en su política económica: gran amigo del capital financiero, favorable al principio de la privatización y sereno cuando el desempleo en España alcanzó rápidamente el récord europeo de 20% de la población activa.

En cuanto a ello, en el otro extremo del mundo, en Australia y Nueva Zelandia, el mismo patrón asumió proporciones verdaderamente dramáticas. Sucesivos gobiernos laboristas sobrepasaron a los conservadores locales de derecha con programas de un neoliberalismo radical -Nueva Zelandia es probablemente el ejemplo más extremo de todo el mundo capitalista avanzado, desmontando el Estado de bienestar mucho más completa y ferocemente que Thatcher en Inglaterra.

EL SEGUNDO ALIENTO DE LOS GOBIERNOS NEOLIBERALES

Lo que demostraban estas experiencias era la hegemonía alcanzada por el neoliberalismo como ideología. En un principio, solamente gobiernos explícitamente de derecha radical se atrevían a poner en práctica políticas neoliberales; después, cualquier gobierno, inclusive los que se autoproclamaban y se acreditaban como de izquierda, podían rivalizar con ellos en celo neoliberal. El neoliberalismo había comenzado tomando a la socialdemocracia como su enemiga central, en países de capitalismo avanzado, provocando una hostilidad recíproca por parte de la socialdemocracia. Después, los gobiernos socialdemócratas se mostraron más resueltos en aplicar políticas neoliberales. No en toda la socialdemocracia: al final de los años 80, Suecia y Austria aún resistían la onda neoliberal de Europa. Y fuera del continente europeo, el Japón continuaba también exento de cualquier tentación neoliberal. Pero, en los demás países de la OCDE, las ideas de la Sociedad de Mont Pélerin habían triunfado plenamente (...). El proyecto neoliberal continuó demostrando una vitalidad impresionante. La agenda política sigue estando dictada por los parámetros del neoliberalismo, aún cuando en su momento de actuación económica parece ampliamente estéril o desastroso. ¿Cómo explicar este segundo aliento en el mundo capitalista avanzado?

Una de sus razones fundamentales fue claramente la victoria del neoliberalismo en otra área del mundo, o sea, la caída del comunismo en Europa oriental y en la Unión Soviética, del 89 al 91, exactamente en el momento en que los límites del neoliberalismo en el propio Occidente se tornaban cada vez más obvios. Pues la victoria de Occidente en la guerra fría, con el colapso de su adversario comunista, no fue triunfo de cualquier capitalismo, sino del tipo específico liderado y simbolizado por Reagan y Thatcher en los años 80. Los nuevos arquitectos de las economías poscomunistas en el Este, gente como Balcerowicz en Polonia, Gaidar en Rusia, Clais en la República Checa, eran seguidores convictos de Hayek y Friedman con un menosprecio total por el keynesianismo y por el Estado del bienestar, por la economía mixta y, en general, por todo modelo dominante del capitalismo occidental del período de posguerra. Estos liderazgos políticos preconizaron y realizaron privatizaciones mucho más amplias y rápidas de las que se habían hecho en Occidente. Para sanear sus economías, promovieron caídas de la producción infinitamente más drásticas de las que se ensayaron en Occidente. Y promovieron grados de desigualdad -sobre todo de empobrecimiento de la mayor parte de la población- mucho más brutales de los que se han visto en los países de Occidente. No hay neoliberales más intransigentes en el mundo que los “reformadores” del Este. (...) Por supuesto, este tipo de extremismo neoliberal, por influyente que sea en los países poscomunistas, también desencadenó una reacción popular, como se pudo ver en las posteriores elecciones en Polonia, Hungría y Lituania, donde partidos ex-comunistas ganaron. Pero, en la práctica, sus políticas de gobierno no se distinguieron mucho de las de sus adversarios declaradamente neoliberales. La deflación, el desmantelamiento de los servicios públicos, las privatizaciones, el crecimiento del capital corrupto y la polarización social siguen, un poco menos rápidamente, por el mismo rumbo. Una analogía con el eurosocialismo del sur de Europa se hace evidente. En ambos casos, se trata de una variante mansa -al menos en el

discurso, si no siempre en las acciones- de un paradigma neoliberal común a la derecha y a la izquierda oficial. El dinamismo continuado del neoliberalismo como fuerza ideológica a escala mundial está sustentado en gran parte, hoy, por este “efecto de demostración” del mundo pos-soviético. Los neoliberales pueden ufanarse de estar frente a una transformación socioeconómica gigantesca, que va a perdurar por décadas.

El impacto del triunfo neoliberal en el Este europeo tardó en sentirse en otras partes del globo, particularmente, podría decirse, aquí en América Latina, que hoy en día se convierte en el tercer gran escenario de experimentaciones neoliberales. De hecho, aunque en su conjunto le ha llegado la hora de las privatizaciones masivas después de los países de la OCDE y de la antigua Unión Soviética, genealógicamente este continente fue testigo de la primera experiencia neoliberal sistemática del mundo. Me refiero, está claro, a Chile bajo la dictadura de Pinochet. Aquel régimen tiene el mérito de haber sido el verdadero pionero del ciclo neoliberal de la historia contemporánea. El Chile de Pinochet comenzó sus programas de manera dura: desregulación, desempleo masivo, represión sindical, redistribución de la renta a favor de los ricos, privatización de los bienes públicos. Todo esto comenzó en Chile, casi una década antes de Thatcher. En Chile, naturalmente, la inspiración teórica de la experiencia pinochetista era más norteamericana que austríaca. Friedman, y no Hayek, como era de esperarse en las Américas. Pero es de notar que la experiencia chilena de los años 70 interesó muchísimo a ciertos consejeros británicos importantes para Thatcher, y que siempre existieron excelentes relaciones entre los dos regímenes en los años 80. El neoliberalismo chileno, obviamente, presuponia la abolición de la democracia y la instalación de una de las más crueles dictaduras de la posguerra. Pero la democracia en sí misma -como explicaba incansablemente Hayek- jamás había sido un valor central del neoliberalismo. La libertad y la democracia, explicaba Hayek, podían tornarse fácilmente incompatibles, si la mayoría democrática decidiese interferir en los derechos incondicionales de cada agente económico de disponer de su renta y sus propiedades como quisiese. En ese sentido, Friedman y Hayek podían ver con admiración la experiencia chilena, sin ninguna inconsistencia intelectual o compromiso de principios. Pero esta admiración fue realmente merecida, dado que a diferencia de las economías del capitalismo avanzado bajo los regímenes neoliberales en los 80-, la economía chilena creció a un ritmo bastante rápido bajo el régimen de Pinochet, como lo sigue haciendo con la continuidad político económica de los gobiernos pospinochetistas de los últimos años.

Si Chile fue, en este sentido, una experiencia piloto para el nuevo neoliberalismo en los países avanzados de Occidente, América Latina también proveyó la experiencia piloto para el neoliberalismo del Este pos-soviético. Aquí me refiero a Bolivia, donde, en 1985, Jeffrey Sachs perfeccionó su tratamiento de shock, aplicado más tarde en Polonia y en Rusia, pero preparado originariamente para el gobierno de Banzer, después aplicado imperturbablemente por Víctor Paz Estenssoro, cuando sorprendentemente este último fue electo presidente en lugar de Banzer. En Bolivia, la puesta en marcha de la experiencia no tenía necesidad de quebrar a un movimiento obrero poderoso, como en Chile, sino parar la hiperinflación. El régimen que adoptó el plan de Sachs no era una dictadura, sino el heredero del partido populista que había hecho la

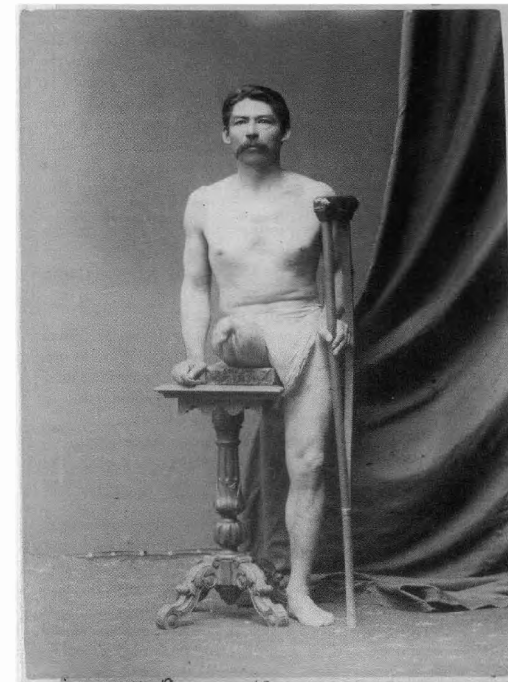
revolución social de 1952. En otras palabras, América Latina también inició una variante neoliberal “progresista”, difundida más tarde en el sur de Europa, en los años del eurosocialismo. Pero Chile y Bolivia eran experiencias aisladas hasta finales de los años 80.

El viraje continental en dirección al neoliberalismo no comenzó antes de la presidencia de Salinas, en México, en 1988, seguido de la llegada al poder de Menem, en Argentina, en 1989, de la segunda presidencia de Carlos Andrés Pérez en el mismo año, en Venezuela y de la elección de Fujimori en el Perú, en el 90. Ninguno de esos gobernantes confesó al pueblo, antes de ser electo, lo que efectivamente hizo después. Menem, Carlos Andrés y Fujimori, además, prometieron exactamente lo opuesto a las políticas radicalmente antipopulistas que implementaron en los años 90. Y Salinas, notoriamente, no fue siquiera electo, sino que robó fraudulentamente las elecciones.

De las cuatro experiencias vividas en esta década, podemos decir que tres registraron éxitos impresionantes a corto plazo -México, Argentina y Perú- y una fracasó: Venezuela. La diferencia es significativa. La condición política de la deflación, de la desregulación, del desempleo, de la privatización de las economías mexicana, argentina y peruana fue una concentración del poder ejecutivo formidable: algo que siempre existió en México, un régimen de partido único, pero Menem y Fujimori tuvieron que innovar con una legislación de emergencia, autogolpes y reforma de la Constitución. Esta dosis de autoritarismo político no fue factible en Venezuela, con su democracia partidaria más continua y sólida que en cualquier otro país de América del Sur, el único que escapó de las dictaduras militares y regímenes oligárquicos desde los años 50: de ahí el colapso de la segunda presidencia de Carlos Andrés. Pero sería arriesgado concluir que solamente regímenes autoritarios pueden imponer con éxito políticas neoliberales en América Latina. El caso de Bolivia, donde todos los gobiernos electos después de 1985, tanto el de Paz Zamora como el de Sánchez Losada, continuaron con la misma línea, está ahí para comprobarlo. La lección que deja la larga experiencia boliviana es ésta: hay un equivalente funcional al trauma de la dictadura militar como mecanismo para inducir democrática y no coercitivamente a un pueblo a aceptar las más drásticas políticas neoliberales. Este equivalente es la hiperinflación. Sus consecuencias son muy parecidas.

LAS LECCIONES DEL NEOLIBERALISMO PARA LA IZQUIERDA

La pregunta que queda abierta es si el neoliberalismo encontrará más o menos resistencia a su implementación duradera, aquí en América Latina, de la que encontró en Europa Occidental y en la antigua URSS. ¿Será el populismo -o el laborismo- latinoamericano un obstáculo más fácil o más difícil para la realización de los planes neoliberales que la socialdemocracia reformista o el comunismo? Sin duda, la respuesta va a depender también del destino del neoliberalismo fuera de América Latina, donde continúa avanzando en tierras hasta ahora intocadas por su influencia. ¿Por cuánto tiempo estos países permanecerán fuera de la influencia del neoliberalismo? Todo lo que podemos decir es que éste es un movimiento ideológico a escala verdaderamente mundial, como el capitalismo jamás había producido en el pasado. Se trata de un cuerpo de doctrina coherente, autoconsistente, militante, lúcida y decididamente a transformar todo el mundo a su



imagen, en su ambición estructural y en su extensión internacional. Algo mucho más parecido al antiguo movimiento comunista que al liberalismo ecléctico y distendido del siglo pasado.

En este sentido, cualquier balance actual del neoliberalismo sólo puede ser provisório. Es un movimiento aún inacabado. Por el momento, sin embargo, es posible dar un veredicto sobre su actuación en los países más ricos del mundo, única área donde sus frutos parecen, podría decirse, maduros. Económicamente, el neoliberalismo fracasó. No consiguió ninguna revitalización básica del capitalismo avanzado. Socialmente, al contrario, ha logrado muchos de sus objetivos, creando sociedades marcadamente más desiguales, aunque no tan desestigmatizadas como quería. Política e ideológicamente, sin embargo, ha logrado un grado de éxito probablemente jamás soñado por sus fundadores, diseminando la simple idea de que no hay alternativas para sus principios, que todos, partidarios u opositores, tienen que adaptarse a sus normas. Probablemente ninguna sabiduría convencional consiguió un predominio tan abarcativo desde principios de siglo como la neoliberal hoy. Este fenómeno se llama hegemonía, aunque, naturalmente, millones de personas no crean en sus recetas y resisten sus regímenes. La tarea de sus opositores es ofrecer otras recetas y preparar otros regímenes. Pero apenas sabemos cómo prever cuándo y dónde van a surgir. Históricamente, el momento de viraje de una ola es una sorpresa.

He focalizado y enfatizado deliberadamente la fuerza, tanto intelectual como política, del neoliberalismo. O sea, su energía y su intransigencia teórica, su dinamismo estratégico todavía no agotado. Creo que es necesario e imprescindible

subrayar estos trazos si queremos combatir eficazmente, a corto y largo plazo, el neoliberalismo. Una de las máximas más importantes de Lenin, de cuya herencia la izquierda en todas partes sigue precisando, fue ésta: jamás subestimar al enemigo. Es peligroso ilusionarse con la idea de que el neoliberalismo es un fenómeno frágil o anacrónico. Continúa siendo una amenaza activa y muy poderosa, tanto aquí en América Latina como en Europa y en otras partes. Un adversario formidable, victorioso muchas veces en los últimos años, pero no invencible.

Si miramos las perspectivas que podrían emerger más allá del neoliberalismo vigente, buscando orientarnos en la lucha política contra él, no debemos olvidar tres lecciones básicas dadas por el propio neoliberalismo.

Primera lección: no tener ningún miedo de estar contra la corriente política de nuestro tiempo. Hayek, Friedman y sus socios tuvieron el mérito -mérito entendido a los ojos de cualquier burgués inteligente de hoy- de realizar una crítica radical del statu quo, cuando hacerlo era muy impopular y perseverar en una postura de oposición marginal durante un largo período, cuando el saber convencional los trataba como a excéntricos o locos, hasta el momento en que las condiciones históricas cambiaron y su oportunidad política llegó.

Segunda lección: no transigir en las ideas, no aceptar ninguna dilución de los principios. Las teorías neoliberales fueron extremas y marcadas por su falta de moderación, una iconoclasia chocante para los bienpensantes de su tiempo. Pero por ello no perdieron eficacia. Al contrario, fue precisamente el radicalismo, la dureza intelectual del temario neoliberal, la que le aseguró una vida tan vigorosa y una influencia tan abrumadora. El neoliberalismo es lo

opuesto de un pensamiento débil, para usar un término de moda inventado por algunas corrientes posmodernistas para avalar teorías eclécticas y flexibles. El hecho de que ningún régimen político realizó jamás la totalidad del sueño neoliberal no es una prueba de su ineficacia práctica; al contrario, fue solamente porque la teoría neoliberal era tan intransigente, que gobiernos de derecha pudieron llegar a políticas tan drásticas: la teoría neoliberal proveía, en sus principios, una especie de temario máximo en el que los gobiernos podían elegir los ítems más oportunos, según sus conveniencias coyunturales políticas o administrativas. El maximalismo neoliberal, en este sentido, fue altamente funcional. Proveía un repertorio muy amplio de medidas radicales posibles, ajustables a las circunstancias. Y al mismo tiempo, demostró el largo alcance de la ideología neoliberal, su capacidad de abarcar todos los aspectos de la sociedad, y así jugar el papel de una visión verdaderamente hegemónica del mundo.

Tercera lección: no aceptar como inmutable ninguna institución establecida. Cuando el neoliberalismo era un fenómeno menospreciado y marginal, durante el gran auge del capitalismo de los años 50, parecía inconcebible al consenso burgués de aquel tiempo crear desempleo a cerca de 40 millones de personas en los países ricos sin provocar trastornos sociales. Parecía impensable proclamar abiertamente la redistribución de los ingresos de los pobres a los ricos en nombre del valor de la desigualdad; parecía inimaginable privatizar no sólo el petróleo, sino también el agua, el correo, los hospitales, las escuelas, hasta las prisiones. Pero, como sabemos, todo esto se comprobó factible cuando la correlación de fuerzas cambió con la larga recesión. El mensaje de los neoliberales fue, en este sentido, electrificante en las sociedades capitalistas. Ninguna institución, por más consagrada y familiar que sea, es, en principio, intocable. El paisaje institucional es mucho más maleable de lo que se cree.

MÁS ALLÁ DEL NEOLIBERALISMO

El pensador brasileño-norteamericano Roberto Mangabeira Unger, teorizó desde la izquierda este rasgo histórico más sistemáticamente que cualquier pensador de la derecha, dándole una fundamentación histórica y filosófica en su libro *Plasticidad y Poder*. Pero este es un bello tema bien marxista: "todo lo sólido se disuelve en el aire", proclamó el Manifiesto Comunista. Ahora bien, una vez recordadas estas lecciones del neoliberalismo, ¿Cómo encarar su superación? ¿Cuáles serían los elementos de una política capaz de barrerlo? El tema es amplio: voy a indicar aquí solamente tres elementos de un posible pos-neoliberalismo.

1. **Los valores.** Tenemos que atacar sólida y agresivamente el terreno de los valores, resaltando el principio de igualdad como el criterio central de cualquier sociedad verdaderamente libre. Igualdad no quiere decir uniformidad, como afirma el neoliberalismo, sino al contrario, la única auténtica diversidad. El lema de Marx conserva toda, absolutamente toda su vigencia pluralista: "A cada uno según sus necesidades, de cada uno según sus capacidades". La diferencia entre los requisitos, los temperamentos, los talentos de las personas, está expresamente grabada en esta concepción clásica de una sociedad igualitaria y justa. ¿Qué significa esto hoy en día? Es una igualación de las posibilidades reales de cada ciudadano de vivir una vida plena, según el patrón que escoja, sin carencias o desventajas debido a los privilegios de otros, comenzando, por supuesto, por iguales

oportunidades de salud, educación, vivienda y trabajo. En cada una de estas áreas, no hay ninguna posibilidad de que el mercado pueda proveer ni siquiera el mínimo requisito de acceso universal a los bienes imprescindibles en cuestión. Solamente una autoridad pública puede garantizar la protección contra la enfermedad, la promoción de conocimientos y de cultura y la provisión de protección y empleo para todos. Göran Therborn insistió con elocuencia, y yo estoy de acuerdo, en la necesidad de defender el principio del Estado de bienestar. Pero, también, lo amplió, a lo que necesitamos dramáticamente en los países latinoamericanos, aunque también en Inglaterra y Suecia: no solamente defender sino extender redes de protección social, no confiando necesariamente su gestión a un Estado centralizado. Para alcanzar ese fin es necesaria una fiscalización absolutamente distinta de la que existe hoy en los países desarrollados o en vías de desarrollo. No es necesario subrayar aquí el escándalo material y moral del sistema impositivo en Brasil o Argentina. Se debe apenas subrayar que la evasión fiscal por parte de los sectores ricos o meramente acomodados, no es solamente un fenómeno de lo que alguna vez se llamó el Tercer Mundo, sino también y cada vez del propio Primer Mundo. Si no siempre es aconsejable entregar la provisión de los servicios públicos al Estado centralizado, la extracción de los recursos necesarios para financiar estos servicios, esta sí es una función intransferible del Estado. Pero, para esto, se precisa un Estado fuerte y disciplinado, capaz de romper la resistencia de los privilegiados y bloquear la fuga de los capitales que cualquier reforma tributaria desencadenaría. Todo discurso antiestatista que ignore esta necesidad, es demagógico.

2. **La propiedad.** La mayor hazaña histórica del neoliberalismo ciertamente fue la privatización de las industrias y los servicios estatales. Aquí se consumó su larga cruzada antisocialista. Paradójicamente, lanzándose a tal proyecto ambicioso, tuvo que inventar nuevos tipos de propiedad privada, como, por ejemplo, los certificados distribuidos gratis a cada ciudadano en la República Checa o Rusia, dándoles derecho a una proporción igual en acciones de las nuevas empresas privadas. Estas operaciones, claro está, van a ser a final de cuentas, una farsa: esas acciones, tan equitativamente distribuidas, son luego adquiridas por especuladores extranjeros o mafiosos locales. Pero, lo que esas operaciones demostrarán, es que no hay ninguna ilegitimidad o inmutabilidad en el patrón tradicional de la propiedad burguesa de nuestros países. Nuevas formas de propiedad popular serán inventadas, formas que separen las funciones de la rígida concentración de poderes en la clásica empresa capitalista de hoy. Este fue otro de los grandes temas en la obra de Mangabeira Unger, y se volvió hoy tema de los trabajos del gran teórico económico marxista estadounidense John Roemer, en una nueva obra cuyo título es *Un futuro para el socialismo*, donde propone un plan institucional al mismo tiempo audaz y riguroso, induciendo la distribución de dividendos a cada ciudadano, extraídos directamente de las ganancias medias de las empresas privadas, como un primer escalón para una socialización posterior más profunda.

Existe hoy una discusión mucho más rica en los países occidentales sobre este tema: la invención de nuevas formas de propiedad popular, con muchas contribuciones y diversas propuestas. Pero el tema está lejos de ser sólo una preocupación de los países ricos. Al contrario, mucho de la discusión más reciente se desprende directamente de

la observación de formas mixtas de empresas colectivas chinas. Las famosas TVES, o sea, las llamadas empresas municipales y de aldeas, que hoy son el motor central del milagro chino, una economía que registra el único crecimiento realmente vertiginoso del mundo contemporáneo. Hay en China formas de propiedad, tanto industrial como agraria, ni privada ni estatal, pero colectiva, ejemplos vivos de una experiencia social creativa que demuestra un dinamismo sin par en el mundo actual.

3. **La democracia.** El neoliberalismo tuvo la audacia de decir abiertamente: la democracia representativa que tenemos no es en sí un valor supremo; al contrario, es un instrumento intrínsecamente falible, que fácilmente puede tornarse excesivo y de hecho lo hace. Su mensaje provocador era: precisamos menos democracia. De ahí, por ejemplo, su insistencia en un banco central jurídico -y totalmente- independiente de cualquier gobierno, o sea, de una constitución que prohíbe taxativamente el déficit presupuestario. Aquí también debemos tomar e invertir su lección emancipadora, y pensar que la democracia que tenemos -si la tenemos- no es un ídolo a adorar, como si fuese la perfección final de la libertad humana. Es algo provisorio y defectuoso, que se puede remodelar. El rumbo del cambio debería ser lo opuesto del neoliberalismo: precisamos de más democracia. Esto no quiere decir, está claro, una supuesta simplificación del sistema de voto, aboliendo la representación proporcional en favor de un mecanismo al estilo norteamericano, como ha sido preconizado, a veces, por distintos estadistas en América Latina. Esta es una propuesta descaradamente reaccionaria, queriendo imponer aquí un sistema tan antidemocrático que, en los propios Estados Unidos, ni siquiera vota en las elecciones la mitad de la población. Tampoco más democracia quiere decir conservar o fortalecer el presidencialismo. Tal vez la peor de las importaciones extranjeras a América Latina históricamente haya sido la servil imitación de la constitución de los Estados Unidos del siglo XVIII, que ahora está siendo imitada por los nuevos gobernantes semicoloniales de Rusia. No, una democracia profunda exige exactamente lo opuesto de este poder plebiscitario. Exige un sistema parlamentario fuerte, basado en partidos disciplinados, con financiamiento público equitativo y sin demagogias cesaristas. Sobre todo, exige una democratización de los medios de comunicación, cuyo monopolio en manos de grupos capitalistas más superconcentrados y prepotentes, es incompatible con cualquier justicia electoral o soberanía democrática real.

En otras palabras, estos tres temas pueden ser traducidos al vocabulario clásico: son las necesarias formas modernas de la libertad, igualdad y -no digamos fraternidad, palabra un tanto sexista- solidaridad. Para realizarlas precisamos un espíritu sin complejos, seguro, agresivo -diría no menos alegremente feroz de lo que fue en su origen el neoliberalismo. Esto sería lo que un día, tal vez, se llame neosocialismo. Sus símbolos no serán verbosíacos: ni la arrogancia de un águila, ni un burro de lenta sagacidad, ni una paloma de pacífica conciliación. Los símbolos más viejos, aquellos instrumentos de trabajo y de guerra, capaces de martillar o de cosechar tal vez volverán a ser los más apropiados.

Este texto reproduce una conferencia que dictó el historiador Perry Anderson en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires en 1995 y que fue publicada por la revista *El Rodaballo* (Año II, N. 3, Verano 1995/96), Buenos Aires.



El ciberdinero

o los dedos de la mano invisible

La decisión de Nixon, tomada en 1971, de suspender definitivamente toda convertibilidad del dólar a oro no es sólo un hecho decisivo en la historia de la economía sino una decisión semiótica. Es la noción misma de representación la que se encuentra cuestionada por esta ruptura simbólica que, al dar vuelta la relación entre valor y sustituto, abre todo un nuevo imaginario de la moneda. Liberada de toda referencia última al oro, desmaterializada, la mediación cambiaria –en un movimiento paralelo al que transforma las teorías culturales del signo y la escritura- pasa de lo corpóreo a lo analógico, de lo analógico a lo digital, y entra en el abismo de la economía virtual por vía de la transmisión electrónica.

El poder de las nuevas tecnologías mediáticas no proviene, lo sabemos, de las ideas que transportan sino del cambio que éstas imponen en silencio en nuestra vivencia cotidiana del mundo, y de la manera en que modifican la relación entre los signos y las cosas, las imágenes y la realidad, las ideas y las acciones, la percepción de uno mismo y de los demás. La escritura alfabética, contemporánea de la invención de la moneda, no es solamente una representación visual de la palabra hablada, que recurre a un repertorio limitado de signos llamados letras, sino lo que le permite al lenguaje desprenderse de la voz, de la presencia viva del locutor y del interlocutor, para adquirir una existencia que parece independiente.

Platon tiene razón en preocuparse de saber en qué se convierte un escrito, en ausencia de su autor. Le teme a un corte, una ruptura, una autonomización del signo lingüístico en relación a la presencia viva del locutor que ya no es, desde ese momento, capaz de defender y explicar su punto de vista al receptor, ni de ajustar su discurso en función de las cualidades siempre singulares del destinatario. La escritura, siempre testamentaria, al abrir otro mundo que el de la palabra viva, pudo ser vívida como pérdida.

Pero Demócrito y Epicuro, por su lado, hicieron de la combinatoria de las letras un nuevo modo, positivo, de pensar el mundo; un nuevo modelo de visión del cosmos que no es otro que la concepción atómica del mundo. Las palabras, que designan una gran variedad de cosas, están todos compuestas por las mismas letras y sólo varía el orden. Lo mismo ocurre con los átomos cuya existencia postulan: partículas elementales, todas de naturaleza simple, pero que, combinadas las unas con las otras, crean la multitud variada e infinita de las sustancias del mundo. Con la letra, ya no como riesgo de alienación sino como modelo de formación e información del cosmos, Demócrito y Epicuro saltan a lo digital.

Moneda y escritura tienen destinos paralelos. El alfabeto es el momento comerciante de la escritura. La moneda es el momento alfabético de la economía. En la letra y la

economía puede reconocerse el mismo principio de reducción de lo múltiple al uno. Un elemento único sirve de medida y expresión de una multiplicidad. La moneda es el equivalente general de las mercancías, la forma de remitir al mismo valor el conjunto abigarrado y heterogéneo de los servicios y de los bienes. El sonido de la voz (y, después, la letra que lo representa) es el equivalente general de todo lo que puede significar en el mundo. Un repertorio finito de signos (fónicos y luego gráficos) puede representar, expresar, traducir, la infinita variedad de la significación. El paralelismo entre la moneda y el lenguaje tiene numerosas ramificaciones, tanto estructurales como históricas. Pero en la actualidad, se entrecruzan más que nunca ya que el carácter informacional de la moneda se revela más que claramente en la medida en que ella entra en su proceso de desmaterialización. Se hace cada vez más evidente que la moneda es lenguaje, transmisión de una información, y no sólo desplazamiento de un cuerpo material, garantía de valor entre un agente que se lo cede a otro para su apropiación. La moneda digital se inscribe en esta tendencia veloz de la moneda hacia la desmaterialización, que pasa por la transmisión electrónica.

Con la aparición sucesiva del billete (reemplazando la especie metálica de reserva) y luego del cheque firmado manualmente por su emisor a nombre de un beneficiario que se hará pagar por intermedio de un banco, y luego de la tarjeta de crédito (o de pago) certificando la identidad magnética y garantizando la comunicación instantánea con el banco, se despliega una rápida historia del medio monetario: una historia que pasa de lo material a lo virtual, de lo analógico a lo digital. La moneda antes se pesaba, luego se imprimía y se escribía manualmente, hoy se transcribe electrónicamente. Nuestro modo de representación, nuestras concepciones de lo real, del tiempo, de la materialidad y de la simbolicidad, de la interacción social, nuestra relación con lo simbólico y nosotros mismos, no pueden sino encontrarse transformados por estas nuevas praxeologías monetarias.

La noción de una moneda-mercancía era la que todavía manejaban todos los economistas del siglo pasado. Se borró esa noción frente a la moneda nominal, que primero pretendió obtener su legitimidad de su convertibilidad al metal amarillo que funcionaba como garantía absoluta. Se decía que el billete de banco representaba el oro. Esto coincidía con un régimen estético de representación (tanto en la novela como en la pintura) que se fundaba en el axioma intangible de la economía política, en la circulación del oro mismo o, al menos, en la sustitución del metal precioso por signos que lo representaban inmediatamente.

Todo ocurre como si el nexo de representación fiel, verídico, entre el lenguaje y las cosas, o entre el cuadro y el mundo visible que exigía la estética realista, tuviera que ver con la relación de sustitución siempre posible, inmediata, tranquilizadora, entre la moneda-oro y las mercancías que ésta podía comprar, o bien entre los billetes y el oro que

Jean-Joseph Goux

representan y que, indirectamente, compraban la mercancía. En Balzac, la estética literaria realista va acompañada, en el contenido mismo, de una referencia constante al oro. El personaje de Gobseck, por ejemplo, declara que el oro es la única cosa material cuyo valor sea seguro. Afirma que “representa todas las fuerzas humanas”. El lenguaje de la novela realista se apropia del mundo directamente, y lo representa de manera tan segura como la moneda-oro puede apropiarse de todos los bienes y representar todas las fuerzas humanas.

Encontraríamos, en pensadores pragmatistas como William James o Paul Valéry, metáforas interesantes que señalan que el vínculo entre el lenguaje verdadero y la realidad está pensado según un modelo económico y monetario: tal como un billete sólo tiene valor si representa el oro, un lenguaje verdadero es aquel que se encuentra garantizado por una realidad que le es exterior. El filósofo está bajo la amenaza de la inflación si ignora los procedimientos de verificación que proporcionan y garantizan un respaldo-oro a su emisión lingüística.

Sin embargo, tanto en pintura y en literatura como en economía, este deseo de representación directa va a estallar. En la medida en que la moneda se despliega como un sistema y ya no como un objeto, la cosa monetaria deviene una combinatoria de signos que remiten a otros signos, en una remisión indefinida de la deuda en el que el valor materializado, incorporado en la mercancía-moneda o en la mercancía misma, se desplaza y se aplaza infinitamente. Deuda de deudas, la moneda circula sin nunca convertirse en otra cosa que no sea otras monedas. El haber bancario es una escritura de escrituras. El cambio es más importante que el intercambio. Paralelamente, el capitalismo financiero triunfa sobre el capitalismo industrial, y la economía llamada virtual (financiera, bursátil, bancaria, etc..) se torna más determinante que la economía llamada real (la de la mercancía tangible).

Paralelamente a este movimiento de la economía (que encuentra su primer punto de ruptura en el comienzo del siglo 20), la pintura y la literatura se emancipan de la referencia al objeto. El cuadro ya no refleja el mundo visible que le es exterior sino que crea un universo autónomo de signos. La ruptura anti-representacional del cubismo y del arte abstracto es contemporánea de este cambio de régimen del signo monetario, que hace pasar del oro a la escritura, del valor encarnado al puro signo, de la cosa al sistema. De igual modo, la teoría lingüística de Saussure, en el mismo período, ya no concibe la lengua en relación directa con un referente (de la palabra a la cosa que ésta significa), sino como remisión de la palabra a otras palabras, según un juego diferencial de vocablos que ya Mallarmé había presentado.

Lo que empieza a circular es el billete impreso por el banco central, llevando los emblemas y la garantía del Estado, y ya no la augusta y triunfante moneda-oro, que le era tan preciosa a Balzac. Pero la convertibilidad del rectángulo de papel impreso a un metal precioso –contante y sonante–, se ha vuelto cada vez más suelta, indirecta, parcial, incluso suspendida. El billete pierde poco a poco su equivalencia metálica al ritmo de los cursos bursátiles y de las inflaciones. Ya no representa directamente el oro, sino que remite a un orden propio: un sistema de signos de valores convencionales o bien influenciados, en un mercado internacional de intercambios flotantes, por el equilibrio de la oferta y la demanda.

El último acto de este gran movimiento que hizo entrar toda la economía mundial en la inconvertibilidad (un movimiento inaudito cuyas consecuencias y significación históricas todavía no han sido debidamente evaluadas), fue

la decisión de Nixon, tomada en 1971, de suspender definitivamente toda convertibilidad del dólar a oro, siendo que hasta dicha fecha, las monedas internacionales –aunque inconvertibles ellas mismas– eran todas convertibles indirectamente por su conversión posible a dólares. Este fue un hecho decisivo. Se trató de una decisión semiótica: una revolución en la noción de signo o escritura, en la relación habitualmente subordinada de lo simbólico a lo real. No se puede llegar a decir que la inconvertibilidad completa del signo monetario fuera la condición necesaria para la existencia de la moneda electrónica, pero pertenece al mismo movimiento histórico de desmaterialización extrema, de fiduciación casi completa que hace de la moneda ya no una cosa atesorable, ya no un cuerpo, el cuerpo del metal precioso, o incluso el cuerpo-signo del soporte de papel, sino la simple marca de un crédito, la inscripción transitoria de una deuda a pagar (eventualmente mediante otras inscripciones). No es la noción misma de representación la que se encuentra cuestionada por esta decisión audaz de suspender la convertibilidad del dólar; un dólar que, por el encaje-oro acumulado en Fort Knox y otros lugares, había servido siempre de principal anclaje a la circulación de los signos puramente monetarios? El discurso económico registró la amplitud de esta ruptura, aunque sus consecuencias metafísicas o estéticas quedaron sin medirse. Es así como Jean Denizet, con motivo del 15 de Agosto de 1971, declara que “Es una de las fechas históricas más importantes, no sólo del período de después de la guerra, sino de toda la historia económica de la humanidad”. Se percibe en los argumentos técnicos que justifican esta decisión extraordinaria, una derrota de la lógica de los sustitutos que da bien cuenta de la enormidad de lo que está en juego sin aludir, sin embargo, a su espesor imaginario.

El billete de un dólar (donde se ve la enseña del Estado americano y la figura de su padre fundador, Washington) había sido concebido en un comienzo como representante de una cierta cantidad de oro y, por lo tanto, como un sustituto provisorio del oro, un signo en espera de su siempre posible conversión en metal precioso. ¿Cómo fue posible dar vuelta esta relación entre el oro y su signo oficial? El argumento es el siguiente: mucho antes de esta impresionante decisión de inconvertibilidad, la verdadera moneda internacional designada por la elección del público, por la demanda efectiva, por el atesoramiento, ya no era el oro sino el dólar. El mismo signo-dólar que Andy Warhol, desde el comienzo de los sesenta, pintó en sus cuadros como ícono repetitivo. Algunos economistas americanos de la escuela de Standford decretaron que era el dólar, y ya no el oro, la moneda-patrón universal y la única verdadera moneda de reserva: no sólo el dólar vale oro, por su estabilidad y su curso, sino que “el oro se volvió un sustituto del dólar”. Ya el dólar no obtiene su garantía del oro, sino que el valor del oro está garantizado por la existencia del dólar. La decisión de inconvertibilidad no haría sino sellar una paradoja ya operante. Momento de ruptura e inversión que podría servir de fecha precisa para fijar el comienzo de la postmodernidad, a partir del cual se despliega todo un nuevo imaginario de la moneda, liberado de toda materialidad, reducida a la institución del signo. La escritura monetaria ya no reemplaza ni representa otra cosa que garantiza su valor, es el valor mismo. Todo ocurre como si la garantía se hubiese desplazado de un grado hacia lo inmaterial. Tradicionalmente, el oro garantizaba el valor del billete que garantizaba a su vez la escritura manual del cheque o los signos electrónicos de la tarjeta de crédito o de pago. Hoy es el dólar de papel, impreso por el Banco Federal americano que es el tesoro en sí, la garantía total de los signos bancarios.

¿A qué corresponde en los dominios del arte, de la literatura y del pensamiento, este punto de ruptura e inversión que interviene en la historia de la simbolicidad económica? A la preeminencia extraordinaria otorgada al lenguaje como modelo y referencia última; un lenguaje autonomizado, un lenguaje (o mejor dicho una escritura) formando en sí mismo un orden simbólico más real que la realidad. La inversión operada por el equipo de economistas de Nixon es el estricto correspondiente económico de las teorías de la escritura y del significante de Lacan y Derrida, formuladas durante los años 60: orden simbólico, autonomización del significante, preeminencia de la escritura sobre la presencia y el referente, sobre el dato inmediato de lo real, remisión de los signos a otros signos en un movimiento infinito de aplazamiento y diferimiento. Pero se expresa también en esta época de convertibilidad declarada, el deseo de conexiones múltiples y abiertas entre sentido y realidad que anima el arte conceptual y otras performances de comienzos de los 70 que rompen el marco de la pintura. Lo que importa es un campo indefinido de operaciones y no una superficie estrecha de percepción definida. Como si pasáramos de la imagen visible del billete, icono del valor, con su soporte de papel, al juego bancario y financiero -sus interrelaciones, sus transacciones- que operan activamente en un tiempo móvil, sin detenerse nunca en lo atesorable. En este movimiento se constituye un nuevo sujeto, ya no fijo, ya no anclado en un punto de vista contemplativo (por mucho que lo no-figurativo implicara una deconstrucción anterior) sino que se hace agente, operador interactivo en un campo de transacciones. El paso de la noción representacional de la moneda (sea ésta metálica o de papel) y la noción operativa de la moneda,

como signo práctico y transitorio sin referente último y no atesorable, se reencuentra en esta sensibilidad artística. A una concepción comerciante del signo (siempre objeto de un intercambio, de una sustitución cuyo horizonte último contempla un objeto real, mercancía o especie), sucede una concepción bancaria y financiera del signo cuyo orden de operación se constituye en lo inmaterial: un campo global donde, por otra parte, predomina la economía llamada virtual, por su volumen y capacidad de iniciativa, sobre la economía real.

Es a partir de esta coyuntura que emerge la moneda digital. El orden de periodización es claro. Si el surgimiento de la moneda circulante, estampada por el Estado, corresponde al comienzo del universo alfabético; si el billete (él también emitido por el Estado que garantiza su equivalencia) sólo puede desarrollarse como culminación de la edad de la imprenta; si el uso generalizado del cheque indica un nuevo poder de la banca en la gestión de las reservas monetarias y del crédito, el ciberdinero se vuelve el medio evidente de la edad de la computación y de la transmisión electrónica, instantánea, y de la información digitalizada. Tendríamos entonces, en la historia del medio monetario, un paso de lo corpóreo a lo analógico y de lo analógico a lo digital. En este movimiento, la mediación estatal cambiaría de estatuto. El Estado ya no tendría que producir moneda de circulación (la función de los billetes disminuye, ya casi se puede prescindir de ellos) sino quizás solamente salvaguardar (pero ¿cómo?) una denominación, una firma, una marca, un logo, un título: la unidad de medida monetaria.

Vértigo de lo virtual. Angustia de la inconvertibilidad, pánico de la convención pura -con signos cuyo valor no depende de nada sino de la creencia compartida en su valor. Pirámide de las confianzas entrecruzadas, castillo de naipes de los créditos recíprocos. Pero, ¿es distinto en el caso del sentido transportado por el lenguaje? Se acentúa la estructura fiduciaria de toda red interpersonal, se revela lo virtual en el seno de toda comunicación y de toda realidad social, con su consiguiente riesgo de incalculabilidad: el riesgo del crack de las confianzas, de la bancarrota de los créditos entrecruzados. Al mismo tiempo, por una vuelta retroactiva de la historia, el ciberdinero vuelve hacia una computación que es quizás el origen mismo de la economía, más primitiva que la circulación misma de las especies metálicas estampadas por el Estado. En un sentido contrario al evolucionismo esquemático, la moneda digital no sólo está en la punta de una tendencia larga, sino que se devuelve hacia un comienzo más antiguo que la adopción del cuerpo monetario circulante, e incluso más antiguo que el equivalente general mesurante (pero no circulante) de los Egipcios. La computación electrónica de la edad atómica se reencuentra, en su principio, con la mnemotecnia tribal, la inscripción (con piedrecitas) de una deuda personal, que es anterior a la moneda propiamente tal. La notación de una deuda o del plazo de un crédito (marcación tallada en la madera o bien *bites* invisibles de la billetera electrónica) fue, desde el comienzo, y es ahora un signo que guarda la memoria del gasto o del crédito.

Así la moneda digital obliga a repensar otramente la moneda. Su estatuto de información pura conduce a concebirla como el resultado histórico de un movimiento secular de desmaterialización, y también como un nuevo horizonte en el cual la convertibilidad prima sobre la reserva, o en el cual la computación -y no el tesoro- hace la esencia de la moneda. Las nociones de traza, de inscripción, de transmisión o de memoria (en el sentido a la vez psicológico y técnico) dibujan un nuevo imaginario económico, donde lo virtual ya no se opone a lo real sino forma su propia trama.

Violencia y desintegración en el Perú

una entrevista con Sybilla Arredondo, viuda de Arguedas

Sybilla Arredondo, viuda de José María Arguedas, regresó a Chile después de catorce años de encierro en las cárceles peruanas. Fue acusada en 1985 de estar vinculada al grupo maoísta Sendero Luminoso. Luego de ser absuelta, fue nuevamente detenida y acusada en una brutal e indigna secuencia de condenas.

textos de José María Arguedas que he estado recopilando durante 15 años. ¡He trabajado en su obra más tiempo del que estuve en la cárcel! Después de haber publicado los cinco tomos de la obra literaria, junté el material sobre etnología, antropología, temas de folclore, artículos periodísticos, escritos de juventud, etc.. Falta todavía el trabajo de edición y corrección de pruebas para completar esta nueva publicación del tomo VI al XI o XII de sus obras completas.

R de C.C.: *En catorce años pasaste por distintas cárceles del Perú, y pudiste apreciar en carne propia cómo el régimen carcelario se iba transformando en función de la lucha antiterrorista. ¿Cuál fue el período más represivo y cómo se va resistiendo en medio de tanta dureza?*

S.A: He estado en tres o cuatro cárceles diferentes. La situación variaba según los problemas políticos y paralelamente al desarrollo de esta guerra que llamo "guerra civil" y que allá, de acuerdo al maoísmo, llaman "guerra popular". El 92 fue el año más duro. Nos trasladaron desde el Penal de varones de Canto Grande, donde según ellos había, entre otros, problemas de hacinamiento, hacia la cárcel de alta seguridad de Chorrillos, edificio que inauguramos y que era de mujeres. Nosotras pedimos que el traslado se hiciera bajo la presencia de la Cruz Roja porque no había ninguna garantía de que no nos hicieran desaparecer, pero no aceptaron y la Cruz Roja y los organismos de derechos humanos tuvieron que quedarse afuera, observando desde allí el operativo que fue muy violento: dinamitaron muros con explosivos, lanzaron gases lacrimógenos, había francotiradores. Murieron 50 presos políticos y prisioneros de guerra, varios de estos mujeres, por la acción de la policía. A partir de ese genocidio, las condiciones carcelarias en Chorrillos fueron muy extremas. Nos encerraron de a 5 o 6 en celdas de dos por tres metros, en las que debíamos permanecer las 24 horas, sin derecho a salir. Después tuvieron que construir dos pabellones más. Los mismos guardias reclamaban porque sentían temor al abrir la puerta de las celdas. Se elucubraba mucho de que las mujeres del "Sendero Luminoso" eran "capaces de cualquier cosa". Nos tenían completamente aisladas: nos quisieron reducir como seres humanos, que no leyéramos nada ni supiéramos nada, para que no hiciéramos nada, en una especie de aniquilamiento total. Sólo en diciembre del 2000, cuando se flexibilizaron las medidas, se abrieron las rejas para que pudiéramos salir en el día.

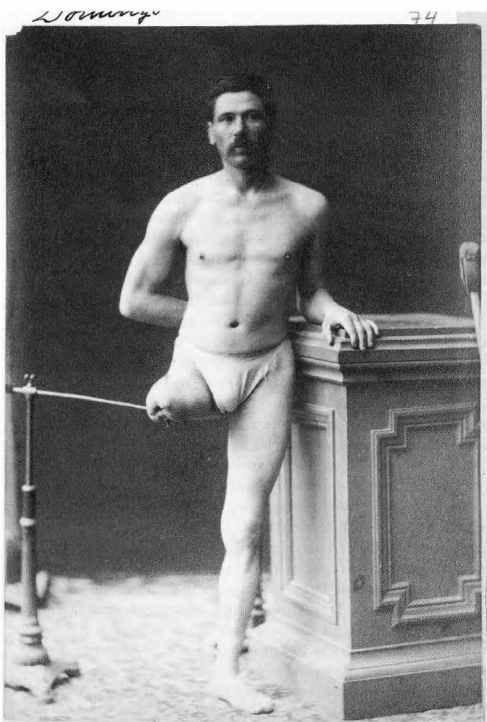
En las cárceles anteriores, teníamos acceso a radio y periódicos, podíamos leer. Incluso en el Penal de Canto Grande, había una biblioteca "José María Arguedas". Pero después, quedamos privadas durante ocho años, de lápiz y papel; además de libros, de agujas y de lana por ciertos períodos. Hacíamos agujas con las espinas del pescado. Con los huesitos de pollo, hacíamos quenales. Lo primero que pudimos conseguir fueron hilitos de bordar y comenzamos a hacer macramé. Como no teníamos con qué escribir, lo oral era la única forma de comunicarse entre nosotras, hablando o gritando de celda a celda. Al atardecer, antes que nos apagaran la luz, cada celda presentaba algo como si estuviéramos haciendo un programa de radio entre todas: algunas hacían canciones, otras recitaban poemas. En la mañana, a veces, las mujeres que venían de distintas regiones describían las comidas de su lugar e intercambiábamos recetas culinarias por la "radio". Más adelante hicimos una especie de radio teatro, con anécdotas y viajes imaginarios a nuestros lugares de origen: una volvía a la selva, a mí me tocó narrar un viaje imaginario a Santiago. Cada una enseñaba lo que más sabía. Como yo sabía idiomas, yo hacía clases de inglés y

R. de C.C.: *Después de catorce años de cautiverio, ¿cómo se resolvió tu puesta en libertad?*

S.A: La Comisión de Derechos Humanos de la ONU pidió mi libertad al Estado peruano, en el año 2000. Mi condena terminó a fines de Mayo 2002, pero hubo muchos impedimentos posteriores que hicieron que yo quedara presa 8 meses más de lo que correspondía. Se presentaron muchos obstáculos para obtener los papeles y certificados, para completar el expediente. Al final, mi resolución de libertad por pena cumplida salió con un nombre equivocado y hubo que rehacerla porque los funcionarios del establecimiento penal no me podían dejar salir con otro nombre. Yo viví todo eso con mucha irritación. Pienso que los obstáculos se deben a una mezcla de negligencia y también de miedo político por parte del poder judicial porque se estaba comenzando a discutir la derogación de cuatros leyes antisuabersivas (de cadena perpetua y de "jueces sin rostro", entre otras) que eran inconstitucionales, leyes que se habían dictado en el tiempo de Fujimori y Montecinos. El caso mío no tenía que ver con ninguna de estas leyes, pero había un clima de temor generalizado en el sistema penitenciario y judicial. Surgió una fuerte presión internacional de parte de los organismos de derechos humanos y también una presión popular ya que se recolectaron 14.000 firmas pidiendo la derogación de estas leyes. Yo estaba afectada a una ley antigua, del 85, que tenía beneficios penitenciarios (lo que no sucedía en otros casos judiciales) y en eso se apoyaron los abogados para solicitar mi liberación.

R. de C.C.: *Después de una esperanza de libertad tan largamente dilatada, salir de la cárcel tiene que haber implicado readequaciones muy complejas para tí. ¿Cómo tomaste la decisión de volver a Chile y cómo se produjo el reencuentro con la ciudad?*

S.A: El Cónsul de Chile y los propios abogados me hicieron ver que era muy arriesgado que yo me quedara en Perú, por esta situación mía tan llena de ambigüedades e incertidumbres. Incluso había opiniones discordantes entre la jueza, el fiscal y el procurador respecto de la interpretación del último fallo que me beneficiaba. Ya había pasado dos veces antes: me habían absuelto, salí en libertad y me volvieron a enjuiciar. No hay garantías todavía que esto no vuelva a suceder. Además, también me interesaba volver por mi madre, que ya tiene 92 años y está muy delicada de salud. Todavía estoy esperando que me restituyan la documentación peruana que me corresponde oficialmente como peruana por matrimonio. Mi vuelta a Chile me obligó a reconocer lo antiguo para asimilar los cambios, y así poder manejarlos en la ciudad. Pero me siento totalmente desorientada. Al pararme en una esquina, no sé ubicarme. Ni la Cordillera me sirve porque ya no me hace ninguna señal. Imaginé tantas cosas antes de salir de la prisión y no me resultó nada, así que ahora no me atrevo a planificar el futuro. Lo principal para mí es completar la edición de los



francés. Pero como todo era oral, había que gritar de una celda a otra las palabras con su traducción, y ellas debían repetir.

R. de C.C.: *¿Hacia diferencia que tú fueras chilena, que fueras una persona conocida y, además, viuda de Arguedas?*
S.A.: Nunca hubo diferencia como para que se me excluyera de nada. Se sabía que mi madre se había movido mucho internacionalmente y se impresionaban mis compañeras sobre todo cuando venía gente de la Embajada de Chile porque, para ellas, eran representantes de un Estado y podían darle testimonio al mundo de lo que habían visto dentro. Entre nosotras, luchábamos mucho para organizarnos de tal manera que la situación fuese lo más igualitaria posible para todas, aprendiendo a compartir entre las que más y las que menos tenían. Lo que más aprendí de la cárcel es la solidaridad, la capacidad de organización, sobre todo al estar entre prisioneras de guerra. A las delincuentes comunes en situación carcelaria, habitualmente las pierde el individualismo de las conductas. Entre presas políticas, como la situación de la cárcel es de alto riesgo, se analizan las situaciones de peligro desde un punto de vista siempre comunitario.

R. de C.C.: *En medio de esta dureza física del encierro, ¿cómo se fue resintiendo tu cuerpo?*
S.A.: No me gusta magnificar el sufrimiento. Lo más difícil era la inmovilidad, la falta de ejercicio. Tuvimos que estudiar cómo hacer gimnasia, una después de la otra, al medio de este espacio tan chico. La falta de movimiento significó artrosis y daños muy graves en la columna porque estuvimos permanentemente sentadas durante años, incluso tuvieron que hacer venir un equipo de kinesiólogos. Además de eso, en un período tuvimos 22 casos de tuberculosis.

R. de C.C.: *¿Bajo qué cargos habían sido detenidas las otras presas políticas? Se trataba principalmente de mujeres vinculadas a Sendero Luminoso? ¿De qué sector social provenían: eran campesinas indígenas o bien mestizas, venían de la provincia o de la ciudad?*
S.A.: No me gusta hablar de "Sendero Luminoso" sino del Partido Comunista del Perú. El nombre que se usa para acusar al movimiento de terrorista viene de cuando se inicia, en los 80, en la Universidad de San Marcos, donde se titula en un pizarrón textos con la consigna "Por el sendero luminoso de José Carlos Mariátegui". Decir Partido Comunista del Perú es vincular ese movimiento a todo un proceso histórico de 150 años que pasa por Marx, Lénin y Mao Tse Tung. Había tres pabellones en Chorrillos: el A, el B y el C. En el pabellón C, había presas políticas del MRTA (Movimiento Revolucionario Tupac Amaru) y, también, independientes. Yo estaba en el pabellón B: el más "político" de todos donde mayormente se encontraban mujeres vinculadas al Partido Comunista de Perú. Entre mis primeras compañeras de celda, una venía de Arequipa, las dos otras de Lima. Había campesinas; también profesionales. Eran mujeres en su mayoría muy jóvenes. Mi última compañera había emigrado a la ciudad como a los 13 años y, en esa época, no sabía castellano, era monolingüe quechua. En general, eran mujeres con un nivel político muy alto. Dentro del proceso de "guerra popular" dirigido por el Partido Comunista de Perú, el papel de la mujer es extraordinario. Por ejemplo, Elena Iparraguirre, que es profesora, es miembro del Comité Permanente. Dentro del movimiento, las mujeres pueden acceder igualmente al doble mando, a puestos de responsabilidad tanto política como militar.

R. de C.C.: *Por mucho que la emergencia de Sendero Luminoso provenga de descomposición de un país sumergido en una cultura de la violencia, ¿crees que se puede justificar la vía armada como respuesta política?*
S.A.: Es muy complejo describir la situación en el Perú y también depende de los momentos. En la década de los 80, el objetivo era la conquista del poder político. Como en toda

guerra, eso trae costo. El avance del Partido Comunista era tan fuerte que Fujimori habló de un "equilibrio estratégico" entre las fuerzas en oposición. Después de la detención del doctor Guzmán que significó el descabezamiento de la directiva del Comité Central, se estableció una línea política general de lucha por un acuerdo de paz. Se terminó el proceso de guerra cruenta y se entró en una guerra de clase incruenta, para emplear el vocabulario especializado que aprendí en la cárcel. A mí me cuesta mucho salirme del proceso de la lucha de clases que nunca acaba, que es constante. Sigue habiendo un mundo de naciones oprimidas, de pobres. En todos los países, hay miles de desocupados, de gente sin trabajo. En Perú, los niveles de pobreza son de 52% y los de miseria extrema son de 30%. El camino del socialismo no ha desaparecido como vía de esperanza. Por supuesto, todo esto pasa por contiendas ideológico-políticas, además de las contiendas económicas y militares sobre todo ahora con la política de Bush, un guerrillista, y Estados Unidos como potencia hegemónica única que acelera los enfrentamientos nacionalistas y religiosos. La militarización del Partido Comunista del Perú fue una respuesta a cómo la sociedad se ve ella misma polarizada entre los pobres y los ricos. Hay que elegir entre defender los intereses de los ricos o los intereses de los pobres. La posición de clase atraviesa incluso las etnias, porque hay quechuas ricos y quechuas pobres. No puedo evadir esta lección que me enseñaron 14 años de cárcel, porque sin esta verdad me moriría, aunque sabemos que las verdades están siempre en movimiento.

R. de C.C.: *¿Cómo asumes la visión crítica que tiene de Sendero Luminoso una parte de la izquierda peruana ligada al socialismo democrático; una izquierda que considera que Sendero Luminoso es un movimiento autoritario, con el trasfondo mesiánico de querer adjudicarse la representación de una supuesta voluntad popular en nombre –único y último– de una Verdad redentora; un movimiento que hace un uso indiscriminado de la violencia y que desprecia los costos sociales de muchas muertes producidas en el interior del propio campesinado?*
S.A.: Es tradicional el análisis histórico que se hace sobre la violencia: revolucionaria o reaccionaria. Una cifra más o menos oficial indica que, en verdad, el 86% de las fosas clandestinas corresponden a la acción de militares del Estado. En todo caso, respuestas como la vía armada dependen de condiciones específicas de cada nación o pueblo. Un arma, además, puede entenderse de muchas maneras: puede ser también la voz y la palabra. Hoy el Partido Comunista del Perú propone la solución política a los problemas derivados de la guerra, así como también producción nacional y trabajo para el pueblo, y verdadera democratización de la sociedad peruana. No hay mesianismo ahí, sino materialismo dialéctico e histórico.

R. de C.C.: *Hay un texto de Vargas Llosa sobre Arguedas donde dice que fuiste tú la que llevó a Arguedas a un proceso de radicalización política: ¿te parece justa esta visión?*
S.A.: No sé si es así. José María ya había estado preso porque lo acusaban de comunista. Estuvo un año y medio en prisión y registró su experiencia en *El Sexto*. Después de mi llegada a Lima, yo empecé a visitar los presos políticos en las cárceles, con una amiga suya. Creo que fue el mismo proceso político del Perú el que nos llevó a tomar posición. José María sentía una enorme ternura y confianza en ese campesinado como promesa para el resultado final de las luchas sociales en ese país. Ambos estábamos inmersos en el mismo proceso, y él me ayudó a avanzar, por su cariño y agradecimiento profundo al campesinado principalmente indio. Compartimos muchas cosas. El trabajaba en la Universidad Agraria y en la Universidad de San Marcos. Yo trabajaba en una editorial e incluso realizamos un proyecto muy lindo juntos: la traducción de un manuscrito de 1490, una recopilación de mitos hecha por un sacerdote español Avila que era extirpador de idolatrías. José María consiguió los originales en quechua que, en verdad,

eran las transcripciones que hacían los ayudantes del cura de lo que oralmente le transmitían los informantes, ya que el quechua no tenía aún una grafía establecida.

R. de C.C.: *No debe haber sido fácil convivir con una persona cuyo estado psíquico, tal como aparece a través de sus diarios, era tan atormentado, tan amenazado por la desintegración. ¿Requeriste de mucha fortaleza para eso?*
S. A.: Yo conocí a José María en la casa de Neruda en Santiago y sentí algo muy especial cuando lo escuché cantar en quechua. Me impactó esa fuerza. Nació una amistad que, después, él fue cargando hacia algo más. Desde el comienzo, yo sabía que estaba al lado de alguien muy complejo. Cuando llegué a Lima, teníamos ya verdaderas sesiones de psicoanálisis. La verdad es que ya había hecho un aprendizaje con mi mamá y también con mi primer marido poeta, Jorge Teillier, que eran ambas personas muy sensitivas y bastante difíciles. Yo venía preparada, tenía una cierta práctica en tratar de controlar estos estados de inestabilidad. José María era muy racional y, a la vez, muy emotivo. Había momentos en que parecía sentirse inmensamente feliz, nadaba en el río, paseaba con mi hija Carolina a quien quería mucho, y después caía en algo muy angustioso. Los cambios de ánimo empezaron a sucederse en ciclos cada vez más rápidos. Yo salía a trabajar por la mañana, después de haberlo dejado en un estado depresivo y al retornar lo encontraba contento, tranquilo, o bien al revés. Nunca se sabía cómo iba a evolucionar.

R. de C.C.: *¿Cómo fue ese último período, antes del suicidio, en el que Arguedas escribía El zorro de arriba y el zorro de abajo?*
S. A.: El proceso de escritura de *El zorro de arriba y el zorro de abajo* duró aproximadamente dos años. Hemos revisado juntos los manuscritos página por página, hasta las versiones finales. El escribió ese libro mientras se trataba con una psicóloga en Chile, la Dra Hoffman, y con otros psicólogos en Perú que le recomendaban la escritura como catarsis. Su desafío era resolver el problema formal de construir un libro que expresara tan diversos y complejos niveles de experiencia, psicológicos y otros. Entre medio, José María iba a Chimbote para realizar una investigación sobre esta ciudad que sufrió un cambio brutal al transformarse de hermosa caleta de pesca artesanal en principal centro de la industria exportadora de harinas de pescado de Perú. Era un lugar de explosión urbana, por las migraciones del campo a la ciudad: los pescadores empezaron a ganar gran cantidad de dinero y dilapidaban la plata. Ocurrían cosas muy locas: no habiendo electricidad, compraban refrigeradores para usarlos como muebles para guardar la ropa. José María fue descubriendo personajes increíbles entre los pescadores cuyo mundo quería expresar en su novela. Su estado de salud psicológica empeoraba. El suyo fue un suicidio muy meditado y programado puesto que compró el arma con que se mató en su viaje anterior a Santiago. Pero no había ninguna señal precisa que anticipara esta decisión definitiva. El último día fue muy cariñoso conmigo, como si quisiera que yo lo recordara por su gran amor expresado.

R. de C.C.: *En su última carta, José María te pide: "Sybila, quédate en el Perú". Tuviste un hijo, Inti, un año y medio después de la muerte de José María. La fiscal Altamirano usó ese hecho para acusarte de traición a la memoria de Arguedas. Sin embargo, podría pensarse que, simbólicamente, ese hijo peruano fue para ti el modo de expresar un compromiso de máxima fidelidad con la peruanidad.*
S.A.: Yo conocí al padre de mi hijo, después de la muerte de José María. Fue a través de una asistente social, ligada al tema de los derechos humanos, que lo llevé a mi casa con motivo de una huelga de hambre que había hecho en la universidad donde él estudiaba. Yo no me casé con él, pues era mucho más joven que yo, pero sí quise tener un hijo peruano. Siento que he obedecido el pedido de José María en la medida de lo posible.

La Molina, 28 nov.

Sybi, amor: ¡Perdóname! Desde 1943 me han visto muchos médicos peruanos y desde el 62, Lola (Hoffman), en Santiago. Y antes también padecí mucho de insomnios y decaimientos. Pero, ahora, en estos meses últimos, tú lo sabes, ya casi no puedo leer; no me es posible escribir sino a saltos, con temor. No puedo dictar clases porque me fatigo. No puedo subir la sierra porque me causa trastornos. Y sabes que luchar y contribuir es para mí la vida. No hacer nada es peor que la muerte, y tú has de comprender, finalmente, aprobar lo que hago. ¡QUÉDATE EN EL PERÚ! Nuestro amor es uno solo con el amor a este país tan encantado y algo terrible, de tanto poder y cadenas que tiene. A través mí aprendiste a amar su música y danzas. Su campesinado quechua, tan dulce, tan puro e inquebrantablemente fuerte. ... ¡Y perdóname, dispénsame, comprendeme! Y enciende el acero de tus nervios y de tu ánimo. Te amo, lo sabes, como no es posible, acaso, hacerlo más puro e intensamente. Y quedaré en ti tal cual soy y no en la inacción, inválido. Acabo luego de haber cumplido con el país, y por él, con los pueblos; he dado hasta donde me era posible.

(...) *Me voy de la vida sin más agobio que el de dejarte y dejar a Carolina. Pero tengo un cansancio incurable. Has de comprender que la cesantía es peor que la muerte para mí. Me asusta algo la congestión de cuestiones que mi desaparición ha de causarte. Pero tengo fe en tu fortaleza y tu generosidad para con nuestros semejantes, en tu decisión de realizar tu vida como yo la he realizado. Comprende y cree en esto: sin ti seguramente me habría extinguido antes. Te siento inocente y pura. Guarda el zorrito de plata para Carolina. No sé como harás para que entienda mi desaparición. Todas las sangres, que queda para ti, es mi mejor obra. No la rechaces. ¡No me rechaces! Creo que produce TODO lo que de mí podía esperarse. Ojalá te quedes en Lima. ¡Tú sabes bien con cuánta hondura te he amado, quizás con demasiada sujeción o dependencia! Pero así me formé. En cambio tú eres, felizmente, un espíritu redondo, independiente y con una sanidad y una autodefensa excepcionales. He vivido y he trabajado fuerte. En ti conocí el amor, el verdadero, pero no pudo florecer bien a causa de mis dolencias y acaso un poco por la diferencia de sensibilidades y de la edad. No he podido deserranzarme. Pero alcancé un estado de felicidad que, a instantes, como un insensato, lo consideré inmerecido. Amor, sé que me comprenderás, que te elevarás por sobre todo y harás las cosas de modo que quedes firme y al servicio de NUESTRO PUEBLO. Te beso en tus ojos que tanto he amado, que tanto he querido y que llegaron a ser parte de mí mismo.*

José

Estos fragmentos de carta son parte de: Por ella, Sybila de Maulde Ladrón de Guevara (Santiago, Editorial Claridad, 1998).

El mercado de las confesiones

(lo público y lo privado en los Testimonios de Mónica Madariaga, Gladys Marín y Clara Szczaranski)

La editorial chilena Don Bosco ha abierto una serie editorial de testimonios en cuya lista de autoras figuran tres mujeres de máxima relevancia pública:

Mónica Madariaga (ex Ministra de Justicia del gobierno de Pinochet), Gladys Marín (Presidenta del Partido Comunista) y Clara Szczaranski (Presidenta del Consejo de Defensa del Estado).

¿De qué manera el relato de estas tres mujeres que han transitado por altas esferas del poder político descubre o encubre las señas del género sexual?

¿Qué maniobras entre lo público y lo privado se ejercen tras la convención de lo femenino-confesional y sus éxitos de mercado?

Nelly Richard

dedicaron a combatir teóricamente el humanismo del sujeto y su representación, el mercado de lo biográfico aplaude hoy el desinhibido retorno del “yo” con su espectacularización de lo íntimo que recorre invasivamente lo social, traspasando el límite entre secreto y divulgación. Este nuevo mercado de lo confesional del que participan biografías, autobiografías y testimonios de personajes públicos, se vale del compulsivo voyeurismo social para someter la interioridad no confesada del sujeto a la extroversión mediática. El mundo de la política también se deja tentar por estos juegos de simulaciones y disimulos entre lo privado y lo público, sobre todo cuando *lo femenino* es la pantalla que atrae la curiosidad del mercado hacia los trasfondos del poder y la editorialización de sus secretos.

La Editorial chilena Don Bosco ha abierto recientemente la serie editorial Testimonios que se propone “reunir a personajes del ámbito nacional que han destacado en sus respectivas esferas de acción, gracias a lo cual gozan hoy de un reconocido prestigio en amplios sectores de la ciudadanía” para que relaten, como actores y testigos, sucesos relevantes de la vida pública chilena.

En la lista de los Testimonios publicados, figuran tres mujeres de máxima relevancia pública: Mónica Madariaga (ex Ministra de Justicia del gobierno de Pinochet), Gladys Marín (Presidenta del Partido Comunista) y Clara Szczaranski (Presidenta del Consejo de Defensa del Estado). Tratándose de tres mujeres que han transitado por las más altas esferas - masculinas- del poder político, sus testimonios autobiográficos se prestan a ser revisados desde el punto de vista de las relaciones que se traman entre *género* y *poder* bajo el signo de la “mujer pública”.

LOS FRAUDES DEL “GÉNERO”

M. Madariaga ha desplegado su trayectoria pública en el campo de la justicia y del derecho. Ella nos habla, en su Testimonio, de la fuerza vocacional de su elección por la especialidad del derecho público administrativo, por ser –dice ella– “*centro y eje del quehacer del Estado y de sus organismos públicos*”². Intervenir en los asuntos de Estado desde la juridicidad como instrumento normativo, es parte de lo que la ex Ministra de Pinochet describe como su “misión superior”.

Sabemos que “desde el derecho se instituye la política (organización del poder), se establecen los mecanismos de control y vigilancia y el sistema de legitimidades que opera en una sociedad”³. Sabemos, también, que las leyes civiles son instrumentos al servicio de una asignación patriarcal de los espacios de ciudadanía que manipuló la división entre lo privado y lo público, entre subjetividad y poder, para excluir a lo femenino del mundo del reconocimiento social y

confinarlo en la invisibilidad de la esfera doméstica. Las tareas de administración del derecho estatal configuran, entonces, un campo de relevancia para detectar cómo se inserta el signo “mujer” en los andamiajes del poder socio-masculino”.

En el caso de M. Madariaga, la identificación con la Ley es total y esta identificación sublimada con la Ley pasa por la denegación de lo femenino como seña de la diferencia sexual. A comienzos de su relato, ella invoca el carácter “fuerte y dominante” de su madre, Laurita, quien le arrancó la promesa “de no casarse mientras ella viviese” (111). Desde ya, después de que su madre quedara viuda, ambas viven juntas en un simulacro de matrimonio en que M. Madariaga sale a buscar el sustento en el mundo profesional –hace de “hombre”, de jefe de hogar- mientras Laurita (como “mujer”) atiende la casa y la economía doméstica. Hay un capítulo del libro en el que M. Madariaga celebra, vanidosamente, los resultados de una encuesta realizada, en 1983, por el diario *El Mercurio* que pide votar por “cinco chilenos ‘ejemplares’”. M. Madariaga se muestra orgullosa de figurar “como la única exponente femenina del grupo”: “*cuatro hombres y una mujer, todos solteros, sin hijos*”, todos “personajes célibes” (140/141), dice ella, en este capítulo titulado “Cinco chilenos ‘ejemplares’ y la reivindicación de la soltería”. La complacencia de M. Madariaga en enumerar las cualidades –asociadas a lo masculino- que le fueron atribuidas por algunos de los entrevistados (“eficiencia”, “profesionalismo”, “inteligencia”, “vocación de servicio público”, “fortaleza”, “capacidad de organización”), atestigua de los rasgos fálico-narcisistas que, según el psicoanálisis, caracteriza a las mujeres dominantes e impositivas, motivadas por un afán de competitividad y ambición masculinas, cuyo ideal de perfección no admite flaquezas. En el caso de M. Madariaga, la impositividad de la Ley corrobora este afán de dominación que sella el pacto entre *supremacía masculina* y *absolutismo del poder* con el que se mimetiza en el marco totalitario del sistema represivo de la dictadura. La fijación libidinal que la ata al poder la lleva a hacerse *Uno* con la Ley, reprimiendo toda pulsión de heterogeneidad y diferencia (sobre todo sexual) que atente contra el fundamentalismo trascendente de su misión de Orden.

La identificación viril de M. Madariaga con la normatividad abstracta de la Ley, su renuncia a la particularidad sexuada de lo femenino, fueron condición para que ella pudiera ejercer el poder público sin atender contra la programación de los roles sociales y sexuales impuesta por la dictadura militar. Recordemos que el gobierno de Pinochet llamó al contingente femenino nacional a sacrificarse por el bien supremo de la nación, apelando a la vocación de esposa y madre de las mujeres chilenas. La mística nacionalista del régimen militar quiso defender los valores de la patria cifrando, en lo *familiar* y lo *materno*, su emblemática del sacrificio y de la abnegación femenina. Para no contradecir públicamente el discurso consagratorio de lo materno-familiar que imponía el régimen militar, M. Madariaga tuvo que exaltar su condición de “*soltera y sin hijo*” y masculinizarse así bajo la imagen del “personaje célibe”. Sólo esta masculinización del género podía autorizar el desempeño público de una mujer travesti en el ejercicio viril del poder militarista.

Primero como Asesora Jurídica de la Presidencia de la República y luego como Ministra de Justicia durante la dictadura, M. Madariaga no sólo entró en la competencia –masculina- por la conquista del mando y de las jefaturas sino que hizo gala de la concentración de poderes que ella ejercía. No tiene el menor escrúpulo, en su relato, en confesar el carácter anticonstitucional de varias de las instancias jurídicas que le tocó dictar: “‘Asumí con Pinochet la tarea de obtener de la Contraloría su apoyo para poner en marcha la administración pública, donde todavía se cobijaban cientos de francotiradores no sólo de armas, sino de ideologías transnochadas, causantes del caos y del desgobierno que eran quienes habían llevado al país a repudiarlos y a apoyar, mayoritariamente, el movimiento militar. Y fue así como, gracias al control Humeres, sacamos más de 300 funcionarios a la calle ... Redactamos juntos, ese día, un oficio dándole al organismo fiscalizador atribuciones ejecutivas para proceder en consecuencia. Es la gracia de las dictaduras: pueden hacer lo que les está vedado a las democracias, es decir, arreglar los problemas de la burocracia y del Estado así, sin mirar la cara de cientos de señores parlamentarios, presidentes de partidos políticos, galerías electorales, etc.’” (29). Realzar su talento para confeccionar decretos leyes que fortalecerán la normatividad represiva del régimen militar es una nueva demostración del carácter fálico-narcisista de esta Ministra de Justicia que buscó acaparar el poder total de dictaminar, soberanamente, la legalidad del Estado.

Al referirse al mundo del poder público, M. Madariaga afirma que sólo debe regir la “meritocracia”, es decir, el reconocimiento –supuestamente imparcial- de la neutralidad técnica de las competencias profesionales como único criterio de valor personal. La impersonalidad de estas reglas tecnocráticas está obviamente hecha para reforzar la imagen *desexualizadora* del Yo que ella homologa a lo masculino, en su identificación mimética –y fanática- con el poder de la Ley. Esta sublimación masculina del Poder en exhibicionista representación que guía su trayecto de vida se encuentra interrumpida, de repente, por un fugaz autorreconocerse en la esencia de la mujer. M. Madariaga se escuda tras una convención de lo femenino que le permite alegar desconocimiento en el caso de violaciones a los derechos humanos sucedidos durante el periodo de su mayor cercanía al régimen militar: “De cuerpos arrojados al mar. En fin, de situaciones que, honestamente, creo que ningún civil, colaborador del Gobierno en niveles ministeriales, tuvo jamás ocasión alguna de conocer. *Menos una mujer ministra, que por su sola naturaleza femenina era desde luego una persona poco confiable para los agentes de la seguridad nacional*” (184). Aquí, el oportunista recurso a “la naturaleza femenina” sirve de camuflaje para fingir el *no saber* como justificación para *no decir*; un no-saber/no-decir que desmiente cínicamente la “búsqueda de la Verdad absoluta” (16) que dice perseguir la autora y que traiciona la leyenda editorial de la contratapa del libro que nos dice que “testimoniar es dar fe de un hecho sobre el que se ha tenido conocimiento cierto”.

La emergencia del testimonio, como género confesional, suele estar ligada –sobre todo en contextos de violencia y trauma históricos- a la defensa ética de una verdad en primera persona generalmente hablada

por la víctima. El testimonio busca despertar una toma de conciencia solidaria en torno a la negatividad residual de un traumático índice de realidad que había sido previamente negado por la Historia. Aquí, nada de esto ocurre. No sólo las declaraciones de M. Madariaga no revelan ninguna verdad secreta de la historia (de la dictadura) que sin embargo le tocó protagonizar, sino que su relato sigue guardando el secreto de los horrores con los que ella convivió como testigo político. El Testimonio de M. Madariaga sigue publicitando la misma versión *pública-oficial* tras la cual la historia del régimen militar ha ocultado siempre sus crímenes. Doble fraude editorial, entonces, si confrontamos el relato de M. Madariaga con las expectativas del “género”, tanto sexual como discursivo: ni lo femenino (denegado en su corporeidad por la trascendencia impersonal de lo masculino) cumple con la promesa de confidenciar una intimidad subjetiva, ni se revelan los secretos ocultos de una historia antes no contada. Sólo la promiscuidad de valores y la degradación semántica que cultiva el libre mercado editorial, hacen posible que se disfrace de “testimonio” este “anti-testimonio” titulado “Mónica Madariaga: la verdad y la honestidad se pagan caro”. El abuso de confianza cometido por este relato fraudulento que se burla doblemente del testimonio como género de lo “auténtico”, se logra sustituyendo la revelación de la prueba histórica por la máscara *kitsch* de la “honestidad personal” y sus anecdoticismos de la impostura.

LO POLÍTICO ES LO NO-PERSONAL

El testimonio de M. Madariaga se inicia y concluye en un mismo tiempo de la narración inscrito en la coyuntura del presente desde donde ella retrocede hacia el pasado, sin que en ningún momento el relato testimonio de la *experiencia de la memoria* que separa lo ya acontecido de su posterior recreación en palabras. La historia que cuenta el Testimonio se muestra insensible al nudo biográfico-existencial de ciertos enlaces del recuerdo capaces de adentrarse en los recovecos de la memoria. La neutralización seca de un relato que expulsa los sentimientos produce, en el Testimonio de M. Madariaga, una obturación de la memoria como proceso de recreación subjetiva.

Por el contrario, el Testimonio de G. Marín se abre con un capítulo subtítulo “A partir del recuerdo” cuya “escena de origen” carga el relato de un primer valor de rememoración afectiva. La “escena de origen” es un viaje a Lonquimay, localidad del sur de Chile, durante las vacaciones del 2002 (período en que está ya en curso la redacción del Testimonio) que le permite a la autora ir y venir en el recuerdo. Su peregrinación de la memoria evoca tanto la década de los 70 (las excursiones en grupo de los jóvenes comunistas que debatían entonces sus sueños de revolución) como el año 82 cuando, en Bariloche, G. Marín, que había vuelto clandestina a Chile, se reencuentra por primera vez con sus hijos después de 10 años de separación. Lonquimay como “escena de origen” marca la escisión que divide, nostálgicamente, el Testimonio de G. Marín entre “los tiempos plenos de amor, de esperanza, de realidad y sueños” del *ayer* (18) y el *hoy* mezuquino de una Transición democrática que la autora considera vaciada de ideales y pasiones históricas⁶. Lonquimay es también el operador simbólico que, al marcar reencuentros y separaciones, insinúa una tensión entre *vida familiar* y *milancia política*: “Del modo como se

ha desarrollado mi vida, con mi compañero y mis hijos fueron más los años de separación que de encuentro” (157) comenta G. Marín al narrar la escena en la que ella se acerca a sus hijos, después de tantos años de no verlos debido al exilio y la clandestinidad, preguntándose –dolorosamente, culposamente- “cuál era Rodrigo, cuál era Álvaro” (139). La “escena de origen” de Lonquimay deja entrever, aunque sea a la pasada, una disociación entre los registros “*mujer*” (madre) y “*política*” (militante, dirigente) mientras que el resto del Testimonio silencia cualquier conflicto entre género y poder.

Las vivencias personales que anota G. Marín en su Testimonio están, en rigor, subordinadas a la tarea mayor de “recuperar la memoria histórica” de Chile (186). La narración subjetiva que construye la voz del Testimonio se resiste al *yo-personal*: “Sólo puedo hablar en plural” (29), dice ella, o bien “Me cuesta hablar de mí misma” (31). Levantando la bandera del *yo-colectivo*, la voz testimoniante se subsume en el Pueblo como metasignificado fusional que le da al Testimonio de G. Marín su grandeza épica. Es como si la introspección subjetiva de un yo demasiado personal amenazara con traicionar la mítica popular que le hace dedicar su Testimonio a “los trabajadores de todos los oficios y categorías; a los más humildes, olvidados y discriminados”. Recordemos que, en su nacimiento, la construcción literaria del gesto autobiográfico inflexiona la conciencia del individualismo burgués⁷, por lo mismo, se hace parte de la división que traza dicha conciencia entre lo *exterior* (historia, sociedad, poder, ciudadanía) e *interior* (privacidad doméstica, intimidad subjetiva). Es como si el deseo de G. Marín de rebasar su “yo” en la colectividad del “nosotros” histórico-social, quisiera borrar las connotaciones burguesas- del testimonio como *escritura de lo privado*. G. Marín sólo se atreve a decir “yo” adosada al fundamento comunitario del Pueblo, sostenida por la epopeya colectiva del “nosotros” y por la verticalidad jerárquica del Partido⁷ que conjuran, ambos, la tentación individualista del repliegue autobiográfico.

G. Marín ha ocupado varios cargos directivos en el Partido Comunista, cuyo órgano político está rigidamente marcado por valores de disciplina y obediencia partidarias. Curiosamente, nada nos dice el Testimonio sobre eventuales conflictos entre “ser mujer” y ocupar un cargo de máximo poder en el interior de un partido tan disciplinadamente masculino. A la hora de dedicarle varias páginas del libro al balance programático de las transformaciones societales a las que adhiere la dirigente comunista, tampoco se hace mayormente presente la cuestión del género. G. Marín sólo señala lateralmente que, junto al tema de los pueblos originarios, de las minorías étnicas y sexuales, el tema de la mujer debería hacerse parte de un “caminar con la diversidad” que amplíe la red de luchas solidarias del Partido. Así como el “yo” autobiográfico de la voz subjetiva (el “yo” personal) se subsume en la enunciación general de un “nosotros” popular, los temas del género y de la diferencia sexual se disuelven en la problemática de la diversidad, sin que se destaque el eje masculino/femenino como línea de conflicto simbólico-cultural. El tema del género sólo obtiene legitimidad política en su incorporación al conjunto de luchas contra la discriminación, como un frente de acción entre otros que incluye a las organizaciones de mujeres en la dinámica de los movimientos sociales.

La notoria dificultad manifestada por G. Marín, mujer y dirigente de izquierda, para reconocerle a la problemática del género sexual su fuerza de transgresión simbólico-cultural, se inscribe desde ya en la historia de las tensiones que experimentaron las relaciones entre feminismo y marxismo. El feminismo ha largamente debatido sobre cómo la reducción marxista de lo *económico* a las solas *relaciones de producción* dejó fuera de consideración el mundo (femenino) de las *relaciones de reproducción* (maternidad, familia, hogar), invisibilizando así aquellos mecanismos de poder que se escapan del registro puramente economicista de la explotación y la dominación sociales. Fue la elaboración crítica del concepto de “género” la que permitió cuestionar la separación entre lo *público* y lo *privado* como una separación tributaria de la jerarquización masculina que se adueñó de la noción de ciudadanía universal, y la que permitió también extender la analítica del poder a las infinitas cadenas de subyugación que atraviesan los microescenarios de las prácticas cotidianas. Desde el género, la crítica feminista fue capaz de corregir los defectos del análisis marxista tradicional anudando *subjetividad y poder*; explorando los modos en que la identidad se trama a partir de relaciones sociales pero, también, de pulsiones y fantasías inconscientes, de construcciones imaginarias, de maniobras simbólicas y expresivas, que *no hablan el mismo idioma* que la explotación económica y la dominación sociales.

Para ser escuchado como portador universal de una lección histórica y nacional, el Testimonio de G. Marín debe renunciar a la corporalidad sexual y la biografía del género. Su discurso proviene del marxismo revolucionario de los 70 en donde “el cuerpo de las mujeres... debía hacerse idéntico al de los hombres, en nombre de la construcción de un porvenir colectivo igualitario” que les pedía “persuadir y persuadirse de que su femenino es intrascendente”⁸. El ocultamiento del “yo” tras el “nosotros” de la enunciación colectiva; la subordinación de lo “privado” (como laberinto oculto del deseo y de la fantasía individuales) al registro socializante de lo “público”; la necesidad de “ir más allá de una misma” para trascender lo subjetivo en la voz histórica del pueblo o en la dogmática del Partido, llevan este Testimonio de G. Marín a dejar sin efecto la revolución teórica del feminismo según la cual “lo personal es (también) político”.

Un testimonio como éste nos recuerda, por último, que el acceso físico de las mujeres a los aparatos de poder central no garantiza, en sí mismo, que estas mujeres vayan a defender los intereses específicos de su posición genérica. Nos enseña, también, que la tesis de lo neutro-general como universalismo trascendente de la representación popular que defiende una cierta izquierda incluyendo a sus dirigentes mujeres, frustra la posibilidad crítica de conmovir la *simbólica del poder* desde un pensamiento de la(s) diferencia(s) que atienda cuestiones de subjetividad y enunciación.

LOS RITUALES FEMENINOS DE LO OCULTO

Mientras que, para M. Madariaga, el Derecho era centro y eje de una pasión declamativa por la “cosa pública”, C. Szczeranski confiesa en su Testimonio “una falta de vocación general y especial por la profesión de abogado” que “sigue sin variaciones” (31) pese a su actual figuración en el cargo de Presidenta del Consejo de Defensa del Estado. “Mi disgusto ante la



práctica del Derecho” o bien “No congenio con los amantes de los artículos de código” (41) son las frases, deslizadas en su Testimonio, que hablan de una primera fisura en la representación de su “yo” público, de un descalce entre *rol e identificación*, entre *norma y subjetividad*, en el que se aloja un femenino hecho de pliegues y sombras.

A diferencia de la voz fuerte del yo omnipotente de M. Madariaga y del yo heroico de G. Marín, la voz tenue del Testimonio de C. Szczeranski retrata una subjetividad frágil e insegura. El recuerdo de que “Me parecía que era... más fea que toda mi familia, siempre postergada en pro de mi hermano” (27) o bien que “yo no me gustaba para nada” (36) recrean la sensación de desvalorización del yo que marca una identidad vulnerable. Seguramente, el recurso a la Ley que garantiza el Orden le sirve de amparo a este yo trizado de C. Szczeranski. Ya que “la jurisdicción representa esta función estabilizadora y tranquilizante de la Ley”⁹, la Ley opera como marco de sujeción y contención de esta subjetividad resquebrajada que necesita fortalecerse en el rígido edificio del control jurídico.

El motivo de la depresión (“soy depresiva endógena”, 22) que atraviesa repetidas veces el relato de C. Szczeranski evoca el naufragio psíquico y las intermitentes caídas del sujeto en el sin sentido. ¿Cómo no asignarle un valor emblemático al hecho de que C. Szczeranski -una figura máximamente representativa de la Transición chilena¹⁰- se autoretrate bajo el sello melancólico del duelo y de la pérdida, concordando así con la tonalidad afectiva de una postdictadura que padece ella misma la falta de energías y pasiones vitales? La tristeza contagia su aire fantasmal al relato de C. Szczeranski que entra en

correspondencia de tono con el estado de ánimo de una transición que se ha caracterizado por la desintensificación de la lucha histórica y el vaciamiento del sentido, el repliegue de las fuerzas desecantes y el desencanto del “post” que arrastra la crisis utópica. La muerte de su hija Catalina con cuya escena de duelo se abre el Testimonio, más el retraimiento depresivo que la afecta a su vuelta a Chile después del exilio (“Pasados más o menos siete años desde que me reinstalé con los dos pies en Chile, volvió la depresión sorda. Habían sido años de silencio absoluto, de vacío y de falta de caminos”, 134), son claves melancólicas que parecerían confirmar que “marcado por la pérdida de objeto, el pensamiento en la postdictadura piensa desde la depresión, o incluso piensa antes que nada la depresión misma. En la postdictadura, el pensamiento es *sufriente* más que *celebratorio*”¹¹. Algo de esto nos dice también la decisión que llevó C. Szczeranski a modificar la línea gráfica de las portadas a color de la serie editorial en la que publica su Testimonio: “He pedido que la portada de este libro no lleve mi rostro ni que sea a todo color, como la Editorial quería, según las características gráficas de la serie titulada Testimonios. Solicité poner la misma foto *en blanco y negro* que aparece en la página Web del Consejo, con el abrigo de todos los días” (223). Pese a que la autora dice haber elegido, para su autopercepción, una imagen “profesional” de sí misma (una imagen “neutra” destinada a hacer prevalecer lo “público” sobre lo “privado”), lo que llama la atención es el aura melancólico de este retrato subjetivo entre brumas y lejanías; una imagen “triste y en la niebla” (37).

El yo melancólico que acusa reiteradamente la tristeza de la pérdida y la sorda amenaza de desintegración subjetiva; ese yo confuso y difuso del Testimonio se refugia en una dimensión de lo femenino convencionalmente ligada al misterio y la belleza, a la sacralidad y lo estético, a la “sacralidad de lo estético” (70). Tanto la creación estética como la espiritualidad religiosa aparecen, en distintas zonas del relato de C. Szczeranski, exaltando la potencialidad de evocación-invocación de lo simbólico que idealiza y trasciende, que sublima lo real transfigurándolo. Lo estético y lo religioso -la poesía y la mística- señalan el anverso (femenino) del contrato social y jurídico en el que descansan las instituciones del Estado de cuyo dispositivo (masculino) C. Szczeranski participa competentemente. El juego de la escritura (“Me gusta jugar, y cuando escribo, juego. ¿Y qué?, 233) va por ese lado esquivo de lo simbólico y lo imaginario, de lo metafórico y lo alegórico: de esta “fluida indeterminación de las cosas” (85) que huye –entre sueños y fantasías- del discurso reglamentario de la Ley¹².

La travesía subjetiva que formula el Testimonio de C. Szczeranski evoca una y otra vez la fuerza del misterio que rodea lo in formulable, lo inabarcable, lo irrepresentable: lo que se sustrae a la razón explicativa y se hunde en profundidades ocultas cuyo secreto remite a lo onírico y lo intuitivo: “Si creo en lo mágico, en el misterio del infinito y del eterno” (100). La exaltación de la espiritualidad y de la belleza se hace en la clave “femenina” de una búsqueda de señales y destellos que desborden la racionalidad del concepto, la lógica abstracta y las



verdades objetivas, las ideologías y también la pragmática del orden social. Abundan en el relato las significaciones ocultas, el culto secreto de lo iniciático, las fórmulas oraculares, los esoterismos¹³. Más acá y más allá de la regulatoriedad del orden jurídico-social que rige los quehaceres diurnos, la palabra *en fuga* de la poesía y la religión se despliega en la noche de los ritos y el misterio, en los presagios y las revelaciones, en el ocultismo y el hermetismo de significaciones escondidas. Por la vía del lenguaje indirecto, tentada por lo *oblicuo* (“el bisel del espejo”), la “sacralidad de lo estético” ofrece una selva enmarañada de palabras figuradas que tratan de escaparse de lo unívoco y disciplinador de la sentencia jurídica¹⁴.

Al explicitar su concepción de la tarea que le incumbió como Presidenta del Consejo de Defensa del Estado en su principal lucha contra el crimen organizado, el lavado de dinero y los tráficos ilícitos, reaparece el tema de la fuerza de lo invisible, el desafío de *revelar lo oculto*: de develar las tramas y urdumbres del secreto. Según, C. Szczeranski, “la democracia.. requiere perfeccionamientos acordes con los actuales modos de lesionarla, económicos, políticos y financieros, cada vez más sofisticados e *invisibles*, cada vez más *ocultos* en construcciones jurídicas y contables” (91) razón por la cual, frente al crimen relevante, se vuelve absolutamente necesario penetrar los *secretos bancarios*” (125). Su desafío – como Presidenta “mujer” del Consejo de Defensa del Estado- consistirá en descifrar “el entramado que pasa

usualmente inadvertido para los ciudadanos” (154). La tarea –jurídica- de *capturar lo invisible para defender al Estado de los peligros ocultos* se asocia, implícitamente, con la vocación de *descifradora de señales* que, según C. Szczeranski, caracteriza a la mujer. En efecto, desde su “rol tradicional” (un rol “confinado dentro de los muros domésticos –salvo notorias excepciones- lejos de la circulación de la vía social y política”, 46), la mujer ha aprendido, a través del “el lenguaje del cuerpo”, a “adivinar” y “recomponer fragmentos de información”¹⁵. Junto con tomar la precaución de dejar en claro que ella “no es feminista” (191), C. Szczeranski se entrega a una simbolización de lo femenino que proyecta a la mujer como aquella que sabe leer “mensajes tácitos y una multitud de signos y señales que exceden la expresión verbal y el análisis lógico lineal” (46). Al prolongar, en sus quehaceres como funcionaria de Estado, un aprendizaje iniciado en el recinto familiar y doméstico, C. Szczeranski lleva lo femenino a transitar desde lo *privado* hacia lo *público*, sin tener que romper con la imagen convencional de la mujer ligada a lo sensible, lo intuitivo, lo prelógico y lo sobreracional. Gracias a sus habilidades sensoriales y perceptivas, la mujer es desde siempre depositaria y guardiana del *enigma*, y es esta función mitológica la que C. Szczeranski traslada al escenario político del Estado.

A propósito de los “misterios de lo oculto” que celebra este Testimonio de la Presidenta del Consejo de Defensa del Estado, hace falta recordar que el éxito editorial de los géneros biográficos –bajo el artificio comercial de un femenino sentimental- sirve, entre otras cosas, para ocultar la relación entre “la creciente visibilidad de lo intimo/privado” y la “invisibilidad de los intereses privados”¹⁶ que, por detrás de las blandas confesiones de las mujeres, administran férreamente lo social y lo político. En el anverso de su consigna de la transparencia, las democracias mediáticas especulan incesantemente con esta distinción –manipulada por ellas- entre *falsos secretos* (la *exteriorización de lo privado*, estimulada por el mercado publicitario de lo biográfico) y *secretos verdaderos* (la *privatización de lo público* que esconde los secretos y chantajes de los poderes fácticos). Lo femenino testimonial sirve de pretexto –hablantemente- para distraer la atención del público hacia las confesiones íntimas, mientras los verdaderos secretos de Estado siguen oficialmente inconfesados.

Estos tres Testimonios de mujeres con alta figuración política representan tres posturas contrarias en lo político: el antimarxismo radical y el ferviente pinochetismo de M. Madariaga, la izquierda comunista de G. Marín y la moderación centrista de C. Szczeranski (“Amarilla la piel tártaro-eslava, amarilla el alma socialdemócrata”, 52). Este mismo corpus articulado en secuencia editorial es un reflejo de la historia chilena, ya que exhibe la polarización ideológica de los extremos (M. Madariaga, G. Marín) junto a la búsqueda de equilibrios (C. Szczeranski) con que la Transición trató de conjurar los opuestos. Desde ya, frente a los puntos de vista antagónicos que expresan estos relatos de vida conflictivamente inscritos en la reciente historia política chilena, la editorial sólo atina en decir que la serie Testimonios constituye “una tribuna abierta sin distinciones para

propiciar el encuentro de los chilenos en torno a la verdad expresada responsablemente por sus propios autores”. Es como si la editorial Don Bosco –una editorial jesuita, de inspiración religiosa- quisiera así convocar a la *reconciliación*, juntando pacíficamente las verdades históricamente divergentes de estos tres relatos sin querer discriminar entre sus respectivos montajes y operaciones. Sólo que estos tres libros que hacen chocar entre sí verdades morales y dogmas ideológicos de signo contrario bajo la misma convención de lo femenino-confesional, caen en la masa acrílica, irreflexiva, del consumo que los larga a la banalidad del mercado: un mercado que, precisamente, recicla “sin distinciones” la variedad de las ofertas, ya que su pluralismo relativista consiste en indiferenciar las diferencias y posiciones. Sin saberlo, esta editorial de inspiración religiosa contribuye a disolver el peso ético de las contradicciones históricas en los flujos amorales del consumo de novedades que excita la curiosidad en torno a los falsos secretos del poder y del género.

NOTAS

¹¹ Remito al preciso trabajo de L. Arfuch en el que la autora investiga las múltiples formas que ha tomado esta posición en las historias de vida en el universo mediático contemporáneo: Leonor Arfuch, *El espacio biográfico, dilemas de la subjetividad contemporánea*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2002. P. 18.

¹² Mónica Madariaga, *La verdad y la honestidad se pagan caro*, Santiago, Editorial Don Bosco, 2002. P. 17.

¹³ Lorena Fries, Verónica Matus, *El derecho Trama y conjura patriarcal*, Santiago, Lom, 1999. P. 11.

¹⁴ Recordemos que “A la mujer... no le compete hacer la ley”, que es por ello que Creonte mató a Antígona: “Mientras yo viva, no será una mujer quien haga la ley”. Ceila Amorós, *Mujer, participación, cultura política y estado*, Buenos Aires, 1990. P. 32. “Volver, después de 20 años, a Longuemy me da la oportunidad a G. María de anotar los cambios ocurridos en el país: “Mucho ha cambiado en Longuemy. De gente de ayer abierta, alegre, sin temor, de puertas sin cerrojo ni candados, hoy nos encontramos con silencios, con negación de identidades políticas. Y a los que ayer murieron por sus ideas, a muchos de ellos les quieren negar el hecho de que perdieron la vida por ser socialistas, comunistas, marxistas, mapucistas, radicales, alienados, etc... Pero todo es culpa de este tiempo oscuro, de esta transición que los ha negado tres veces” (38).

¹⁵ “La aparición de un “yo” como garante de una biografía es un hecho que se remonta apenas a poco más de dos siglos, indisoluble del afianzamiento del capitalismo y del mundo burgués. En efecto, es en el siglo XVIII –y según cierto consenso, a partir de *Las Confesiones* de Rousseau– cuando comienza a delinearse nitidamente la especificidad de los géneros literarios autobiográficos, en la tensión entre la indagación del mundo privado, a la luz de la incipiente conciencia histórica moderna –vívida como inquietud de la temporalidad– y su relación con el nuevo espacio de lo social. Así, confesiones, autobiografías, memorias, diarios íntimos, correspondencia, etc., trazan, más allá de su valor literario histórico, el afianzamiento del individualismo como uno de los rasgos típicos de Occidente”. L. Arfuch, op. Cit. Pp. 33-34.

¹⁶ En otro contexto, G. Marín dice lo siguiente: “Digo “el” Partido, pero me siento muy dentro aunque nosotros tenemos esas manías de los “demos” de expresar que, por ejemplo, nos hacen hablar de “nosotros” y alienta decir “yo””. Gladys Marín, un retrato” (ed. por Diana Eliot, Nelly Richard) en *Revista de Crítica Cultural* N. 13, noviembre 1996. P. 32.

¹⁷ Diamela Eltit, *Emergencias*, Santiago, Planeta, 2000. P. 65-66.

¹⁸ Julia Kristeva, *Polylogue*, Paris, Editions du Seuil, 1977. P. 502 (la traducción es mía).

¹⁹ Así lo confirma su total adhesión a las figuras de los presidentes Frei y Lagos, su convicción de que la ponderación de la “democracia de los acuerdos” es la mejor fórmula de reconciliación social.

²⁰ Alberto Moreiras, “Postdictadura y reforma del pensamiento” en *Revista de Crítica Cultural* N. 7, noviembre de 1993. P. 26.

²¹ C. Szczeranski es la única que hace referencia a la mediación *escritural* del Testimonio: ella nos dice que, pese al ofrecimiento que le hizo la editorial de “toda la colaboración material posible, incluidos editores y escritores”, ella rechazó dicho ofrecimiento porque le “gusta escribir”.

²² La búsqueda de espiritualidad que define la exploración de una “vida interior” tal como se expresa en este Testimonio, tiene como desenlace la creación de un sacerdote Renato Hevia, exdirector de la revista *Mensaje* que fue expulsado de la Compañía de Jesús luego de contraer matrimonio con ella. No es indiferente que la mención pudorosa a esta unión se refiera a la intervención pendiente del Vaticano, como “una institución que ama profundamente la reserva”, en este mundo de señales escondidas.

²³ Es como si la búsqueda esotérica del Testimonio de esta mujer jurista que también escribe poemas ilustrara –en su división entre lo diurno (tránsito de estado) y lo nocturno (secretos e inspiración)- esta cita de J. Kristeva: “Cuando babalaba de la Ley, Hegel distinguía entre la Ley humana (la de los hombres, de los gobiernos y del orden ético) y la Ley divina (la de las mujeres, de las familias, con el culto de los muertos; de la religión). De cierta manera, existía por el lado del hombre la ley diurna y del lado de la mujer, el derecho de la sombra”. Julia Kristeva, “Un nouveau type d’intellectuel” en revista *Tel Quel* N. 74, Paris, 1977. P. 5 (la traducción es mía).

²⁴ C. Szczeranski cita el fragmento de una ponencia que presentó en un Encuentro patriarcal por el IID, en 1999: “... parece ser que la mujer tiene mayor sensibilidad, no por ser mejor, sino por historia... Puede que ello se vincule a su tradicional condición aislada, confinada dentro de los muros domésticos –salvo notorias excepciones- lejos de la circulación de la vida social y política... Aprendió, también, en su rol tradicional, a descifrar el lenguaje tácito de los niños que no hablan, a leer el lenguaje del cuerpo, del llanto. Sin duda, todo ello ha sido un condicionamiento perceptivo lento, como el de los ciegos que desarrollan paulatinamente el oído y el olfato. Puede que no sea más que lo que algunos definen como intuición, o sentido práctico, o sensibilidad, todos adjetivos con los que muchos se refieren al actuar de la mujer. Tal vez, por contrapartida, en quienes siempre han deambulado por el exterior, entre adultos y compadres, utilizando la comunicación racional y explícita como vía formal de entenderse con extraños, se ha ido olvidando la lectura de los signos” P. 46.

²⁵ Arfuch, op. Cit. P. 27.

Los bordes de la letra

Diamela Eitlt

Mitad niño, mitad perro. Animal pensante. Acezante. La novela *Patas de Perro* del narrador chileno Carlos Droguett, diseñó una figura que me parece lúcida y provocativa. Escribió la diferencia escurriendo por un cuerpo obligado a debatirse entre los signos irreverentes de la jauría y una solícita domesticación.

Pero, claro, finalmente insumiso, hubo de desaparecer tras la leva. Escogió diluirse entre los ladridos más profanos de la leva, perdiéndose en la noche.

Evoco al niño-perro, Bobby, pues me parece que se yergue como una metáfora que hasta hoy nos desafia. Quiero aludir a su distancia, su resistencia. Sí, la resistencia. Porque el niño-perro siempre percibió su alteración canina como un más, como un atributo y un don que estaban allí para acrecentar una potencia que se duplicaba extraordinariamente humana y perruna a la vez.

Y los obstáculos se precipitaron sobre Bobby con un fanatismo indisoluble. Los poderes más decisivos se inclinaron en su contra. Se dejó caer el prejuicio y una suma incalculable de juicios. Lo enjuiciaron. Entre la espuma de una boca demasiado proclive a la sed y sus dos patas poderosas, encaró el hambre y los golpes. Su cuerpo se transformó en sede para la ejecución de un castigo incesante.

Pero él, protegiéndose a sí mismo, ya se había escudado en el interior de su propio reclamo.

Comprendí, con una lucidez determinante, que no existía la menor posibilidad de renuncia. Su cuerpo, que fuera tachado de monstruoso, constituía un escándalo. Y, sin embargo, él lo sabía, le pertenecía enteramente. Ahí estaba. Bobby, transcurría.

Se enfrentó, poseído por una forma de miedo no exenta de serenidad, a la intransigencia dictaminada por los programas oficializados. Tempranamente supo que algo en él inspiraba sentimientos en los que se trenzaba la rabia y la culpa. Una rabia y una culpa insertas en el interior de las propias instituciones que lo expulsaban, porque, en verdad, él representaba un deseo agudo que la hegemonía no se atrevía a consignar de sí mismo. Bobby encarnaba un consolidado sueño de insurrección que el sistema se había prohibido anhelar hasta en sueños.

De esa manera, Bobby semejava una pesadilla que se cursaba a plena luz del día. Sólo los carnívoros parecían destinados a reconocerla y por eso le lanzaron, desde sus mesones húmedos y enrojecidos, el pedazo de carne para humillarlo y así poner de relieve la materia animal que tan bien conocían. Claro que sí. Ellos, los carnívoros.

Pero Bobby quedó inscrito como emblema. Porque Carlos Droguett consiguió configurar su novela apelando a una escritura imperiosa, deseosa, sin pausas, febril. Una escritura que obliga a sus concentrados lectores a alterar su ritmo respiratorio para así fundirse y confundirse con la letra. Contaminarse en una lectura perrunamente acelerada.

La novela y su inquietante letra permanece allí, arrinconada, quizás rezagada en un estante hiper sólido, aunque seguramente menos ostentoso. El extraordinario aporte de Carlos Droguett con su novela *Patas de Perro* continúa con su creativa, misteriosa y desafiante carrera para indicarnos—a algunos de nosotros y a los otros—que sí, que sí, que sí existe un cuerpo que, tal vez, no quiere ni debe filiarse porque sí.

Quiera agradecer al conjunto de los trabajadores de *Casa de las Américas* y, muy particularmente, a su Presidente, Roberto Fernández Retamar, el honor que han conferido a mis libros al dedicarnos su semana de autor*. Y cómo no, a las amigas y amigos críticos literarios su presencia en esta ocasión única e irrepitible. En este espacio único e irrepitible.

Casa de las Américas—lo sabemos—está inscrita ya en la imaginación literaria del Continente como uno de los proyectos más consistentes e insistentes en la promoción y producción de diálogos entre diversas y plurales literaturas.

Y, desde luego, no puedo dejar de expresar mi admiración por el cubanismo barroco. Señalar que su red lingüística más extremadamente cifrada es un hito irrenunciable. No sólo el reposicionamiento Gangoriano con la nueva desafiante aguda gesta caribeña que le imprimió Lezama Lima—y que de manera sobresaliente hubo de leer el divino Sarduy—sino, además, el humor barroco adherido y adherente que asalta resguardado tras una enmarañada inteligencia para permitir el estallido de la corajada que viene a diluir el depósito de rencores.

Me tomo aquí la libertad de anexar y evocar la creativa risa cubana de Roberto Fernández Retamar. Legendaria para mí. Inolvidable. Y en la orilla más severa, su poesía y su asentado aporte teórico.

Entonces, ¿Qué hacer, qué decir, qué escribir?, ¿con qué podría comparecer en estas circunstancias?

Resulta pertinente—diga—fitubear, permitirme el curso de algunas divagaciones, sin temor a revolver diversas y hasta divergentes sentidos, asumiendo el riesgo de arribar, incluso, al sinsentido.

Esta invitación que me parece demasiado generosa y la de mayor prestigio en los ya extensos años que conforman mi actividad literaria, resulta en extremo estimulante, pero también—tengo que decirlo—es difícil de asumir. Como muy bien lo entendió Jorge Fornet, toda declaración de autor bordea la absoluta irrelevancia. Entonces me resguardo tras la provisional y la tentativa para intentar exponer algunas de las problemáticas que, desde mi perspectiva, actúan como detonantes en el acto de escribir literatura.

En verdad, creo necesario precisar que cada libro que he conseguido concluir ha sido producto de su particular letra, pues aún cuando sé en cuánto requirió de mi predisposición más intensa, siempre hubo de portar su propia autonomía. Hablo de la letra y de su considerable peso material.

Entonces, ya misma, me siento, en parte, extranjera a esos libros que dejan de pertenecerme de manera abrupta en ese minuto crucial e ineludible en que se despegan de mi mano para irse con sus patas de perro, salivosos, precipitándose hacia los pequeños lugares alejados. Se van, buscando un hueco o una fisura en la zona erial de un ojo que los recoja.

Nunca me he sentida una escritora profesional. Más cerca de la artesanía de la letra imperfecta, me asombra su imposibilidad, su fuga irreatable. Y eso cautivo. La trampa lúdica que tiende una letra que se presenta como aparentemente disponible. Y el desafío más álgido radica en seguir el dictado más tenso de esa letra, perseguirla con la lengua afuera, empuñada en la búsqueda incierta de producir apenas un destello estético y polifónico.

Alguna vez me he referido a la posibilidad de establecer una política de escritura, hacer de la letra un campo político, riesgoso quizás, siempre en curso, por senderos laterales. Eso es. Parapetarse, allí, en el recado y no salir del recado, quedarse, permanecer dando vueltas y vueltas, prendida a la dudosa esperanza de habitarlo. Pero no. Se trata de contener la esperanza. Se trata de centrarse en el deseo de recado.

Porque, en realidad, está el goce, ese goce intransferible y sobresalido que provoca la extrema cercanía con la letra, un goce que reniega y rechaza la profesionalización de la escritura. Más bien el horizonte parece completarse cuando se presenta el asomo del temblor o el peligro latente de un naufragio que nunca va a terminar de cursarse.

Entiendo, siempre he considerado, con extrema claridad, que es la letra la que tiene que encontrar su lugar porque surge, de manera incontrarrestable, la exactitud de un lugar para el lugar exacto de la letra. Aunque comprendo la emergencia—y quizás necesidad—del autor que maneja en cuerpo y alma su propia producción, más bien—y sin caer en idealizaciones románticas—me interesa teórica y políticamente el despropósito que porta la literatura, su capacidad de dispersión más subversiva.

Pero, claro, hoy la letra está, quizás, así lo percibo, acorralada. De la misma manera que la ley no conduce necesariamente a la justicia, la literatura parece rehuir su trabajo oficioso con la escritura. Pero la rehuje por un férreo mandato que dicta el ultra capitalismo encarnado también en la industria editorial que productiviza el libro como una fuente inagotable de entretención masiva. No pretendo cuestionar aquí la entretención o la legitimidad de una cierta trivialidad. Eso está bien. El punto crítico se enclava en cómo el mandato de la industria despolitiza la letra y la convierte en mera zona referencial, en simple ilustración de una determinada oportuna realidad que resulta conveniente y funcional al proyecto mercantil que hoy nos cerca y comprime.

Desde luego—lo sabemos—una extensa parte de la literatura ha habitado siempre un campo minoritario. Y eso es interesante. Sólo que hoy la irrupción triunfante del libro-mercado subsidiario del libro mercado construye sensibilidades que rasan y alteran las problemáticas más complejas, mediante la generación de estereotipos que al consolidarse, consolidan el sistema. Pienso que la instalación general e indiscriminada del libro-mercado no es inocente ni menos casual. Actúa, más allá incluso del seudo compromiso de sus contenidos, como aliciente de un crítico proyecto despolitizador de la letra.

Puede ser que invocar la particularidad de la escritura en tanto interrogación crítica al soporte del relato parezca extemporáneo. O, dicho de otra manera, las sensibilidades

dominantes construyen actualmente su negociación bajo el supuesto del anacronismo. No obstante, renegar de la espacialidad y del espesor de la letra con toda su dimensión material y la gama de relaciones intrincadas que convoca, implica complicarse con la que Pierre Bourdieu denomina un proyecto de "deshistoria", en este caso, literaria, para así posibilitar la desocialización de la escritura que es uno de los instrumentos privilegiados en los que descansa el ultra neoliberalismo para validarse.

No es mi propósito emplazar los literaturas neoliberales, ni menos cuestionar a sus autores. Más bien la idea que me moviliza es la posibilidad, en los estrechos fronterizos espacios disponibles, de atraer la letra hasta la letra sin más rentabilidad que su choque y su infinita combinatoria interna. Me refiero a una productividad anclada en el rigor apasionado de continuar pensando lo literario en términos de un oficio acotado y rebatir así la expectativa espectacularizante que promueve el libre mercado cultural.

Porque me parece—y me reservo sin reservas el margen de error que pueden portar mis impresiones—que si se renuncia a la vertiente provocativa que porta la escritura, se propicia una hegemonía semejante a la poderosa cadena televisiva CNN que, bajo el supuesto del pluralismo, forma corrientes de opinión a costa de la represión, supresión y deformación informativa.

Y no puedo dejar de referirme en este espacio a los contextos que hoy nos proporciona la historia. Una historia que—sabemos—siempre ha portado una fuente inagotable de tensiones. Una historia que nos ha demostrado hasta el cansancio más manótono cómo se esmera en evitar, a toda costa, el propiciar algún tipo de tregua.

Sin embargo, no es posible obviar cómo actualmente se conforma un escenario social extremoso y turbulento que, por el momento, se presenta como irreatable. Un escenario que valida la violencia pura y el éxtasis moral para así esconder y escamotear una garra bélica y rapaz que horada el hueco para extraer (escudado detrás de un discurso humanitario) las máximas reservas de petróleo y obtener el control masivo sobre los gaseoductos.

Ahora mismo se han estigmatizado las mezquitas como un nuevo síntoma de una colonización que sí tiene demasiados precedentes. Y aún así, se han estigmatizado las mezquitas.

Tal como antaño fuera el oro el soporte de un discurso desmantelador de los primeros habitantes de América que fueron sometidos a una analítica en la que se desechó su condición humana, hoy la helada determinación que busca poseer de manera ilegítima el petróleo y el gas hace del musulmán su presa. Qué vergüenza.

Pero es más. Las complejas y agitadas geografías de Colombia y Venezuela están claramente intervenidas. El prolongado sitioamiento a Cuba. El castigo ejemplarizante que experimenta la Argentina.

La guerra del siglo XXI, producida con las mismas características del guión de un film hollywoodense, transcurre delante de los espectadores de una pantalla mundial. Una pantalla que no puede ser desactivada aunque cerremos los ojos. Aunque cerremos los ojos continúa ocurriendo y ocurriendo.

La ciudadanía ha caído en picada. No somos sino espectadores. Sí, nos hemos convertido en espectadores incluso de nuestro propio desolador habitar. Porque las tecnologías de las comunicaciones, supuestamente destinadas a promover una integración activa para participar saludablemente en el mundo, sólo se reproducen y se

comunican a sí mismas, intensificando o moderando su espectáculo.

Y, de esa manera, se cursa una realidad que termina por convertirse en desechable. Un reciclamiento agudo nos empuja a la próxima secuencia. Y al olvido de lo que será la próxima secuencia. La irrupción veloz a Afganistán parece tan distante como si se hubiera desencadenado en un tiempo que supera lo remoto.

¿Cómo habrá sido —me pregunto— el alucinante viaje de los prisioneros talibanes que ahora mismo están tan cerca y, a la vez, más que excluidos en la base de Guantánamo?

Y en otro fragmento del telón, tal como si la pantalla fuese divisible, los bombardeos a las casas palestinas, el estallido de esas casas de parientes sospechosos de parientes, mientras Sharon transporta el peso de su deformada humanidad —aunque no me gustaría burlarme de su cuerpo— es el cuerpo de Sharon quien la acusa en la pantalla de un cristiano pecado capital: me refiero a la gula de Sharon. Su voluntad ávida de apoderarse del desierto y gobernar hasta el menor grano de arena del desierto y convertir en polvo del desierto al maltratado pueblo palestino.

Cómo es posible que ahora mismo esté en curso esta paradójica resolución dramática, cuando uno de los sucesos más conmovedores que le pena a la memoria histórica, la constituye la deliberada maquinaria de muerte que fuera operada contra el pueblo judío. Operada por un nazismo que encontró su eco en el interior de un sistema enfermo que se convenció que una masacre así era posible. Digo, que la hizo, en verdad, posible.

Pero ahora, profundizando las contradicciones, en un recuadro simultáneo, Sharon y Bush se felicitan y pasan para una posteridad que ya es tardía en el frontis de la Casa Blanca.

Un dejo medieval, una forma de alianza feudalista. Las épocas se montan indiscriminadamente unas sobre otras. Obligadas a la pasión inversionista, cuando la bolsa de valores tambalea, se suman multitudes de cuerpos a incrementar la amplia línea de pobreza.

Pero es que hay que fortalecer la buena salud de los mercados agudizando el desprecio por las desafortunadas, rezagadas multitudes.

Sin embargo, aún entre considerables limitaciones, enmarcado en un horizonte estrecho, Brasil el país más poderoso y numeroso del todo el Continente escoge como su Presidente a quien fuera un obrero metalúrgico. No a un empresario, no, sino a quien antaño se desempeñara como un obrero metalúrgico. Es estimulante, interesante, como, en el interior de las formas más radicales de controles, se organiza una forma de fuga que desafía las lógicas y resquebraja los parámetros.

Reconozco que ya he extraviado el rumbo de la letra, que me he excedido de mi propio formato. Vuelvo entonces a establecerme en el terreno literario.

Pero, claro, cómo volver si los territorios literarios están correlacionados con otros terrenos literarios y, también, con la textualidad que más que ofrecer, nos impone la historia. Me interné en el campo narrativo mientras estaba en curso una feroz dictadura en Chile. Porto, al igual que millones de compatriotas, una memoria activa que conoce en cuánto se vulnera, no sólo el pensamiento, sino también hasta el menor acto de la vida cotidiana cuando se legalizan, de manera múltiple, diversas formas de violencia.

Y, en este punto, podría ser oportuno, en el orden de las asimetrías y su cuota de violencia, referirme a la problemática abierta entre género y literatura. Ya el mercado se ha apropiado de esa disyuntiva. Bajo el prisma de la diferencia, se ha rediseñado inteligentemente el guetto. En realidad no se trata de literatura de mujeres —digo, el posible y complicado desentrañamiento de su cifra— sino más bien de producir una literatura que sea apta para el consumo de mujeres, me refiero a relatos que hagan viable la proliferación de sus modelos mercantiles. Y así se vuelve a segmentar lo literario para mantener la hegemonía. De esa manera permanece incólume la literatura (con mayúscula) y su conservador programa. Y en otra orilla —que no puede sino ser comprensiva— la aglomeración de la que se entiende por literatura de mujeres. Como apéndice. Así, sencillamente, apelando a la sociología de la letra.

Asistimos a la biologización de la cultura. Esa cuota cosmética y políticamente pertinente que requiere la segmentación y clasificación de los mercados con el fin de intensificar sus ventas.

No obstante, más allá de cualquier proyecto, continúa el enigmático dispositivo de la letra.

Y pienso que ese enigma es el objeto que esta extraordinaria reunión plantea y que, en esta ocasión, ha recaído en los libros que, hasta cierto punto, tienen mi autoría. Unos libros, ya lo dije y lo reitero; imperfectos, inestables.

Pero en algún lugar de mi cabeza, tengo la seguridad que la literatura anclada en la profundidad de la letra, nos da vida, nos sostiene.

Resistimos. Mitad niños, mitad perros.
Muchas gracias

Del complot al potlach:

política, economía, cultura

Bruno Bosteels

Cuando la lógica del dinero toma la forma paranoica de un complot, sólo parece poder destruirse en un acto absolutamente gratuito y fulminante. El gesto ritual del potlach —como don o destrucción gloriosa de riquezas— cobra entonces todo su valor de sueño utópico del colapso del orden de las mercancías. Pero, ¿a razón de qué anárquico principio de esperanza podríamos reasegurarnos, si el capitalismo es ya de por sí un gigantesco potlach globalizado, un gasto y un desgaste cada vez más destructivos, y si la máquina insomne de la industria cultural logra devorar el más mínimo simulacro de autonomía artística?

CONFABULACION Y PARANOIA

En el mundo realmente globalizado, la verdad parece estar del lado de los paranoicos. Tendrá razón Ricardo Piglia cuando en un fragmento autobiográfico al principio de *Prisión perpetua* cita un consejo de su padre: “[También los paranoicos tienen enemigos!]¹”. Por todos lados prolifera hoy un vago sentimiento de persecución, basado en la sospecha de una enemistad a la vez difusa y global. Tras el declive ha llegado un momento de auge y, tal vez, de sobrecompensación en la invención de tramas clandestinas y alegóricas, de modo que a la incredulidad frente a los “grandes relatos” de la modernidad le sucede una acumulación obsesiva de lo que podríamos llamar “ficciones globales” postmodernas, relatos paranoicos sobre la conjura del otro que se reproducen tanto del lado del capitalismo a ultranza como en los nuevos movimientos en contra de la globalización. No sólo se supone que el proceso violento de incorporación al capital obedece a una lógica implacable cuya estructura profunda sería tan enigmática como la de una pesadilla irrecuperable a la hora del despertar. Lo que es más, la misma coalición mortífera de capital, guerra y “libertad”, que llega hoy a confundir en un solo acto simultáneo la ayuda humanitaria con el uso brutal de armas de destrucción masiva realmente existentes, también alega que el verdadero enemigo se esconde en misteriosas redes de terrorismo, en milenarias conjuras fundamentalistas o en incontables células durmientes. Nadie puede negar que vivimos en una época gloriosa para las teorías del complot: todos somos potencialmente sospechosos, los enemigos son sistemáticamente los otros, los únicos lazos sociales, en una condición de permeabilidad total a los afectos más grises, son los que se basan en la sospecha, el terror y la guerra, “sálvese quien pueda”.

Piglia dedica precisamente un largo ensayo reciente a la “Teoría del complot” en el que interroga el uso de elementos ficcionales por las fuerzas hegemónicas, los servicios secretos y otras formas de control y de captura en torno al aparato del Estado. Es la verdad misma del hecho social la que se presenta hoy en la estructura de una ficción. ¿En qué se fundamenta el lazo social sino en el intercambio de relatos, rumores y códigos

para una ficción general, fragmentada y multitudinaria? ¿No depende también la economía, base supuestamente objetiva del hecho social total, de elementos tan subjetivos como son los altibajos de la confianza de los consumidores? Ya antes había escrito Piglia, en un apunte atribuido a Roberto Arlt en *Nombre falso*: “El capitalismo especula con los buenos sentimientos”². ¿Y con qué especula el mercado si no con los secretos y anticipos de la información, poco o nada importa que sea falsa o simulada, si cabe todavía mantener una división tajante entre verdad y simulacro en la Bolsa? ¿En qué punto empieza a adquirir consistencia una relación amorosa sino en el acto de dar crédito a las palabras del otro? Todas nuestras relaciones —políticas, económicas, amorosas— se basan de algún modo en la circulación de tales “ficciones sociales” como las llamaba también Fernando Pessoa.

Piglia habla sobre todo de la importancia del complot para relacionar la lógica conspirativa con tres cuestiones que tienen que ver con literatura, vanguardia y economía. Empieza citando el ejemplo que un complot y revolución en la clandestinidad del partido leninista, al cual podríamos añadir el clásico ejemplo de la organización blanquista, pero rápidamente la atención se desplaza hacia el complot como una política de ficcionalización por parte del Estado. Elementos para esta visión se encuentran desde el libro quinto de *La República* de Platón, en un anticipo sintético de “La lotería de Babilonia” de Jorge Luis Borges, hasta las prácticas alternativas del complot, las confabulaciones del contrapoder inventadas por figuras como Pierre Klossowski o, más cercano al propio autor, por Macedonio Fernández —sin duda el escritor argentino que más influencia ha ejercido sobre esta parte del pensamiento de Piglia, más allá de Borges o Arlt: “El complot sería entonces un punto de articulación entre prácticas de construcción de realidades alternativas y una manera de descifrar cierto funcionamiento de la política”³. De la prescripción revolucionaria, todavía activa en los años setenta, pasamos a una visión paranoica de la sociedad en la época neoliberal del capitalismo. La paranoia pareciera ser el resultado extremo de la derrota irrevocable de aquella prescripción, pero también es su anverso fervoroso, cuando no una regresión pura y simple a la obsesión antirrepresiva. El Estado, entonces, puede aparecer como el único sujeto posible de una política reducida a mera gestión, excluyendo toda alternativa que no sea la repetición mimética de un complot contra otro. Como sugiere Piglia: “Hay que construir un complot contra el complot”⁴. Ésta sería la tarea para una nueva vanguardia artística, sectaria y conspirativa, cuyo proyecto empalmará directamente con el sueño utópico de una contraeconomía, o una antieconomía, más allá de la lógica de globalización del neoliberalismo: “La vanguardia artística se descifra claramente como una práctica antiliberal, como una versión conspirativa de la política y del arte, como un complot que experimenta con nuevas formas de sociabilidad, que se infiltra en las instituciones existentes y tiende a destruirlas y a crear redes y formas alternativas”⁵. En esta prolongada guerra de posiciones, sin embargo, el arte de

¹ Este texto fue leído en la Sesión Inaugural de la Semana de Autor (dedicada a Diamela Eltit) que organizó Casa de las Américas en La Habana, Octubre 2002.

vanguardia siempre correrá el riesgo de no hacer más que imitar el nudo entre complot y poder mediante el cual se ordenan las relaciones sociales al interior del Estado.

IMPERIO Y MULTITUD

El que el Estado haya perdido gran parte de su papel hegemónico en años más recientes -perogrullada que fácilmente podría esgrimirse en contra de esa mirada funesta sobre la política posrevolucionaria como conspiración- en realidad no disminuye el atractivo de las teorías del complot sino que, al contrario, parece elevar aún más su capacidad de persuasión, al punto que hoy su dominio resulta ya casi completamente irrefutable. La teoría conspirativa más poderosa, en este sentido, nos la ofrece sin duda el éxito internacional de *Imperio* de Michael Hardt y Toni Negri. Combinando muchas ideas ya familiares sobre la globalización en una especie de enciclopedia portátil de la contemporaneidad, el libro es absolutamente arrasador en su capacidad de absorberlo todo, a pesar del nomadismo oficial de sus múltiples líneas de fuga - con una mirada aplastante cuyo modelo más inmediato no es el *Capital* de Marx, ni *Mil mesetas* de Deleuze y Guattari sino, más bien, *La sociedad del espectáculo* de Guy Debord.

La tesis fundamental del libro, como la de cualquier buena teoría del complot, es brutalmente simple, aun si sus implicaciones políticas -como los autores admiten- pueden no ser tan claras: al concepto moderno de soberanía nacional, con sus expansiones imperialistas a lo largo de los últimos cinco siglos, le sigue desde hace varias décadas un nuevo tipo de soberanía que ya no está ligado al Estado-nación sino que se extiende uniformemente por toda la tierra como una soberanía imperial. Lo que define al imperio es algo que Hardt y Negri llaman también 'biopoder' retomando la noción de Foucault: el capitalismo tardío se infiltra en todas las esferas de la actividad humana, borrando aquellas separaciones entre lo económico y lo cultural, entre trabajo material y trabajo intelectual, cuya condensación constituía el acto político propiamente dicho en la visión leninista ortodoxa. Hoy el régimen de poder del imperio controla directamente la vida misma. Respecto a esta visión podríamos repetir lo que escribe Piglia sobre la lotería de Platón: "Esta es una concepción conspirativa total: el complot es el mundo social mismo"⁴. Para Hardt y Negri, la imagen más elocuente de la nueva sociedad de control sigue siendo la del dinero: "No hay nada, ninguna 'vida cruda', ningún punto de vista externo, que pueda postularse fuera de ese campo permeado por el dinero; nada escapa al dinero. De hecho en el escenario global toda figura biopolítica aparece vestida en atuendo monetario"⁷. La diferencia es que anteriormente el imperialismo se definía por la ocupación y el disciplinamiento jerárquico de territorios y poblaciones, mientras que el imperio se caracterizaría por la creciente integración y el control flexible de todas las zonas del globo. En plan alegórico, el diagrama de la sociedad imperialista tomaba la forma panóptica de una cárcel, separando el adentro y el afuera según el ejemplo descrito en *Vigilar y castigar* de Foucault; el imperio, por el contrario, sigue la fluctuación incesante del mercado, como una red con infinitas entradas y puntos de fuga, según el mapa trazado en *Mil mesetas* por Deleuze y Guattari.

Allí donde Hardt y Negri se acercan más al libro de Debord es en la sensación que producen en el lector de encontrarse frente a una lógica inquebrantable: una conjura a escala global en la que ni siquiera hay un culpable principal identificable, por ejemplo, con los Estados Unidos. De hecho, así como no hay afuera del imperio, según los autores éste tampoco tiene centro. La nueva forma de soberanía no sólo cancela las viejas dialécticas de interior y exterior, de centro y periferia, que definían al Estado moderno sino que, además, le quita de antemano cualquier eficacia a una política que se organizara todavía a partir de tales

categorías, hoy supuestamente obsoletas. "Al imperio no se puede resistir con un proyecto dirigido hacia una autonomía limitada o local", advierten Hardt y Negri: "A la globalización debe responderse con una contra-globalización, al imperio con un contra-imperio"⁸.

En este diagnóstico, no obstante su contundencia, o gracias a ella, hay algo extrañamente apasionante, un cierto júbilo atezado que en mi opinión no es ajeno al éxito internacional del libro. Si Hardt y Negri tienen tan cautivo a su público como antes lo tenía Debord, es también porque sus libros ponen en juego una curiosa variante de aquella figura del 'sujeto que se supone que sabe' analizado por Lacan. No cabe duda de que éste es un efecto intrínseco de cualquier teoría del complot: el placer casi físico de saberse capaz de saber, de entender el sistema, con mayor razón tratándose de una sabiduría casi perversa que niega la posibilidad de salirse del sistema cuya lógica se pone al desnudo con tan implaceable energía. De este modo, la paranoia no sólo prueba su razón sino que incluso puede convertirse en una máquina generadora de irrefutables figuras del saber. Como dice un personaje de Marcello Cohen, en un relato sobre la crisis en Argentina: "La paranoia consiste en saber más de lo que uno puede utilizar"⁹. Es justo a través de este suplemento de saber inútil que la función intelectual en tiempos de paranoia se puede distribuir uniformemente entre todo el mundo—realización paródica de una utopía común en los años sesenta y setenta. En los Estados Unidos, observo incluso cómo la figura inversa, la de no querer saber más, ha llegado explícitamente a respaldar las decisiones unilaterales más arbitrarias y agresivas del aparato militar. Hoy día, la ideología se anida también en la figura de un sujeto que está dispuesto a no saber, feliz de suponer que el otro debe saber más que él, y de reconocer que esta información—que aún ignora—no se puede difundir sin poner en riesgo los derechos civiles de la masa de sus conciudadanos. Anverso de la sabiduría paranoica que está de más, el oscurantismo de esta ignorancia voluntaria llega así a ser un rasgo explícito de la llamada democracia—nuevo régimen conspiratorio cuya tranquilidad omnipotente de hecho se vería seriamente perturbada por cualquier deseo de transparencia real.

¿Cuál puede ser entonces la salida al complot, si es que el imperio no tiene ya ningún afuera, ningún punto de exterioridad crítica o dialéctica, como antes se suponía? Según Hardt y Negri, frente a la lógica imperial pero desde el interior mismo de su funcionamiento liso, como su negativo fotográfico, surge inevitablemente el espectro immanente de la multitud. Mejor, como cualquier otro régimen de soberanía, el imperio desde el principio ha sido un intento imposible por captar y controlar la creatividad de la multitud. Multitud cuya fuerza vital, autoconstituyente, debe considerarse por lo tanto anterior a todos los proyectos para mediatizarla de parte del poder dominante, constituido—que sea en términos de mercado y globalidad o, previamente, como pueblo y nación. De esta fuente inagotable brota el optimismo político-ontológico de Hardt y Negri: "Las fuerzas creativas de la multitud que sostienen al imperio también son capaces de construir autónomamente un contra-imperio, una organización política alternativa de flujos e intercambios globales"¹⁰.

Hay una relación de complemento y resistencia a la vez, sin negación dialéctica, entre la multitud y la noción de imperio tal y como las desarrollan Hardt y Negri. La clave para entender esta relación, de hecho, viene de Foucault a través de Deleuze. Es la idea de que no solamente no hay poder sin resistencia, sino que, además, la resistencia es ontológicamente anterior al poder mismo. "Más aún, la última palabra sobre el poder es que *la resistencia es primero*", como escribe Deleuze: "Así, no hay diagrama que no contenga, aparte de los puntos que conecta, puntos relativamente libres o desligados, puntos de creatividad,

mutación, resistencia; y hay que partir de ellos, tal vez, para entender el conjunto"¹¹. Así, también, aunque no haya nada fuera del imperio, con lo cual se equivocan todos los pensadores políticos que aún se dejen llevar por la ilusión de tal exterioridad, cualquiera de sus puntos no obstante puede leerse simultáneamente como signo de la infinita potencialidad de la multitud.

En su polémico libro *Deleuze: "El clamor del Ser"*, Alain Badiou describe esta orientación en términos de una lógica de la doble firma. Cada cosa que, desde el punto de vista de la identidad, o del poder constituido, aparece como algo estable y molar, puede ser leída también como algo móvil y molecular, o en términos de política, como poder constituyente-signo del ser mismo en tanto acontecimiento de virtualización de lo actual y actualización de lo virtual. Intuitivo en un sentido ontológico peculiar, el método consiste en recorrer esa trayectoria de ida y vuelta entre un polo y otro, sin perder la univocidad en aras de la dialéctica: "De A-el ente a B-el Ser, luego de B-el Ser a A-el ente, la intuición encadena el pensamiento al ente como co-presencia de un ser del simulacro y un simulacro del Ser"¹². Todo lo que hay se nos presenta doblemente firmado, según se lea como ente o como ser, como hecho o como acontecimiento, como identidad o como devenir, como imperio o como multitud. Para Hardt y Negri, si adoptamos este principio de reversibilidad immanente, el cierre del nuevo orden global no debe inquietarnos demasiado, ya que al mismo tiempo atestigua de algún modo el vitalismo insobornable de la multitud creadora y productiva. La desgracia viene mágicamente envuelta en el papel de regalo de la gracia: sin mediación, imperio y multitud son los dos signos de una mirada ya no dialéctica sino meramente hermenéutica. Parece que hasta ahora los filósofos sólo han transformado el mundo en diversas maneras; de lo que se trata es de interpretarlo: de leer el imperio en términos de la multitud, y vice-versa. No hace falta esperar el segundo volumen de *Imperio*, anunciado con el simple título de *Multitud*, ya que las claves interpretativas de aquí coinciden ya, punto por punto, con las claves para leer en filigrana a ésta.

Hardt y Negri son nuestros conspiradores más ambiciosos y más alegres porque combinan dos gestos igualmente irrefutables: al declarar la subsunción real de la vida en biopolítica, del trabajo en capital, son capaces de relegar al basurero de la historia todas aquellas concepciones modernas de la política que siguen inspirándose en una contradicción antagonica entre el adentro y el afuera, entre lo viejo y lo nuevo; pero al afirmar la reversibilidad, o la unidad intuitiva, entre el poder y la resistencia, entre imperio y multitud, son capaces de superar al mismo tiempo el pesimismo del intelecto paranoico mediante el más puro optimismo de la creatividad, nombre ontológico de la vida misma. Aun si Hardt y Negri no pretenden ofrecer una enésima versión mesiánica del paso por el infierno para desembocar en la salvación, su libro no evita las trampas de la buena mala conciencia que en los años sesenta todavía se discutía como la pseudodialéctica del 'alma bella' según Hegel o Lacan. Al contrastar la fuerza creativa de la multitud a su captura vertical por el imperio, los autores finalmente no hacen sino renovar un esquema harto familiar que contrasta la pureza insurreccional con el poder igualmente puro del orden establecido. Lo que gana este esquema anárquico en radicalidad especulativa, lo pierde sin embargo en eficacia específica para pensar la situación política que nos toca vivir.

CONJURACIÓN Y SACRIFICIO

Frente a la conjura del capital surge también el sueño de otro tipo de contracomplot: no ya una mera lectura en clave invertida sino una especie de salida exasperada por autodestrucción sacrificial. Es en este sentido que podemos

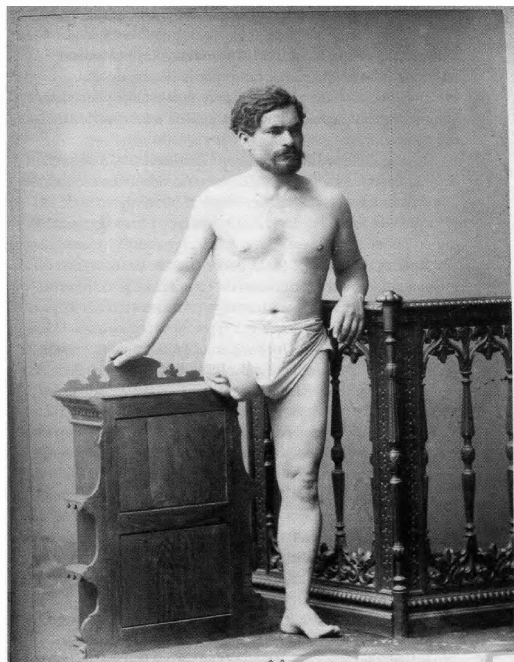
entender el final de la última novela de Piglia, *Plata quemada*. Relato de una historia real que se desarrolló entre el 27 de septiembre y el 6 de noviembre de 1965, entre Buenos Aires y Montevideo, la novela reconstruye el destino trágico de una banda desquiciada de ladrones que, después de asaltar un banco, mueren casi todos en una especie de suicidio colectivo, asediados por la policía, pero no sin antes quemar el dinero del botín, tirando los billetes en llamas por la ventana, ante los ojos incrédulos de la multitud que ya se había reunido en la calle y en sus casas delante del televisor. Lejos de hacer lo que para muchos sería un acto de justicia poética y distributiva, devolviendo el dinero a los pobres o a los niños huérfanos, al quemar la plata los delincuentes llevan su carga de criminalidad hasta el punto culminante donde parecieran cometer un sacrilegio en contra del valor supremo del billete. "Quemar plata es feo, es pecado", dice uno de los ladrones, mientras la gente indignada se entrega al rumor: "Si la plata es lo único que justificaba las muertes y si lo que han hecho, lo han hecho por plata y ahora la queman, quiere decir que no tienen moral, ni motivos, que actúan y matan gratuitamente, por el gusto del mal, por pura maldad, son asesinos de nacimiento, criminales insensibles, inhumanos. (...) todos comprendieron que ese acto era una declaración de guerra total, una guerra directa y en regla contra toda la sociedad"¹³. Es esta "prueba de maldad y de genio" la que un filósofo uruguayo rápidamente se encarga de explicar, en unas declaraciones citadas hacia el final de la novela, como "una especie de inocente *potlatch* realizado en una sociedad que ha olvidado ese rito, un acto absoluto y gratuito en sí, un gesto de puro gasto y de puro derroche que en otras sociedades ha sido considerado un sacrificio que se ofrece a los dioses porque sólo lo más valioso merece ser sacrificado y no hay nada más valioso entre nosotros que el dinero"¹⁴. Cuando la lógica del dinero toma la forma paranoica de un complot, sólo parece poder destruirse en un acto absolutamente gratuito, fulminante y violento hasta más no poder.

El gesto ritual del *potlatch*, como desafío humillante y don o destrucción gloriosa de riquezas, cobra aquí un doble valor histórico. En un sentido estrictamente cronológico, los hechos narrados se sitúan a finales de los sesenta, en el periodo de la militancia armada, las luchas de la resistencia peronista y una creciente ola de actos terroristas de la guerrilla urbana: "Es un momento en que la violencia política aparece enmascarada, camuflada de diversas maneras. Es el momento donde no existen categorías capaces de diferenciar las zonas de exclusión de las ideologías. Las luchas por establecer estas categorías es la lucha por un lenguaje en el cual se define la identidad de los actores"¹⁵. En términos ideológicos, sin embargo, la novela parece más bien demostrar la clausura de esta secuencia, su agotamiento retrospectivo cuando no su derrota pura y simple, mientras que la noción del combate revolucionario contra un enemigo común se ve sustituida por la revolución de un complot con trágico desenlace: "Había cierto fatalismo en todos ellos y nadie podía imaginar el giro inesperado que iban a tomar los acontecimientos. Los que viven bajo presión, en situación de extremo peligro, perseguidos, acosados, saben que el azar es más importante que el coraje para sobrevivir en un combate. Pero esto no era un combate, era más bien un complejo movimiento de maniobras dilatorias, de esperas y de postergaciones"¹⁶. En este sentido, quizá la novela tenga mucho más que decir sobre el acoso de los noventa como un presente sin salidas que sobre aquel heroico pasado de los sesenta y los setenta cuya leyenda por otra parte intenta reconstruir. Frente a la larga conjura armada o policial que este acoso parece esconder, sólo queda abierta la fatalidad de la resistencia, sin pactar ni dar a torcer el brazo, en un paradójico arte de la fuga que prefiere morir antes de abandonar el terreno.

Es curioso ver cómo Pessoa, en un magnífico texto de 1922, había experimentado con la solución opuesta a la de Piglia. Recordemos la pregunta retórica de Brecht que sirve de epígrafe a *Plata quemada*: “¿Qué es robar un banco comparado con fundarlo?”¹⁷ Puesto que ambos gestos son igualmente radicales y criminales, el ‘anarquista científico’ de Pessoa puede escoger la segunda opción y fundar un banco, en vez de robarlo para luego quemar el botín como harán los ‘complotados’ o ‘nihilistas’ de Piglia. A lo largo de este relato, “El banquero anarquista”, el narrador le explica a su joven interlocutor porque él es el único anarquista coherente: “Me ha comparado usted con esos tontos de los sindicatos y de las bombas para indicar que soy diferente de ellos. Lo soy, pero la diferencia es ésta: ellos (sí, ellos y no yo) son anarquistas sólo en teoría; yo lo soy en la teoría y en la práctica. Ellos son anarquistas y estúpidos, yo anarquista e inteligente”¹⁸. Si toda la rebeldía del anarquismo se dirige contra la injusticia de la desigualdad social, la tarea directa o indirecta, en la acción o en la propaganda, debe consistir en destruir las convenciones y las ficciones que sostienen esa injusticia—de la familia al dinero, de la religión al Estado. Sin embargo, como sólo la revolución acabará realmente con estas ficciones sin sustituirlas por otras, lo que el anarquista puede hacer no es más que intentar desactivarlas, liberándose sobre todo de la más importante entre ellas. “La más importante, de nuestra época por lo menos, es el dinero,” concluye: “Realmente, cuando uno rehuye el combate no es derrotado en él. Pero moralmente es derrotado porque no se ha batido. El procedimiento tenía que ser otro—un procedimiento de combate y no de fuga. ¿Cómo subyugar el dinero, combatiéndolo? ¿Cómo hurtarme a su influencia y tiranía sin evitar su encuentro? El procedimiento era sólo uno: *adquirirlo*, adquirirlo en cantidad bastante para no sentir su influencia”¹⁹. Es decir, tan lúcido, si no más lúcido para un anarquista, sería el acto de fundar un banco, en vez de robarlo.

DILAPIDACIÓN Y SAQUEO

Otro derrumbe de la lógica del dinero tiene lugar, no en un banco, ni mucho menos en la fábrica, sino en el no-lugar por excelencia del nuevo orden global. Me refiero al supermercado, que sirve de escenario principal en la reciente novela *Mano de obra* de Diamela Eltit. Desde sus primeras páginas, el texto recuerda el ‘enigma’ y el ‘carácter místico’ o ‘raro’ del famoso fetichismo de la mercancía según lo describe Marx en el primer volumen de *Capital*, incluyendo todas sus ‘sutilezas metafísicas’ y ‘delicadezas teológicas’²⁰. Así, sobre los consumidores, dice el narrador que trabaja en el súper: “Tocan los productos igual que si rozaran a Dios. Los acarician con una devoción fanática (y religiosamente precipitada) mientras se ufanan ante el presagio de un resentimiento sagrado, urgente y trágico. Es verídico. Estoy en condiciones de asegurar que detrás de estas actitudes se esconde la molécula de una mística contaminada”²¹. Vigilado hasta el cansancio por el terrible ojo panóptico de supervisores, clientes insatisfechos y colegas traicioneros que doblan de soplones, invadido por un pavor indeterminado y paranoico, el sujeto vive en un permanente e irreprimible estado de alerta. “Pero, ¿cuál es el temor que experimento? No sé, es que le tengo miedo a todo”, piensa el narrador justo antes de resumir su sueño de un final catastrófico: “Mi deseo (mi último deseo) es derrumbarme en medio de un estrepito más que irreverente y así arrastrar conmigo a una hilera interminable de estantes para que las mercaderías sean, finalmente, las que me lapiden. Pero es un sueño absurdo, un festival demente el que transcurre por el estrecho borde de energía que aún conserva mi cabeza”²². Lo inquietante de este sueño absurdo es el hecho de que no parece ser fundamentalmente distinto al paso devastador de la masa de consumidores que cada día hostigan las mercaderías en el supermercado. Es un movimiento sublime, casi místico, que el



narrador evoca con una mezcla de fascinación y repugnancia: “Con qué voz pudiera referirme a aquella desatada imagen del alevoso atracador a las mercaderías cuando la turba incontinente arrasa los estantes, arruinándolo todo, impulsados por un amor violento y, sin embargo, más convocante que el imperativo odio (de la turba)”²³. A la impostergable conjura global de la mercancía, cuando ya no parece haber realmente una salida, sólo cabe responder con la esperanza desesperada de otro complot, el cual no hace sino agravar los efectos de pérdida, frenesi y derrota, en vez de ofrecerles una verdadera alternativa. Finalmente, hay una relación de mimetismo extremo—una identificación exasperada más que una oposición antagónica—entre el consumo de mercaderías y el acto fallido de autoconsumación del sujeto. Al complot se responde con el asalto de un contracomplot, aun sabiendo que el asalto es imposible, tal vez porque ya no parece haber cielo que tomar.

Eltit destapa el “festival demente” que se esconde detrás del espectáculo fastuoso e ininterrumpido de la compraventa de bienes de consumo, como “la bacanal de una cuantiosa pérdida que solaza y, sin embargo, trae un curioso consuelo a la muchedumbre”²⁴. Su narrador, al menos en la primera parte de la novela, sueña con una economía autodestructiva, una contraeconomía devorada por las pulsiones dionisiacas, en el corazón mismo de la lógica del capital en la etapa del fetichismo generalizado. En esa economía propiamente mítica o trágica, el texto encuentra un fundamento secreto, inconfesado, de nuestra propia sociabilidad cotidiana. Pienso en el momento cuando la multitud “así, como un coro enfermizamente preparado se deja caer un mar incontinente de las peores palabras (insultos a las mercaderías y a su poderosa gestión) y lo soez del gesto (en contra del producto) que la turba repite, da inicio a una destrucción mística, divina, de cuanto encuentra a su paso. Digo el paso abiertamente subversivo de un conglomerado humano que arremete como un solo cuerpo irrespetuoso, estéticamente

desplegado en el presente de una gestualidad ultramoderna pero que, a la vez, resulta absolutamente arcaica”²⁵. En este gesto, donde la verdad de lo más moderno coincide con la revelación de un arcaico origen, el consumo se vuelve derrumbe, la acumulación se hace despilfarro y la compra, una enorme dilapidación improductiva de energías. El mismo complot del capitalismo en su momento neoliberal es ya de algún modo un gigantesco potlatch, aunque la violencia de este origen se haya olvidado en un largo y a su vez violento olvido constitutivo de nuestra modernidad.

Ubicar el potlatch como fundamento sin fondo de la sociedad del consumo equivale, de algún modo, a revelar en el saqueo, en el gasto y en el derroche brutal de bienes las operaciones principales de la lógica del capitalismo mismo como lucha por el poder simbólico, además de económico. Como la novela de Piglia, también la de Eltit en este contexto alude a cierto legado de los sesenta y los setenta: *Plata quemada* juega con la proximidad a los hechos de la izquierda armada entre 1965 y 1976 en Argentina, mientras que la segunda mitad de *Mano de obra* lleva el subtítulo “Puro Chile (Santiago, 1970)”²⁶. Es que el sueño utópico del colapso del orden de la mercancía en una especie de acto suicida a manos de sus propios consumidores corresponde a una tendencia minoritaria que empieza a establecerse en aquella época y que con el avance de los años sólo se irá poniendo más frenética y absoluta. La radicalidad del gesto justamente irá creciendo en proporción inversa al cierre de sentido en torno a la lógica del capital. Debord, por ejemplo, dedica su famoso ensayo “Declive y caída de la economía espectacular-mercantil”, originalmente publicado en la revista *Internationale Situationniste*, a los saqueos de supermercados que habían tenido lugar en el barrio de Watts en Los Angeles, entre el 13 y el 16 de agosto de 1965, apenas un mes antes de los hechos narrados en la novela de Piglia. Los negros de Watts toman la propaganda consumista al pie de la letra: exigen toda la abundancia de los objetos exhibidos para usarlos ahora mismo, en el acto, negando el valor de cambio que es su única motivación y su fin último. “Mediante el robo y el regalo, recuperan una utilidad que pronto desmentirá la racionalidad opresiva de la mercancía, que muestra sus relaciones e incluso su fabricación como arbitrarias e innecesarias”, escribe Debord: “Los saqueos del barrio de Watts fueron la manifestación más simple del principio bastardo “A cada cual según sus falsas necesidades”, esas necesidades determinadas y producidas por un sistema económico que el saqueo precisamente rechaza. Pero puesto que se toman al pie de la letra esta abundancia, *conseguida en lo inmediato*, y no indefinidamente perseguida en el transcurso del trabajo alienante y del aumento de las necesidades sociales diferidas, los verdaderos anhelos se expresan ya en la fiesta, en la afirmación lúdica, en el *potlatch* de destrucción”²⁷. Al provocar la respuesta aplastante de la represión, además, el acto de saquear a los supermercados, como en un espejo deformante, hace visible la razón última del régimen de la mercancía: la policía, el ejército y los otros destacados del monopolio de la violencia armada.

DERROCHE Y ANAMORFOSIS

Sería insuficiente concluir que en el potlatch se cifra un modo de sociabilidad totalmente ajeno al interés propio, una economía del goce y del derroche incompatible con la frialdad del nexo monetario, un corte radical con el intercambio y el cálculo que definirían a la sociedad capitalista. Esta interpretación sigue siendo bastante común entre los lectores de *Ensayo sobre el don* de Marcel Mauss o de su continuación especulativa más ambiciosa en *La parte maldita* de Georges Bataille. Es la idea de que sólo un retorno al noble y generoso principio del intercambio como don podrá resguardarnos contra la avaricia homogénea del cálculo utilitarista. Hay al menos dos razones por

las cuales esta noción hoy sólo puede nutrir falsas esperanzas. No es sólo que en la época actual el programa antiutilitarista resulta obsoleto en la medida en que la lógica del capital hace mucho que dejó atrás los principios de austeridad, vida frugal y ética protestante del trabajo, justificándose al contrario en términos de riesgo, derroche incalculable y especulación financiera sin límites. Como apunta Jean-Joseph Goux: “Bataille no se imaginó la paradójica situación del capitalismo posindustrial donde sólo el impulso a competir infinitamente en el consumo improductivo (a través del confort, el lujo, el refinamiento técnico, lo superfluo) posibilita el desarrollo de la producción”²⁸. El verdadero problema también es de otra índole y va mucho más allá de una simple periodización—nuestra entrada en la fase tardía o posmoderna del capitalismo con la sociedad del consumo—que les hubiera sido imposible de anticipar a Mauss o a Bataille. Hasta para éstos últimos, el propósito de la investigación no es celebrar sin más en el potlatch la alternativa de un acto gratuito, dionisiaco, totalmente externo a los cálculos interesados de la economía política moderna. “Incluso la pura destrucción de riquezas no corresponde a ese distanciamiento total que creeríamos encontrar en ella”, sino que habría que redefinir esas oposiciones entre el derroche y la utilidad: “Sería bueno volver a meter en el crisol esos conceptos de derecho y economía que nos gusta tanto oponer: libertad y obligación, o liberalidad, generosidad, lujo y ahorro, interés, utilidad”²⁹. El análisis del potlatch tiene más bien una función reveladora para el presente. Más allá del interés etnográfico de los materiales, de lo que se trata es de captar la profunda ambivalencia de nuestras relaciones económicas actuales, destacando aquella torsión sintomática—muchas veces en la guerra—que hace que la economía restringida aparezca ya de algún modo como una coartada, como una tapa frágil sobre el gran hervidero de la economía general.

Creemos saber cuál es el sentido del famoso ‘cambio copernicano’ entre economía particular y economía general. Haría falta entender cómo la vida toda de la energía sobre la tierra gira en torno al derroche inútil de excesos, en vez de orientarse hacia la acumulación productiva de riquezas según los cálculos exactos de la razón económica: “En principio, la existencia *particular* corre el riesgo de escasez de recursos y de sucumbir. A esto se opone la existencia *general*, cuyos recursos se encuentran en exceso, y para la cual la muerte no tiene sentido. A partir del punto de vista *particular*, los problemas están, *en primer lugar*, planteados por la insuficiencia de recursos. Los problemas están planteados, *ante todo*, en función del exceso de recursos cuando se tiene en cuenta el punto de vista *general*”³⁰. Lo que conviene subrayar en este contexto, sin embargo, es que el cambio copernicano opera como una especie de anamorfosis cuyos efectos no nos dejan salir realmente del marco que sobredetermina al presente. No es que el potlatch abra un espacio autónomo, ni mucho menos que rescusite un pasado remoto de puro goce y destrucción festiva, ajeno al comercio venal de nuestra cotidianidad. Al contrario, lo que la lógica del potlatch demuestra es la medida en que esta misma noción de autonomía—incluso, o precisamente, cuando en la fase posmoderna llega a definirse en términos de diferencia frente a la identidad, de goce frente al ascetismo moral, o de experiencia estética frente a la industria cultural—queda ingenuamente atrapada en el marco de una ideología liberal en el que arte y libertad, o ética y estética, siempre se han definido en una relación recíproca como actividades desinteresadas en contra del comercio. En este sentido, no sólo el potlatch no abre ninguna salida radical al complot sino que, además, si se acepta el giro copernicano que ve en él como el socio mismo de nuestra sociabilidad, el problema es que ahora su ciclo de guerras destructivas parece estar fuera de control. La idea de control, tan extraña para una lectura surrealista

o neorromántica del potlatch, al fin y al cabo traduce la verdadera meta de Bataille: “Podemos ignorarlo u olvidarlo: sea como fuera, el suelo sobre el que vivimos no es más que un campo de destrucciones multiplicadas. Nuestra ignorancia sólo tiene el siguiente innegable efecto: nos lleva a *sufrir* aquello que también podríamos *controlar* a nuestra manera, si supiéramos cómo”³¹. La conclusión con respecto a esta posibilidad resulta cada vez menos esperanzada. ¿A razón de qué anárquico principio de esperanza podríamos reasegurarnos, si el capitalismo es ya de por sí un gigantesco potlatch globalizado, un gasto y un desgaste cada día más destructivos, si la inyuncción moral del *superego* que lo acompaña incluye un feroz imperativo categórico a gozar más, siempre más, y si la máquina insomne de la industria cultural, de la noche a la mañana, logra devorar el más mínimo simulacro de autonomía artística?

AUTONOMÍA Y PUBLICIDAD

De hecho, todo el trabajo crítico de Piglia en los años setenta consiste precisamente en atacar las nociones de lujo, derecho puro o libre interés desinteresado mediante las cuales se define el ámbito estético y moral por lo menos de Kant en adelante, infiltrándose incluso en el pensamiento sobre arte y belleza de revolucionarios como Gorki o Trotski. Leer el acto incendiario del potlatch en *Plata quemada* según esta tradición equivaldría a caer en la trampa denunciada por el autor mismo en su época maquista que gira en torno a *Nombre falso*, cuando cuestionaba el sentido transgresor que habría, por ejemplo, en ponerle fuego a una librería de libros usados como ocurre en *El juguete rabioso* de Arlt: “Acto santuario, lujoso, en el incendio, la riqueza es negada; esta transgresión reproduce, exasperado, el acto capital de la sociedad que lo excluye: consumo gratuito, sacrificio, se destruye para tener”³². Aunque tal parece ser el acto radical con que sueñan los últimos textos de Piglia y Elit,

la solución no puede consistir sin más en repetir el gesto de una gratuidad paroxística que mimetiza el complot del mercado. Lo que revela el potlatch, como un momento crítico que agrava la crisis del sistema mismo, es más bien la violencia extrema y la lucha por el poder, con su desenfrenada pasión de lo real, que apenas se disfrazan bajo el manto indiferente del dinero y su gloria imperial. El potlatch no nos deja salir fuera del complot, hace visible su funcionamiento más íntimo: “La economía entonces es vista como productora de síntomas y de desvíos. Ahí se define esa tensión entre la ilusión de un complot que se opone a la sociedad sin ser un complot político en el sentido explícito, y el funcionamiento de una sociedad que naturalmente genera un tipo de racionalidad económica que tiende a poner el beneficio, la circulación del dinero, la ganancia como formas visibles de su funcionamiento, pero que en realidad esconde una red hecha de adiciones y de ideas fijas y fetiches, de bienes sagrados y de carencias absolutas. Y esa tensión entre dos economías cruza todo el debate sobre el arte y el valor”³³. Este cruce, esta tensión, o esta ambivalencia, es el producto desviado del potlatch en la época del capitalismo neoliberal.

Más que según una oposición subversiva o antagonica, entonces, habría que pensar la relación entre complot y potlatch mediante una lógica de vasos comunicantes. Y si la idea de transgresión sobrevive en ciertas lecturas de Mauss y Bataille, es esta lógica de los vasos comunicantes la que parece imponerse a partir de proyectos más recientes como los de Piglia y Elit. De hecho, hay un último texto que secretamente puede haber servido de enlace entre una y otra de estas etapas en la reflexión sobre cultura, política y economía. Lo encontré un tanto al azar durante una visita a la Fundación Pan Klub, dedicada al pintor argentino Xul Solar, en su Museo en la calle Laprida en Buenos Aires. Se trata de un breve ensayo de divulgación, desconocido incluso por los mejores especialistas de la obra de Xul, que apareció en una revista profesional de publicidad con el título “Una vieja forma panarcoica de publicidad, el ‘potlatch’”. Xul no vacila en conectar el fenómeno antropológico del potlatch, descrito en relación a la lucha ritual por el prestigio en ciertas tribus indígenas norteamericanas, con costumbres más familiares y cotidianas del mundo moderno o posmoderno. “Hay muchos casos de costumbres censurables, que podrían llamarse publicidad, más o menos consciente, las que casi imponen que por ciertos eventos familiares se ‘tire la casa por la ventana’, como se dice”, apunta Xul antes de referirse al potlatch propiamente dicho: “Lo más original y oneroso de esta costumbre publicitaria, el *potlatch*, era la destrucción de bienes para humillar a la otra parte, la que debía hacer otro tanto, o más, para no quedar en la vergüenza; mientras que, si el huésped ganaba de mano al anfitrión que no podía ‘retruocar’, era éste el que perdía rango, quedando como descalificado, tal que mejor era desaparecer o a veces suicidarse”³⁴. Xul se acerca al potlatch en un gesto triplemente original: lo criolliza al traducirlo en términos locales como “retruocar” o “tirar la casa por la ventana”; lo moderniza al describirlo como una forma de “publicidad” y al preguntarse “si algo no queda todavía, o mucho, de allá”; pero también problematiza el valor “subversivo” o “censurable” del potlatch como base para una economía no utilitaria, al compararlo con el gasto conspicuo de “políticos, actores o atletas”³⁵. Más que nada, el texto cuestiona la idea fundamental que subyace a nuestra concepción del contrato social —la idea de armonía, de pacto, o de equilibrio armonioso entre voluntades individuales. Resulta ser un grandioso momento de ironía cuando en la última página del artículo de Xul también se incluye una cita separada de Roberto Guerin con la cual los editores de la revista parecen querer identificarse: “Pieza maestra de la economía moderna, la

publicidad equilibra la producción y el consumo”³⁶. La ironía, por supuesto, es que todo la lógica del texto que precede va en contra del ideal de equilibrio tan orgulosamente promulgado por nuestros publicistas. Lo que el potlatch hace ver, y en ello consiste su potencialidad negativa para los proyectos de vanguardia, es el carácter ilusorio de la tradición contractualista que define a la sociedad a partir del consenso, el pacto o la concertación. “La vanguardia vendría a cuestionar estas nociones, con su política de secta, de intervención localizada y secreta, con su percepción conspirativa de la lógica cultural y de la producción del valor, como una guerra de posiciones”, así concluye Piglia: “El modelo de la sociedad es la batalla, no el pacto, es el estado de excepción y no la ley. La vanguardia hace ver lo que las ideas dominantes niegan y se propone asaltar los centros de poder cultural y alterar las jerarquías y los modos de significación. Utiliza las maniobras de fraternidad y terror de los grupos en fusión de los que hablaba Sartre contra la falsa ilusión del acuerdo y el consenso, contraponen la provocación al orden, opone secta a mayoría, tiene una política decidida, a la vez escandalosa y hermética, frente al falso equilibrio natural del mercado y a la circulación de los bienes culturales”³⁷. Esta sería, finalmente, la maniobra del potlatch en contra del complot, después de que la ubicuidad del enemigo ha obligado a la razón revolucionaria a volverse panarcoica.

NOTAS

¹ Ricardo Piglia, *Prisión perpetua* (Barcelona: Seix Barral, 1998), p. 13.
² Piglia, “Homenaje a Roberto Arlt”, en *Nombre falso* (Barcelona: Seix Barral, 1994), p. 95. Esta frase bien podría ser un plagio de Marx: “Y así como la industria especula sobre el refinamiento de las necesidades, así también especula sobre su *tosquedad*, sobre su artificialmente producida tosquedad, cuyo verdadero goce es el *autoatardimiento*, esta aparente satisfacción de las necesidades, esta civilización *dentro* de la grosera barbarie de la necesidad”, en *Manuscritos: economía y filosofía*, trad. Francisco Rubio Llorente (Madrid: Alianza, 1968), pp. 162-163.
³ Piglia, “Teoría del Complot”, *Ramona. Revista de artes visuales* 23 (mayo de 2002), p. 4. Sobre cuestiones de economía política, arte y sexualidad, también pueden consultarse otros textos en la misma revista, en particular Germán García, “La regulación política del goce”, *Ramona* 21-22 (marzo de 2002), pp.24-34; y César Aira, “La utilidad del arte”, *Ramona* 15 (agosto de 2001), pp. 4-5.
⁴ Piglia, *ibid.*
⁵ *Ibid.*, p. 8.
⁶ *Ibid.*, p. 6.
⁷ Michael Hardt y Toni Negri, *Empire* (Cambridge: Harvard University Press, 2000), p. 32. En esta sección retomo algunas ideas de mi reseña que apareció con el título “Manifiesto para el ciudadano global” en el suplemento *Cultura y Nación* del diario *Clarín* en Argentina (23 de marzo, 2002).
⁸ *Ibid.*, pp. 206-207.
⁹ Marcelo Cohen, “Un ciudadano en la tormenta”, en *Dinero, ficción, política*, número especial de *Milpalabras: letras y artes en revista* 3 (otoño 2002), p. 11.
¹⁰ Hardt y Negri, *ibid.*, p. xv.
¹¹ Gilles Deleuze, *Foucault* (París: Minuit, 1986), pp. 95 y 51.
¹² Alain Badiou, *Deluzes: “La clamor de Eros”* (París: Hachette, 1997), p. 57. Para citar un solo ejemplo de esta doble perspectiva en el libro de Hardt y Negri: “Desde un punto de vista Imperio se erige claramente por encima de la multitud y la somete al régimen de su máquina onibarracadora, como un nuevo Levíatán. Al mismo tiempo, sin embargo, desde la perspectiva de la productividad y la creatividad social, aquella que hemos llamado la perspectiva ontológica, la jerarquía se invierte. La multitud es la fuerza productiva real de nuestro mundo social, mientras que Imperio es un mero aparato de captura que vive sobre la vitalidad de la multitud—como diría Marx, un régimen vampírico de trabajo muerto acumulado que sobrevive solamente chupándose la sangre a los vivos” (p. 62).
¹³ Piglia, *Plata quemada* (Buenos Aires: Planeta, 1997), pp. 189-190 y 192. Ver también las lecturas de Michelle Clayton, “Ricardo Piglia: *Plata quemada*”, en *Ricardo Piglia. Conversación en Princeton* (Princeton: Program in Latin American Studies, 1998), pp. 45-52; y María Cristina Ares, “Los límites de la ficción en *Plata quemada* de Ricardo Piglia” (inédito). Con ocasión de la reciente publicación de *El vuelo de la reina* de Tomás Eloy Martínez (Buenos Aires: Alfaguara, 2002), también surgió un curioso debate en torno al valor del arte y la literatura, en el cual sirve de contrapunto la novela *Plata quemada* de Piglia. Ver Alejandra Laera, “Piglia-Eloy Martínez. Contribuciones a la relación entre realidad y ficción en la literatura argentina”, *Milpalabras: letras y artes en revista* 3 (otoño 2002), pp. 47-55; y Daniel Link, “Políticas del género”, *Punto de vista* 73 (agosto de 2002), pp. 10-14.
¹⁴ Piglia, *Plata quemada*, pp. 192-193.
¹⁵ Germán García, “*Plata quemada* o los nombres propios”, *Virtualia: Revista digital de la Escuela de la Orientación Lacaniana* (sin paginación).
¹⁶ Piglia, *ibid.*, p. 98. Sobre complot y tragedia, escribe Piglia: “La novela ha hecho entrar la política en la ficción bajo la forma del complot, podría decirse que la diferencia entre tragedia y novela está ligada a un cambio de lugar de la acción de fatalidad, el destino es vivido bajo la forma de un complot”, en “Teoría del Complot”, p. 5.
¹⁷ Piglia, *Plata quemada*, p. 9. La frase de Brecht ya había sido copiada en “Homenaje a Roberto Arlt”, en *Nombre falso*, p. 95. En una coincidencia sinmódica, la misma frase reaparece en boca del personaje de una historieta, después del escándalo bancario y la crisis de diciembre de 2001 en Argentina, en el mismo número de *Clarín* en cuyo suplemento se discute también la traducción al español de *Imperio*.

¹⁸ Fernando Pessoa, *El banquero anarquista y otros cuentos de raciocinio* (Madrid: Alianza, 1995), p. 11.
¹⁹ *Ibid.*, p. 45. En la lucha por la hegemonía entre poesía y dinero, entre artistas y banqueros, cabe mencionar dos anécdotas más. Piglia cita el ejemplo de Gombrowicz que habría recibido trabajo en un Banco Polaco después de que su jefe escuchara la conferencia “Contra los poetas”. “Me parece que esa relación entre la conferencia contra poetas y el banquero polaco es casi una alegoría”, sugiere Piglia. “Gombrowicz ha realizado un gambito perfecto, se sacó de encima a los poetas y se ganó a un banquero”, en “Teoría del Complot”, p. 9. Los banqueros, en cierto sentido, no tardan en contratacar: en la publicidad para una sucursal argentina de Crédit Lyonnais, le dio el siguiente slogan al lado de una horrible imagen de Borges: “En algún lugar del mundo, siempre habrá alguien soñando a Borges”, a la cual añaden los publicistas del banco: “Que esos sueños se multipliquen en todo el mundo es uno de nuestros mayores anhelos: la humanidad lo necesita. Y en el idioma universal de las finanzas, hacemos nuestro aporte”.
²⁰ Karl Marx, *Capital*, trad. Ben Fowkes (Londres: Penguin, 1976), vol. 1, pp. 163-164.
²¹ Diamela Eltit, *Mano obra* (Barcelona: Seix Barral, 2002), p. 15. Me ha ayudado la lectura que hace Nelly Richard de esta novela, en “Tres recursos de emergencia: las rebeliones populares, el desorden somático y la palabra extrema” (inédito).
²² Eltit, *ibid.*, pp. 52 y 57.
²³ *Ibid.*, p. 57.
²⁴ *Ibid.*
²⁵ *Ibid.*, pp. 57-58. Eltit continúa la discusión sobre arte, literatura y mercado en varios textos recopilados en *Emergencias: Escritos sobre literatura, arte y política*, ed. Leonidas Morales T. (Santiago: Planeta/Ariel, 2000), pp. 11-20. Sobre la búsqueda de una economía alternativa en el caso argentino, ver las tesis de Miguel Benasayag, “Fundamentos para una metaeconomía”, en *Contra poder: una introducción* (Buenos Aires: De mano en mano, 2001), pp. 47-71.
²⁶ También hay otra afinidad más con los setas: *Mano de obra*, por su estilo entre testimonial y etnográfico, me recuerda el tono clínico y controlado así como la ambientación de *L’Établi* (París: Minuit, 1978), libro sobre el trabajo, la huelga y la vigilancia en una fábrica de Citroën del entonces maísta Robert Linhart. En el desplazamiento de la fábrica al banco al supermercado, de la producción al ahorro al consumo desenfrenado, pasamos también de la prescripción revolucionaria a su panarcoica implosión.
²⁷ Guy Debord, “Declive y caída de la economía espectacular-mercantil”, en *Teoría de la deriva y otros textos situacionistas sobre la ciudad* (Barcelona: Museu d’Art Contemporani, 1996), pp. 139-140. *Potlatch*, por supuesto, también fue el nombre de la revista de la Internacional Letrista, el grupo precursor de la Internacional Situacionista. Existe una reedición completa de la revista, que originalmente siempre fue regalada y nunca vendida, a cargo de Guy Debord, *Potlatch 1954-1957* (París: Gallimard, 1996). Sobre los saques después del escándalo bancario y la insurrección del 19 y el 20 de diciembre de 2001 en Argentina, ver los análisis del Colectivo Situacionista “Saqueo, lato social y la ética del docente-militante”, en *19 y 20. Apuntes para el nuevo protagonismo social* (Buenos Aires: De mano en mano, 2002), pp. 123-142.
²⁸ Ver Jean-Jacques Goux, “General Economics and Postmodern Capitalism”, *On Bataille*, número special de *Yale French Studies* 78 (1990), p. 219. Goux cita el extraordinario ejemplo de George Gilder: uno de los economistas más importantes bajo Ronald Reagan, quien elogió el capitalismo neoliberal en los mismos términos enaltecidos de juego, don y azar que toma préstamo, invirtiendo su carga ideológica, a Mauss y a Lévi-Strauss: “El festejo y el potlatch ilustran una tendencia capitalista para juntar y distribuir riqueza”, escribe Gilder en su libro *Wealth and Poverty*: “Regular es el impulso vital y el centro moral del capitalismo” (cit. pp. 211-212).
²⁹ Marcel Mauss, “Essai sur le don: Forme et raison de l’échange dans les sociétés archaïques”, en *Sociologie et anthropologie* (París: Presses Universitaires de France, 1950), pp. 267-269. Para las conclusiones provisionarias que siguen, me ha servido mucho el trabajo de Bruno Karsenti, *Marcel Mauss: Le fait total social* (París: Presses Universitaires de France, 1994), especialmente pp. 94-128.
³⁰ Georges Bataille, *La part maudite précédé de la notion de dépense* (París: Minuit, 1967), p. 78. Desde esta perspectiva debemos tal vez reconsiderar las explicaciones de la “guerra justa” en Irak. Liberales y conservadores incluso podrían ponerse de acuerdo en decir que la invasión se explica por la falta o la escasez de recursos. Tal vez sea más trágico, pero también más realista, pensar que la razón última de la guerra no es la acumulación de riquezas sino el despilfarrar y la destrucción espectacular de recursos tecnológicos y humanos en un gigantesco potlatch cuyo desafío fue respondido, por lo menos durante los primeros días, con los incendios provocados por los mismos iraquíes en sus bases petroleras.
³¹ *Ibid.*, p. 62.
³² Piglia, “Rebento Arlt: una crítica de la economía literaria”, *Los Libros: Para una crítica política de la cultura* 29 (marzo-abril 1973), p. 25. Una lectura más elaborada de la etapa maquista de Piglia se encuentra en mi ensayo “El plagio según Piglia: Arte, economía, política”, de próxima aparición en *Entre Discursos: Literatura y crítica latinoamericanas en el filo del siglo XXI*, editado por Ana María Amaro Sánchez. En “Homenaje a Roberto Arlt”, Piglia cita las reacciones indignadas de Gorki y Trotski cuando éstos ven cómo ciertos revolucionarios estropean los “objetos bonitos” del arte, como cuando se sirven de jarrones de Sévres como orinales en el palacio de los Romanov. Las distintas reacciones de Occidente con respecto a los saques en Bagdad no son apenas a esta lógica que se trata de preservar la excepción cultural al proteger el patrimonio de los iraquíes en medio de una revolución conservadora que clínicamente retoma el léxico de “soberanía popular” o “guerra de liberación” de la izquierda revolucionaria. Hay cierto jolón perverso en la respuesta occidental cuando los iraquíes roban sus propios bancos, cuando rompen o queman los billetes de su moneda nacional, o cuando los soldados de la coalición encuentran millones de dólares escondidos en las paredes de un palacio, como si estuvieran en un episodio de *las Mil y una noches*. Pero aparece la indignación generalizada cuando es saqueado el museo de arte, aun cuando sus tesoros no tardan ni un día en llegar al mercado negro de Nueva York o Washington. Frente a esta indignación, vaciada de dignidad, hay que afirmar que las operaciones de saqueo no hacen sino *imlar* en escala reducida la lógica misma del ejército invasor.
³³ Piglia, “Teoría del complot”, p. 14.
³⁴ Xul Solar, “Una vieja forma panarcoica de publicidad, el ‘potlatch’”, *Publicidad argentina* 2 (19 de agosto 1958), p. 35. Xul escribe ‘potlatch’ en vez de ‘potlachi’ pero por razones de consistencia he cambiado su grafía en las citas que siguen.
³⁵ *Ibid.*, pp. 34-35.
³⁶ *Ibid.*, p. 36.
³⁷ Piglia, “Teoría del complot”, p. 8. Karsenti también escribe: “El intercambio por regalos no es un intercambio y no introduce ningún reciprocidad, si no es al mismo tiempo un combate. Representa simbólicamente una lucha incansable que perpetúa el lazo social en el mismo movimiento en el que lo pone en peligro. En este medida, como se ve, es la fuerza, más que un derecho o un deber elaborados por contrato, la que circula continuamente en el universo social y le confiere su cohesión” (p. 34).



Miami: una utopía degradada

Miami, tradicionalmente un santuario para dictadores y sus bien provistos colaboradores, prófugos de gobiernos populares en América Latina, se ha convertido en la capital del postmodernismo de derecha.

Entender Miami hoy significa considerar los desarrollos y flujos del capital en América Latina y el Caribe, las olas migratorias, el resultado posible de la crisis de la Revolución Cubana y las luchas de poder en Haití y en América Central, el turismo de masas japonés y alemán, el NAFTA, los carteles de cocaína de Medellín y Cali, los molinos del narcotráfico, las oscilaciones en los precios del petróleo y una variedad dispar de *crossovers* lingüísticos y culturales. Es la “utopía degradada” del capital globalizado y de la hegemonía neoliberal en las Américas.

Miami, para tomar prestado el título del que quizás es el mejor libro sobre su reciente metamorfosis, es una “ciudad al límite” (Portes y Stepick, *City on the Edge*). Es un nuevo tipo de espacio urbano, en la intersección de América del Norte, América del Sur y el Caribe, atravesado por nuevos flujos demográficos, culturales y económicos entre esas áreas. Su imagen como la ciudad posmoderna por excelencia (imagen en gran medida autopromovida) se debe, en parte, al hecho de que la ciudad no posee una etapa “moderna” en sentido estricto, que hubiese sido superada en su encarnación presente; un drama que, por contraste, forma el sub-texto del libro de Mike Davis sobre Los Angeles, *City of Quartz*.

A diferencia de las otras grandes ciudades del Caribe, Miami no tiene sus raíces en el período colonial. (...) La ciudad floreció inicialmente, y de manera más bien modesta, como un centro turístico y una colonia de retiro -y, a pesar de su nueva imagen rutilante, en algunos aspectos Miami es todavía básicamente eso. Después de un frenético Boom inmobiliario en los años veinte, sufrió catastróficos huracanes en 1926 y 1935 y fue duramente golpeada por la depresión y la Segunda Guerra Mundial, que virtualmente aniquilaron su economía turística. El turismo retornó con el fin de la guerra, y la región de Miami comenzó un período de crecimiento firme, si bien no espectacular, que se extendió hasta los años sesenta, cuando los cubanos comenzaron a arribar.

Como meca turística, Miami siempre fue en algún sentido suplementaria a los valores y a las líneas principales del desarrollo de la modernidad americana -en los veinte y treinta, Miami se denominaba a sí misma “el porche de América”. Lo que impulsó su transformación no fue su conexión endógena con el “largo ciclo” de la economía de posguerra, sino su proximidad con el Caribe y con América Latina, su habilidad para absorber las olas migratorias producidas por la revolución cubana, los movimientos revolucionarios de los ochenta en Centroamérica, y los efectos de las políticas económicas neoliberales en los ochenta y noventa. Esta habilidad ha hecho de Miami, en menos de una generación, una ciudad predominantemente hispana, y en algunos sentidos, latinoamericana.

La historia de la fundación de Miami es una historia específicamente anglo-estadounidense. Por contraste, entender Miami hoy significa trabajar con un espacio transnacional. Implica considerar los desarrollos y flujos del capital en América Latina y el Caribe, el resultado posible de la crisis de la Revolución Cubana

John Beverley y David Houston
(traducción: Juan Pablo Davobe)

y las luchas de poder en Haití y en América Central, el turismo de masas japonés y alemán, el NAFTA, los carteles de cocaína de Medellín y Cali, los molinos y flujos del narcotráfico, las oscilaciones en los precios del petróleo y los humores de los inversionistas de Venezuela y Argentina, como así también las variedades más dispares de *crossovers* lingüísticos y culturales.

CAPITAL GLOBALIZADO Y OLAS MIGRATORIAS

Dada la hispanización de la ciudad y su posición intermedia entre América Latina y los Estados Unidos, Miami es sin duda alguna una “zona de contacto”, de desterritorialización e hibridación, en el sentido en que los teóricos culturales como Néstor García-Cancelini o Homi Bhabha entienden estos procesos. Pero no es nada claro si debemos sentirnos particularmente entusiastas acerca de los resultados. Se ha derramado mucha tinta en torno a las posibilidades de un “posmodernismo de resistencia”. Pero no es ningún secreto que ha sido de la derecha -o, más exactamente, la Nueva Derecha- la que ha sido capaz de sacar provecho exitosamente de los cambiantes escenarios articulados por el concepto de posmodernismo. En América Latina, ha florecido, particularmente en el período entre 1975 y finales de los años ochenta -el cual es también el período de emergencia de Miami como una ciudad a la altura de las grandes ciudades del mundo- un posmodernismo de derecha, similar a lo que Stuart Hall denominó, para el caso inglés, el “populismo autoritario” de Thatcher, representado ideológicamente, por ejemplo, por la variante casera del neconservadurismo de Mario Vargas Llosa y Octavio Paz, el “autoritarismo blando” de Fujimori y Menem, Zedillo y el NAFTA en Méjico, el manifiesto económico neoliberal de Hernando de Soto, “El otro sendero”, los “Chicago Boys” de Chile, y por la compleja y cambiante economía política del narcotráfico.

Miami, tradicionalmente un santuario para dictadores y sus bien provistos colaboradores, prófugos de gobiernos populares en América Latina, se ha convertido, sobre todo, en la capital de este posmodernismo de derecha. Con muy poco capital productivo propio, la ciudad está atrapada en el circuito del capital financiero, sirviendo al mismo tiempo como sede, puesto de tránsito, y centro de acumulación para sectores claves del capital latinoamericano. Si Los Angeles es una ciudad que pertenece a la Cuenca del Pacífico, ligada en algunos modos más estrechamente con Tokio y Hong Kong que con Chicago o Detroit, Miami tiene una relación similar con el Caribe y ciudades como Caracas, Medellín y Buenos Aires. Miami sirve a sus clases dominantes como un centro bancario y como un patio de juegos al mismo tiempo, coordinando estrategias económicas y políticas en el Caribe, la zona atlántica de América del Sur y América Central (fue desde Miami, por ejemplo, que se orquestó la guerrilla de los Contras contra el gobierno Sandinista de Nicaragua). La conexión con Caracas es particularmente estrecha, y los negocios minoristas de Miami y los mercados inmobiliarios tienden a fluctuar en relación directa a los altibajos en la bolsa venezolana (en Venezuela hay una palabra nueva para designar a las personas abiertamente entregadas al consumo conspicuo, al estilo norteamericano: son, se dice, “mayameros”). La utilidad de Miami como un santuario seguro y como una plataforma de inversión para el capital latinoamericano post-nacional es reforzada por la influencia política y cultural de su comunidad cubana, la que, en general, ha permanecido el grupo étnico de preferencia electoral derechista más consistente en los Estados Unidos.

Pero Miami está atravesada también por fuerzas sociales y políticas contradictorias. Tiene una clase trabajadora grande y

amorfa, concentrada en la pequeña manufactura, los servicios y la construcción, que es casi de manera paradigmática post-fordista, dado que, en primer lugar, en general nunca ha disfrutado de una etapa fordista. No obstante, esta clase se encuentra crecientemente organizada y sin dudas está destinada a jugar un rol importante en la región (una de las épicas batallas obreras de la época de Reagan fue la huelga del Sindicato de Maquinistas contra Eastern Airlines, cuyas operaciones estaban concentradas en el área de Miami). La población afro-americana de Miami, estrechada entre las olas migratorias y la fragilidad económica de la ciudad, se encuentra entre las más inquietas y oprimidas económicamente de los Estados Unidos, explotando en al menos cuatro grandes levantamientos urbanos en los últimos veinte años. Algunos años atrás, organizó un exitoso boicot a la industria hotelera y de convenciones para protestar por el rechazo del Consejo Municipal de la ciudad -dominado por cubanos- para extender una bienvenida oficial a Nelson Mandela cuando visitó la ciudad. Dada su popularidad como un centro de retiro, la región de Miami, y Miami Beach en particular, tradicionalmente ha sido un importante centro de población judía, quizás sólo inferior a Nueva York y Los Angeles (no azarosamente, se dice también que es el área metropolitana después de Nueva York que concentra la mayor cantidad de ex-miembros del Partido Comunista de los Estados Unidos).

Los efectos de la era Reagan -restauración contrarrevolucionaria y economía neoliberal en América Latina y el Caribe- han acelerado enormemente el proceso de hispanización de Miami, al provocar nuevas olas migratorias. Hoy día, la mayoría de la población de la ciudad, o al menos de su área metropolitana es hispanohablante, y un rasgo central de la escena política local son los conflictos en torno a cuestiones de lenguaje y cultura con una población anglo en retroceso, como asimismo complejas y cambiantes alianzas relacionadas con estos conflictos. La dominación de los cubanos en la ciudad ha sido diluida por nuevos inmigrantes de Colombia, Nicaragua, Perú, Brasil, Puerto Rico y Haití. Los haitianos, en particular, se están convirtiendo en una presencia significativa en la ciudad y en la región del sur de Florida en general, aunque no tienen ni el tamaño ni el poder económico y político de los cubanos o los nicaragüenses, favorecidos por la política contra-revolucionaria del gobierno norteamericano y el racismo sureño a la vez.

Miami se ha convertido en el punto de entrada y el destino principal (junto con Disneyworld y Orlando) de un vasto circuito de turismo internacional, tal como hace unos años la serie de asesinatos de turistas europeos pusieron en escena de manera dramática. Como en el caso de Hong Kong, el redivido atractivo turístico de Miami es paralelo a su función como centro de capital transnacional: combina un tipo de tropicalismo tercermundista con la estabilidad de las instituciones estadounidenses, ofreciéndoles a los cuadros medios y profesionales del nuevo sistema internacional una mezcla manuable (y económica) de lo abyecto y lo familiar, violencia azarosa y baños limpios.

En tanto que ciudad posmoderna, Miami implica una crisis de los códigos tradicionales de representación urbana, crisis explotada como un tipo particular de sublime urbano en la dilatada serie televisiva *Miami Vice*, en filmes como *Scarface* (1985) de Brian de Palma, en la *Noir* de Miami (Elmore Leonard, Carl Hiaasen, Edna Buchanan) y sobre todo Charles Willeford, cuyas maravillosas novelas del ciclo de *Hoke Moseley* capturan algo del alma amarga de las comunidades trabajadoras de Miami, como Hialeah, algo que los turistas raramente llegan a ver, en la promoción mediática en torno al distrito hotelero neo-Art Deco de South Miami Beach (SoBe en la jerga local), en el postmodernismo tropical de la firma Arquitectónica, en el “New Journalism” del libro de Joan Didion Miami o el de T.D. Allman *Miami: City of the Future*. Implicado en todas estas representaciones, está el reconocimiento de que las genealogías familiares del espacio urbano como centro de un mercado o industria nacional o regional, y las correspondientes consideraciones en lo relativo a identidad y protagonismo de clase o etnia, no parecen funcionar ya. Lo que hace a Miami diferente no es el tamaño de la inmigración hispánica en tanto que tal -un fenómeno que comparte con New York, Los Angeles, Houston y Chicago- sino más bien la ruptura de una narrativa establecida de aculturación migratoria y movilidad social ascendente. En este sentido, Miami combina lo que Alejandro Portes y Alex Stepick llaman “aculturación al revés” (*acculturation in reverse*) y al mismo tiempo

nuevas y aún no teorizadas formas de proletarianización y estratificación social. A pesar de la imagen de éxito pequeño burguesa que la comunidad cubana proyecta, los verdaderos resortes del poder económico y político en la ciudad permanecen en manos de una vieja elite WASP, y la mayoría de los cubanos, y en particular los inmigrantes más recientes, tienen más posibilidades de ser empleados en los sectores de bajos salarios de la construcción y los servicios, o en las maquiladoras que proliferan alrededor del aeropuerto de Miami, que de convertirse en exitosos empresarios o profesionales (casi el 90 % de los trabajadores en las fábricas de ropa, en particular, y casi un cuarto de los trabajadores sindicalizados en el área de Miami, son cubanos).

Respondiendo a la crisis en la representación de agencia que está implicada en un espacio urbano descentrado como Miami, la literatura en torno a la ciudad ha tendido a celebrar la comunidad cubana como un nuevo sujeto social, en una suerte de variante posmoderna de una narrativa más antigua del “devenir americano”: este es el tema, por ejemplo, del libro de David Rieff *The Exile: Cuba in the Heart of Miami* (1992), y, en un modo menos optimista, la re-narración de De Palma de *Scarface* como la historia de un gangster marielito, brillantemente interpretado por Al Pacino.

No hay duda de que la comunidad cubana, y en particular la *Cuban American National Foundation*, que ha dominado las políticas americanas hacia Cuba, tanto bajo administraciones republicanas como democráticas, son factores decisivos en la adquisición de una identidad propia para la ciudad. Pero la supuesta unidad de la comunidad cubana como sujeto se encuentra crecientemente deconstruida por las fuerzas sociales y económicas que Miami condensa, una de las cuales es una reconfiguración de las relaciones de clases a nivel local y regional, que cortan a la comunidad por el medio.

LA ECONOMÍA POLÍTICA DE MIAMI

(...) Si Miami es la ciudad posmoderna por excelencia, su economía política debería ser entonces a la vez un generador y un reflejo de esa posmodernidad. Hay una cantidad de características que definen espacios económicos urbanos que se pueden denominar posmodernos. La clase trabajadora, de notoria presencia en la vida urbana, es no obstante heterogénea en términos demográficos -en las tareas económicas que lleva a cabo, en la naturaleza de sus lugares de trabajo, y en la fuerza y magnitud de su organización. Esto contrasta agudamente con la clase trabajadora homogénea, orientada a la manufactura, con movilidad social ascendente, desarrollada en los períodos del capitalismo competitivo y monopólico.

La ciudad posmoderna ni intenta ni logra el “crisol de razas” en el que diversos grupos étnicos pierden su identidad en tanto que tales y “devenían americanos” (y proletarios). En lugar de ello, toma todas las dimensiones preexistentes de la diferencia -raza, sexo, edad, lenguaje, religión- y las exacerba, creando un cocktail de muchos ingredientes, que es al mismo tiempo exótico y explosivo. Pero si las líneas de diferenciación son a menudo exageradas en la ciudad posmoderna, también pueden transformarse en borrosas. La falta de predictibilidad social se convierte en una amenaza y en una prueba a la habilidad para sobrevivir y salir adelante en la posmodernidad urbana. Miami provee un ejemplo poderoso, aunque de ningún modo único, de este proceso, que promueve al mismo tiempo disturbios raciales, emigración anglo, la quimera europea de SoBe, la rabiosa insistencia en las raíces étnicas por parte de cada grupo nuevo, apareado con un chauvinismo pro-norteamericano y anti-comunista sin precedentes.

El puesto de trabajo posmoderno también se ha transformado. De hecho, los conceptos mismos de trabajo, puesto de trabajo, carrera y empleo toman formas nuevas y variadas. El empleo contingente -que incluye trabajo por contrato, a medio tiempo, sustituciones, y trabajo informal- representa una transformación sustancial de la fuerza de trabajo en el contexto posmoderno. Las familias posmodernas son diferentes, también. No sólo no hay más un único trabajador de tiempo completo por familia, generalmente el hombre, sino que puede no haber un trabajador masculino en absoluto, o puede haber un trabajador de tiempo completo que sea el único integrante adulto del hogar. La clase obrera de Miami se ajusta a estos patrones tanto por razones históricas como coyunturales.

Entre los rasgos primarios del capital posmoderno, se ha señalado su carácter internacional o supranacional, la supremacía del capital financiero por sobre el capital industrial, el cambiante carácter de los capitalistas mismos y de su clase (aunque la magnitud de este cambio puede estar siendo sobredimensionada), la ubicuidad del capital, tanto en términos espaciales (con la caída del comunismo y la globalización, es virtualmente móvil en términos galácticos) como funcionales (la velocidad de rayo del circuito del capital en la era informática permite la transformación instantánea tanto del dinero como del capital productivo y mercantil, de modo tal que el capital adquiere un carácter casi etéreo, fijado sólo por un momento en una forma particular). La economía de Miami se beneficia y sufre de todos estos rasgos.

La estructura de empleo y de ocupaciones reflejan el carácter de la economía de Miami orientado hacia la especulación, el comercio y el tráfico. La industria manufacturera es modesta. Los trabajadores para actividades productivas, calificados o no, son poco demandados, y predominan las ocupaciones profesionales, técnicas, directivas y de ventas y servicios. Añadamos a esto el impacto de las leyes del estado de Florida en lo relativo al poder sindical, un nivel de sindicalización históricamente bajo, y un exceso de oferta de trabajo generada por la continua inmigración, y no resultará sorprendente, como vimos, que Miami se caracteriza por niveles de ingreso por debajo de la media, y niveles de pobreza por encima de la media en los estados Unidos. Con su historia de explosivo, convulso desarrollo especulativo (incluyendo la frenética especulación inmobiliaria), la economía política de Miami puede ser adecuadamente caracterizada con una variación del viejo adagio: "que todo cambie, para que todo siga igual".

CUBA Y MIAMI

(...) No es posible, por supuesto, contar la historia de Miami sin contar la historia de la Revolución Cubana al mismo tiempo que, en algún sentido, es su negativo dialéctico. A pesar de signos de descuido. La Habana -no por nada llamada la París del Caribe en el siglo diecinueve- aún tiene el aire de una ciudad sofisticada y cosmopolita. Miami, por contraste, tiene aún que encontrar su imagen; hay aún en ella algo provinciano, falta de estilo, "sureño". Uno tiene la sensación de que para algunos partidarios de Miami el *non plus ultra* de la cultura es Gloria Estefan y la *Miami Sound Machine* (ver, por ejemplo, el libro de Pérez-Firmat, *Life on the Hyphen*). Si hay una escena de arte interesante en Miami hoy en día, es en gran parte debido a los artistas que migraron hacia allí desde Cuba en los ochenta, usualmente más por razones profesionales que políticas (Miami les da acceso al mercado de arte de América Latina y la posibilidad de hacer una carrera a nivel internacional). Y los edificios de Arquitectura no se parecen a nada tanto como a versiones mejoradas de las "Nuevas escuelas" que la Revolución Cubana comenzó a construir en el campo en los años sesenta. Comparten una raíz común en el constructivismo soviético de los años veinte, que es algo así como su "inconsciente político." La diferencia, por supuesto, es que Arquitectónica, que ha ligado su suerte a la globalización capitalista, está en un estado floreciente, mientras que la Revolución está en serios problemas, en un "período especial en tiempos de emergencia", según la caracterización oficial del gobierno revolucionario.

La relación de odio entre Cuba y Miami es real (y a menudo fatal), como demostró el caso Elián, pero también es susceptible de exageraciones, como todo en Miami. Aunque el fin de la Guerra Fría no ha traído el fin de los conflictos entre los Estados Unidos y el gobierno de Castro, ha debilitado la fuerte oposición binaria que existía entre Miami y la Habana. Las películas cubanas están disponibles desde hace mucho en los negocios de video de Hialeah. El gobierno cubano liberalizó su política de viajes y visitas algunos años atrás, para permitir visitas a cualquiera con familia en los Estados Unidos, por períodos de hasta varios meses (muchos de estos visitantes no se molestan en usar su pasaje de vuelta y permanecen en Miami como inmigrantes semi-ilegales). A pesar de las dificultades impuestas por el embargo, miles de cubano americanos viajan a la isla cada año y / o transfieren cientos de millones de dólares a parientes allí -una de las razones del gobierno cubano para "dolarizar" su economía.

Es difícil pronosticar cuál será el resultado de la crisis de la Revolución Cubana, que comenzó con el colapso de la Unión Soviética en 1989. Sería justo decir que la completa desintegración

económica, que fue una posibilidad hace algunos años, ha sido evitada, pero la situación se ha estabilizado en un nivel crítico en que todas las alternativas son problemáticas. Dos escenarios principales se presentan: el primero implicaría aún más erosión de la infraestructura social y del control político del Partido, y la derrota de Fidel Castro y un cambio hacia la privatización y la restauración de las estructuras prerrevolucionarias, al modo de, digamos, Alemania Oriental. La otra alternativa, la alternativa "china", consiste en que importantes componentes del *ethos* político-cultural socialista y de la estructura económica de la revolución permanezcan intactos, junto con alguna forma de hegemonía del Partido, dentro de una integración mucho más amplia de la economía cubana en el marco de la globalización. De allí la actual promoción del turismo de masas, que ha producido una situación de "apartheid turístico", donde los cubanos ordinarios no tienen más acceso a algunas playas y centros de recreo. El régimen está vendiendo al capital extranjero -principalmente español- grandes porciones de propiedad inmobiliaria y grandes empresas del país.

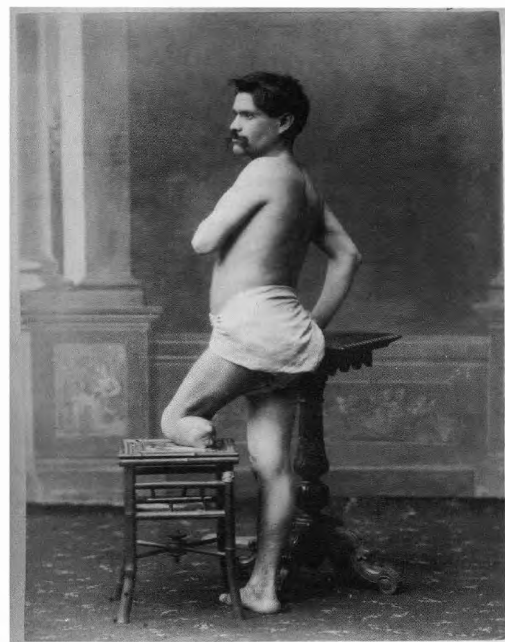
El primer escenario es el que quisieran ver los sectores más reaccionarios de la comunidad cubano americana -que apoyan la continuidad del embargo comercial- incluso al riesgo de una ruptura social. El segundo es el escenario que quisieran ver los jóvenes turcos del Partido Comunista Cubano y los aparatos del estado y *think tanks*, junto con la emergente burguesía y pequeña burguesía en Cuba misma -aquellos que se han beneficiado de la liberalización del mercado y la dolarización- algunos sectores yuppie cubano americanos, el *Wall Street Journal*, muchas de las más grandes corporaciones norteamericanas (y nosotros). Lo que impide un cambio de rumbo en Cuba tanto como en las relaciones Cuba-Estados Unidos es la intransigencia de la comunidad anti-castrista de Miami.

"ELIANISMO"

En el punto más álgido del conflicto entre la administración Clinton -que apoyaba el retorno de Elián González con su padre- y los parientes de Elián en Miami, una suerte de culto religioso comenzó a aparecer entre los manifestantes frente a la casa de los parientes de Elián en Miami, en el vecindario de la "Little Havana" (principalmente clase media baja y clase trabajadora). Elián, se decía, era un niño de Dios, una suerte de salvador. Su rescate del mar después de la muerte de su madre era un milagro, anunciando la redención tanto de los cubanos pobres de Miami como de Cuba misma (presumiblemente en el último caso, su redención de Fidel Castro).

El caso de Elián condensa el impasse en las relaciones entre los Estados Unidos y Cuba. El fenómeno de los balseros -los cubanos que arriesgan su vida, y a menudo, como en el caso de la madre de Elián, la pierden, tratando de cruzar las noventa millas de océano que separan la costa norte de Cuba del punto más al sur de Florida, en frágiles botes- tiene sus raíces en el hecho de que la política estadounidense hacia Cuba todavía está regulada por la quimera de la caída del régimen de Castro. Según algunas estimaciones, hay algo así como 500.000 cubanos que elegirían inmigrar a los Estados Unidos si pudieran hacerlo de manera legal. En general, el gobierno cubano ha estado dispuesto a dar permiso a aquellos que quieren abandonar el país; el problema ha venido más bien del lado americano. En un esfuerzo para mantener la presión sobre el régimen de Castro por medio del estímulo a las fuentes de descontento dentro de la sociedad civil cubana, el gobierno americano ha establecido un límite anual artificialmente bajo para la inmigración desde Cuba de aproximadamente 30.000 personas. Al mismo tiempo, no obstante, en una concesión a la comunidad cubano americana, establece que cualquier cubano que sea capaz de poner pie en territorio estadounidense está habilitado para permanecer (esto ha resultado en algunos incidentes televisados chaplinescos, con la policía de fronteras tratando de evitar que los balseros nadan o caminen hasta la costa). Esta torsión en la ley de inmigración (que se aplica sólo a los cubanos), y la diferencia entre el número de personas que realmente quiere inmigrar y aquellos que son capaces de hacerlo legalmente es lo que produce a los balseros.

La intensidad de los sentimientos en la comunidad cubana de Miami generada por el caso de Elián tiene que ver con una contradicción en su psicología política y personal. Los cubanos en



Miami tienden no sólo a ser conservadores políticamente, sino también conservadores en términos de moral familiar. Como muchos comentaristas notaron en su momento, esto los debe haber inclinado a preferir ver a Elián reunido con su padre y sus abuelas en Cuba (los parientes de Miami son parientes lejanos). La muerte el año pasado de Jorge Mas Canosa, el poderoso e influyente dirigente de la *Cuban American Foundation* y, de acuerdo a todos los testimonios, el "Padrino" de la comunidad cubana de Miami, dejó una suerte de vacío. Los hijos de los inmigrantes de los sesenta y los setenta tienden a estar menos obsesionados con Castro y el retorno a Cuba que sus padres. Los nuevos inmigrantes del "período especial" nacieron y fueron educados bajo la Revolución y tienden a ser menos "ideológicos" que la generación de Mas Canosa y sus seguidores (sus razones para emigrar son a veces más económicas que políticas). Elián proveyó la oportunidad para la vieja dirigencia de tratar de reafirmar su influencia y control sobre la comunidad de Miami. No hay duda de que esta dirigencia "histórica" fue ideológica y financieramente la principal fuerza detrás de la decisión de los parientes de Miami de mantener a Elián en su poder.

Casi sin excepción, los cubanos de Miami han tenido que hacer tremendos sacrificios personales (y en el caso de los balseros, aceptar un grado considerable de riesgo personal) para inmigrar a los Estados Unidos. Su convicción más profunda es que no hay futuro para ellos en la Cuba de Castro, que la emigración era su única opción. Devolver a Elián a un padre que había indicado que estaba satisfecho de continuar viviendo en Cuba, hubiera significado que una vida decente es aún posible en Cuba, a pesar del comunismo y las severas dificultades del "período especial", y esto hubiera socavado su propia decisión de buscar una nueva vida en los Estados Unidos (una nueva vida que, como señalamos antes, pudo y puede implicar para muchos de estos nuevos inmigrantes dificultades o desengaños en términos económicos, debido a que están colocados, en general, en el extremo inferior de la pirámide económica de Miami). La quimera de la comunidad de Miami, que hubiera reconciliado su apego a valores patriarcales tradicionales y afirmado a la vez su identidad anti-Fidelista, era que el padre de Elián hubiese abandonado Cuba por los Estados Unidos y entonces (y sólo entonces) reunir a Elián con él.

Más que nada, el caso de Elián reveló la bancarrota de una política que aún está guiada por presupuestos de la Guerra Fría. Si hubiera relaciones normales entre los Estados Unidos y Cuba, no hubiese habido un "caso Elián". Su made podría haber inmigrado legalmente, su padre podría haberse postulado para visitar a su hijo en los Estados Unidos en cualquier momento, o viceversa, Elián hubiese sido libre para viajar a Cuba para visitar a su padre, como hacen otros hijos de padres divorciados. La política de la administración Clinton para recuperar a Elián para su padre fue, en un sentido, una respuesta a un problema que la administración misma había creado, al permitir que su política hacia Cuba estuviese dirigida por su sueño de deponer a Castro. Al mismo tiempo, la comunidad cubana de Miami permaneció atrapada en un odio a Castro que perjudicó su propia capacidad de maniobra política en los Estados Unidos.

Lo que esto significa es que la lucha política para aliviar o terminar el embargo va a tener consecuencias no solo para el futuro de Cuba sino también para el futuro de los Estados Unidos particularmente, si Cuba es capaz de retener al menos algunos elementos de su naturaleza socialista al mismo tiempo que ingresa en el sistema interamericano. Uno no debiera esperar demasiado aquí: en el futuro que puede verse, la Revolución va a ser más un mendigo que un dador. Pero ha creado una de las poblaciones mejor educadas y técnicamente más capacitadas de América. La reticencia de sectores importantes de esa población de aceptar simplemente la reimposición de un estatus neocolonial se deriva de una comprensible ansiedad acerca de los resultados de la "transición" en Europa del Este y en la Unión Soviética, y un sentido prudente de la despiadada lógica económica del neoliberalismo.

(...) En el final de *Scarface*, la mansión del gangster marielito es atacada por narco-guerrilleros enviados por los jefes del cartel boliviano para ajustar cuentas. Los guerrilleros son de los dos sexos y lucen no muy lejanas a la imagen americana del revolucionario latinoamericano tipo Che Guevara, completos con badanas rojas, sombreros y barbas. La escena es una metáfora de un país crecientemente permeable y permeado por explosiones de población y violencia revolucionaria en el Tercer Mundo. Nos recuerda que la fascinación con Miami en la cultura norteamericana contemporánea no carece de relación con una ansiedad acerca de la inmigración, que ha reemplazado una fantasía paranoica anterior de la infiltración comunista. En las películas sobre la guerra de Corea de los años cincuenta, el comunismo siempre era representado como una multitud -los ataques de "muralla humana" del ejército chino- que amenazaba desbordar la singularidad del sujeto occidental que se les oponía. Miami corporiza tanto la derrota del comunismo como la incorporación de la peligrosa multiplicidad que el comunismo representaba metonímicamente en el espacio del cuerpo político americano.

No es claro en estos términos si Miami será, como prefiere llamarse a sí misma, la "Ciudad del Futuro"-el avatar de un estadio nuevo del capitalismo, multicultural y post-nacional. Pero no es solamente en Cuba donde una "gran narrativa" tradicional ha entrado en crisis. Como el epílogo del caso Elián muestra, la política de Miami se está convirtiendo en corrupta, dispersa e incoherente. Hay aún la posibilidad para una coalición política progresista en Miami, al estilo de la "Coalición Arco Iris" de Jesús Jackson a finales de los ochenta. Implicaría unir a la mayoría de clase media baja y la clase trabajadora de las comunidades latinas y cubanas, los afro-americanos y los haitianos, la clase trabajadora blanca, y los yuppies liberales. Los obstáculos para que esto ocurra son obvios y quizás imposibles de superar. Para comenzar, esta posibilidad tendría que desafiar y ofrecer una alternativa económica creíble al modelo de crecimiento post-fordista para la economía de Miami (parte de la estrategia de la dirigencia cubano americana en el caso de Elián fue mantener a la comunidad burguesa orientada hacia la derecha, a pesar de sus problemas económicos y sociales). Lo que es más probable, entonces, es que Miami continúe funcionando como -para tomar prestada la descripción de Louis Marin de Disneyland- la "utopía degradada" del capital globalizado y de la hegemonía neoliberal en las Américas.

...como una tiara de rubíes en la cabeza de un pato malandra...

una conversación con Pedro Lemebel

Pedro Lemebel es autor de: La esquina es mi corazón (1995), Loco afán (1996), De perlas y cicatrices (1998), Tengo miedo torero (2002), El Zanjón de la Aguada (2003). Integró en 1987 el Colectivo de Arte Las Yeguas del Apocalipsis, con Francisco Casas.

Nelly Richard : *Había elaborado ciertas preguntas para iniciar esta conversación por escrito y darle un carácter más textual, pensando en otras entrevistas tuyas que bordean la hiper actuación literaria. Me parece que, en este caso, ni siquiera leíste las preguntas enviadas por e-mail .*

Pedro Lemebel: Las leí con desgano, y también con algo de temor. Me intranquiliza enfrentarme con otros saberes, como los que representa la *Revista de Crítica Cultural*. Yo tengo algo de pudor frente a los saberes ilustrados, los saberes de catedral.

N.R.: *Esto del “pudor” no te lo cree nadie, Pedro. Siempre te ha gustado mojarle a la pasada de los saberes cultos, desde el insidioso guiño de lo popular.*

P.L.: Es como si la entrevista me quisiera llevar al tribunal académico. No me gusta la puesta en escena de la interrogación ni la horca del interrogador. Me es más fácil transar en lo coloquial-mentiroso de la entrevista conversada.

N.R.: *Y cuándo vas a conversar con Pedro Carcuro en el programa estelar “De Pe a Pa”, ¿no le temes a la horca mediática de la banalidad televisiva?*

P.L.: En ese caso, yo había trazado mi destino denunciante. Quería aprovechar esa pantalla, su animosidad fiestera, para cumplir ese destino del que Carcuro era sólo el artifice. Yo llevaba mi molotov bajo del brazo. Cuando voy a la televisión, voy con dinamita o no voy. Era la segunda vez que me invitaban y la vez anterior no acepté porque no tenía nada que decir, aún no sabía lo de la hermana de Carcuro.

N.R.: *Entonces, ¿cuál fue la bomba molotov de tu noche en “De Pe a Pa” con Carcuro?*

P.L.: Sacarle en cara la historia de su hermana torturada en el Chile de la dictadura, mientras él le daba un abrazo de confianza a Pinochet el día de su cumpleaños. A través del ejemplo de su silencio frente a los atropellos a los derechos humanos, quería dejar en claro que todo Chile sabe de la biografía pinochetista de ciertos personajes de la pantalla que son verdaderas cuncunas camaleónicas; una pantalla fascista que la transición a la democracia dejó intacta.

Pero antes incluso de la molotov televisiva, creo que ya se había complejizado el espectro mediático de la noche con la presencia de Gladys Marín. Ella quiso ir, generosamente, de público. Trabajando en el Canal había uno de esos cabros que conocíamos, te acuerdas, de los

tiempo de Arcos. Cuando salgo a escena y saludo a la Gladys, el chico me dice que le va a pedir al director de orquesta que toque el inicio del “Venceremos” y así fue, como una cortina de incómoda felpa utópica.

Lo que pedí fue estar solo en el set con Carcuro, sin otros invitados en la conversación. Era la única manera de acentuar el gesto directo, de rasgar el personaje y su decadente espectáculo. Los otros invitados de esa noche eran Cristián Castro y la Romina Power que, por lo demás, se cagó a Carcuro cuando él trató de ponerla en el lugar común (obvio) de la mujer sufriente. Ella le pasó un pañuelo y le preguntó: “¿Quieres llorar?”

Hablando de Romina Power, no puedo dejar de contarte esto, aunque se salga del libreto. Sabes que hay algunos homosexuales en las Juventudes Comunistas que, el otro día, me contaron que se habían agrupado y le querían poner un nombre a la célula. Les pregunté qué nombre y me dicen: Tú conoces la Brigada Ramona Parra, no cierto? *Of course*, les digo yo. ¿Nosotros le queremos poner al grupo “Romina Power” ¡porque tiene el mismo ritmo!

N.R.: *¿Volviendo a “De Pe a Pa”, ¿qué cara puso Carcuro cuando sacaste el tema de su hermana?*

P.L.: Mantuvo su misma cara plana y fluorescente, como pantalla mormona y amoral.

N.R.: *Has sido valiente en denunciar en público ésta y otras inmorales. Llama la atención, sin embargo, que la televisión te permita estas licencias...*

P.L.: ¿Me estás tratando de decir que voy “auspiciado” a los programas?

N.R.: *No precisamente... Lo que quiero manifestar es la duda de si estas licencias no quedan de cierto modo autorizadas por la escenificación travestí, por el disfraz de la “loca”, en el doble sentido de la que extravió el rumbo sexual pero también el juicio. Es como si la televisión contara con el disfraz de la “loca” para frivolarizar las denuncias políticas que tú haces.*

¿Cómo te manejas frente al doble filo de la transgresión homosexual cuando ésta se rodea de un dudoso margen de permisividad que se consume en lo burlesco?

P.L.: Es complicado, pero yo me di el gusto de mariconear a Carcuro, de zapatear en su neurona cero, de bailar flamenco con el vocabulario coliza que recité. Un vocabulario relativamente obsceno, como “parriano” en femenino: un vocabulario de loca, un “locavulario” orquestado en las risas del público. Me había propuesto, primero, hacerle reír como lo puede hacer cualquier loca televisiva para que creyera que sólo se trataba de eso. Después vino el quiebre cuando rendí un homenaje en nombre de su hermana a las mujeres torturadas de la dictadura. Presumo haberlo rasgado de traidora memoria con una pluma chascona de afilada avestruz, y no de gallina teñida.

N.R.: *Has sido durante años el exponente de una marginalidad sexual contestataria que hablaba desde la*

exclusión. En los últimos tiempos, te has convertido en un personaje de algunas apariciones mediáticas que, sin embargo, trata de no renunciar, a la actuación rebelde, a la pose disidente.

¿No temes, a veces, verte convertido en el icono contracultural que necesita el sistema para espectacularizar su coqueteo promiscuo con la diversidad y los márgenes?

P.L.: Yo creo, Nelly, que me he manejado más menos bien en ese sentido. Lo mío no ha sido un zapateo florido. No es fácil el lugar del outsider cojo, de una izquierda tambaleante. Creo que hay gente a la que le ha costado mucho sobrevivir(se) en este país. Después de ocupar un lugar pensante y crítico, si esta gente trabaja ahora en la gravedad ósea del funcionario público, yo no tengo una condena moral al respecto. Tampoco si “roban” Me molesta el discurso sacro, evangelizante, de todas esas caras de ostias cuáqueras frente al “escándalo de la corrupción”.

N.R.: *¿Qué opinión te merece el gobierno de Ricardo Lagos?*

P.L.: Me parece que se ha pasado dándole explicaciones a la derecha. Ha sido una faja “democrática” con muchos amarres constitucionales de la dictadura. Este gobierno hizo el blanco de una memoria agredida, una memoria todavía pendiente en la humedad de sus víctimas. A pesar de todo eso, Lagos es un sobrio estadista y no el corrupto farandulero de Menem.

N.R.: *Tus interlocutoras y cómplices tanto en tus espacios de trabajo (por ejemplo, en “Radio Tierra”) como en la literatura y la crítica, han sido sobre todo mujeres. ¿Alguien del mundo literario masculino chileno ha manifestado reconocimiento público hacia tu talento escritural?*

P.L. No, al contrario. Ellos me ven como un intrusete metido en la literatura. A Gonzalo Rojas me tocó subirlo al avión a México arrastrando las patas, y me seguía hablando con el desprecio de un patriarca de la voz. Edwards me tiró una pachotada en un diario y cuando yo amenacé con contestarle, llegó una carta por debajo de mi puerta con letra escrita con tintada pluma de disculpas. Para qué hablar de las pantrucas literarias de la “nueva narrativa”. Allí hay varios fachos con terno de lino a lo Hemingway fumando pipa. A Nicanor Parra sí le encantó algo que escribí replicando un ataque de Lafourcade: dije que le faltaba un macho joven que le moliera el mojón.

Pero, ¿para qué interesarse en el reconocimiento? Yo soy huacha.

N.R.: *¿Cómo viviste el reconocimiento de Roberto Bolaño y el pase con el establishment literario internacional?*

P.L.: Tú sabes que todo padrino tiene costos. Y en este caso el hecho de que Bolaño dijera que soy el mejor poeta de su generación sin que yo sea poeta, fue como ponerme en el ojal una orquídea venenosa. Finalmente él se fue y yo me quedé como dice Juan Gabriel o bien Rocío Durcal, no me acuerdo. Aquí cargué con el odio de los poetas, poetillos y poetisas.

No me molesta que mis libros transiten por el establishment literario internacional, también. Los destinos de un libro no tienen por qué ser todos iguales. No quiero evitar que lo publicado genere un amasijo de lecturas diversas y múltiples. Hay destinos populares, hay destinos académicos, hay destinos cupulares y

destinos copulares, etc.. Son interesantes las contradicciones entre ellos así como los desequilibrios entre la Universidad de Harvard y la Sede de la Universidad Arcis, cerca de la isla Chonchi del Extremo Sur de Chile. Me encontré, allá en Chonchi, con un joven que venía a comprar un tercer libro mío, la novela *Tengo miedo torero* (le había gustado la portada), después de su estadía de quince días a mar abierto en los lanchones de pesca. Era hijo de un pescador muerto en ese helado mar. Alguien me contó que allá los chicos huérfanos de pescadores que mueren son adoptados por otros pescadores, por la falta de mujer.

N.R.: *Es cierto que esta disimilitud de contextos de recepción de la que hablas está ya contenida en la movilidad de formatos por donde haces circular tus materiales, desde la crónica radial al periodismo de denuncia. ¿Qué diseño de escritura trabajaste para tu nuevo libro El Zanjón de la Aguada?*

P.L.: Me importa mostrar en este momento los saltos de país, cada cuatro o cinco décadas: desde El Zanjón de la Aguada en los sesenta lleno de guarenes donde yo nací hasta la playa de Lavín. Junté crónicas que habían sido leídas algunas en “Radio Tierra” y otras publicadas en “The Clinic”. Todas ellas tomaron un sentido a partir del nombre: Zanjón de la Aguada. De ahí sacó mi pre-escritura barrial, mi musgo territorial. Quise reescenificar en la escritura los sargazos de una memoria infantil. Volver a ese descampado lígubre responde a un gesto quizás primitivo.

El libro significó hacer el esfuerzo de rearmarse un pasado, calce o no. Acortar la distancia abismal que siento con mi biografía, una distancia que hace que muchas veces no me reconozca en esos personajes que fui dejando en fotos de plaza, por ejemplo. Creo que estas páginas me dan descanso para liberarme de una carga cultural e histórica. Frente a la pesantez de los hechos, y también frente a la emoción por la muerte de mi madre, la escritura actúa como una lima de uñas que amortigua, suaviza y afila las vocales piñuflas de mi escritural hacer. (¿Qué literary!).

N.R.: *Le dedicas el libro a tu madre. Sé lo querido de su recuerdo para ti, pero ¿no te molesta el estereotipo sentimental del lugar ritualizado de la madre en las biografías gays?*

P.L.: No me molesta, al contrario. Casi siempre los pajarillos colibríes ayudan a la madre a entibiar el nido. Además, y quizás reafirmando con pasión incestuosa esa alharaca freudiana del edipo, las mariquillas pobres trazamos nuestra pagana biografía de subsistencia agraradas al deambular histórico de las madres y sus huachos.

Le dedico el libro a mi madre y creo que me va a encantar ver en la portada su rostro panfleteado y repartido en la cuneta del piratco urbano.

N.R.: *¿Cómo sítias El Zanjón de la Aguada en tu trayecto escritural?*

P.L.: Es un regreso a la crónica, a lo caótico y político, a lo urbano, a lo fragmentario y documental de la crónica. Yo quiero mucho *De perlas y cicatrices*, porque en ese libro se me fue la vida. El *Zanjón de la Aguada* es como una prima de ese libro mío anterior, no una “hermana” (¡eso es muy hippie!) sino una “prima política”.

Pero por qué mejor no me dices si algún libro mío te gustó alguna vez...

N.R.: Cuando leí tu primer libro, La esquina es mi corazón, me pareció - y me sigue pareciendo- completamente electrizante en su forma de mezclar el testimonio suburbano, la poética neobarroca, la denuncia política y los tráficados deseantes. Algo absolutamente inédito en Chile, prismado por la cosmética y el revuelo homosexuales de la palabra sinuosa y fluida.

En cambio, tu novela Tengo miedo torero no me convenció. Tu brillo sagaz y mordaz de cronista se empaquetó en un traje literario que, para mi gusto, vuelve torpe el impulso narrativo. ¿Pero tú quedaste conforme como autor?

P.L.: No jamás... aunque quizás algo. ¡Creo que el libro era para película! El intento de escribirlo respondió a un desafío frente a los New Cowboys de la novela chilena. Pero fíjate que a la gente corriente de la calle, le gusta el libro: al taxista, la vieja que vende cebolla en la vega. Ahora también, uno nunca sabe, ¡puede ser que ésta sea la misma gente que vota por Lavín, el niño-símbolo de la derecha!

Yo me enfrento con esa gente en el día a día, en el cara a cara del doméstico reconocimiento pellejo de la calle. No alcanzo a tener la lepra del escritor público. Sin caer en una excesiva sencillez, debo decir que a mí la gente de la calle me identifica más con el personaje bizarro de la tele que con el escritor.

N.R.: Tu novela, Tengo miedo torero, estuvo durante un tiempo en el ranking chileno de los libros más vendidos que publica El Mercurio. ¿No te han incomodado estos índices de consumo masivo tramitados por el lugar común facilista del éxito?

P.L.: ¡Otra vez con lo mismo: esa inquietud sospechosa por mi hilachento protagonismo cultural al borde de ser cooptado! Te cuestiono la pregunta por reiterativa. Además, desconozco la situación de beneficios y privilegios a la que aludes. Desde la precariedad de mi hábitat, desde la escenografía de esta casa donde hacemos la entrevista bajo zinc, ¡el ranking de El Mercurio es como una tiara de rubies en la cabeza de un pato malandra!

N.R.: ¡No caigamos tampoco en el miserabilismo! En todo caso, me imagino que no debe ser fácil atravesar sin complacencia las fronteras entre, por un lado, la geografía de la pobreza de donde extraes tu poética y, por otro, las taquilleras escenografías de la representación pública y literaria. ¿Cómo mantenerse alerta, vigilante?

P.L.: Aunque a uno lo inviten a palacio, siempre tiene que saber donde está la puerta de salida.

Fíjate que el otro día me dijo la Editorial Planeta que tenía una presentación de mi obra en el evento literario llamado "Tobacco & Friends". Yo, sin enterarme bien del lugar (que quedaba en el barrio alto, en Isidora Goyenechea) ni de la circunstancia, llevo y me doy cuenta que estaba esperándome uno de los Huasos Quincheros que, por lo demás, se portó amable, con su folclórica gentileza. ¡Casi me morí! Estaban todos los fotógrafos de las páginas sociales a la captura del *jet set* photo. Repentinamente me vino un ataque de tos que me obligó a ir al baño para no tener que salir en la foto con este personaje. Le digo "Anúnciame. Tú entras primero, tú sabes de shows, y luego salgo yo.". Lo convencí.

En la presentación, hice burla de la maqueta de Sanhattan, de ese cucurrucho de choiguan que remeda al Empire State Building, al que se agarra King Kong. Todos los que estaban ahí se empezaron a picar. De repente, una vieja de mierda me pregunta: "Sr. Lemebel, usted que

escribe sobre los pobres con la mano izquierda y que agarra la plata con la mano derecha, ¿por qué está acá?". Y le contesto yo "¿Y por qué creís vos que estoy aquí, porque ustedes me caen muy bien? La necesidad tiene cara de hereje, ¡linda!".

La verdad es que todo fue una encerrona, pero siento que gané. Cuando subí arriba del escenario, partí con un homenaje a los detenidos-desaparecidos leyendo esa larga lista de costras frescas.

N.R.: A fines de los 80, comenzaste a publicar tus crónicas en medios de oposición como la revista Página Abierta. ¿Qué "salto de país", para retomar tu expresión, ha ocurrido entre el Página Abierta de ese entonces y el The Clinic de hoy?

P.L.: Poniéndose nostálgico, hay que decir que *Página Abierta* fue en su momento un bastión cultural. Incluyó voces sorprendentes, como la de Félix Guattari en una entrevista, además de todo un gargajeo de voces miristas unidas por ese énfasis. *The Clinic* es un quincenario mucho más distendido, pero eso tiene que ver también con esta época disociada. La complicidad antes era otra y el militantazgo desatado de *Página Abierta* no se parece a esta otra cosa un poco whiskera, halera, floral y también insolente. Me acuerdo que Enrique Symns dijo un día que, en *The Clinic*, todo se había echado a perder cuando llegó el contador. ¡Qué romántico! *The Clinic* fue un lugar donde yo entré con mi poética trasnochada a través de Enrique Symns: ese bukoskiano delirante. . .

N.R.: A propósito de las coimas y del descabro de la Concertación, una portada de The Clinic usó como titular "Se abrieron las anchas alcantarillas". ¿Compartes el juicio de que éste fue un uso degradante de una cita todavía solemne de Salvador Allende. ?

P.L.: Escribí un artículo en el N. 100 de *The Clinic*, "El pájaro de la risa en las púas de la voz", donde digo que esta portada me había parecido ofensiva en su uso cloacal de la cita histórica de una memoria herida aún.

Yo no tengo problemas en criticar a *The Clinic*. Yo muerdo la mano que me da a veces de comer con dientes de seda.

N.R.: Hablando de Symns y de los flujos contraculturales, ¿qué te parecen Los Prisioneros?

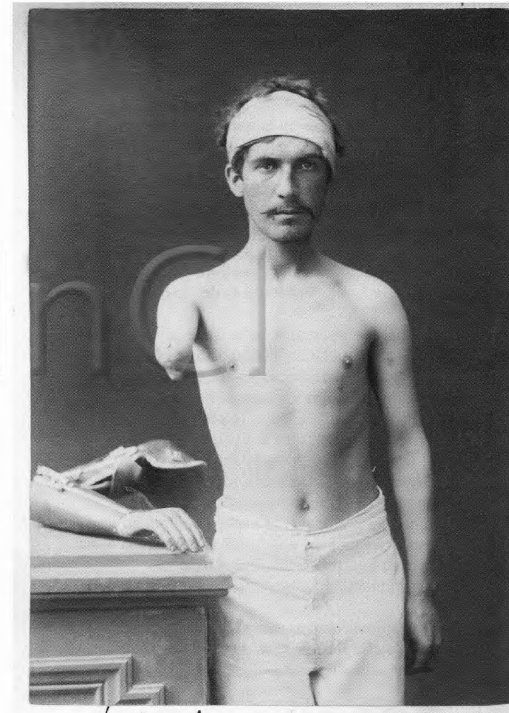
P.L.: Yo siempre estuve enamorado de Claudio Narea. Creo que era la vereda, el pavimento ocioso y vagabundo de los 80. "El baile de los que sobran" es la canción del rock chileno. No hay más. Los Prisioneros son el estandarte faltante y derrotado de la abúlica juventud del 2000. Es interesante esa vuelta tardía de Los Prisioneros que tiene algo de sacrificial también, en el sentido de hacer comparecer esta hilacha rebelde en la mise-en-scène de un desborde codificado.

N. R.: Recordemos ahora a Las Yeguas del Apocalipsis y Francisco Casas. ¿Cómo lo conociste a él?

P.L.: Lo conocí en una cuneta, con una caja de vino anochecido en esa estrellada luna cruel de los 80. Sería como el 87. El Pancho, en su puesta en riesgo, buscaba siempre la "otra", la contraria, mientras yo era más como hermana. En este friso coliza, recreábamos la incestuosidad familiar chilena. A veces a mí se me ocurrían los tacos altos, el escote rojo de corazón, etc... Yo me disfrazaba de vampiresa picara y esta otra llegaba con un chal amazónico y a pata pelada. Para Las Yeguas del Apocalipsis, esa cosa del travestismo venía de un

Hollywood podrido y mugriento y no de los catálogos del arte internacional. Después nos enteramos que el travestismo aquí en Latinoamérica no era sólo ese Frankestein-Queer tan en boga (ese fetiche neutralizador de los estudios culturales) que despolitiza la militancia homosexual.

Durante la Conquista se produce un encuentro en Arauco de los españoles con un chamán homosexual, vestido con pieles de serpientes, uñas de gatopardos y algunas plumas grises que completaban su look (¡aquí no hay papagayos!). A los conquistadores les parecía un ser exótico, "raro". Fíjate que para calificarlo debieron usar esa palabra que, se me ocurre, después devino en afeminado, porque la mujer era lo más extraño para ellos. Creo que esto lo leí en *Tristes Trópicos* de Levi Strauss, o si no en *Guerreros, chamanes y travestis* de Alberto Cardín. Como ves, chica, ¡los orígenes son siempre bastardos!



N.R.: ¿Qué marcas transgresivas, biográficas y culturales, rescatas de ese desorden artístico que compartiste con Francisco Casas?

P.L.: Fue bella la aventura de *Las Yeguas del Apocalipsis*, en su falso espejismo dual.

¿Te puedo preguntar porqué nunca publicaste el primer texto que escribiste sobre *Las Yeguas*? Todavía tengo una copia a máquina ya amarillenta en la que el texto se va evaporando definitivamente, como las huellas de ese camaval Ceniciento que fueron *Las Yeguas*. Era un texto inaugural como lo era tu política de la mirada, sólo que después te pusiste muy autoreferencial con el cuento de la Escena de Avanzada ...

N.R.: Aunque ese texto nunca fue publicado entero, reciclé varios fragmentos en Residuos y Metáforas: por ejemplo, en el capítulo sobre la ropa usada y San Camilo. Ese texto que mencionas da cuenta de mi atracción primera hacia la loca y dislocada parodia travesti de Las Yeguas. Me intrigó desde un comienzo esa mezcla extravagante de panfleto político, de acción de arte y de fantasía hollywoodense, cuyo despilfarro de modas y estilos buscaba hacerle perder la compostura analítica al serio arte de la Avanzada.

A propósito de la Avanzada y de esos años, ¿qué percepción tenías del grupo CADA (Colectivo de Acciones de Arte)?

P.L. El referente del CADA era muy fuerte en un primer tiempo. Nosotras éramos como cáscaras erráticas de la Avanzada, tratando de inscribirnos con tinta indeleble en una historia cultural pero a destiempo.

N.R.: Mantuviste siempre una relación intensiva con la obra y la persona de Juan Dávila. ¿Quieres decir algo sobre él?

P.L.: La obra de Juan Dávila siempre me pareció una obra alteradora. El rasurado pincel de aluminio de su pintura me produjo una verdadera conmoción, también la emotividad crispada de su personaje artístico. Con Juan alguna vez íbamos a La Holandesa, un bar de putos y taxiboyes que queda en pleno centro, detrás de nuestra sacramental Iglesia de San Francisco. La barra masculina de la Holandesa era un lugar transpirado, la parada suicida del mercadeo "macho" y "gay". Íbamos a vitrinear, a echar una ojeada de erizos sobre estos jeans turgentes en ese lugar que se desmaquillaba bajo la gota turbia del trasnochado sudor.

N.R.: ¿Cuál es el recuerdo que ahora te viene a la memoria al nombrar a Francisco Casas?

P.L.: Cuando fuimos *Las Yeguas del Apocalipsis* invitadas a presentarnos en la Sexta Bienal de La Habana, visitamos esa catedral gótica que es el Cementerio, en busca de la tumba de Lezama Lima. Un cementerio blanco entero de mármol, en todos sus tonos nacarados y bisexuales. Nos dicen que tenemos que pagar la entrada porque ha sido declarado monumento Patrimonio de la Humanidad. Y la Pancha exclama: "¡Pero cómo vamos a pagar entrada! Y si yo me muerdo aquí mismo, ¿también tengo que pagar?". Es preciosa esa recurrencia caracolada de la Pancha...

N.R.: ¿Cómo miras hacia atrás el trabajo de Las Yeguas?

P.L.: Mirando retrospectivamente el trabajo performativo de Las Yeguas, pese a sus fallas y decadencias en el montaje, tiendo a fragilizarme al pensar en estas acciones de arte. Quizás más que en las acciones, en su ingenuidad. Además, todo iba tan a la rápida... Ciertas acciones eran muy tensas como la de los Derechos Humanos, el día de la Raza, cuando bailamos las dos la cueca sola, con los pies desnudos, sobre un mapa de Latino América hecho de botellas rotas de Coca Cola. O bien la instalación-video performance en la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile, en 1993. Era un centro de tortura lleno de enchufes eléctricos. Nosotros, en un mar de copas de agua, leímos la lista completa de detenidos-desaparecidos del Informe Rettig. Fue una lectura intensa y extensa cruzada por el audio de nuestras cédulas de identidad territorializando sus números de fichaje a lo largo de las ciudades de Chile.

Largo, largo como féretro...

Francisco Casas

Lo tenso de estas acciones tenía que ver con la crispación de decir : somos maricas, pero el tema de los detenidos-desaparecidos desapareciendo(se) bajo un pisotón militar es más urgente que el barniz de las uñas quebradas.

N.R: *Junto con deslizarate por el trabajo performativo de Las Yeguas, te entrelazaste literariamente con el género de la crónica. ¿Qué te aportaron Néstor Perlongher y Carlos Monsiváis?*

P.L: Antes de escribir estos visajes urbanos que escribo, antes de saber bien cómo se llamaba lo que hacía, la palabra “cronista” tenía para mí el agrio sabor de una memoria indigenista, relacionada con los curas copuchentos que contaban a España los pecados de los herejes del Extremo Sur. Perlongher y Monsiváis cambiaron mi relación con la palabra “cronista”.

A Perlongher lo conocía a través de la Dajne que llegó de vuelta de Buenos Aires con una maleta llena de sus textos. Me mostró su libro *Alambres* que incluye el gran poema “Cadáveres”. Pero el desliz crónico de Néstor me lo enseñaste tú (¡tú me acostumbraste!) con el texto *Matan a una marica*. Después conocí la escritura de Carlos Monsiváis, y allí mis letras lauchas se empolvaban la nariz con el siúctico término “neocrónica”. Carlos sigue siendo para mí la palabra prófuga que a veces relampaguea en los zaguanes dionisiacos de la urbe. Lo quiero mucho. No le veo seguido pero, a veces, me despierto al sentir los besos literarios que me tira por el aire para unimos en el Inacademismo.

N.R: *Hablando de “inacademismo” y de academia. Tu trabajo está despertando el interés de la crítica académica de Estados Unidos. ¿Te inquieta pasar a ser víctima luego de ese culto exótico de la marginalidad sexual tercermundista que promueve el supermercado de la academia norteamericana?*

P.L: No me atrevo a hacer previsiones ni futurología. En este *dancing* nunca empecé sabiendo bailar. Yo no tenía academia ni mochila enciclopédica, aunque sí me gustaba rayar con rabiosa tiza la pizarra analfabeta de mi niñez. La primera vocal que maquillé en el silabario de escuela pública fue una A acorazonada que, falsamente, presagiaba la palabra “amor”.

No tengo mucha información de lo que ocurre con mi trabajo en el Primer Mundo. Lo único que me resulta pesadillesco son las traducciones. Hay una suerte de humillante doblaje, una reconstrucción del texto en una lengua que me es extraña y que inhibe el zigzaguo beligerante de mis iletrados brotes.

N.R: *Existen también en el mundo académico de allá cómplices tan valiosas como muestra amiga Jean Franco...*

P.L: La Jean es un pedazo de alma que me late allá, en ese horizonte paranoico actualmente erigido como Atalaya de un nuevo orden mundial. Ella siempre me sorprende textualmente con su óptica aguda que tensa el análisis de la política de las instituciones y hace posible una re-mirada complejizada sobre el elástico crítico-cultural del Norte al Sur.

Tengo el recuerdo maravilloso de un encuentro con Jean en el que, no sé por qué, le hablo de la “beatlemania”. La Jean me cuenta que ella estaba estudiando en la casa de una compañera de universidad en Londres y que, de repente, tocan la puerta de calle de esas casas pareadas inglesas, entran los cuatro Beattles en persona, arrancando de una multitud de fans asexuados

que se excitan en la producción eufórica de los ídolos. Ellos andaban buscando una salida de escape y la Jean con su compañera los hicieron salir por una puerta trasera hacia la otra calle...

N.R: *Volviendo a esta localidad nuestra, ¿cómo lees el transcurso del movimiento homosexual chileno?*

P.L: Lo miro en su secuencia con una familiar distancia. Creo que se ha fosilizado un poco su auge liberacionista en los espacios coquetos que le asignan las ONGs y las limosnas del poder. La agrupación travesti haciendo cursos de peluquería que le impuso Lavín, el desate banal de la militancia encorbatada en la fiebre disco... En fin: tolerancias piadosas, benevolencias políticamente correctas, pero en el fondo, con la emergencia legalizada del movimiento gay, otras homofobias se anidan en estos beneplácitos.

N.R: *Participaste activamente en la campaña de Gladys Marín y tienes una cercanía afectiva con ella. ¿Qué foto de ella guardarías especialmente en tu álbum personal?*

P.L: Fíjate que, en un último texto de *The Clinic*, apareció esta historia mía con el chico militante de Las Juventudes Comunistas que conocí en la Fiesta de los Abrazos. Se trata de un texto en el que quise re-crotizar una izquierda inmóvil, revertir algunas consignas militantes como “El Pueblo caliente jamás baja la frente”, “Pan, justicia, sexo y libertad”, “Y va a acabar, y va a acabar”, etc... Pensé un rato que la Gladys iba a tomar carta en el asunto como la Secretaria General que es o, mejor dicho, que caricaturizan como tal, para revisar estos enjuagues pornográficos. En cambio, ella me llamó para decirme que le había encantado lo de “los ojos de mar amaranto”.

La foto de ella que guardaría sería la de un encuentro con la comunidad mapuche de Lumaco, cerca del mar, donde partimos después de enfiestar el tren victorioso y tirilludo de la fonda tricolor e inocente que fue su campaña presidencial. A la Gladys le prestaron ese tren y ella nos invitó a almorzar con la Dajne al coche-comedor, porque había que grabar para la franja televisiva de la campaña. Nos sentimos como en el Far West almorzando en ese vagón-comedor. Y luego de enfiestar con la Dajne el trayecto hasta Temuco, en la mañana partimos a Lumaco, donde las machis de la zona iban a ungir como guerrera a la Gladys para la candidatura presidencial.

N.R: *¿Y si se tratara de una foto más íntima de ella?*

P.L: Su cara de estupor mientras yo estoy vistiendo y maquillando a mi madre muerta.

N.R: *Pedro, nos paseamos juntos en esta conversación por distintos recodos de una memoria biográfica hecha de encuentros y desencuentros. ¿Qué te gustaría decir a modo de provisorio desenlace?*

P.L: Decirte que prefiero el coqueteo vampiresco e insobornable al registro de la franqueza que me exige ponerme otra muleta para discapacitado, otra muñequera... Existen muchas maneras de preguntar y de responder. Hay algo de ese teatro carnavalesado que se llama “evasión” que, a veces, describe muy fiel una instantánea, un flashazo. No siempre tengo ganas de prestarme a ese desafío de la palabra insurgente al que me quiere convocar el tribunal enjuiciador de la entrevista. Yo prefiero gorgorear el rumor de la almeja cantora en la cuerdo floja de mi cuestionado balbuco.

Omara, el Vicho y Toño, habean sobre la nueva edición de la revista. Piensan reiteradamente en las Yeguas para el próximo número; dibujan las historietas, escriben los diálogos, se obsesionan. Toño, como parte de la paga, prepara tortillas de papa, sirve whisky, lía los porros y corta meticulosamente, en partes iguales, las líneas de falopa. Toño es casado, tiene una pequeña hija y sigue estrictamente la tradición de su familia materna. Hace dormir a la pequeña dentro de una canasta de ratán cuidadosamente ubicada sobre el paño verde de la mesa de pool dispuesta en el salón de juegos. La infanta nunca llora, ni aun en las partidas más disputadas. Su madre, una castiza agitanada, la lleva cada cierto tiempo a España. Va por pesetas que destinará a hacer circular El Trauco por las calles de Santiago. Durante estos largos viajes es cuando Toño, disfrazado de Bernarda Alba, busca el cuerpo de Omara. Invasidos por la noche, a tientas, esquivan los huesos desenterrados por los perros y cogidos por los hombros cruzan el jardín.

La noche del parque es fría. María y Dolores sienten que se les viene el invierno encima. Discuten acaloradamente de cuál o tal se equivocó, del vestido de encajes que dejaste hecho un mugrero cuando el punkie de las Encinas te tiró la botella de tinto en la jeta. Y tú, que perdiste el último lápiz imitación Coco Chanel que me había costado tanto robarle a la Cecilia. ¡Ah! querida, recuerda el guante de terciopelo carmesí de mi bisabuela... Que yo sepa, Pocha, le dice la Félix, arqueando la ceja izquierda más de lo acostumbrado, tu abuela jamás usó guantes. Hace ya algunos días que hicimos la última performance y nadie nos invita... resopla con voz de silbato la Joan Crawford, cínicamente nostálgica, mirando en su mano derecha el barniz de uñas carcomido.

La Crawford pensó en voz alta, sumergida en un trance posero copiado tal vez de Greta Garbo representando a su vez a Anna Karenina: qué no muera el amor bajo los puentes. Y así, con aires de estatua gélida, recordó el instante en el que las indecentes atravesaron desnudas el paso subterráneo que cruza la avenida principal de Santiago. Este va desde la Universidad Católica hacia una de las calzadas laterales del cerro Santa Lucía. Ahí los mayates bajan por las noches de las laderas jónicas del cerro, atraídos por los olores estalactíticos a meado y semen del túnel, ano de coleópteros donde en la oscuridad descuecen los negros tinteros de las locas y pintan con caca la parábola te quiero.

La densidad del túnel se abrió a la luz de las lámparas de mano con las que unos mozalbetes concertados alumbraron los cuerpos de las reinetas que daban pequeños relinchos y pasitos de neón. Los focos descubrieron a su paso escenas de pajaracos copulando, tucanes esbeltos haciendo trinar la glorieta resplandeciente de esa Fontana di Trevi hundida, putos de adargas antiguas y lanzas en astillero desmembrando la opacidad cínica del puente a la alameda que menudo pie las lleva.

Bette Davis piensa que son pocas las invitaciones a merodear por los brazos de los desarraigados del parque en el que viven: esos nenes lámpenes que aceitan sus negras cabelleras con betún de calzar entre los mismos matorrales en que las apocalípticas tías escriben sus poemas. Son ellos los que las ponen panza abajo, como forma de escape, camuflaje amoroso tal vez, en la huida diaria de este Chile otoñal de 1978: largo, largo como férretro.

Con los perseguidos por la tropa, las jamelgas acabaron hace algunas horas de tomar el último pencazo de vino. Aun tienes los labios amoratados por el mosto barato, a falta del Chanel, dijo la otra. Las botellas descansan vacías junto al escaño donde siguen recostadas, obnubiladas por la visión amarillenta del Vinicio otoñal que cruza imperial el río. En un segundo pasa sin verlas Marco Antonio. La onomatopéyica embarcación cruza bajo el puente cuando algunos policías tiran al río extrañas bolsas de plástico negro que se hunden de inmediato. Otras más pequeñas son arrastradas por la corriente. Sobre el puente donde están parados los policías atraviesan el cielo varias gaviotas.

Las botellas arrojadas al río son dos, fueron compradas con las ventas de unos porno cuentos escritos por la calva Doña. Los Cuentos Incontables han sido publicados por Pía Barros. Pía, de familia latifundista, pilar de la aristocracia moral chilena, fue desheredada al ser sorprendida leyendo cuentos eróticos de su autoría a las hijas analfabetas de las sirvientas del rancho propiedad de su padre. Cada fin de mes, al caer la tarde, este singular hombre organizaba safaris de pájaros. Luego de cazarlas tras breves persecuciones a campo traviesa, con fusta las azotaba en las nalgas hasta hacerlas sangrar. Una vez escarmentadas por sus nefandos placeres, en compañía de sus amigos (entre ellos el inquisidor cura párroco del pueblo) las lanzaba al río Bio-bío. Las mojadas ocas se zambullían una y otra vez hasta aparecer exhaustas en la superficie. Aferradas a gruesos troncos de raulí, flotaban toda la noche hasta quedar varadas en la rivera de algún pueblo vecino. Fue en uno de esos pueblos donde una de ellas, la Manuela, conoció a José Donoso. Este, unos años después contó su historia.

Pía se ve fornica en su pechera materna. Esta venus campestre, lavandera de Rugendas, tiene la cabellera larga y vikinga. Las últimas mechas se le recortan perfectas y punzantes en la cintura abejorra. Pía es famosa por su lencería fina entre las chuscas tapadas de Plaza Italia, donde vive. Provee a las Tietas de medias de encajes y pantaletas Tiffany para sus más glamorosas performances. Su marido -un poeta libidinoso- le compra estas delicadas prendas durante sus prolongados viajes a Japón. Es en estos viajes que él se entrevista secretamente con la señora Murakami, quien lleva las actas escritas en mandarín de ciertos casos de atropellos.

El departamento donde viven está custodiado por una institutriz, enana de nacimiento que cuida a la pequeña Abril, su única hija. Junto a su desalmada patrona, la diminuta y malvada engendro gongoreana organiza las ollas comunes para escritores. Al igual que en todo el país, ellas preparan en su cocina clandestina, oculta tras un ropero de grandes lunas oxidadas y trizadas misteriosamente en partes iguales, las lentejas, el pan recién horneado y el café, cuyo aroma disimulan pulverizando Kenzo, perfume que el poeta entra al país clandestinamente. La desconfiada enana de piel verde y ojos negros blancuzcos deja entrar a las cigüeñotas por la puerta de servicio y les sirve lentejas mientras se prueban la lencería.

Todos los días, ambas mujeres transforman la estancia del departamento en un conventillo mujeril. A lo largo de la sala van distribuyendo desvencijados pupitres frente a un despintado pizarrón de madera, donde la cacarea Doña, vigilada de cerca por la enana (para que no se robe nada) lee sus perversos relatos a las alumnas, caterva

estudiantil emperifollada por el Kóleston cuarentón de Wella.

Los cuentos que venden las Yeguas están cuidadosamente impresos en papel kraft color verde, papel que ocupan generalmente en las carnicerías de barrio para envolver la carne. Los cuentos están doblados en forma de tríptico dentro de un sobre del mismo material. Son cuatro relatos breves, apilados bajo el nombre de "Cuentos Incontables". Un sobre con los pornocuentos fue enviado hace pocos días desde el buzón de correos que está junto al escaño donde las pajareas duermen la mona. La dirección postal remitió el sobre al Vaticano por correo certificado, de regalo al Papa. Las bizarras aclararon en una pequeña nota respetuosamente redactada que esperaban que el Sumo Pontífice pudiera leer al menos uno, en su acostumbrada y tediosa cháchara dominical, tal vez en la parte del responso. Así se quedaron varios días: alborotadas, sobreexcitadas con la idea de que el Papa de la sonrisa -como lo llaman por que nadie sabe de que se rie- lea el cuento de la niña que es violada cruelmente por Santa Claus. De paso, en otra nota, invitan cordialmente a su serena santidad a venir a Chile, la tierra de los poetas, el país lejano que tiene en su escudo patrio un cóndor reventando a cachas a un amariconado huemul.

Un grito de horror rompe la monotonía del parque, como si en ese mismo instante se hubiese venido abajo estrepitosamente la casa Usher. Es la Félix, con la ceja dramáticamente arqueada hasta el cielo, que se da cuenta horrorizada de que se acabó el vino. En un gesto epiléptico, desesperado, la Del Río baja del escaño con un triple salto mortal y empieza a escarbar en la mochila azul de la Doña, que hasta entonces le servía de almohada. De su interior saca convulsivamente y sobreactuado -como en una mala interpretación de la Gloria Swanson en su peor película del cine mudo- boas de pluma, zapatos taco aguja bordados en lentejuelas, abrigos raídos de astracán, gafas con espejuelos rotos en marcos incrustados de nácar, la canasta de frutas que usaba en la cabeza Carmen Miranda, un pequeño amuleto vudú hecho con pelos de la Berenguer. La loca resopla, gime, se araña, da gritos al cielo, hasta que encuentra un escotadísimo vestido rojo de los veinte y el turbante de lentejuelas que usó Daisy en el Gran Gastby. En un instante, la intrépida se ha desgarrado sus atuendos para quedar totalmente desnuda en el frío del parque. De un brinco salta el muro de la costanera para caer parada en el agua mugrienta del río. Ahí se lava los sobacos para luego engalanarse con los trapos, mientras la otra, sufriendo, se viste, contenida, discreta, con un traje lana Oveja Tomé de dos piezas. De un cofrecito almizclero saca unos pendientes brillantísimos y se los enchufa en sus grandes orejas, para luego proceder a pintarse lentamente el hocico hediondo a resaca en una funesta representación kabuki. Así, las dos vestidas se toman del brazo y avanzan a lo largo del parque rumbo a la Feria del Libro. Seguro ahí los compran, dice la Félix con su voz ronca.

Esta será la primera vez que la Feria Chilena del Libro abra sus alambrados, carraspea, o sus puertas, carraspea nuevamente, o como ustedes quieran llamarle, en el Parque Forestal recién remodelado, al aire libre, señores, modula energicamente el jefe de propaganda ante un asustado columnista del Mercurio, contaremos con la destacada participación de escritores de talla mundial como son... carraspea...

Amparadas por la Mosca Pop, febril dueña de un stand de libros feministas estratégicamente ubicado en el centro de la feria, se instalaron las sospechosas ninfas. La Félix abrió su mochila azul y extrajo una pequeña mesa hecha con restos de cajones de tomates, la que cubrió con un tapete de terciopelo rojo traído de la india por cierta gorda anticuaria. Lo hizo lenta y ritual, como si de una misa se tratase, luego fue llenando la mesa con los sobrecitos de cuentos incontables, quedó mirando un segundo su obra con la característica ceja alzada, satisfecha extrajo una varita de incienso de sándalo y místicamente la prendió murmurando intraducibles mantras que la enana le enseñara. Dolores, aprovechando sus dotes para la declamación, el canto y la histeria, empezó a leer los cuentos, en voz alta primero, a gritos después. Ardida por la desidia del público, prosiguió dando violentos pasos flamencos para continuar en una desafortada danza arábica. La del Río logró recordar -a través de un lesbico eco musitado a su oído- el tono opaco de la voz de Nati Mistral, cuyos poemas cuando está borracha y con público audible recita hasta el amanecer. Así, enfundada en un nuevo personaje, declamó de memoria otro de los cuentos de María: Bésame Otra Vez Forastero. Rápidamente se empezó a juntar una turba de gente a su alrededor. Cuando estaban casi todos los sobres vendidos, llegó la policía, reforzada por una multitud de agentes civiles más varias concubinas de militares, todas ellas vestidas de rosa -las así mismas llamadas señoras de rosado- que abochornadas por el relato de Santa Claus hacían como si comprasen libros. Entre todos sacaron a las Yeguas a patadas hasta los límites de la Feria. ¡Maricas degenerados! les gritó una de las supuestas damas. El resto de las concubinas se resignó frente al stand de ofertas del Opus Dei donde seguramente -como todos los años- el capitán en jefe compraría las memorias de monseñor Escrivá. Las mujeres vestidas de rosado, que portaban akas 45 bajo sus trajes sastrer, celebraron con suspiros malolientes la suerte de la esposa del capitán en jefe, que en ese momento hacía su siniestra entrada para inaugurar la feria: que no escuchase nada, menos viera nada.

La policía montada les siguió luma en mano, a caballo, por entre las araucarias y cipreses del parque. Las ahuyentaron al galope a lo largo de la costanera sin lograr atraparlas. En un intento desesperado por cazar al menos a una de las gartzas, un verdusco jinete cogió al trancazo de las patas del caballo la larga cabellera azabache de la Félix que en la fuga drapeaba al viento. Peluca en mano, el oficial vio espantado como la calva señora, aterrada por la usurpación de su divina privacidad, corría más aprisa aún, sacándose la ropa para quedar vestida con un espectacular traje de baño drapeado de los años cincuenta. Finalmente, cuando les daban alcance en el preciso lugar donde los policías seguían echando bolsas al río, las bañistas se tiraron un espectacular clavado a lo Esther Williams y siguieron nadando contra la corriente, sin detenerse, dando relinchos, riendo por las puñetas que se harían en sus nombres postizos esos divinos escolares que compraron los incontables.

(fragmento de la novela *Relinchos en el Parque* de próxima publicación en Editorial Planeta)

El conflicto Ralco:

valor, sacrificio y mercado

El conflicto Ralco se sitúa en el límite de la ley, del mercado, de la política y del proyecto nacional: es decir, del Estado.

Cada uno de esos campos deberá tratar con su límite, con aquello que lo afecta desde el exterior: el mercado con tierras no transables, el Estado con un sujeto no nacional, la política con aquello que no se ordena ni parlamentaria ni partidariamente, la ley con aquello que no ha nombrado.

Nicolás Richard

hacia modalidades políticas y democráticas de construcción y organización de la relación entre Estado y grupos étnicos. Ralco fue el escenario en el que dicha ley fue puesta a prueba por primera vez y fue también aquél en el que las oportunidades institucionales que ahí se abrían precluyeron con inesperada y frustrante rapidez. Desautorizando sistemáticamente el trabajo de la Corporación Nacional de Desarrollo Indígena y destituyendo consecutivamente a dos de sus presidentes siempre que quisieron oponerse al plan de permuta de tierras propuesto por Ralco, la administración del demócratacristiano Eduardo Frei embargó las potencialidades políticas de tal espacio. Pensada ahora ya no como dispositivo de mediación política, sino como departamento administrativo de ejecución de las políticas sociales del gobierno, la crisis de la Conadi impidió, por un lado, que se avanzara en el fortalecimiento de los mecanismos de representación democráticos al interior del mundo indígena y, por otro, que se avanzara en la construcción de un diálogo político institucionalmente encuadrado y resguardado entre las organizaciones mapuche y el Estado chileno. Ambas cuestiones, como se sabe, tienen en la actualidad consecuencias decisivas y lamentables.

Pero la cuestión es más delicada. Por un lado, el conflicto Ralco no puede explicarse ni ser comprendido si no se le sitúa en el contexto de la problemática indígena y en la propia dimensión histórica de la relación entre comunidades pehuenche y Estado nacional. En efecto, la movilización –de fuerzas, de signos, de personas– que se halla en el origen del conflicto solo puede comprenderse en ese contexto. Pero por otro lado, una vez activado, el conflicto asume una dinámica y establece unas articulaciones que exceden por mucho el margen de la propia relación entre pehuenches y Estado. A decir verdad, en ese segundo momento, lo pehuenche constituye un significante en disputa para los discursos que en el conflicto se han implicado. En este sentido, las comunidades pehuenche son al mismo tiempo causa y efecto en el conflicto. Causa, porque el conflicto por la construcción de la central Ralco no es pensable sino en el contexto específico de la acción política de las comunidades que vieron amenazados sus derechos y de la dimensión histórica a partir de la que esta acción extrae sus referentes y claves de articulación. Efecto, porque lo que está siempre en cuestión a lo largo del conflicto es la propia representación de lo pehuenche, el modo en el que ésta es articulada política y simbólicamente y el modo en el que a través de esas estrategias de articulación, son otras discusiones que poco o nada tenían que ver con el tema pehuenche las que se anuncian. Y sin embargo, atender las líneas de discurso que deslocalizan el conflicto y lo someten al trabajo de diversos campos de discusión no quiere decir que deba uno complicitarse con el silenciamiento sistemático del que han sido objeto las propias comunidades afectadas. Nadie podrá desmentir que la posición que ha ocupado en la discusión pública en torno al conflicto Ralco o los discursos de las comunidades pehuenche ha sido perfectamente marginal, cuestión del todo grave sobre todo porque en esos discursos se juega una diferencia cultural e histórica que es necesario instalar y calibrar pública y socialmente. Es evidente que la “politización” en el sentido vulgar y corriente que se ha dado al término, constituye ante que nada un dispositivo de despolitización, en el sentido fuerte esta vez, del conflicto.

Como fuera, el conflicto Ralco ha abierto una escena de discursos cuyo ámbito desborda el problema mapuche. O aún, dicho conflicto ha sido el lugar en el que permanentemente *otras discusiones* se llevan a cabo, lugar en el que precipitan y trabajan líneas de discurso que no se aquietan en las querellas propias a la construcción de la central. Líneas de discurso cuya eficacia inmediata ha sido la de deslocalizar el conflicto, inscribiéndolo y refiriéndolo a campos de discusión y producción política que no

se dejaban adivinar en un principio. Pero ¿no es justamente, quizás, este modo sistemático de salirse de sí, esta indeterminación permanente de lo propio al conflicto aquello que lo caracteriza con mayor fuerza? Tómense los discursos implicados en el conflicto: es siempre el problema de lo propio lo que pulsa y trabaja esos discursos: ¿con qué *propiedad* hablan esos gringos en nombre del mapuche? ¿con qué *propiedad* hablan esos rusos mapuche urbanos en nombre de lo pehuenche de las comunidades? Como si desde el principio, en el conflicto Ralco, fuese ese dominio de propiedad, lo propio o las *propiedades* del conflicto lo que estuviese en discusión. Como si la cadena de propiedades, la cadena de autoridades y autoctonías, de filiaciones, de pertenencias y legitimidades, fuese siempre atacada y trabajada insistentemente por este sistema de sospechas: ¿con qué *propiedad* esos discursos en esos sujetos? ¿con qué *propiedad* esos sujetos en ese conflicto? ¿Con qué *propiedad* esos sujetos y esos discursos en ese espacio? etc...

Extraño isomorfismo, curiosa geometría la de un conflicto que adopta él mismo los signos de aquello que debate: como si la deslocalización de las comunidades pehuenche y la querrela en torno a sus propiedades fuesen redobladas por la morfología política del conflicto, por el problema de su propia localización argumental y por el de su propio dominio de interioridad simbólica y discursiva. Vuelto síntoma, es decir, aquello que no habla nunca en sentido propio, el conflicto Ralco acompaña y precipita en su interior un campo de discusiones que no se dejan reducir a la *cuestión propia* de las demandas indígenas o ambientales. El conflicto trabaja y se deja trabajar por ciertas líneas de organización, por ciertos campos de discusión, por ciertas zonas de tensión que constituyen su ámbito de resonancia y que permiten multiplicar sobre él las líneas de lectura.

En su dimensión jurídica: como se ha visto, Ralco será el primer proyecto de envergadura en poner a prueba tanto la Ley Ambiental como la Ley Indígena. En este sentido, están ahí en discusión el estatuto y la relación de fuerzas que se establece entre los distintos cuerpos legales: preeminencia o no de la Ley Eléctrica sobre la Ley Indígena, relación (de subordinación, de complementariedad, de exterioridad) entre la Ley Ambiental y la Ley Indígena, autonomía y legitimidad política de las instancias de evaluación, etc. Ralco es un antecedente fundamental para la jurisprudencia de ambas normativas. Pero el problema es mayor. La central Pangué pudo plantearse formalmente en términos equivalentes, sin embargo, la inexistencia de ambos cuerpos legales obligó la discusión a someterse a términos jurídicos estrictamente inespecíficos: en Pangué no hay *nombre legal* para la demanda ambiental o indígena. Y sin embargo es jurídicamente que el problema fue zanjado: extraña contorsión según la que las demandas ambientalistas y aquellas demandas de las poblaciones afectadas debieron traducirse y someterse al minúsculo problema del tipo de derechos de agua que poseía la compañía. Y aquel *no reconocimiento de la demanda* precipitó en escena toda una sintomatología bien conocida: la ley, todo el aparato jurídico fueron acusados nuevamente por aquello que *no reconocían* y por aquello que *ocultaban*. En Ralco la cuestión ha cambiado y la promulgación de ambas leyes libera fuerzas políticas que hasta entonces no lograban articularse. Y es justamente esta relación entre promulgación legal y despliegue político, entre la *determinación jurídica de lo político y la organización política de lo jurídico*, la que en Ralco se está jugando. Oponiéndose al interés proclamado del Estado y al interés privado del capital, los discursos implicados en Pangué y en Ralco retoman y trabajan sobre la representación social de la ley y se filtran en las tenues fisuras y los tímidos desplazamientos que sobre ésta se operan durante la transición política de los últimos años. Al menos esto: transitar de una acción política que se ejerce contra lo jurídico (no contra un fallo, no contra un veredicto: sino contra la ley como sistema de ocultamiento de lo político) a la acción política que se deduce y ampara en los términos y en el nombre que lo jurídico presta a su argumento.

En su dimensión política: a pesar de la duración y envergadura del conflicto de las hidroeléctricas en el Bio-bío (por la multiplicidad de actores involucrados, por el tamaño de la inversión económica comprometida, por las dimensiones del

Quando conocí los alambres de púas, se me picó el ojo de mirarlos.

Nicolasa Quintremán

LA RESISTENCIA

Yo me llamo Nicolasa Quintremán Calpán, dueña de mi río Bio-bío. Nosotras ahora estamos solitas, con la Berta mi hermana. Casi no hay más voluntarios, los mapuches que están lejos sólo vienen un rato. Estando tan sales, uno se pone débil. Con los pehuenches reunidos, habríamos tenido bastante fuerza. Con la Berta seguimos defendiendo la tierra, decimos, pero a veces también caímos de brazos. Seguimos defendiendo la tierra por el espíritu del Chau-Chau, un sala ser que tenemos arriba. Por el espíritu del Chau-Chau somos tan fuertes las que venimos antiguamente. Conocimos la fa del Chau-Chau, el rey de la tierra. Cuando llegaron los de la Endesa a decirme, bueno, Srta. Nicolasa, con el tiempo aquí no va a estar. Se va a tener que ir. Les contesté yo: ¿Por qué me voy a tener que ir? Si me la dice el Chau-Chau, ahí saldré de un lado. Sí no, de aquí, no voy a salir nunca porque aquí me crié. Muerta me sacarán pero no viva. ¿Por qué vienen de otro país español que ha estado siempre matando gente a quitarnos la tierra otra vez? En Chile debe mandar el Presidente, no el Señor. José María Aznar. Nosotras somos matando de aquí, dueños de la tierra, de la carullera, del río, de todos los volcanes. El río habla, romancea el agua. ¿Cómo uno no va a quererir el lugar donde nació? Tenemos raíces, estábamos primero. Por eso mandamos aquí. Yo no me voy. Mi tierra no tiene precio y punto no más. Así lo digo siempre: No a Ralco. Me ofrecieron un campo para trasladarme. Yo no quiero otro campo. Quiero el campo donde nací y crecí, donde está la madre tierra. Hasta nuestro cementerio quieren.

Los antiguos conversan sobre cómo hubo un mundo. Los huincos escriben, porque el papel aguanta todo. Nosotras no escribimos. Sacamos puras ideas de lo que la mente dice, sin palabras ni inventos. Esto es nuestra sabiduría porque la mente dice la verdad. No quiere cultura huinca. El papel es pura mentira. Nuestra cultura viene de nuestra memoria y todo lo que tenemos en nuestra cabeza habla una sola voz.

A Eduardo Frei, nunca lo vimos. Nunca dio la cara, sólo la espalda. Cuando íbamos a Santiago, los carabinieri nos acorralaban para no pasar a la Moneda. Menos mal que Ricardo Lagos abrió la puerta. Lo conocimos como cuatro veces dentro de su Moneda. Pero cuando le preguntamos, no da una opinión. Mueve la cabeza, mueve la cabeza, y nos dice que hay que hacer una conversación. Nunca nos dice, ustedes no tienen que moverse de donde están. Eso me gustaría que dijera. Para la culpa lo tiene él de antes. Eduardo Frei es el presidente sin vergüenza que nos dejó manchado el camino. Vinieron en el helicóptero, pasaron volando y, en su falsedad, los huincos de Endesa quisieron comprar el río Bio-bío.

Los huincos que llegan piensan con su plato no más, pero la plata se termina y la tierra no. Por eso la tierra es nuestra riqueza mapuche-pehuenche. Los negociadores vinieron a ofrecer la permuta, la manira de la permuta, con un papel de Notaría que yo ni lo antesí. Yo ni siquiera quería recibirlo de las manos de los huincos, para que no fueran a decir después: esta mujer firmó. Nosotras no nos decíamos con la Berta. Los demás ya cedieron. Vamos a seguir resistiendo, dijimos.

...Y LA PERMUTA

La demás gente pehuenche supieron antes que nosotras que Endesa estaba comprando. Andaban calladitos entregando sus tierras a los que ofertaban esa plata. Les prometieron de todo, pero nada resultó así. Yo, después, vi como la camioneta de la Endesa los traía a todos atrás como corderos, en media de la palvareda. Yo no andaría atrás de la camioneta como un animal.

Gente de afuera, los ecologistas fueron las primeras en contactarse con nosotras y también gente huilliche de Osorno, la Sora Himilmequi. Ella es mapuche pero no sabe hablar mapucheñun. La Sora, huilliche, vino a dividir a los mapuches con política y enredos. Los mapuches de repente son más burros que los huincos, porque hay huincos buenos y huincos malos. Hay mapuches que no apoyan a su sangre sino al Presidente.

Nos engañaron diciéndonos que Ralco no iba a ir. Nos decían: “hay que ser pacifistas” y mire en lo que estamos ahora con eso de “pacifista”. Si hubiéramos pelado la gente en un comienzo, si hubiéramos prendido fuego en el camino de Endesa, no estaría Ralco. Ahora rebean con nosotras. A mí me miran mal ahora porque sí mi tierra. Me dicen que traicioné mi tierra, pero es por causa de ellos. ¿Qué más iba a esperar? Yo tenía confianza en ellos pero no era palabra seria. En un principio teníamos ocho abogados, ¿y qué hicieron? Querido yo sola ahora: Roberto Garrón. ¿Por qué no nos dijo que había perdido el juicio? Hasta el último momento, nos decía que se podía ganar y que había que seguir peleando. Yo me cansé. Yo no hay apoyo. Cada día estamos más débiles. Una que está vieja y con un hijo enfermo. ¿Qué más voy a estar esperando? Entrego mi tierra y punto. Voy a esperar mi muerte no más.

Para luchar se necesita dinero. En nombre mía y de la Berta, ganaron mucho dinero y nosotras nada. Nadie me ha dado de comer a mí. También me da rabia este Aucán Huilcamán. Nunca ha estado en mi casa, ni sabe donde viva yo y ahora se pone a hablar contra mí cuando él la única que hace es recorrer el extranjero con el nombre de los mapuches, llenándose de plata. El me amenazó, a mí y a mi hija. Tengo que tener cuidado ojas para andar caminando ahora. Si peso cualquier cosa conmigo, él va a tener que responder.

Ellos se enojaron contra mí ahora que conversé con Endesa, como si quisieran manipularme hasta al final para seguir consiguiendo plata de Europa.

Yo no tuve apoyo. Cuando me quedé sola, tuve que cambiar de opinión. Me di cuenta que era caso de puro agüño, que íbamos a estar muriendo del hambre. Ahora me tienen odio por no resistir. Pero yo no tengo que soportar permiso a los engañadores para permutar mi tierra. Mi pensar es mio no más. Yo no hay ningún poder para nosotras. El Chau-Chau se enojó por todo, y nos dejó al lado. Los pehuenches fueron muy cobardes, los mismapuches ya no saben hacer donde calla la fuerza, hacer donde girar. Los huincos los tienen así, divididos. Los huincos nos vinieron a dañar. Después que llegó la orden del huinca Presidente sinvergüenza, la tierra empezó a medirse y a usarse toda. Antes los pehuenches abrían camino por todos lados. Cuando conocí los alambres de púas, se me picó el ojo de mirarlos.

impacto cultural, por el eco que el conflicto ha tenido en la esfera internacional, por los ajustes y tensiones que ha provocado al interior del aparato de gobierno, por la cantidad de población directa e indirectamente afectada, etc.) este ocupa un rol marginal tanto en las previsiones como en lo recurrentes que la clase política ha efectuado del periodo de “transición a la democracia”. A decir verdad, no existe una lectura política del conflicto Ralco —ni mucho menos de Pangué— y éste no constituye un referente significativo en el mapa de lineamientos y ordenamientos del campo político. Evidentemente no se trata de deducir entonces la poca importancia del conflicto, pues bastaría señalar sus consecuencias para el actual conflicto indígena. Pero más bien, cabría preguntarse por las razones de esta invisibilidad, de esta insignificancia de Ralco en el sentido muy literal de que éste no logra constituirse en referente del campo político. Podríamos señalar lo que nos parece inmediatamente relevante: ni la reivindicación indígena, ni la reivindicación ambiental se dejan coordinar en el mapa de demarcaciones que constituye la escena política de post-dictadura. Las categorías tradicionales según las que el campo político lee y representa el acontecer social hacen de Ralco un conflicto excedentario. Y cabría interrogar dicho campo político por su propia vocación política: ¿qué vocación la de un espacio político que se complace en ceder conflictos y fuerzas, excluir actores y actuaciones para recluirse en el minúsculo ejercicio de su rutina gerencial y confortable? Aquí también Ralco opera como síntoma de los desplazamientos y reordenamientos del campo político chileno en la post-dictadura. La promulgación del nombre jurídico del conflicto ocurre sin que por tanto se halla constituido algún nombre político para las fuerzas implicadas, de tal modo que lo político no debe ya organizarse contra la ley sino contra la propia política, sino contra el propio campo político. Lo político, en Ralco, se organiza desde el exterior del sistema, como afectación de éste, como comprobación y provocación de sus límites.

En su dimensión económica: no se trata sólo del problema simple del modo en el que se atiende y organiza una cierta política económica y energética del país. Sino más fundamentalmente, lo que en Ralco y en Pangué ha estado en cuestión es el problema del límite -ideológico, político, jurídico, cultural- del dispositivo del mercado como forma de articulación y mediación social. En términos específicos la ley indígena establece una zona de excepción al ámbito de circulación del mercado: esas tierras no participarían del sistema del valor cambiario. Pero más allá de esto, o si se quiere, sobre esto, es la cuestión más fundamental de los modos según los que se constituye, funda o legitima el valor lo que estaría en cuestión: señalar que el valor ecológico del Bio-bio es *incalculable* es referir ese valor a toda una ontología que limita o disputa la operación del dispositivo de mercado. Pero ese límite es también el problema de una afirmación histórica y de determinado modo de pensar o trabajar la memoria: el mercado, en Chile, refiere directamente al trauma dictatorial que lo funda, al mismo tiempo que desmiente la diferencia que los gobiernos de la concertación han intentado marcar respecto de la dictadura. Y nuevamente, en Ralco, es en clave *sacrificial* que ha de leerse la afirmación histórica del mercado como horizonte de articulación social. Y no habría que pensar antes de tiempo que es una lógica interna al mercado, su propia operatoria o su funcionamiento concreto aquello que exigiría el sacrificio pehuénche. Antes bien, aquello que ordena el sacrificio es el mercado como bien simbólico el mismo, como resultante histórica de otros sacrificios y entonces, como bien político. Densísima relación por la que se organiza políticamente la fundación sacrificial y cualitativa de un valor que el mercado -sólo entonces- operará, transformará, movilizará. Así, es en nombre del mercado que se ordena el sacrificio. Doble disputa entonces, por un lado en torno a la condición y valor del mercado como proposición histórica, por otro, en su operación misma, como disputa en torno a los espacios de jurisdicción que ha perdido -aquellos que la Ley Indígena le sustrajo- o que nunca antes tuvo: aquellos a los que la racionalidad política ha renunciado.

En su dimensión identitaria: la discusión en torno a la construcción de las centrales eléctricas en el Alto Bio-bío, remite directamente al problema de la relación entre minorías étnicas y Estado nacional. En su sentido más inmediato porque se jugó ahí

la vigencia y legitimidad del sistema legal, institucional y político de mediaciones que los acuerdos de Nueva Imperial primero y la ley indígena más tarde habían inaugurado. Pero sobre esto, el conflicto es el escenario de una disputa abierta por la representación pública del sujeto indígena y a través de ésta, sobre la proposición histórica de un sujeto nacional unitario porque *indistinto y permanente* porque *fundante*. Pero antes que un problema en las definiciones identitarias o un conflicto en las representaciones de lo idéntico, lo que se encuentra en discusión son los propios mecanismos según los que aquellas definiciones pueden operar y aquellas representaciones construirse. Es en el campo disciplinario de la antropología, por ejemplo, pero también en el de la historiografía nacional en donde el conflicto viene activando tensiones y fisuras. No es en el problema de tal o cual lectura histórica sino en el de las modalidades según las que esta se construye, en los espacios institucionales que la amparan, en las redes y flujos materiales que la alimentan y soportan, que el conflicto ha mostrado su carácter productivo aunque silencioso. Y todavía esto: es en Ralco, es a partir de Ralco que las demandas indígenas de reconocimiento histórico, cultural y político han adquirido el mínimo necesario de legitimidad y visibilidad.

El conflicto Ralco puede leerse en su dimensión jurídica (cuestión de la ley indígena como dispositivo de mediación social y cultural; cuestión de la preeminencia o no de la ley indígena sobre la ley eléctrica; cuestión mayor del estatus y simbólica del aparato jurídico en el marco de la transición democrática, etc.); en su dimensión económica (cuestión de las economías que fundan y producen ciertas nociones de valor; cuestión de los límites del dispositivo de mercado; cuestión del desarrollo y políticas ambientales, políticas energéticas, etc.); en su dimensión política (cuestión del modo en el que los discursos políticos de transición se hacen cargo de las demandas ambientales e indígenas; cuestión mayor del modo en el que una cierta razón política disputa espacios de ejercicio y control con una razón de mercado, etc.); en su dimensión identitaria (cuestión del modo en el que es pensada y representada la unidad de la nación, del modo en el que



es pensable la diferencia en su interior, del modo en el que se resuelve política, social, imaginaria y epistemológicamente la relación entre identidad y diferencia cultural). De modo tal que el conflicto sitúa o se sitúa en el límite de la ley, del mercado, de la política y del proyecto nacional: es decir, del Estado. Cada uno de esos campos deberá tratar con su límite, con aquello que lo afecta desde el exterior: el mercado con tierras no transables, el Estado con un sujeto no nacional, la política con aquello que no se ordena ni parlamentaria ni partidariamente, la ley con aquello que no ha nombrado.

Pero todavía esto. El conflicto se organiza en torno al problema del tipo de relación que sostienen aquellas comunidades y aquel espacio. Si se define aquella relación como una relación necesaria, entonces la relocalización puede leerse inmediatamente como etnocidio: daño necesario sobre el cuerpo cultural pehuénche ahí en donde no cabría pensar la posibilidad de que éste pueda reorganizarse bajo los mismos términos sobre un espacio distinto y equivalente. Si en cambio aquella relación es definida como arbitraria, en la relocalización no hay daño necesario desde el momento en que se definan adecuadamente los criterios que establezcan la equivalencia del espacio actualmente ocupado y de aquel por ocupar. Y el problema de la equivalencia potencial de aquellas tierras (de todas las tierras) y del modo en el que ésta se establece no es un problema irrelevante ni para la idea de un espacio nacional, territorial y homogéneo defendido por cierta razón de Estado, ni para la idea del espacio de circulación formal y cambiario que el mercado imagina para sí. El mutuo anclaje del binomio pehuénche-Bio bio cualifica y distingue un espacio que interrumpe las superficies de circulación política y mercantil. Y si el mercado se propone recomponer sus superficies y tránsitos rebajando esa diferencia a través del argumento cambiario y disolviéndola en el flujo continuo de tierras y de energías, de individuos y propiedades; la ley indígena insistiría en cambio en marcar esa diferencia para proponerse como mediación y entonces, como producción política de un espacio institucionalmente unitario. De modo tal que la forma en la que es trabajada la relación entre aquellas comunidades y su espacio constituye un terreno de disputa para las lógicas de mediación que ambas racionalidades —política, mercantil— proponen.

Y el problema de los modos en los que se establece y piensa esa relación encuentra su límite y su mayor intensidad en el problema de los cementerios indígenas que la central debiera inundar. ¿Qué memoria para el doble entierro de unos cuerpos primero sepultados y luego sumergidos y desaparecidos bajo el azul transparente del proyecto capitalista? ¿Qué modos de circulación, qué modos de relocalización habría que imaginar para el cuerpo muerto? ¿Cómo asumir, ya no la muerte de aquello que ha desaparecido, sino la desaparición de aquello que ha muerto? Y nuevamente Ralco se activa como síntoma: “La experiencia de miles de familias chilenas en relación a la desaparición de sus familiares y a la imposibilidad de darles sepultura, durante el régimen anterior, debiera mover a reflexión sobre el punto”. Este punto, este *punctum* formal y absoluto del conflicto: la empresa hidroeléctrica ha propuesto revestir los cementerios indígenas de una capa de cemento líquido que, protegiéndolos del agua, permita declararlos en “conservación bajo tierra” y recuperarlos más tarde, en cien años, cuando la represa cese su funcionamiento. Prorrogar la relación al cadáver y suspender el cadáver mismo; suspender el propio devenir cadáver del cuerpo. Sinistra —y de algún modo poética, perversa- superposición de entierros: enterrar ya no el cadáver, sino el cementerio mismo, la propia producción del cadáver, el derecho al cadáver y al devenir cadáver. Enterrar el propio entierro para sumergirlo luego bajo el azul compacto y pesadísimo de las aguas embalsadas, para volverlo superficie, para volverlo espejo. Con voluntad monumental, con escala monumental, con arrogancia monumental este monumento silencioso e introvertido (paradojal) que tiene todavía esto de bello: alcanzar de algún modo la pura forma, el máximo estético de la incomprensión.

NOTAS

¹ El Bio-Bio es ahora un desaparecido más porque la Corte decidió que no se produciría daño ecológico” Abogados del GABB. La Nación 9 de agosto de 1993.

² Respuesta de la Condi a la proposición sobre los cementerios indígenas contenida en el Estudio de Impacto Ambiental de Ralco (1996).

Soñamos que se enoja el río en invierno y le manda un castigo al monstruo de Endesa

Carmen Paine

Mi nombre es Carmen Rosa Paine Tranamil, pertenezco a la comunidad de Batemanbón, por el Cajón del Queuco. Yo voy a contar la historia verdadera de cómo fue la lucha de Ralco. En 1993 llegaron los ecologistas encabezados por Juan Pablo Ortega y por Hernán Echaurren y estos grupos de huincos que era ocho: Juan Pablo Ortega, Hernán Echaurren, Roberto Garretón, Cristián Opazo y también aquí en esos tiempos andaba demasiado influenciado el hijo de Patricia Aylwin, que es José Aylwin. Todas ellas empezaron a llegar y crearon primera el Centro mapuche pehuénche que se hizo una organización huinca acá en Callaqui. Estos huincos ambientalistas tuvieron empujones mapuches: Hilda Riquelme, Eduardo Cáceres o el mismo hijo de la ñaña Berta, Agustín Correa y también Sara Himilmaqui, una mujer que viene urbanamente de Santiago. Ellos hablaban de la cultura y del cultivo, también se vestían nuestros ropas, pero jamás iban a lograr un movimiento mapuche-pehuenche porque eran huincos. Hacían comunicados huincos para lucro económico de ellos.

Los huincos aislaron a los dos hermanos: la señora Nicolasa y la ñaña Beritita Quintremán. Los ñaños eran símbolos a nivel nacional y accidentalmente más que para el pueblo pehuénche, por el hecho de que los ecologistas los anduvieran poseando por todos lados e hicieron proyectos en nombre de los dos viejitas. Somos 14.000 pehuénches allí y la mayor parte de las veces los mismos pehuénches de la comunidad no entendían bien lo que ellos hacían. Aislaron a las ñañas para debilitar la lucha mapuche. Siempre también ellos le inculcaban a los dos ñaños que nosotros no tendríamos entrada, los del Cajón del Queuco. Siempre los aislaron a las hermanas Quintremán y nos dividieron. No nos dejaban estar cerca de ellos. Y también a los dos ñaños les metieron mucha mierda diciéndoles que tenían que ser pacíficos. Para poder tener Ralco los pehuénches no debíamos ser pacíficos. Endesa España es violento en cómo destruye esa tierra, en cómo manda su maquinaria a hacer tira muchos cerros. Si no hubiesen llegado estos ecologistas, nosotros los pehuénches habríamos tomado de otra forma la lucha y lo habríamos hecho con los opositores, con las Quintremán. Ahí se debía haber frenado Pangué y hoy en día Ralco.

Los ecologistas los pusieron “De las mujeres” a una ONG, solamente “de las mujeres”, para achistar nuestra lucha, para minimizarla y no que repercuta mucho en las comunidades. En todo caso, no por ser mujeres nos va a venir a atropellar cualquier hombre machista, sea blanco o sea mapuche como este Aucán Huilcamán que ando girando porros dólares mientras la mayor parte de los pehuénches se está muriendo de hambre. Mañana, lo más seguro es que Huilcamán va a estar con el Intendente de Concepción tratando de negociar las tierras de la otra opositora.

Todos se enriquecen. ¿Quién hizo técnicamente el trabajo en El Huachi para trasladar a los pehuénches? Netamente el suagro de Guido Girardi que es Jorge Echeagaray. El suagro trabaja como ingeniero para sacar a los pehuénches mientras, por otra lado, Girardi saca provecho político al marchar junto con ellos.

Estos ambientalistas fellos son también burgueses porque son gente rica que se ha convertido en más rica en 12 años de manipulación hacia las ñañas. Por ejemplo, el Hernán Echaurren colocó una tierra de 1.000 hectáreas ante Endesa, como una fianza, porque los abogados no tenían plata para colocarlos. Les dicen a los ñaños que resistan hasta el final pero, en cualquier momento, mediante un desalojo de gobierno y de Endesa, a los ñaños les sacaban y se quedaban en la calle. Echaurren les tenía esta tierra para llegar y vivir por una tierra mala, sin agua. Entonces, le dicen a la Nicolasa: “ésta es tu tierra, ñaña”. A la otra opositora, a la Rosario Huenteafo, le dicen: “hagan allá su casa”. Pero no acreditaba ningún papel que legalmente le iba a pertenecer a la opositora y mi propósito es: ¿Por qué Hernán Echaurren hacía todo este juego? Nunca da una respuesta. Hernán Echaurren igual compró una parte de una opositora allá, la Irma Jara; le compró no sé cuántas hectáreas más. O sea todos estos huincos fueran con otros lucros: tener tierras en el Alto Bio-Bio. Echaurren allá va a construir cabinas o villas del lago, de la represa Pangué.

Toda la justicia que implanta el Estado chileno es cárcel, amedrentar, militarizar la zona y sembrar el terror en el Alto Bio-bío y también en el sur con las forestales de Eleodoro Matte.

La Central Hidroeléctrica inunda 3.500 hectáreas de tierra, se pierde todo el ecosistema, se pierde el río, se pierde también la diosa del agua que es la Cuyumaniñal que existe en el río casto Bio-bio. Nosotros estamos preparados para enfrentar a Endesa. Lautaro, contra la invasión española, llevaba una lucha digna, pura, autónoma y virgen. Lautaro en ese tiempo era preparado por muchos secretos para ser valiente, para poder guerrear y enfrentar a los enemigos. Hoy en día nosotros quisiéramos pelear como Lautaro, pero al tiro nos aplican la ley antiterrorista, la reforma procesal penal. Yo tengo mucha esperanza en el Tralcanhue, en los espíritus de nuestros machis, en el espíritu del volcán. Ellos son más poderosos que el hombre blanco y la transacción. La mayor parte de los pehuénches estamos soñando que explota Ralco, que Pangué se rompe porque yo veo que el caudal del río con el lluvia es enorme. Soñamos que se enoja el río en el tiempo de invierno y arrosa con todo, con las maquinarias de Endesa. La propia naturaleza se va a ir contra el hombre blanco, contra esta empresa que se quiere venir a enriquecer con la tierra que no le pertenece, con la tierra que no es del gobierno ni de las transacciones sino que, honestamente, es de los nativos que somos los pehuénches.

Yo les pido que nadie más pida plata en el exterior por los pehuénches y que alguna vez nos dejen en paz. La meta nuestra es que tarde o temprano el monstruo de la Endesa se vaya y, como yo decía, la propia naturaleza se va a encargarse de mandarles un castigo.

Estos testimonios fueron grabados por Leonardo Ortega en el marco de la obra *Modelo Ralco* (Galería Metropolitana 2002).

Causas y azares:

dilemas del nuevo protagonismo social en Argentina

¿Qué es lo que sucedió con las jornadas insurreccionales de diciembre del 2001 y la promesa de una transformación radical del país entrevista a partir de la consigna “Que se vayan todos”, cuando el último proceso electoral nos habla de aparente estabilización institucional; de una notable participación de la ciudadanía en los comicios y cuando los cinco candidatos principales –provenientes todos de los dos grandes partidos políticos mayoritarios desde hace décadas– se distribuyeron casi el 95% de los votos?

Este texto fue concebido entre la primera vuelta electoral y el anuncio de la renuncia oficial de Menem, es decir, entre el 27 de abril y el 14 de mayo. El propósito es examinar los acontecimientos que trascurrieron entre diciembre del 2001 y mayo del 2003, lapso de tiempo éste que separa y comunica el estallido de una crisis económica y política sin precedentes y la emergencia de un nuevo protagonismo social (movimiento piquetero, asambleas, club del trueque, fábricas ocupadas por sus trabajadores, etc.) con la pretendida normalización cuyo punto de realización debía ser las elecciones presidenciales. La intensidad de este período –no menos que su complejidad– ha quedado obnubilada por quienes han proclamado que los resultados de las elecciones constituyen la muerte del movimiento del contrapoder y el borramiento de aquello que se abrió con las jornadas de diciembre.

LA SORPRESA: RUPTURA, DESTITUCIÓN Y VISIBILIDAD

La insurrección de diciembre nos sorprendió a todos. La misma noción de “insurrección” debió ser adecuada al carácter inédito de los acontecimientos. En efecto, la revuelta demandó durante meses de la inteligencia de todos quienes quedamos sorprendidos por su acaecer. ¿Qué venía a decir este imprevisto? Cada quien priorizó un aspecto. Según unos, la causa de todo aquello había que buscarla en una conspiración del peronismo bonaerense contra el débil gobierno de entonces. Otros creyeron ver detrás de los piónes que mueven a las marionetas, la implacable organización de ciertos revolucionarios probados. Hubo quienes, incluso, desdeñaron todo lo sucedido al atribuirlo a una clase media cuyos ahorros en dólares le habían sido arrebatados. Como sea, lo más probable es que todas esas versiones sean a la vez tan verídicas como insuficientes para dar cuenta de la dinámica efectiva de lo ocurrido.

La insurrección de diciembre tuvo un carácter *destituyente*. Su abrumadora eficacia consistió –precisamente– en su poder de revocatoria. Las cacerolas y las consignas cubrieron todo el espacio urbano. La presencia hormigante de cuerpos humanos, la ocupación de la ciudad y la saturación de los ruidos no sólo no transmitía mensaje alguno, sino que impedía que cualquier cosa pudiera ser realmente dicha. Las condiciones de elaboración

Colectivo Situaciones

Situaciones (Buenos Aires) ha desarrollado una intensa labor de investigación propia y conjunta con movimientos y experiencias radicales de Argentina. Ha publicado, entre otros: *Contrapoder: una Introducción*, en colaboración con Toni Negri, John Holloway y otros; *19 y 20 Apuntes para el nuevo protagonismo social*; *La hipótesis 891 Más allá de los piquetes*, en coautoría con el Movimiento de Trabajadores Desocupados de Solano.

institucional de las demandas sociales fueron radicalmente interrumpidas.

Y cuando se pudo hablar se insistió: “Que se vayan todos, que no quede ni uno solo”. La clausura del espacio y de las condiciones de comunicación con el sistema político dejó en evidencia la ruptura de las mediaciones políticas, reveló la impotencia de las instituciones partidarias y gubernamentales y abrió una interrogación (festiva y angustiante) sobre el futuro colectivo de los argentinos.

La insurrección desató así una ruptura de efectos múltiples. De un lado –y desde el comienzo– se hizo evidente que la irrupción de la multitud callejera en la ciudad alteraba de manera contundente el funcionamiento de los poderes. No sólo los poderes del estado, las fuerzas represivas y los gobernantes se vieron afectados por la inesperada irrupción de un segmento importante de la población, sino que los efectos de tal alteración se registraron en evidentes movimientos en la economía, en las formas de habitar la ciudad, en decisiones empresariales y en la relación con los bancos, en la política de comunicación de los grandes medios, en el campo de las ciencias sociales, en la forma de conducirse de los políticos, de los militantes, de buena parte del campo artístico y cultural, etcétera.

La combinación del default, la devaluación y la crisis política convirtió al país en un territorio de nadie, donde las movilizaciones diarias cruzaban a ahorristas defraudados con piqueteros y caceroleros junto a turistas audaces que venían a conocer a precio barato los devenires de la “revolución argentina”.

Otra consecuencia de la ruptura de diciembre del 2001 fue la visibilización de un conjunto heterogéneo de formas de protagonismo social que fueron surgiendo en periodos disímiles y en relación a diferentes problemáticas y que, hasta diciembre, apenas si eran conocidos, tenidos en cuenta y valorados.

La raíz de este nuevo protagonismo tiene que ver, claro, con un capitalismo periférico en crisis. Pero el nuevo protagonismo no es una mera reacción. La potencia de la actualidad argentina radica, precisamente, en la emergencia de estas subjetividades que, desde hace años, experimentan en variados ámbitos de su existencia nuevas modalidades de sociabilidad.

Aunque hoy parezca evidente, por aquellos días de diciembre el entonces pujante movimiento piquetero era prácticamente desconocido. A pesar de que su existencia se remontaba a varios años de lucha en todo el territorio del país, recién hacía pocos meses se había sabido de ellos de manera masiva a partir de sus cortes de rutas coordinados. Pero en los cortes de rutas eran maltratados, y los propios partidos de izquierda –que los despreciaron durante años– llegaron desesperadamente a construir sus propios movimientos piqueteros sólo unos pocos meses antes de la

insurrección. Las iniciativas de varias organizaciones piqueteras en sus respectivos territorios –ligadas a alimentación, salud, vivienda, educación, recreación, etcétera– siguieron siendo por mucho tiempo y para una parte significativa de la población, totalmente desconocidas.

Casi tan desconocidos como los piqueteros eran los diferentes nodos, redes y circuitos del trueque, que llegaron a aglutinar a millones de personas en el momento más duro de la crisis. Su extensión llegó, tras varios años de desarrollo, a ser tan grande que incluso se aceptó que la moneda de unas de las redes valiese como moneda de pago para impuestos municipales. La figura del *prosumidor* no había sido apreciada como la experiencia subjetiva que pretendió reunir en un mismo espacio las capacidades productivas y la satisfacción de consumidores desplazando mediaciones financieras, burocráticas y comerciales. Lo mismo puede decirse de la sucesión de empresas ocupadas por sus trabajadores (largas decenas de fábricas, talleres, imprentas, bares, etcétera) a partir del vaciamiento de sus dueños, en varias ciudades del país. Éstas sólo eran objeto de atención de la izquierda institucional cuando se creía encontrar allí el resurgir de un sujeto obrero ausente.

Todas estas experiencias –a las que podríamos sumar entre otras la de los escraches iniciados por la agrupación H.I.J.O.S. contra los genocidas impunes de la última dictadura, o las luchas que llevan adelante los mapuches en el sur argentino y la organización de iniciativas campesinas en el norte del país, como el caso del Movimiento de Campesinos de Santiago del Estero– eran mas o menos conocidas, pero permanecían en una relativa soledad. Las jornadas de diciembre provocaron una visibilización –a la vez que una mutua relación y, en cierta forma, una generalización– entre ellas y con quienes se volcaron masivamente a participar o a conocer dichas iniciativas.

Una tercera virtud de la ruptura tuvo que ver con el surgimiento multitudinario de cientos de asambleas en los centros urbanos del país. Miles de vecinos se encontraron a elaborar –de manera conjunta– lo sucedido en diciembre a la vez que descubrieron un espacio de politización a la luz de la expansión del nuevo protagonismo social. La destitución de la institucionalidad política y de los partidos como instrumentos de gestión –o de transformación– de la realidad puso a los asambleístas frente al dilema de dilucidar nuevas modalidades de instituir la vida colectiva y la atención de necesidades inmediatas. Desde el comienzo, las asambleas –nacidas luego del 20 de diciembre– se vieron atravesadas por tensiones tales como si privilegiar el espacio del barrio, experimentando allí iniciativas ligadas al territorio, o si, por el contrario, trataban de sostener la capacidad de revocatoria política de las cacerolas, a la vez que debatían qué hacer con los partidos de la izquierda que pretendían cooptar las reuniones de vecinos para las orientaciones de sus propios aparatos.

En rigor, todas las posibilidades fueron desplegadas: hubieron quienes se dedicaron más a la coyuntura política, a todo tipo de iniciativas vinculadas al barrio, y hasta quienes quedaron atrapados en las redes de los partidos de la izquierda, además de darse diferentes combinaciones entre estas variantes. Las asambleas protagonizaron –durante el 2002– la creación de comedores populares, acciones solidarias con los cartoneros, confluencias con los movimientos piqueteros, experiencias interasamblearias, manifestaciones, escraches y, en algunos casos, realizaron una muy rica experiencia de politización para sus miembros.

Del lado de los acontecimientos que generaron la ruptura habría que señalar un largo conjunto de precedencias que operaron decisivamente en su desencadenamiento: experiencias de lucha –como las que acabamos de reseñar– cuyos orígenes pueden encontrarse en todo un cúmulo de descontentos y reclamos incumplidos; memorias

superpuestas de luchas perdidas y de esperanzas frustradas; el desamparo de millones de personas por los efectos descarnados del neoliberalismo.

Pero tal vez quepa hablar de un segundo tipo de historicidad vinculada a una cierta capacidad de lectura de las transformaciones operadas en las formas de la reproducción social y en la eficacia de las mediaciones políticas que regularon de algún modo la convivencia social. De este modo, el rechazo a los políticos –por ejemplo– no sólo se emparenta con una visión corporativa o neoliberal del mundo, descreída de las acciones colectivas, sino que se alimenta de un conjunto de frustraciones derivadas de las promesas de la reapertura democrática del '83 hasta finales del 2001.

FENOMENOLOGÍA DE UNA APARENTE RECONSTRUCCIÓN

La llegada al gobierno de Eduardo Duhalde, en enero del 2002, puso en marcha el delicado proceso de reconstrucción de estatalidad luego de la ruptura de diciembre. Hasta el momento, se asistía a una patética sucesión de presidentes elegidos por la asamblea legislativa para terminar el período del presidente destituido de la Alianza, De la Rúa. La llegada de Duhalde implica, en primer lugar, un punto de detención a esa dinámica loca.

El primer objetivo del gobierno de Duhalde consiste en calmar los ánimos y en evitar mas muertes. En segundo lugar en reorganizar –en el tiempo– las condiciones del nuevo esquema de reasignación de recursos, y la restitución del vínculo con el sistema financiero.

A la declaración del default por parte del anterior gobierno de Rodríguez Saa, le sucede la devaluación del peso –es decir, la salida de la convertibilidad peso/dólar– y el desquicio inmediato de los precios, el desabastecimiento de productos, la suspensión de servicios, y la ruptura de todos los contratos pautados en dólares (deudas, depósitos, etcétera). El crecimiento de la pobreza y la indigencia se sucedió en proporciones geométricas.

Como efecto de este fin de las reglas del juego en total ausencia de un poder capaz de proponer nuevas regulaciones, el verano del 2002 fue un caos generalizado en el que, como suele suceder, los principales beneficios fueron para quienes poseen más recursos para enfrentar la situación: los bancos (compensados por el Estado por la pesificación), los grandes deudores en dólares a quienes se les pesificaron las deudas, los grandes propietarios de tierras y productores agrarios y los consorcios exportadores transnacionalizados para quienes el dólar alto es fuente de enriquecimiento.

El panorama político se fragmentó alrededor de tres grandes bloques. De un lado, quienes promovieron abiertamente la dolarización, el ingreso al A.L.C.A. y la utilización de las Fuerzas Armadas como instancia de control del conflicto social (siendo Menem y Lopez Murphy las caras visibles del proyecto). Del otro lado, el bloque pesificador-devaludador, en el poder a través de Duhalde (y ahora del gobierno recientemente electo de Néstor Kirchner). Finalmente, el heterogéneo bloque de las fuerzas de centro izquierda, izquierda, sindicalismo alternativo y las expresiones de lucha más consolidadas que se pronunciaron por una nueva forma de toma de decisiones políticas y de producción y distribución de la riqueza.

La llegada al gobierno de Duhalde fue posible fundamentalmente por tres razones: a- por el estallido del pacto de dominación instaurado por Carlos Menem en el que la hegemonía correspondía al núcleo de las empresas privatizadas y al sector financiero transnacional; b- por la solidez del peronismo bonaerense, cuyo nivel de penetración en los estamentos mas empobrecidos de la población y su nivel de organización le permitió evitar la generalización del conflicto por medio de la distribución de unos dos millones

de planes sociales de unos 50 dólares mensuales; c- porque ante el estallido de los poderes políticos este capital partidario le permitió al peronismo bonaerense imponerse con comodidad como último garante de los restos del sistema político.

El principal aporte del gobierno de Duhalde tuvo como mérito fundamental el hecho de subsistir al juego de presiones cruzadas y, particularmente, a la amenaza constante de las cacerolas. Al respecto cabe recordar la frase de Duhalde apenas asumió como presidente (quien, en rigor, había perdido en las elecciones presidenciales contra De la Rúa): “con asambleas no se puede gobernar”.

El segundo período de la recomposición del sistema político se produjo al inicio del segundo semestre y giró alrededor de tres aspectos: a- la llegada del ministro de economía Lavagna, y su serena política de compatibilización de intereses junto a las primeras cosechas percibidas por Duhalde por ese mero hecho de “durar” que permitieron tranquilizar la subida del dólar y producir un moderado crecimiento de los sectores económicos beneficiados; b- la distribución de los planes sociales acitaron los aparatos políticos, los cuales por medio de las redes del clientelismo lograron consolidar una cierta tranquilidad social; c- el aumento de la represión en los barrios que tuvo su punto máximo en la masacre del Puente Pueyrredón el 26 de junio del 2002.

Fue precisamente el escándalo provocado por esa masacre lo que obligó al entonces presidente Eduardo Duhalde a poner fecha de sucesión del próximo gobierno, a la vez que admitir su imposibilidad de normalizar la situación en los lapsos previstos, circunstancias éstas que explican el adelantamiento de las fechas de las elecciones. El adelanto de las fechas influyó, entonces, sobre las tres tendencias virtuosas a partir de las que el gobierno procedía a realizar su programa de reconstrucción mínima de institucionalidad: a- la consolidación del precio del dólar, e incluso la baja, y la recuperación inevitable –incluso inercial– de una economía que no paraba de caer durante casi 4 años seguidos. Este punto fue de una enorme relevancia ya que la habilidad del gobierno en este aspecto logró obtener –como un triunfo– un acuerdo con el FMI y una sensación de progresiva salida de la crisis, a la vez que se comprometía –entre otras tantas cosas– al próximo gobierno a conseguir un descomunal superávit fiscal para el pago de la deuda externa; b- la apertura de una dinámica electoral, aún sobre los restos de los partidos políticos, y en condiciones francamente desfavorables para los candidatos, ninguno de los cuales obtenía sino un bajísimo nivel de popularidad –la Unión Cívica Radical y el Frepaso (ambos conformaban La Alianza) virtualmente han desaparecido; y el propio Duhalde impidió que el peronismo presente un sólo candidato, obligando a sus tres líneas internas a presentarse en listas separadas–. Y c- crecientes niveles de represión de las experiencias del contrapoder: de un lado, la persecución de jóvenes dirigentes piqueteros en los barrios, muchas veces en manos de grupos armados sin uniforme y la reactivación, por otro lado, del aparato judicial, que ordenó en pocos meses –antes de la primera vuelta electoral– el desalojo de fábricas ocupadas por sus trabajadores (siendo caso testigo pero no único el de las trabajadoras y trabajadores de Brukman) y de decenas de ocupaciones (algunas de ellas por parte de asambleas barriales), así como la detención de importantes dirigentes piqueteros salteños.

Los últimos meses antes de las elecciones se comenzó a percibir con preocupación que la fragmentación del sistema político podía llegar a generar un imprevisto: el retorno de Menem.

En efecto, la consigna “que se vayan todos, que no quede ni uno solo” pareció, entonces, haber quedado atorada en su

propia naturaleza paradójica: dado que alguien va a quedarse, podría ser que el candidato a tal permanencia sea precisamente aquel cuya insensibilidad respecto de los procesos de rebelión social era más evidente.

La posibilidad de que Menem vuelva, sostenido en un porcentaje nada despreciable de la población –un 20% del padrón–, se tornó de pronto un factor atemorizador de una gran mayoría.

Habría que agregar que antes de las elecciones se sucedieron al menos dos circunstancias cuya estructura anticiparon la dinámica que se visibilizaría con los comicios.

En primer lugar, fue la invasión norteamericana, inglesa, polaca, española, etcétera, a Irak. De un lado, el poder militar concentrado decidió y ejecutó una guerra escandalosa no menos por sus propósitos que por sus efectos. Pero en paralelo se desencadenó un movimiento gigantesco en contra de la invasión. Ambos fenómenos pudieron convivir sin afectarse mutuamente: cada cual se desarrolló por vía paralela.

En segundo lugar, menos de una semana antes de la elección, se produjo una salvaje represión a una manifestación de unas diez mil personas concentradas en apoyo de las trabajadoras y trabajadores de la recién desalojada fábrica recuperada Brukman. A sólo días de las elecciones la represión se hizo presente en pleno centro de la ciudad de Buenos Aires, con un salvajismo radicalmente incompatible con cualquier consideración sobre el estado de derecho que, se suponía, se estaba reimplantando con las elecciones del 27 de abril.

Y bien, en este clima, se llega a la primera vuelta electoral. En los días previos, los medios de comunicación ganaron el espacio de la discusión pública con encuestas que daban por ganador a Carlos Menem y como posible segundo al candidato neoliberal puro –ex dirigente de la UCR– Ricardo López Murphy.

El resultado de la primera vuelta se tornó una relativa sorpresa: votó algo menos del 80% del padrón. El voto blanco y nulo no fue significativo. La lista encabezada por Menem salió primera con el 24% de los votos. Luego se ubicó la lista oficialista con el 22%. Tercero quedó López Murphy, seguido por el peronista Rodríguez Saá y, pegada a él, Elisa Carrió –también ex dirigente de la UCR pero de tendencia centrista–. Los partidos de la izquierda tradicional, todos sumados, no llegaron al 3% de los votos.

Tras la primera vuelta electoral aparecieron claramente dos efectos: por un lado, los políticos obtuvieron un lugar en la esfera pública casi exclusivamente a través de los medios de comunicación y, por otro, las encuestas pronosticaron rápidamente que Néstor Kirchner arrasaría frente a Carlos Menem con un 70% contra un 20%.

El desempeño de Kirchner en la primera vuelta cosechó una buena parte de sus escasos votos gracias al aparato bonaerense que conduce Duhalde, de modo que sólo en la segunda vuelta el candidato oficial iba a beneficiarse con el apoyo de un electorado antimenemista que en la primera vuelta repartió su voto entre los otros tres candidatos.

De las tres semanas que separaban la elección del 27 de abril de la que debía hacerse el domingo 18 de mayo, las primeras dos se caracterizaron por un masivo apoyo de dirigentes de casi todos los partidos a Kirchner. Incluso los apoyos recibidos por Menem en la primera vuelta comenzaron a emigrar hacia los pabellones del seguro próximo presidente. En este contexto Menem renunció a participar a la segunda vuelta acusando a Duhalde de organizar un fraude electoral, y a Kirchner de ser un montonero.

De ese modo, el éxito que implicó para la recomposición de una institucionalidad representativa la primera vuelta electoral, se vio interrumpida al frustrarse la segunda vuelta y no poder proclamar un gobierno electo por un gran

porcentaje del electorado. El nuevo gobierno surge entonces entrapado por la persistencia de la lógica del estado–mafia, y sin poder efectivizar su capital político –o popularidad– de manera inmediata. Situación ésta que debe leerse a la luz de la reconfiguración de la totalidad del sistema político a realizarse este año a través de las elecciones del gobierno de la ciudad de Buenos Aires, de la gobernación de la Provincia de Buenos Aires, de Córdoba y de legisladores nacionales.

LAS URNAS Y LAS CALLES

Y bien, cómo era de esperar, han comenzado a circular las primeras estrategias de reflexión sobre la relación entre los efectos de las jornadas de diciembre del 2001 y las elecciones de abril–mayo del 2003. Se podrían reunir estos argumentos en dos grandes conjuntos de conclusiones realizadas cada una –con todos sus matices– según perspectivas opuestas.

El primer conjunto de argumentos sostiene que no hay herencia política de los sucesos de las jornadas de los días 19 y 20. La posibilidad de organizar una revolución política a partir de aquel descontento –si es que fue una posibilidad auténtica– ha sido definitivamente agotada. Las izquierdas políticas han quedado completamente neutralizadas. No es que no haya grandes descontentos –o que no se prevean mayores–, sino que las demandas existentes no han sido organizadas por fuera del sistema político, lo que permite ahora restaurar los procedimientos propiamente institucionales para mediar en tales conflictos. No es que no haya habido una crisis profunda, ni que ésta se haya resuelto. Sino que, lógicamente, las crisis generan descontentos, y ahora se trata de atender estos asuntos hacia la normalización de la convivencia social por medio de métodos políticos. Desde ese ángulo, la realización de la primera vuelta electoral posee un significado muy especial, ya que constituye un paso muy importante en la moderación de los ánimos. La segunda vuelta, aún frustrada, confirma un clima de alejamiento de los extremos. La amenaza de la antipolítica fue conjurada.

Si esta primer estrategia de reflexión es festiva, el segundo conjunto es de lamento por la oportunidad perdida: los sucesos de diciembre eran el comienzo de una revolución posible. Pero para esto, hacía falta dotar el descontento de un programa político, de una organización, de una perspectiva. Se podrá polemizar sobre la característica de estas formas organizativas o sobre la amplitud de estas perspectivas, pero no se puede negar que estas son las condiciones para elaborar una política alternativa. El error fundamental cometido por quienes participaron de la revuelta –y sobre todo por quienes participan en experiencias autónomas– sería el haberse enredado en la estructura paradójica de la consigna “que se vayan todos, que no quede ni uno solo”. Se perdió de vista, de ese modo, la complejidad de la lucha política para terminar cada quien escondido en su refugio, con un discurso idealista y unas prácticas abstractamente horizontales.

Ambas lecturas se oponen en la perspectiva pero confirman una misma imagen de lo sucedido: las elecciones ocuparon el centro de la disputa política y uno de los contendientes –según parece– simplemente no se constituyó en ese escenario, abandonando el campo de batalla y firmando de ese modo su derrota. Si en el acto electoral no se hicieron presentes las fuerzas desatadas en diciembre, es que diciembre ya no existe. Abril–mayo del 2003 constituyen así la evidencia de una derrota retroactiva de aquello que pudo haber sido a partir de diciembre del 2001. La lección aparece transparente: el sistema político está en vía franca de resurrección, y las fuerzas del contrapoder han quedado enredadas en un previsible infantilismo político.

Ambas perspectivas se corresponden con una misma lectura sobre los hechos del 19 y 20 como momento

fundador y oportunidad de desarrollo de una revolución política. Sólo que mientras la primera temía esa posibilidad, la segunda la deseaba. Y ambas poseen, en llamativa coincidencia, una misma imagen de la política como un juego de dos sobre un mismo plano, con homogéneas reglas de juego: como si se tratase de una partida de ajedrez. De este modo, las cosas se presentan como un match en el cual el Sistema Político, el Poder o el Estado se la jugaba “el todo por el todo” contra el Poder Popular, la Política de la Horizontalidad o el Contrapoder. Así planteadas las cosas, la evaluación es indiscutible: las experiencias de contrapoder deberán madurar, aprender a “hacer política”, comenzar el largo recorrido (como el del Lula y el PT) que las lleve, alguna vez, a ser opción auténtica de poder.

Y sin embargo, las rupturas no son sino eso: rupturas. Un poder destituyente no necesariamente trabaja según los requerimientos de lo instituyente. Diciembre del 2001 no fue el surgimiento de un sujeto político. De allí que tal sujeto no se haya manifestado. Fue, sí, una ruptura, y una visibilización de un nuevo protagonismo social. Pero ese protagonismo es lo que es, precisamente, porque no entiende la política como se lo hacía una década atrás. De allí que no sea prudente lamentarse de que estas fuerzas no hayan actuado como si fueran ese sujeto.

Mas aún: los efectos de las jornadas 19 y 20 fueron tan radicales –y subsisten a tal punto– que las elecciones estuvieron completamente afectadas por aquellas jornadas. Pero esto no habilita de ningún modo a establecer una relación *a priori* directa entre las luchas callejeras y la elaboración de experiencias de contrapoder y el resultado de las elecciones como tal.

De hecho, las mismas personas que han participado votando a tal o cual candidato son en muchos casos las mismas que luego participan de las experiencias alternativas



de contrapoder. O mejor aún: no son las mismas, ya que en el cuarto oscuro no se es el mismo que en la asamblea, o en el corte de ruta. Ambos sitios se instituyen según reglas heterogéneas: si las elecciones pretenden representar todo lo que existe y decretar, por tanto, la inexistencia de aquello que no logra capturar y medir, las experiencias de contrapoder, al contrario, existen sólo en situación, en un territorio, una espacialidad, una disposición corporal y un tiempo autodeterminados.

No decimos que no haya relación entre ambas. No podríamos nunca negar que ambos ámbitos se afecten de manera relevante. Si decimos, sin embargo, que no hay relación *a priori* entre ellas. Se trata –en su constitución– de dinámicas heterogéneas. Trasladar la potencia de una situación a lo que sucede en las elecciones, lleva a disolverla. Y, al contrario, ordenar una situación a partir de una lectura global de las elecciones lleva a destruir los posibles de tal situación.

Ya no estamos en el juego de ajedrez. No hay una única dimensión. No existe un sólo conjunto de reglas dadas. Como dijo un amigo una vez, no se trata de las blancas contra las negras cuanto de las negras contra el tablero. Mientras las blancas mueven de una cierta manera, respetando ciertas reglas y conservando ciertos objetivos, las negras bien podrían alterar lo que se espera de ellas. Esto puede dar nacimiento a otra operatoria, crear nuevas estrategias, anular todo objetivo preestablecido y experimentar nuevos devenires. Se dirá que todo esto no es más que una fuga imposible por parte de unas piezas negras que estarían suicidándose. Pero esto no es cierto. Escapar a lo instituido no tiene por qué ser un rasgo idealista. De hecho, las negras deberán tener muy en cuenta el tablero y sobre todo los movimientos de las blancas. Pero en función –esta vez– de otro juego: el que ellas intentan jugar, ya que no es verdad que para hacer el propio juego haya que ganar primero al interior de un juego que no nos interesa.

Patear el tablero, entonces, no es desconocerlo, ni desdeñar las consecuencias. Al contrario, sólo al intentar jugar a otra cosa es que se comienza a conocer la complejidad de las relaciones de poder. De allí que pensar una “no relación *a priori*” no indica una ausencia mutua de afectación, sino que más bien nos muestra que tales afectaciones se dan como choque de fuerzas de naturalezas diferentes. Cada una de ellas se desarrolla *a priori* de manera independiente de la otra (en el sentido que la dinámica de una, no depende directamente de la dinámica de la otra) y no tienen ningún tipo preconcebido de relación (causal, de correspondencia) y, a la vez, no hay por qué descartar que su evolución las lleven a ciertas confluencias, a marchar de modo paralelo o a chocar de modo directo, produciendo todo tipo de configuraciones incluso sorprendidas.

Y en este caso sucede que la dinámica política se ha fracturado. De un lado, el poder se institucionaliza, pretende normalizarse. Y para ello se encuentra en un combate atroz por lograr hacer lo que antes de la ruptura de diciembre hacía sin mayores problemas: realizar internas de los partidos, seleccionar candidatos y elegir gobiernos que asuman con cierta legitimidad a partir de una determinada acumulación de votos. Del otro lado, las fuerzas del contrapoder ganan tiempo, se organizan, discuten, se realizan acciones de las más variadas. Como se ve: las consecuencias del 19 y 20 siguen actuando de manera permanente en todo el campo de lo social, como condición –de destitución– incluso para quienes pugnan por jugar a juegos distintos.

FENOMENOLOGÍA DEL CONTRAPODER

El contrapoder no es mucho más que el conjunto de resistencias a la hegemonía del capital. Es decir: una *multiplicidad* tal de prácticas que no es pensable en su *unidad* (como un movimiento homogéneo) y, a la vez, una

transversalidad capaz de hacer producir resonancias –de claves e hipótesis–, entre diferentes experiencias de resistencia.

La fórmula “resistir es crear” da cuenta de la paradoja del contrapoder: de un lado, la resistencia aparece como un momento segundo, reactivo y defensivo. Sin embargo, “resistir es crear”: la resistencia es lo que crea, lo que produce. La resistencia es, por tanto, primera, autoafirmativa y, sobre todo, no depende de aquello a lo que resiste.

En efecto, en Argentina ha emergido un conjunto de redes que trabajan alrededor de experiencias de salud, educación y economía alternativas, asambleas, ocupaciones de fábricas, piquetes, etcétera. Estas experiencias son heterogéneas entre sí. Estas redes tienden –y no siempre lo consiguen– a autonomizarse respecto del mando del capital en la misma medida en que éste no es capaz de incluir-integrar socialmente, sino excluyendo. Si en la base de estas resistencias está la *crisis*, no es menos cierto que las subjetividades forjadas allí han dado lugar a dinámicas que trascienden los tiempos y penetran las causas de la crisis.

Entre las características más importantes de estas resistencias se encuentran: a- la *fusión* entre reproducción vital y política; b- una mejor comprensión de las posibilidades de la relación entre instituciones (Estado) y la potencia y c- el enfrentamiento como forma de protección y no como verdad del contrapoder.

Desde que el capitalismo trabaja gestionando la vida, las resistencias son precisamente bioresistencias. No hay ámbito de la existencia en que no se constaten prácticas de resistencia y creación.

Estas redes poseen una capacidad creciente de recursos en la medida en que se desarrollan en dinámicas expansivas, ligando productores entre sí, productores con consumidores, inventando nuevas formas de intercambio sin mediaciones mafiosas, etcétera.

Si hemos utilizado en alguna oportunidad la imagen de una *sociedad paralela* para describir estas circunstancias, lo hemos hecho *a pesar de* –y no en virtud de– la asociación que esta imagen conlleva respecto a un supuesto *aislamiento*. Las experiencias de la potencia no son *pequeños mundos aparte*, sino aquello que *produce mundo*, que logra *instituir experiencia* donde aparentemente hay pura devastación (*desierto*). Lejos de pensar en la separación, la potencia produce conexión, pero lo hace según una modalidad diferente a la de aquellos “centros” (de poder) respecto a los cuales, se nos dice, “no habría que aislarse” (el Estado, la política “sería”, los partidos, etcétera). Las experiencias de resistencia son, precisamente, aquellas que *inventan* nuevas formas de hacerse cargo de lo público, lo *común*, mas allá de las determinaciones del mercado y del Estado. No se trata de abandonar la política –en el sentido de engendrar destinos colectivos– sino de la emergencia de otra manera de configurar tendencias e influencias en la sociedad. Y bien, ¿qué sucedió con el movimiento de la resistencia? ¿Existe, en efecto, “un” movimiento?

Hemos visto más arriba que el poder trabaja a partir de sus propios requerimientos: subordinar la vida a la valorización del capital, conquistar territorios y oportunidades de negocios, obtener fuerza de trabajo barata, hacerse de una legalidad que le permita moverse a toda velocidad sin quedar atado a nada ni a nadie. El capital combina el control de la potencia y la subjetividad, de la naturaleza y de lo producido por la ciencia y, en general, la cultura de los pueblos con el abandono, la exclusión, y la violencia.

Como relación social no es posible combatir la hegemonía del capital como si se tratase de algo puramente exterior, que tiene sus raíces en las casas de gobierno. En

rigor, no hay otra forma de atacar al capital sin ver, a su vez, que su poder es el de la tristeza, de la impotencia, del individualismo, de la separación, de la mercancía. No hay, por tanto, otro combate contra el capitalismo que aquel que consiste en producir otras formas de sociabilidad, otras imágenes de felicidad, otra política, que ya no se separe de la vida.

Se plantea –sin embargo– un problema cuando por un lado nos damos cuenta de que no hay creación mas que en situación, pero a su vez el enfrentamiento nos lleva a salirnos de ella, a confluir con otros con quienes debemos unimos para desarrollar la lucha. Y, en efecto, el desarrollo de la potencia, en situación, nos conduce a fortalecer la línea del contrapoder para defender las experiencias alternativas. Sin embargo, no son dos cosas diferentes. No hace falta abandonar el terreno de la situación para desembocar en la línea del contrapoder. A la línea del contrapoder se llega por adentro.

A la vez que se desarrollan hipótesis al interior de cada experiencia, a la vez que se experimenta allí la aparición de nuevos valores, de nuevos modos de vida, se despliega la línea defensiva de las luchas.

Uno de los problemas que se plantean cuando se quiere “organizar las resistencias en un único movimiento” es precisamente el abandono de la situación para organizar la lucha. Cuando esto sucede, todo se reduce a discutir modelos organizativos (de coordinación/articulación) como si se tratase de acertar con una técnica adecuada, abandonando la relación orgánica entre las situaciones y sus requerimientos y el contrapoder como un momento interior a las situaciones mismas.

Así, la situación es desplazada. El contrapoder aparece organizado como un movimiento cuya unidad y coherencia se antepone (se impone) a las situaciones mismas “desde afuera”. La capacidad de enfrentamiento aparece magnificada: todo lo demás “puede esperar”. O se plantea que el “trabajo de la base” debe subordinarse a –u organizarse a partir de– “la coyuntura”.

Entre el centralismo y la dispersión, sin embargo, la potencia ofrece un trayecto de composición entre las situaciones: la multiplicidad puede reaccionar sin ser organizada desde afuera. El ejemplo de los movimientos piqueteros autónomos es muy claro: mientras que en los barrios se intenta producir de otro modo, se arman murgas, talleres con los chicos, farmacias, panaderías, y formas de autogobierno, a la vez se constituye una barrera física para la protección de todo eso que están produciendo. Se avanza en formas múltiples de coordinación, y de alianzas circunstanciales cuya prioridad es preservar la experiencia.

A la luz de esta discusión, el enfrentamiento trágico del 26 de junio puede pensarse como un punto de inflexión para el movimiento del contrapoder. Esta masacre trae los ecos de otra anterior, la de Ezeiza de junio del 73, igualmente decisiva a la hora de comprender lo que habitualmente se llama *reflujo* político: momentos en los que se desvaloriza lo que sucede al nivel de la situación por efecto de las derrotas sufridas al nivel de la coordinación (del *movimiento*). Este es el efecto buscado por el poder: medir las fuerzas del contrapoder por su capacidad de coordinación en un momento determinado; y difundir esa imagen de las relaciones de fuerza como advertencia hacia el conjunto de las experiencias.

El 26 de junio chocaron, de un lado, la lógica de la banda, de los antiguos grupos de tarea de la dictadura convocados ahora por las empresas privadas de seguridad, la lógica de la cacería y la matanza y, del otro lado, la dinámica de la protección de la columna para habilitar la retirada. Si desde el poder el choque es buscado, desde el contrapoder el choque no se produce para medir fuerzas, o avanzar por la vía de la fuerza sobre el poder, sino para

afirmarse, para proteger a los compañeros, para presionar y conquistar planes –para poder sostener los talleres, etcétera–, para exigir la libertad de los compañeros presos.

Detrás de la noción de reflujo hay una expectativa frustrada de revolución política inminente. En efecto, el 19 y 20 de diciembre fue leído como la señal de que la crisis del neoliberalismo abría el curso de una revolución política. En las movilizaciones de las asambleas a Plaza de Mayo se prefiguraba la próxima asamblea constituyente. En la marcha de los piqueteros con sus rostros ocultos, se vislumbraba un ejército popular en formación. En las fábricas ocupadas, las bases rojas de un proletariado insurrecto y en los nodos del trueque –en el caso de que fueran considerados– una alternativa al funcionamiento de la economía capitalista.

Así, durante el 2002 se vivió la esperanza y la frustración: los nodos del trueque debieron sacrificar la figura del *prosumidor* para atender a millones de personas que rebasaran toda previsión e interrumpieron la reflexión que se venía gestando en aquellas redes sobre el papel de la moneda y sobre las formas de autorregulación de los nodos. Apareció la inflación, el desabastecimiento, la falsificación de la moneda, y la incapacidad de regular los flujos de créditos, de personas y de productos.

El movimiento piquetero –sobre todo en sus versiones autónomas– fue duramente atacado a la vez que debió afrontar un crecimiento acelerado de sus filas, a una velocidad tal que se le hizo muy difícil asimilar todo aquello a la dinámica productiva que se venía desarrollando.

Las asambleas, luego de atraer a miles de personas se desgastaron en luchas eternas con los partidos de izquierda.

En fin: lo que en rigor constituyen líneas de exploración, de producción situacional de formas alternativas de reproducción social, fueron invadidas por la expectativa de que tales prácticas debían presentarse como *instituciones alternativas* (simétricas) a las del mercado y el Estado. Proyectar sobre estas prácticas una voluntad de alternatividad y convertirlas en sustitutos globales de las instituciones dominantes implica desatender la calidad específica de estos devenires a la vez que interrumpir su experimentación en nombre de una lógica mayoritaria que las juzga no por lo que son –en su multiplicidad–, sino por aquello que deberían “llegar a ser”.

El *reflujo*, entonces, es una categoría misticificadora. El desaliento que lo denuncia proviene de una creencia frustrada: que el nuevo protagonismo podía ser concebido como una nueva política en el escenario del poder. Claro que como política, el nuevo protagonismo –o el contrapoder– no daría lugar a una política mas, sino a una fundada en los rasgos más positivos de algunas experiencias de la resistencia tales como la horizontalidad, la autonomía y la multiplicidad. Se hacía así, de estas auténticas claves del contrapoder un conjunto de respuestas universales y abstractas –una ideología– aptas para resolver *a priori* los dilemas de toda situación.

No se trata ahora de reclamar optimismo, sino de revisar –si hubiera tal voluntad– este mecanismo. El *reflujo* y la desilusión –si es que existen– representan la percepción de la ocasión perdida, de la revolución política inconclusa, del fracaso de una política. Tal representación resulta aún menos apropiada si se constata la persistencia de las luchas, el surgimiento de nuevas experiencias, y el desarrollo de una indagación extendida y profunda.

Tal vez el 19 y 20 no anunciaba tanto una revolución por venir, como una ruptura. No es que no esté en juego la idea misma de revolución –a la que no hay por qué renunciar– cuanto que tal revolución ha aparecido bajo la exigencia de un nuevo concepto: la rebelión, la revuelta y la subversión de los *modos subjetivos del hacer*.

El proyecto POESIA ES + consistió en una lectura de poesía desde globos aerostáticos que intervino, en octubre 2002, distintas zonas de la ciudad de Santiago y del litoral central:

- la Plaza Italia,
- el Cerro San Cristóbal y el Parque Forestal, con una avioneta desde la cual colgaba un pendón con la leyenda "¿Y si la jaula estuviera siempre abierta?",
- el Estadio Nacional, con la palabra "Memoria"
- la ciudad de San Antonio, con el texto "Los ojos son libres" desplegado.

La elaboración del proyecto estuvo a cargo de los poetas Malú Urriola (autora de: *Piedras rodantes, Dame tu sucio amor o Hija de perra*) y Nadia Prado (autora de: *Simplex placeres y Carna*).

Video: Claudia Nelson. Fotografía: Magdalena Ladrón de Guevara, José Moreno y Miguel Navarro.

Este proyecto fue seleccionado y financiado por FONDART

Eugenla Brito

La práctica multimediática de estas dos escritoras chilenas (Urriola, Prado) se nos revela como una tensa e intensa meditación estética sobre el lugar o los lugares en que transcurre la poesía (y el arte) en el mundo contemporáneo. Si la narrativa ha otorgado al mundo moderno la ficción necesaria para restaurar y/o imaginar nexos sociales dañados por los diversos conflictos de poder (raza, etnia, género), el ensayo histórico literario sigue cumpliendo más o menos los mismos fines del siglo XIX, más fragmentaria y acotadamente: delimitando el encuentro del sujeto con su historia. La poesía en cambio, y después de una larga historia, cede paso ante discursos que toman de ella su fragmentarismo y sus retóricas. El retiro del discurso letrado, la muerte de la interioridad posmoderna, el automatismo y la despersonalización característicos de la posmodernidad encuentran en diferentes soportes (imagen, sonido, danza) una forma de irradiar una subjetividad anómala, esquizofrénica, descentrada y que, complejizada en su problema de pertenencia, rechaza las condiciones de opacidad del texto literario y la ambigüedad e intimismo de la poesía. Las condiciones de legitimidad de este género varían de acuerdo a la ruptura del macrorelato histórico, para llegar a ser zona intersticial en la que radica el gesto de quiebre, resistencia e interrogación a los discursos dominantes, sosteniendo en muchas ocasiones un cuestionamiento a los códigos que significan la realidad.

El campo abierto por la poesía se ajusta hoy en Chile más bien al desarrollo de escrituras, en las que el signo estético re-emerge como un plus que se anexa a la producción de espacios, figuras, objetos imaginarios que portan una pregunta o una duda sobre lo que habitualmente se considera la historia.

La producción artística de Malú Urriola y Nadia Prado se encuentra en esa zona de riesgo. Su práctica estética en el escenario "POESIA ES +" elabora la cita al CADA (Colectivo Acciones de Arte), en primer lugar y a Lotty Rosenfeld, en un segundo plano más silencioso. La ampliación del soporte del texto, la apertura de la página hacia escenarios específicos de Santiago de Chile (Plaza Italia, Estadio Nacional) y la convocatoria al video y a la foto pluralizan la escena de la acción del arte a partir del lanzamiento del globo-ojo que, desde el fuego que posibilita el vuelo, invade el lugar, diseminando (cámara uterina) los restos: los textos literarios con que las artistas cubren el suelo de Santiago.

Plaza Italia es un lugar geopolíticamente consignado como límite entre el sector "bajo" de Santiago y el sector "alto". Eje de las sucesivas modernizaciones, del proyecto políticamente más caro al neoliberalismo, que elaboró la parcelación de la ciudad, descentrándola, protegiendo las redes económicas de la imaginación del poder, generando la oposición "alto"/"bajo" y nublando la visibilidad del aparato tecnócrata en un militarizado desplazamiento a los cerros.

El Estadio Nacional, hoy campo deportivo, hace treinta años y por un tiempo largo, centro de detención y tortura, lugar de muerte.

A ellos, las artistas reservan un homenaje, el lienzo MEMORIA, que se pliega y arruga en el suelo, que demora en abrirse y en alzarse, aludiendo a la calidad de trauma que esa memoria porta: a sus elusiones, su retardo, a la vastedad de depósitos.

A través del vuelo en avioneta por Santiago, otro texto disemina su significado: ¿Y si la jaula estuviese siempre abierta?

Poesía recorrida siempre por la duda sobre su posicionamiento en la historia. Desde las vanguardias, el dadaísmo y sobre todo Artaud, los parámetros de la realidad -ese excremento del espíritu- fueron puestos en tela de juicio como caducas convenciones que imposibilitaban la libertad de una mente que es un cuerpo que se manifiesta en gestos y cuya escena material no eludiría las huellas, los puntos suspensivos, los silencios con los que el cuerpo se manifiesta. La dimensión fantástica y la zona onírica regresan por la vía del deseo y se materializan en diferentes soportes que el arte busca ensanchar, a través de la visualidad y de la literatura, para experimentar las vibraciones y latidos del ser que nace desde la letra y sus márgenes.

¿Qué ocurre entonces cuando el deseo es bloqueado o subsumido en una cadena de significantes ciegos que lo encauzan, codifican y repliegan en una red de compartimentos estancos, baratijas, mercancías que provocan el ilusionismo necesario, el corto trecho en el que ella metaforiza y sustituye el objeto del deseo?

Bombardados por una publicidad extenuante, testigos globalizados de un programa bélico en que el deporte apenas enmascara el escenario continuo de la guerra y el cine se nutre de sus problemáticas con la retórica hollywoodense que maquilla y homologa tiempos y espacios constelando los ojos (LOS OJOS SON LIBRES) en una navegación que oscila entre la seudoproyección del mañana y la borradura del ayer. Estalactitas congeladas en un espacio vigilado por aparatos de control que buscan someter a los cuerpos en una masa anónima, desconcertadamente fiel al único proyecto y al sólo poder que conocen. Mientras tanto, el globo requiere del encendido del fuego para poder alzarse. Este fuego local, que habla del artesanado de su técnica, parodia la pretensión publicitada de la nave aérea, límpida y aparentemente pura, colonizando el espacio ante el terror del planeta muerto. Aquí las artistas no son astronautas, sino más bien sembradoras de un útero que germina y del cual se desprenden láminas que multiplican el espacio discursivo del texto. Cruzando el espacio generalmente usado por la publicidad, por el mercado, Urriola y Prado abren el cielo como página que ensancha sus límites, su soporte y marco por el paisaje urbano de Santiago y las poblaciones de San Antonio. ¿Y si la jaula estuviese siempre abierta?

No hay concesión ante la impostación y la mentira circulando. La acción de arte desdibujaba sus contornos e inserta bajo ella el significante de un "Chile tan claro como oscuro". ¿A qué se debe la oscuridad? A la no transparencia de la política de los códigos, a la linealidad de los procesos de información, a la pobreza semántica de los argumentos que diseñan la lógica capitalista, a la negación del cuerpo (esa plusvalía que nunca se observa) que se oscurece en los pliegues del Mapocho, o saliendo de la capital, exiliados del ojo que el vuelo revela: la clara precariedad, la fuerte desolación del territorio.

Si CADA fue rebelde ante el poder dictatorial y ante la tradición estética chilena, "POESIA ES +" se rebela ante los mecanismos del mercado y el control que ejercen los poderes ante la programación del sensorio. Cito: "La realidad es la cáscara / la ficción el huevo. Su propuesta es existir en la paradoja, su deseo es la deconstrucción de la realidad y la apertura de otros mundos imaginarios; su deseo es la reparación del nexo simbólico de Chile con su memoria y con la necesidad de saldar un duelo pendiente, implícito, inequívoco; su propuesta es proyectiva, generativa en una pluralidad de significantes que buscan escribir el nombre de la madre frente al padre muerto".

Poesía versus Publicidad

POESIA ES +: Constituye un reducto lingüístico no solamente frente a la comercialización, el mercado, la política internacional, nacional, global, el capital cotidiano, aplicado desvergonzadamente sobre los sujetos, constituye más que nada un reducto de cierta libertad de reflexión, de impresión de cómo se suceden los días en este principio de siglo. Es el reducto de la duda y las cosas inútiles. También podríamos decir que no encuentra un reducto, pues un reducto implicaría un mínimo territorio y la poesía habla el lenguaje de la poesía donde quiera que se produzca, se lea o se escuche. La poesía vive diariamente por la sola constatación de su presencia en la mente de los poetas. Creemos que el único reducto de la poesía, ha sido la poesía misma.

El lenguaje de la poesía trabaja en su precariedad, sabe de su difícil intrusión en un mundo neoliberal, elevando la posibilidad de resistir a ciertos usos demagógicos del lenguaje. Quizá porque está de alguna manera más alejada del capital, al menos masivamente, porque nada está completamente fuera del capital ni del mercado. La poesía es un reducto lingüístico, pero cada vez más deja de serlo, pero no tanto por las sujetos que escriben sino porque la publicidad y la mediática se apodera de todos los soportes para ofrecer sus productos o generar la existencia de la falta, para generar más tarde el producto que supla la falta. La lengua fue corregida desde tiempos inmemoriales, precisamente por el intercambio comercial. Esa "corrección" impera, porque la invasiones de todo invade todo invade imperen. Se dice producto, consumo, dinero, y para ofrecer, vender y recibir, el mercado se vale de todo. La imagen comercial ha subsumido a la imagen visual artística, las palabras para la oferta y la demanda son todas. El alfabeto está ahí dispuesto para usarse, bien o mal. Frente a esto no se puede hacer nada. Sólo mantenerse en un discurso, que en sí mismo se plantee trabajar esa alteridad. Elaborar sintaxis que en tanto simulacro puedan resistir el espacio en que se habita.

Hay un lenguaje poético, pero que no necesariamente es lo poético. Sin embargo, el lenguaje del arte, y específicamente lo poético, por su precaria instalación en los nuevos modelos, puede contradecir la propagandística del consumo.

POESIA ES +: La poesía ha tenido y tiene un lugar ambiguo en el escenario literario y cultural, de sacralización y, al mismo tiempo, de castigo y de omisión. Las editoriales y los medios de comunicación regulan en este país, más enfáticamente que en otros, a la poesía. Las editoriales, salvo honrosas excepciones, no publican poesía, porque la poesía no vende, las librerías no venden poesía. Los medios de prensa no publican crítica especializada, porque si la poesía no se lee, menos se lee la crítica sobre poesía. La poesía no opera en el sentido común, la poesía vive en el reducto de la lectura especializada de los estudiosos de la literatura y los poetas. Al morir la ideología política, la poesía quedó sin territorio expositivo y en un lugar que aunque parezca paradójal le compete absolutamente, está salvaguardado en un cierto punto. La figura del poeta ya no se levanta como oropel político, puesto que ahora la política no la establecen las ideologías, sino el mercado, y la poesía muta, duda, cuestiona, levanta metáforas que no sirven al mercado. El mercado requiere certezas, lenguaje acomodaticio, rating de venta, comados de relevo de producción literaria exportable, no lenguajes que lo pongan en cuestión ni lo interroguen. Ni menos que metaforicen su decadencia, sus grietas, sus fisuras. Al mercado no le interesa la poesía o no ser para aprehender sus retóricas y ponerlas al servicio de la venta.

POESIA ES +: Si pensamos que la poesía, el sujeto humano, lo que imagina la imaginación, porta una constante interrogación, es porque tenemos presente que lo contrario sería la muerte de la palabra poética. Eso no es otra cosa que la expansión, el estar ahí de lo poético, pero algo que no sólo está ahí, sino que late. El mercado cubre, es verdad, cubre lo

que se puede ver, cubre la ciudad, pero la ciudad es un texto que late, que no se ve latir, pero que escribe y se escribe latiendo. El peligro de lo poético es aquello que se escribe sin escribir. Pues ese suministro de algo que no llega, es un argumento de existencia. La palabra retrazada que se oculta y

persiste. La palabra del arte, es un fantasma que recorre territorios, y el capital la persigue sin darle alcance. Esa es la repetición constante de que estamos aquí, leyendo, escribiendo, imaginando, un discurso que es su propio rumor. El mercado ha contaminado todo, es cierto, pero el lenguaje puede liberarse cuando se renueva y como la serpiente, cambia de piel.

Pensando también que hay una metáfora constante que recorre a Chile, y que esa metáfora es la mentira, sabemos también que se ha desplazado a la largo de estos trece años de democracia el lugar de posibilidad de realización de la verdad, porque, parafraseando a Agamben, "la verdad tiene una consistencia no jurídica, el derecho tiende a la celebración del juicio, con independencia de la verdad y de la justicia", porque la justicia tiene que señalar la verdad de los hechos y eso ya no es posible. Ahora, ¿qué tiene que ver esto con el mercado? Todo, porque hay que mantener una sociedad estable para la "inversión", es una verdad amarrada al crecimiento económico.

En **POESIA ES +**, escenificada de la forma en que se hizo, quisimos, precisamente, y por un instante, reponer que hay una verdad que no podemos dejar de repetir y que guarda relación con la memoria. Repusimos esa sintaxis de vuelo poético, en Plaza Italia, en San Antonio, y la palabra "memoria" en el Estadio Nacional, ex centro de detención, tortura y desaparición durante la dictadura militar. Fue el ejercicio de instalar la dicotomía: *poesía versus publicidad*, como un gesto de intervención del ojo social adiestrado a un cierto lenguaje. Fue la intención de abrir un paisaje que fuera soporte en su complejidad, en tanto recibe eventos innecesarios. Visibilizar el texto poético, buscando una manera de hacerlo brevemente masivo, que es el juego de la publicidad: *una ilusión ante sus ojos*. Pero aquí, fue la obra poética en diálogo con la fotografía y el video la que se aproximó al ojo social, para darle una posibilidad distinta de aparición, como deriva hacia un espacio alterno al soporte escrito en un libro. Cuando trazamos los textos sobre el cielo, no fue un cielo sacro, fue Santiago contaminado, fue el Puerto de San Antonio con Tejas Verdes y con un alto nivel de cesantía, fue el Centro de Santiago, el Estadio nacional con sus signos. Fue recitarle en la cabeza a un país que mantiene su cultura a duras penas, pero que debe repensarse como un sujeto vivo que en algún momento debe saber que tiene la capacidad de no ser completamente dócil frente a los dictámenes del mercado.

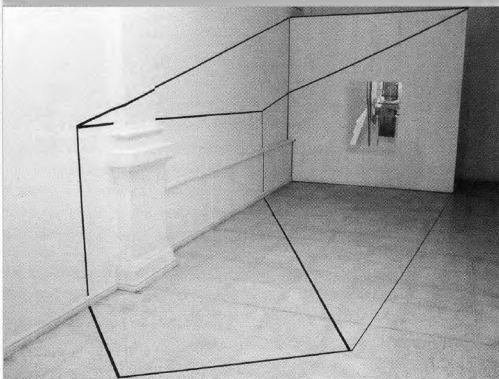
No fue la idea épica de "remontar el vuelo", sino la intención de visibilizar la composición poética devastada por los estéticos del mercado de consumo masivo, con estas antiguas neves de vuelo, que también son usadas por el mercado y la publicidad. La poesía viajando en una nave del pasado, una nave arcaica que se ve frágil, pero que nombra y deja oír su sintaxis. Las/las poetas somos esa misma, pasajeras, pero en lo que parece hay una huella, una memoria que vuelve siempre. Valétil como algo que se muda, que cambia de sitio e incorpora esos sitios a un habla que transporta a su vez esa inconstancia. El *poema de POESIA ES +*, que recorrió el paisaje-cielo, en este mismo momento no existe, ya no existe como escritura, pero sí como memoria residual de esa escritura, de aquellos sujetos que por un minuto levantaron la vista y leyeron. Lo que queda es la memoria visual, hablada y escrita por la poesía.

Cuando el habla fue posible, antes que se "corrigeria" y se controlara la lengua, esa aralidad se desplazó y emergió una articulación poética que había permanecido encerrada. El miedo es poderoso, pero gesta esa posibilidad de incertidumbre. Lo que allí ocurrió fue la poesía como acontecimiento, verso como *acontecimiento*. Un espejo en el cielo, no un cielo sagrado, sino el espejo-bóveda que por unos segundos adhirió múltiples ojos que miraron esa escritura poética que se desplazaba. Fue un gesto efímero, no más efímero que un día, pero un día que ha sido escrito.

Malú Urriola y Nadia Prado

Galería BECH / 2003

Alameda 123
fonofax: 639 26 24 / 639 77 85



9 junio Víctor Mahana 7 julio Nicolás Grum
11 agosto M. E. Poblete 8 septiembre
Leonardo Casas / Francisco Dussourd
/ Catalina Scliebener 6 octubre Carlos
López / Johanna Ovalle / Gabriel Corro
3 noviembre Máximo Corvalán
15 diciembre Sebastián Mahaluf 12 enero
Francisca Monreal / Paula Maturana.



Licenciatura en Arte

Educación Continua

Diplomados en Pintura, Dibujo, Escultura,
Fotografía, Gráfica Digital, Estudios Generales,
Conservación y Restauración.



Licenciatura: El Comendador 1916 tel: 686 7717
e-mail: mahalunava@puc.cl
Educación Continua: Av. Carlos Casanueva 0365
tel: 686 5648 fax: 232 2502
Providencia, Santiago.
www.puc.cl/artes

MUSEO HISTÓRICO NACIONAL

PLAZA DE ARMAS N° 951. COSTADO NORTE PLAZA DE ARMAS.
HORARIO - MARTES A DOMINGO DE 10:00 A 17:30 HRS.
FONOS - 6330462 - 6381411 - FAX 6331815



¿QUE HACE EL MUSEO HISTÓRICO NACIONAL?
CUSTODIAR, CONSERVAR, INVESTIGAR Y DIFUNDIR EL
PATRIMONIO HISTÓRICO DE CHILE, PARA PONERLO AL
SERVICIO DE LA EDUCACIÓN Y DELEITE DE LA COMUNIDAD
NACIONAL.

DOMINGOS Y FESTIVOS ENTRADA LIBERADA A TODO PÚBLICO

BIBLIOTECA PATRIMONIAL ESPECIALIZADA
EN HISTORIA DE CHILE Y ANTROPOLOGÍA AMERICANA.
HORARIO MARTES A VIERNES DE 10:00 A 13:30 Y DE 15:00 A 17:30 HRS.

SERVICIO DE REPRODUCCIÓN DE FOTOGRAFÍAS HISTÓRICAS.

www.museohistoriconacional.cl

Galería de Arte | gm

Exposiciones junio - diciembre 2003

Visiónica 2

5 junio al 12 julio

Encuentro con el artista jueves 26 de junio, 19:00 hrs.

Néstor Olhagaray

Humani corporis fabrica

25 julio al 13 septiembre

Encuentro con la artista martes 29 de julio, 19:00 hrs.

Raquel Schwartz

Tres columnas

25 septiembre al 25 octubre

Encuentro con la artista jueves 16 de octubre, 19:00 hrs.

Angela Ramírez

Hirano Ryo

6 noviembre al 6 diciembre

Encuentro con el artista jueves 20 noviembre, 19:00 hrs.

Carlos Navarrete

Registro urbano transitorio

18 diciembre al 24 enero

Encuentro con los artistas jueves 15 enero 2004, 19:00 hrs.

Colectivo de arte RUT

Gabriela Mistral

Galería de Arte gm
Gabriela Mistral

Galería Gabriela Mistral
Area de Artes Visuales División de Cultura - MINEDUC

www.artesvisuales.cl - galeria@mineduc.cl
Teléfonos: (56 2) 731 9880 / 390 4108 - Fax: (56 2) 665 0797 -
Libertador Bernardo O'Higgins 1381 (metro Estación Moneda)- Santiago - Chile



GOBIERNO DE CHILE
MINISTERIO DE EDUCACION
DIVISION DE CULTURA



Museo Nacional de Bellas Artes

Programación

Gráfica y dibujos de México.
22 de mayo al 25 de junio

Imágenes textiles
Yrarázaval, Velasco, Dusí
3 de junio al 8 de julio

Rutas en movimiento.
Alejandra Ruddoff
5 de junio al 13 de julio

"Al que quiere celaste que le cueste".
Irene Domínguez

AUTOR		
TITULO		
FECHA PRESTAMO	NOMBRE DEL LECTOR	FECHA DEVOLUCION

CeD

2 de octubre al 9 de noviembre

Francisco Toledo
(México)
7 de octubre al 9 de noviembre

Colectiva de fotografía chilena
8 de octubre al 9 de noviembre

Bronces antiguos de la China
14 de octubre al 9 de noviembre

- Biblioteca
www.mnba.cl
- Guías
Tel. 6384060
- Tienda/librería
Tel. 6335808

PROGRAMACION JUNIO - NOVIEMBRE 2003



11/ZGZ PULSO A LA FOTOGRAFIA EN ARAGON / ANDRES VIO / LUIS ACOSTA / MARCELO MONTECINOS / PAMELA CAVIERES - JACQUES SAINTARD / LUIS PRATO / MARIA PIA SERRA / ANDRES HERMOSILLA / PATRICK STEEGER / JORGE GAETE / MAX CORVALAN / ARQUITECTURA NORUEGA / WINY MAAS / MARIAN SALAMOVICH / MARIO TORAL / MATILDE PEREZ - MALU STEWART - MAGDALENA ATRIA / SALON DE ALUMNOS FACULTAD DE ARTES UNIVERSIDAD DE CHILE / MARCO LIMENES / CHILE, 30 AÑOS DE HISTORIA Y FOTOGRAFIAS 1973-2003 / TRANSVANGUARDIA ITALIANA / JAVIER LOPEZ ROTELLA / COLECTIVO SHOWROOM / COLECTIVO OFF SYDE / 6ª BIENAL DE VIDEO /

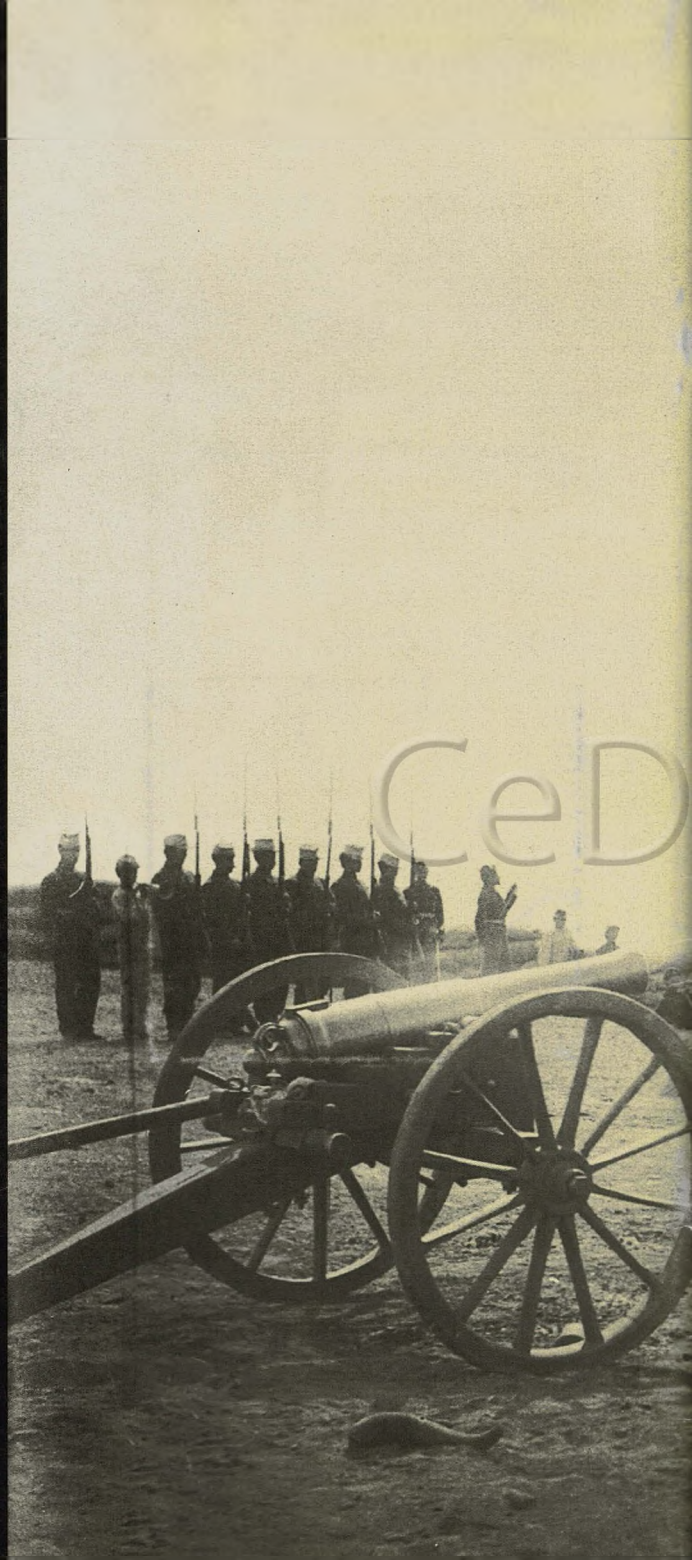
MAC

MUSEO DE ARTE CONTEMPORANEO
FACULTAD DE ARTES - UNIVERSIDAD DE CHILE

Metro Bellas Artes Tel: 639 5486 - 633 1675 Fax: 639 4945

mac.uchile@entelchile.net

www.mac.uchile.cl



CeD InCl

Fotografía: Izando la bandera chilena en el Morro de Arica (Archivo Museo Histórico Nacional)